

Theresia
a Matre Dei

Edith Stein

En busca
de Dios



EDITH STEIN

A LA MEMORIA
DE LA VENERABLE MADRE
TERESA RENATA DEL ESPÍRITU SANTO,
CON AMOR Y GRATITUD

Trayectoria religiosa de una moderna filósofa y carmelita
—Edith Stein— sor Teresa Benedicta de la Cruz, a base de los
documentos del Archivo Edith Stein en el convento carmelitano
de Maria von Frieden, Colonia.

THERESIA A MATRE DEI

Edith Stein

En busca de Dios

evd

11ª edición

1ª reimpresión

Tradujo: P. Rafael Velasco Beteta. Título original: *Edith Stein. Auf der Suche nach Gott.* © Butzon et Bercker. © Editorial Verbo Divino, 1969. Con licencia eclesiástica. Es propiedad. Printed in Spain. Impresión: Publidisa

Depósito legal: SE-3886-2007 U.E.

ISBN 978-84-7151-095-2

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—*Thomas Jefferson*



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4243

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>I. Hambre de la verdad</i>	
1. El mundo interior de la infancia	15
2. Afán de saber y pérdida de la fe	23
3. De la psicología a la filosofía	33
4. ¿Qué es la verdad?	47
<i>II. Llamada de Dios</i>	
5. La respuesta de la fe	59
6. Decisión religiosa por influjo de Teresa de Avila	71
7. Vocación al silencio y labor con la juventud	89
8. Encuentro con Tomás de Aquino	99
9. Alma de oración	109
10. Actividad oratoria sobre la situación de la mujer moderna en el matrimonio y en la vida profesional	123

11. La maternidad de María como prototipo de verdadera feminidad	135
12. Otra vez filosofía	145
13. Se alza la cruz	161

III. *Ultima entrega*

14. Si no os hicieréis como niños	177
15. Subida al Monte Carmelo	189
16. De la metafísica a la mística	209
17. Maestra de vida interior	221
18. Esposa del crucificado	241
19. El cántico nupcial del alma en la unión amorosa con Dios	263

IV. *Muerte y transfiguración*

20. Sacrificio propiciatorio por su pueblo	277
21. Luz sobre el candelero	295

Prólogo

En la primavera de 1933 una modesta postulante, Dra. Edith Stein, pedía ser admitida en el convento carmelitano de Colonia. Quería trocar una fecunda labor científica en el mundo por el pobre hábito de Nuestra Señora del Carmen. El 4 de enero de 1962 Su Eminencia el cardenal Dr. José Frings abrió solemnemente el proceso de beatificación de la sierva de Dios sor Teresa Benedicta de la Cruz, asesinada en agosto de 1942 por los nacionalsocialistas. Entre estos dos hechos tiene lugar la definitiva consumación de una persona totalmente enderezada hacia Dios y el influjo que el destino de su vida ejerció en amplios sectores de la sociedad.

Nos preguntamos: ¿En qué pudo consistir el secreto de esa especial irradiación? ¿Cómo se explica el que una época como la nuestra, llena de odios y exterioridades, demuestre tan vivo interés por una breve biografía que con esmero maternal compuso la antigua maestra de novicias y posterior priora de Edith Stein, madre Teresa Renata del Espíritu Santo? Pues el núcleo esencial de esa obra es tan sólo la vida callada y completamente oculta de una carmelita. ¿Se debe, tal vez, el éxito de ese libro al superior talento personal de

Edith Stein o a su puesto relevante dentro del campo filosófico? Esto no sería suficiente explicación. Es, en efecto, sorprendente el que no ya sólo círculos intelectuales, sino hasta personas pertenecientes a los más diversos sectores profesionales, sientan el más hondo interés por la luz pura y serena que irradia esta figura femenina. Lo que entusiasma a las gentes, lo que ansían en medio de su sobresaturación material y penuria espiritual, es, sin duda, la seriedad radical con que Edith Stein, la conspicua fenomenóloga y pedagoga, encarna en su vida la sencillez y la verdad del evangelio. Lo que nuestra época necesita no es tan sólo palabras y conocimientos, sino obras de amor vivo y evangélico.

Lo emocionante en el caso de Edith Stein es el hecho de que ella toma en serio la petición dirigida por Jesús al joven rico del evangelio y pone por obra lo que aquél dejó de hacer. Ella es en verdad la "joven rica" con quien se encariñó Jesús, y, prendada de su amor, pone a los pies del Maestro todo cuanto posee, para seguirle solamente a El hasta la muerte. Talento científico, agudeza filosófica, dotes pedagógicas, intuición psicológica, son cualidades que no son de absoluta necesidad para seguir a Cristo. Lo singular e inolvidable de Edith Stein es, por consiguiente, que ella, por una parte, como mujer verdaderamente cristiana en el mundo, pone incondicionalmente al servicio de Dios sus extraordinarias posibilidades, pero, por otra parte, renuncia a ellas inmediatamente y sin reservas cuando la llamada de Dios así se lo pide. Con gran clarividencia comprende ella la necedad de la cruz, formulada por Pablo con estas palabras: "Elegió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes... Y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo

eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios” (1 Cor 1, 27-30). Pero este pensamiento paulino no es sino un medio para llegar a lo único necesario, la entrega total al amor de Dios. Veamos, pues, cómo la trayectoria de la joven atea, a través de su conversión, llega hasta el desinteresado trabajo profesional y hasta el sacrificio integral en el Carmelo.

En la vida de Edith Stein el hombre moderno ve reflejado su propio destino, con sus revoluciones ideológicas, con su alejamiento de Dios, su ansia de verdad y amor redentor de Dios. Ve en ella una persona que ha conllevado sus mismas miserias y que posee una comprensión extraordinariamente fina, maternal y compasiva para con las cosas menudas de la vida cotidiana. La grandeza intelectual de Edith Stein no le sobrecoge, porque esa grandeza queda muy por detrás de su vida realmente envidiable, totalmente impregnada por el amor a Dios. De este modo, Edith Stein, conocida posteriormente por sor Teresa Benedicta de la Cruz, viene a ser como un faro que orienta al hombre actual hacia lo único real, hacia la única verdad, hacia el único sentido de su existencia, por el que la vida merece vivirse: hacia Dios, que es al mismo tiempo la verdad y el amor.

El destino de Edith Stein demuestra que ese amor no tiene su patria en la tierra y que nosotros estamos llamados, sin cesar, a proporcionarle esa patria, aunque sea a costa de la vida. La irradiación interior de Edith Stein radica en aquellas palabras del Señor: “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó” (Jn 13, 1). El misterio de la cruz y del amor de sacrificio es el manantial del que ella vivía, en cuanto llegó a conocer la verdad. No sólo

interiormente, sino también exteriormente, en su muerte violenta, Edith Stein había de vencer bajo el signo de la cruz, para convertirse en semilla fructífera para bien de muchos.

Octava de la Resurrección de nuestro Señor, 16 de abril de 1963. Convento carmelitano de Maria vom Frieden, Colonia.

La autora

I

HAMBRE DE LA VERDAD

1

El mundo interior de la infancia

Como un capullo bajo la protección de su envoltura encierra ya en sí todas las posibilidades de su desarrollo, que, a su debido tiempo, producirán el fruto, así también el mundo interior de la niña Edith Stein se nos ofrece ciertamente encubierto, pero con caracteres que iluminan misteriosamente el futuro. Tres son los rasgos esenciales que caracterizan especialmente su vida infantil: La gran personalidad y vivacidad de espíritu, su "mundo oculto", como ella mismo lo llama; la fuerte impresionabilidad y afán de saber, propios de los niños; la fina amabilidad para con su madre y hermanos. Poseemos de la niñez de Edith una fotografía en la que aparece ésta, a la edad de ocho años, junto con su hermana Ernestina. Se aprecia la tranquila y segura mirada de la hermana mayor y, al lado de ésta, los ojos de Edith irradiando un encanto interrogante e indescriptible.

Nace Edith en Breslau el día 12 de octubre de 1891, el último de los once hijos de una familia judía de profunda fe. Sus antepasados descienden de Posen y de la Alta Silesia; son hábiles y laboriosos hombres de negocios, cuyas numerosas familias viven imbuidas por el espíritu de los salmos y de veneración al Dios

de Israel, tanto en la oración privada como en las funciones litúrgicas. Los religiosos puntos culminantes del año son la fiesta de año nuevo, la Pascua y el día de las expiaciones en otoño. Un arraigado espíritu comunitario vivifica esa tradición judía, en la que la madre ocupa un puesto destacado y honorable ante el padre y los hijos. El abuelo materno es cantor y director de rezos en el oratorio privado. La bisabuela, una auténtica "mulier fortis", enciende en la noche del viernes las luces sabáticas y recita aquellas palabras que se transmiten a los nietos: "Señor, no nos envíes demasiado, sino tanto cuanto podamos sobrellevar." El sufrimiento y las fatigas de la ajetreada vida diaria se aceptan con paciente confianza en la ayuda de Dios. Los hijos aprenden de sus padres el amor a los pobres, la tradicional donación bíblica de los primeros frutos y el respeto a la religión de los demás. Especialmente la abuela de Edith tuvo que ser una señora notable. Su lindo e ingenioso rostro es fiel retrato de Edith. Era consejera de muchos necesitados, y hasta los mismos nobles se tenían por honrados en contarla entre sus amistades.

Sobre este fondo, como clarísimo trasunto de esa bíblica mujer fuerte, se destaca la madre de Edith, Augusta Stein, cuyo apellido originario era el de Courant. Acostumbrada al trabajo desde su juventud, esta discreta, extraordinariamente activa y magnánima mujer transmite hondas huellas de su carácter a su predilecta benjamina. Ella es el elemento fundamental y modelador en la evolución de Edith, el centro de gravedad que infunde sol, vigor y calor en el alma de la hija. Muchas son las dificultades a las que esta bondadosa mujer tiene que hacer frente, pero las sobrelleva en íntima unión con Dios. Pierde cuatro hijos de corta edad, a

lo que hay que añadir las preocupaciones que le origina el negocio maderero en Lublinitz. Tras un éxito inicial, la familia, por dificultades económicas, se ve obligada a trasladarse a Breslau. Esto quiere decir abandonar el querido suelo natal, renunciar a vivir al lado de los parientes. Cuando apenas se han aclimatado a Breslau, el repentino fallecimiento del padre, que sólo tenía 48 años, cuando se encontraba en un viaje de negocios, sumerge a la familia en un nuevo dolor. La señora Stein se encuentra sola con sus siete hijos y con el negocio colmado de deudas. Edith tiene por aquel entonces tan sólo un año y nueve meses.

En medio de esta gran tribulación, la energía de la madre se abre camino. La señora Stein rehúsa los bien-intencionados consejos de los parientes, no abandona el negocio, sino que, con varonil energía e infantil confianza en Dios, consigue rehacerse para asegurar la subsistencia de sus hijos. Edith es para la madre el último legado del padre. Jamás se le puede olvidar cómo la niña volvió a llamar una vez más a su padre, antes de despedirse para siempre, cuando, encontrándose ésta en el bosque, le sobrevino una fulminante insolación. Además, Edith nació el día de las expiaciones. A tal propósito, observa en sus memorias: "Mi madre ha atribuido gran valor a esa circunstancia, y creo yo que eso contribuyó más que cualquier otra cosa a que se encariñara especialmente con su hijita." ¹ Y continúa diciendo: "La más solemne fiesta del pueblo judío es el día de las expiaciones, en el que antiguamente el sumo sacerdote entraba en el sanctasanc-tórum y ofrecía el sacrificio expiatorio por sí mismo y por todo el pueblo, después de haber soltado en el

¹ «*Aus dem Leben einer jüdischen Familien*» («Recuerdos de la vida de una familia judía»), manuscrito, 1933, pág. 26.

desierto el 'macho cabrío', sobre el que se cargaban todos los pecados del pueblo." ² Madre e hija se alegran por la gracia de esa elección, sin sospechar cuán dolorosamente se realizará en su propia vida ese sacrificio expiatorio. De este modo, ya desde el principio, la sombra de la cruz se proyecta misteriosamente sobre el destino de estas dos mujeres tan íntimamente unidas.

El exceso de trabajo que a la señora Stein imponen el negocio de las maderas y las obligaciones para con una familia tan numerosa hace que los más pequeños de la prole, Ernestina y Edith, sean inseparables. La hermana mayor, Elisa, ayuda amorosamente a la madre en la educación de los pequeños. A la cariñosa hermana no siempre le resulta fácil esa tarea. Sobre todo Edith, a pesar de su natural afectuoso, no es fácil de guiar. Edith describe más tarde con gran humor los primeros siete años de su vida. Cuando no se le da gusto en todo, la índole enérgica y vivaz de la niña se desahoga con fuertes rabietas. De nada sirve el encerrarla en una habitación, pues el golpeteo de sus puños en la puerta exaspera a toda la familia. Con afán de "fisgoneo" se entremete en las conversaciones de los mayores y no pocas veces llama la atención por sus agudas ocurrencias. Una amiga de juventud nos dice "que no era de extrañar el que ella, como benjamina de un puñado de hermanos, resultase de ingenio precoz; el que ella leyera mucho y se viera espoléada a ello por los hermanos era cosa deseable; pero el que diera rienda suelta a una indomable ambición, cuya tensión se desataba en lágrimas de rabia, cuando no conseguía lo que quería y no demostraba ser la mejor y la más habilidosa, esto era ya menos

² *O. c.*, pág. 25.

aceptable”.³ Así, pues, la pequeña muestra rasgos de fogosidad e independencia. Su inteligencia precoz y su capacidad para retener fácilmente poesías y cuentos hacen de ella una especie de niña prodigio. “Pero, escribe ella, en mi interior existía otro mundo oculto... Todo cuanto oía durante el día era sometido en ese mundo a un proceso de transformación.”⁴

Cuando tenía siete años, se produjo en Edith, sin un motivo especial, una gran transformación. La niña vivaz de antes, inquieta como el azogue, se convierte en una muchacha taciturna y casi soñadora. A pesar de sentir un tierno afecto hacia su hermana mayor Elisa y de vivir íntimamente vinculada a su madre, quien, al terminar sus tareas, lo primero que hace es acudir a la camita de la niña, la inteligencia de Edith, que se va despertando, comienza a notar hondamente la soledad de la persona en el universo. Su espíritu infantil viene a ser como un mundo dentro del mundo, y tan intensa es la fuerza de atracción de ese mundo interior, que las impresiones exteriores no hacen otra cosa sino proporcionar la materia para que, de la manera más secreta, se vaya levantando un nuevo cosmos. Esa atracción hacia el interior, ese perceptible aislamiento se traduce en tormento y soledad en medio de una animada vida familiar. Ya se insinúa en germen toda la amplitud y hondura de la futura batalla espiritual. “A pesar de una vinculación tan íntima —escribe—, mi madre no era mi confidente como otra persona cualquiera. Desde mi temprana niñez llevaba yo una extraña vida doble y, a los ojos del observador

³ *«Briefe über Edith Stein I: Von Freunden und Bekannten»*, 3. («Cartas sobre Edith Stein I: De amigos y conocidos»).

⁴ *«Aus dem Leben einer jüdischen Familie»*, («Recuerdos de la vida de una familia judía»), manuscrito, 1933.

de fuera, se producían en mí inconcebibles y bruscas transformaciones.”⁵

Esta duplicidad de vida lleva consigo no pocos cambios. Al período de terquedades y accesos de cólera sucede una época de temores síquicos y de hipersensibilidad. El niño se encuentra indefenso a merced de las intensas impresiones exteriores. Ver un borracho por la calle o una frase liviana, lanzada por inadvertencia entre las personas de su ambiente, le causan a Edith grandes sufrimientos internos. La fantasía sobreexcitada, incapaz de digerir lo que veía u oía, se desahoga en accesos de fiebre. “De todas aquellas cosas que me hacían sufrir secretamente no hacía a nadie la más mínima mención. Y es que jamás me pasaba por las mientes el que se pudiera hablar de semejantes cosas.”⁶ Especialmente, el baile deja en su alma infantil una pequeña emoción, que demuestra la intuición sutil y la precocidad espiritual de Edith. Durante una de las principales fiestas familiares tiene que formar pareja para bailar con Ernestina. Como las niñas están poco adiestradas en el arte de la danza, la maestra de baile, francesa, las coloca a las dos en la parte del fondo. Pero luego queda asombrada al observar la extraordinaria agilidad de Edith, que imita sus insinuaciones coreográficas con arrobadora elegancia. La pequeña Edith se convierte en el número sensacional de la velada y todos la colman de elogios y distinciones. La maestra de baile llega, incluso, a proponerle que se dedique a la danza. Esta oferta no la juzga Edith merecedora de una “contestación seria”. Sus hermanos, en casa, reprenden a la pequeña bailarina por sus miradas coquetonas durante la danza.

⁵ O. c., pág. 27.

⁶ O. c., pág. 28.

Su cabecita sigue pensando por largo tiempo y con complacencia en su éxito.

La acendrada religiosidad de la madre, los hábitos piadosos de la familia no son capaces de proteger la delicada y precoz conciencia de aquella alma reconcentrada en sí misma. La pequeña judía nada sabe de Jesús, el amable Hijo de Dios, cuya luz ilumina el corazón del niño bautizado, lo consuela y le ayuda. Edith adquiere cierto conocimiento de Dios a través del amor de su madre, pero ese conocimiento no disipa las tinieblas del mundo interior. De aquí que no le queda otro recurso que el de autoformar la propia inteligencia. Es significativo observar las razones que la impulsan a domeñar su vivaz temperamento, para hacerse dócil y modosa. Bien conocen los niños cuánto aborrecen las madres severas todo aquello que sepa a pecado, y jamás se atreverían a hacer cosa alguna que desaprobe la madre. Para Edith, en cambio, tiene más eficacia, en orden a su autoeducación, el temor de perder la "propia libertad de espíritu y dignidad humana" por un "dejarse llevar". Comprende el envilecimiento que lleva consigo la esclavitud de las pasiones desenfrenadas. La libertad de espíritu es de tal valor para Edith, que, por ella, adquiera una asombrosa entereza. Refiriéndose a esta época, escribe: "Tempranamente adquirí tal autodomínio, que casi sin lucha pude conservar una equilibrada tranquilidad de ánimo."⁷ Estas palabras evocan los recuerdos de niñez de otra gran santa carmelita, santa Teresa de Lisieux. La firmeza de voluntad y la orientación hacia lo reconocido como "verdadero" van plasmando la futura personalidad. Se comprende el que los

⁷ O. c., pág. 29.

hermanos formen un concepto muy distinto sobre los más pequeños de la familia Stein. A Ernestina la juzgan “transparente como el agua clara”, pero Edith es para los mayores “un libro con siete sellos”.

2

Afán de saber y pérdida de la fe

Los sufrimientos y temores interiores de la precoz Edith se transforman, a medida que la conciencia personal se desarrolla, en sueños y esperanzas de un esplendoroso porvenir. La niña se siente llamada a cosas grandes. Su espíritu, que ya va despertando, quiere soltar las trabas de la exuberante fantasía, exige libertad y reconocimiento. Edith siente vivamente la humillación de ser niña dentro de la estrechez burguesa de los incomprensivos adultos. Su espíritu tiene ansias de saber y de comprensión mutua.

Se comprende, pues, que Edith deseara acudir a la escuela. Retrospectivamente escribe ella: "En la escuela se me tomó en serio."¹ La escuela es el lugar que da al niño esa libertad que tan apasionadamente anhela. Con increíble empeño, a los seis años de edad, consigue, antes de la incorporación reglamentaria, que se la admita en la Escuela Victoria. Con energía rehúsa la guardería infantil, considerándola inferior a su dignidad. El día de su sexto cumpleaños renuncia a toda clase de regalos, para que la admitan en la escuela. Su fiel hermana Elisa, que actúa de maestra en la Escuela

¹ *O. c.*, pág. 32.

Victoria de Breslau, consigue para la pequeña Edith que se la admita, aun estando ya en medio del curso. En medio año ya ha asimilado Edith la instrucción elemental como jugando y, desde entonces, conserva continuamente uno de los primeros puestos. Hasta qué punto su espíritu vivaz siente necesidad de la instrucción formativa, puede apreciarse por estas palabras: "En nuestra niñez, la escuela desempeñaba un gran papel. Casi estoy por creer que yo me encontraba allí más a gusto que en mi propia casa."² Si se tiene en cuenta el gran afecto de Edith para con su familia, extrañan estas palabras. Según esto, la escuela, un antiguo palacio junto a la Ritterplatz de Breslau, se convierte en el segundo hogar de la niña. Según los relatos de sus hermanos, a Edith todo le es familiar, por lo que se aclimata fácilmente al nuevo ritmo de trabajo. Aquello que ha vivido hasta ahora en las "profundidades personales" adquiere en este momento sólidos contornos. Se siente feliz de poder al fin manifestar en composiciones y trabajos escolares su mundo interior, sin que los adultos sonrían despectivamente. Con verdadero afán "devora" los libros de texto, especialmente los que tratan de historia y de lengua alemana. Incluso cuando están arreglándole el pelo se absorbe en la lectura, y, naturalmente, los sencillos quehaceres domésticos despiertan en ella poco interés. Más tarde lamentará Edith esta formación unilateral. Lo que otros niños conceptúan como pretensiones y ambición, no es sino el impulso interior a surtir de alimento suficiente su vivaz espíritu. Y así dice Edith de sí misma: "Poco a poco en el mundo interior se fue haciendo más luz y claridad."³ Las obscuras potencias anímicas se orientan hacia

² O. c., pág. 19.

³ O. c., pág. 29.

el cosmos; la fantasía, con sus experiencias y lecturas, se fabrica atrevidos edificios. Ernestina cuenta de Edith: "Como por entonces no era usual comenzar en otoño el curso escolar, asistió a la clase ínfima tan sólo medio año; a pesar de esto, por Navidad ya era una de las primeras. Además de tener talento, era aplicada y de una tenacidad férrea. Pero nunca fue ambiciosa, sino una compañera bondadosa y servicial." ⁴

Por eso es sorprendente el que una muchacha tan aplicada e inteligente como Edith, a los 13 años, manifieste inesperadamente que no quiere seguir estudiando. En esta decisión inesperada probablemente influyera su delicada constitución física y el consiguiente agotamiento síquico. Pero tal vez también influyera el hundimiento de su infantil fe judaica. En todo caso, más tarde confesará que desde los 13 hasta los 21 años de edad le era imposible creer en la existencia de un Dios personal. Hasta qué punto quedó impresionada la familia por su nueva determinación, lo reflejan las siguientes palabras de Ernestina: "Aunque durante todo el período escolar obtuvo brillantes resultados y todos nosotros suponíamos como cosa natural que, después de la escuela de niñas, haría, como yo, los relativamente nuevos cursos de instituto en la Escuela Victoria, nos sorprendió con su decisión de abandonar la escuela. Como, al fin y al cabo, Edith era todavía muy pequeña y delicada, mi madre dio su consentimiento." ⁵

Edith, para que se reponga, es enviada a Hamburgo, a casa (con médico en ella) de su hermana Elisa, que se alegra de encontrar una ayuda para sus tres pequeños. Sigue diciendo Ernestina: "Permaneció

⁴ «*Briefe über Edith Stein*», («Cartas sobre Edith Stein») I, 95.

⁵ O. c.

allí ocho meses y cumplió su deber a conciencia e incansablemente, aunque no le gustaban las labores domésticas.”⁶ Ya se destacan claramente los rasgos esenciales de Edith. Inteligencia aguda, voluntad férrea, conciencia del deber, servicialidad amable. Aunque en aquella época ella se ve silenciosamente “encerrada en el capullo de su mundo interior”, es perfectamente capaz de resolver asuntos de orden práctico y exterior. Al visitarla la madre en Hamburgo, ya se ha hecho una robusta muchacha. El trabajo práctico le ha ayudado a superar su crisis parcialmente. Sin embargo, la inseguridad espiritual persiste durante algún tiempo en Breslau. Edith, por lo demás, tan segura de sí misma, anda buscando un nuevo contenido para su vida. En tal situación, la madre acude en su ayuda y le aconseja que emprenda nuevamente los estudios. Edith se muestra de acuerdo. La vitalidad recuperada le devuelve su antigua afición al mundo intelectual. Con infatigable ardor se engolfa en el latín y las matemáticas y desde ahora aspira incansablemente a la profesión docente. Tras una breve preparación, aprueba brillantemente el examen de ingreso para el séptimo curso.

Edith se halla de nuevo en su elemento y el breve período de descanso le ha sido muy útil. Su temperamento vivaz, la petulante sabihondez de los años infantiles dejan paso a una tranquila y serena modestia, que desde ahora constituye el fundamento de su resistencia síquica. Una condiscípula escribe: “Era muy diligente, pero su aplicación no se guiaba por la ambición. Ya por entonces poseía una gran modestia... Siempre he creído que nos aventajaba no sólo en conocimientos, sino también en años, pues ella era más sensata y seria

⁶ O. c.

que las demás. La recuerdo como persona equilibrada y de gran interioridad y muy amable.”⁷ La vuelta al estudio significa para Edith el regreso a un mundo sin Dios. Ha superado su abatimiento y no ha desistido de indagar los últimos fundamentos de la existencia. Troquelada por la radiante religiosidad de la madre, tiene que abrirse a solas el camino del espíritu. La fe infantil es sustituida por la búsqueda de la verdad. Esto inspira modestia y hace al alma ansiosa de cono- cimientos. El modelo religioso de la madre, sus prolon- gadas oraciones en la sinagoga y en su casa, su amor desinteresado a los hijos, su gran austeridad en el ayuno de 24 horas de la fiesta de las expiaciones, im- pulsan a Edith a imitar su comportamiento moral.

Aunque la alumna disfruta obteniendo los premios de curso en la distribución pública de los mismos, le desagrada llamar la atención externamente o meter ruido con sus brillantes éxitos. Ya entonces daba más importancia a la cosa que a sí misma. Las “radiantes esperanzas en relación con su porvenir” se transforman en la meta deseable de un esfuerzo personal y objetivo. Y así sorprende Edith a una compañera de clase con estas palabras: “El traductor debe ser como el cristal de una ventana, que deja pasar toda la luz, pero a él no se le ve.”⁸ ¡Cuánto distan estas palabras de Edith a sus 15 años de la niñita terca de antaño! Edith se convierte para sus compañeras en una amiga leal y va- liosa. La sinceridad de su afán científico va unida con una atractiva sociabilidad. Se conquista el cariño general por su temperamento jovial, su discrección y su claridad de juicio. Y así nos dice Ernestina: “Además de asistir a la escuela, participaba activamente en las diver-

⁷ «*Briefe über Edith Stein*», («Cartas sobre Edith Stein»), I, 30.

⁸ O. c.

siones sociales; jamás se la pudo tachar de aguafiestas. Se le podían confiar todas las preocupaciones y secretos, pues siempre se encontraba dispuesta a prestar su consejo y su colaboración; con ella todo se encontraba a buen recaudo.”⁹ Su predilección por la ciencia abstracta no cohíbe en absoluto su delicada y maternal sensibilidad y su profundo interés hacia el aspecto práctico de la vida. La futura fenomenóloga tiene una afición casi apasionada por los fenómenos de la naturaleza; de ahí la gran alegría que supone para ella, niña de ciudad, el poder pasar sus vacaciones escolares en el campo. Con íntima delectación nos habla de sus caminatas por los campos y praderas, donde su espíritu respiraba libremente explayándose en la anchurosa naturaleza. Cuando Ernestina y Edith pasan junto al agua clara de algún arroyuelo, se complace Edith en atrapar con la mano los pececillos. El mismo contento experimentan las niñas al visitar a sus parientes de Lublinitz durante las vacaciones veraniegas.

El confortable pueblo constituye un campo fértil para los intereses infantiles de Edith. Los misteriosos tesoros en el comercio del tío, las bienintencionadas amonestaciones de la preocupada tía, los ratos de tertulia al finalizar el trabajo, los divertidos juegos con primos y primas, todo esto lo acoge Edith con viva comprensión y humor. Una de sus amigas, Rosa Bluhm, escribe: “Durante los últimos años he conocido a Edith en la Escuela Victoria, a la que asistíamos las dos. He llegado a conocerla muy bien, pues las dos recibíamos lecciones particulares de literatura alemana en casa de una maravillosa señora ciega. Recuerdo muy al vivo qué chica tan encantadora era Edith: muy afable, muy jovial y con un magnífico sentido del humor. Cuando

⁹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 95.

reía, irradiaban sus hermosos ojos grises, y tenía un encantador hoyuelo en la barbilla, que nos deleitaba a todos.”¹⁰ A pesar de la estrecha compenetración familiar —la señora Stein sigue considerando a Lublinitz como su patria—, poco a poco se van debilitando las relaciones con los parientes por motivos ideológicos. La piadosa madre de Edith siente repugnancia ante el creciente espíritu liberal de la época. La austeridad de sus hijas es considerada por la moral social de amplios sectores como idealismo ingenuo y extravagante. Se comprende, pues, que la señora Stein se encuentre en su hogar mejor que en ningún sitio y que sus dos pequeñas, Ernestina y Edith, se preparen con diligencia para el examen de reválida.

Dada la escasez económica en que vive la familia, huérfana de padre, es natural que Ernestina y Edith, después de terminar el bachillerato, tengan que abrazar una profesión. Mientras que los hermanos mayores toman parte en los negocios, la universidad abre sus puertas a las dos hermanas más jóvenes. Esto por aquellos tiempos era algo extraordinario, ya que tal privilegio se concede solamente a mujeres de gran talento. Edith deseó desde su niñez ser maestra. Lo que al principio no pasaba de ser un afán de imitar a su querida hermana mayor Elisa se convierte ahora en una necesidad interna. A los 17 años da lecciones de repaso a algunas compañeras, y lo hace simplemente a impulsos de su afición por la enseñanza. Por naturaleza, Edith posee las dotes necesarias de un buen educador. Tacto, autoridad, paciencia, entusiasmo por las materias de la enseñanza y el don de saber tratar a las personas, en especial a los niños.

¹⁰ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 95.

Pero antes de ingresar Edith en la "Alma Mater", tiene que pasar por una pequeña prueba. Su tío David, acomodado farmacéutico residente en Chemitz, proyecta grandes planes para sus dos inteligentes sobrinas. Intenta fundar un sanatorio y se imagina ya trabajando como médicos consumados a Ernestina y a Edith. A las dos futuras "doctoras" se las invita frecuentemente a tomar parte en magníficas excursiones en bote y paseos en automóvil. La elegante esposa del farmacéutico hace cuanto puede para que sus lindas sobrinas sean sociables. Las estudiantes en ciernes se encuentran muy bien en casa de los bondadosos farmacéuticos, que no tienen hijos, pero los planes de su tío David no alteran lo más mínimo a Edith. Así como, siendo niña, en cierta ocasión crispó los nervios a una primita suya por su serenidad intransigente, hasta el punto de exclamar la muchacha: ¡"A ver si me dejas alguna vez tener razón"! ¹¹, así, ahora se mantiene firme ante los proyectos de su tío David. Todas las mañas de la persuasión resultan ineficaces. El buen farmacéutico ha errado sus cálculos respecto a la dulce y amable Edith. Al advertir ésta que Ernestina, más flexible, no se opone a los planes del tío, le dice enérgicamente: "Haz lo que a ti misma te parezca bien." Su perplejo tío acaba de perder todas las ilusiones, cuando ella le dice rotundamente que cada cual tiene la obligación de elegir su profesión según las aptitudes e inclinación personales. Que para ella sólo entra en consideración la profesión docente. Es cierto que el farmacéutico no acaba de comprender estas ideas modernas, pero concibe la más alta estima ante la autonomía de criterios de Edith. En efecto, llega incluso a decir que tal vez algún

¹¹ «*Aus dem Leben einer jüdischen Familien*» («Recuerdos sobre la vida de una familia judía»), manuscrito, pág. 20.

día tenga que quitarse el sombrero ante ella. Con Ernestina el tío tiene más suerte. A pesar de su predilección por los idiomas, acepta las propuestas del tío. No es que se logre fundar un sanatorio común, pero Ernestina llega a ser con el tiempo una competente médica.

Cuando Edith, a los 20 años, aprueba brillantemente el bachillerato, es ya una persona de gran entereza, que sabe lo que quiere y que sigue su camino con imperturbable lógica. Ya por entonces participa activamente en las revoluciones ideológicas de un mundo industrializado, que condicionan y transforman esencialmente el destino de la mujer. Con gran clarividencia reconoce ella los nuevos problemas y desea contribuir activamente a su solución. La profesión no es tan sólo cuestión de ganar dinero, de incorporarse a la sociedad, sino que es la consecuencia de una armonía interior, a la que está obligado el individuo.

3

De la psicología a la filosofía

Cuando Edith, terminado su bachillerato en marzo de 1911, ingresa en la universidad de su ciudad natal, su vida, en el aspecto exterior, no experimenta cambio alguno. Continúa viviendo bajo la protección familiar, y sus relaciones con los parientes y amigos se mantienen como antes. Es una de las pocas muchachas inteligentes que están en condiciones de dedicarse a la ciencia, y ella, dado su natural fogoso y concienzudo, aprovecha con toda diligencia su privilegiada situación. Como está decidida a dedicarse a la enseñanza, se matricula en filología germánica y en historia. Pero hay otra cosa que despierta el interés de la joven atea más intensamente que esa formación profesional. Se trata de la psicología, en la que también se matricula, pues desea estudiar a fondo los fundamentos y el sentido de la existencia humana. El alma, como eje de la persona humana, constituye el problema básico en torno al cual giran todos los pensamientos de la incipiente filósofa. Cree ella que la psicología experimental le permitirá dar un paso adelante en su camino hacia la verdad. Oye las lecciones de los profesores Hönigswald y Stern y en las sesiones de seminario redacta diserta-

ciones sobre la sicología del pensamiento. El resultado de sus investigaciones es una tremenda desilusión. Edith, que intenta averiguar la esencia del alma humana, da con un método naturalista y puramente mecánico, que pretende demostrarle que el alma no existe.

El hecho de que la ciencia en la época moderna se haya desvinculado de toda mira religiosa o teológica ha acarreado consecuencias devastadoras. El relativismo, el empirismo y el sicologismo están a la orden del día. El escepticismo que de tales sistemas se sigue paraliza la auténtica libertad del espíritu. Edith recibe un profundo impacto. Ahora comienza a palpar las secuelas del ateísmo moderno. En efecto, se habla de una "sicología sin alma". "Espíritu, sentido y vida" se desconectan del flujo de la vida anímica y queda al arbitrio de cada cual el suponer o no una unidad espiritual tras las impresiones sensoriales. El alma se ha convertido en un algo irracional y mitológico, de lo cual se desentiende el escéptico con una sonrisa. Pero la inteligencia de Edith, sedienta de la verdad, no puede darse por satisfecha con tal postura. ¿Qué hacer, pues? Durante sus trabajos de seminario ha tenido que manejar continuamente un libro que levanta una verdadera revolución en su espíritu: "Logische Untersuchungen" (Estudios sobre Lógica) del fenomenólogo Edmundo Husserl. En esta obra, que por entonces hizo época, la aplicada estudiante encuentra por vez primera una respuesta a sus interrogantes sobre conceptos básicos, como son la esencia del alma y el sentido de la existencia. Husserl, al contrario de los cultivadores de la "sicología sin alma", se esfuerza por reivindicar el espíritu y por hacer limpia y genuina ciencia filosófica, que, sin aparato conceptual y a base de un íntimo conocimiento de la esencia, trata de descubrir el ser

de las cosas. Edith está entusiasmada. Llama la atención de los profesores por sus amplios conocimientos fenomenológicos, hasta el punto de que en las sesiones de seminario se la consulta como competente en tales cuestiones.

Desde ahora, Edith desea ardientemente abandonar Breslau y seguir estudiando en Gotinga junto a Husserl. Nos dice en su diario: "Cuando me encontraba en mi cuarto semestre, tenía la impresión de que Breslau ya no podía ofrecerme nada nuevo y de que debía buscar otros estímulos... Sentía grandes deseos de salir de allí."¹ Como empujada por un íntimo temor al nuevo horizonte que se le abre, solicita al profesor Stern una tesis doctoral. Pero, al proponerle el tema: "Investigación del pensamiento infantil a base de experimentos interrogatorios", ve claramente que el insuficiente método exploratorio de la sicología de entonces no es apto para sus planes. Con gran energía anota en su diario: "Todos mis estudios psicológicos sólo me han servido para convencerme de que esta ciencia se encuentra todavía en mantillas, de que carece de la necesaria fundamentación de conceptos básicos claros y de que de por sí no está capacitada para elaborarse esos conceptos fundamentales. Lo que hasta ahora he aprendido de la fenomenología me encanta muchísimo por el hecho de que esa ciencia consiste con toda propiedad en una labor de esclarecimiento y porque desde el principio uno mismo se forja los necesarios pertrechos ideológicos."² Así como en otros tiempos a la niña Edith en sus paseos le gustaba más que nada ir a aquellos

¹ *Sor Teresa Renata del Espíritu Santo*. OCD: «*Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Karmelitin*» («Edith Stein, Biografía de una Filósofa y Carmelita»), Editorial Glock und Lutz, Nuremberg, 7.ª edición, 1954, pág. 27.

² *O. c.*, pág. 32.

sitios “en los que nunca había estado antes”, así ahora a la joven filósofa le seduce la actuación independiente del método fonomenológico y la novedad de su amplio campo de investigación.

La inclinación de Edith produce en su desprevenida familia el mismo efecto de un rayo que se desprendiera de un cielo despejado. Si es cierto que ya antes la poética ciudad de Heidelberg había atraído a Ernestina y a Edith, también es cierto que tal pretensión se esfumó muy pronto por razones prácticas. Ernestina está ya a las puertas del examen de estado y en el sobrio estilo de vida de la numerosa familia no encaja de ningún modo el cambio de residencia pretendido por Edith. Por eso es tanto más sorprendente la desinteresada comprensión de la señora Stein, quien, a pesar de todo, muy a disgusto se separa de su hijita. Nos dice Edith: “Mi madre decía: ‘Si para tus estudios es necesario que te marches, yo desde luego no quiero impedírtelo.’ Pero, sin embargo, la madre estaba triste, mucho más triste de lo que cabría suponer por la separación de un breve curso de verano.”³ Sin poder dejar de advertir el desarrollo intelectual de su hija, el sensible corazón de la madre presiente la inminente discrepancia ideológica. La señora Stein observa que el agudo entendimiento de Edith cada vez se va distanciando más del Dios de sus padres. A pesar de la religiosidad ejemplar de la madre, el espíritu liberal de la época se filtra profundamente en las costumbres tradicionales de la familia. Lo que queda es la gran veneración y alta estima que los hijos profesan y manifiestan a su madre. Edith la acompaña fielmente hasta la sinagoga, pero “allí la edificaba más la piedad de su madre, sumida

³ O. c., pág. 29.

totalmente en Dios, que la misma celebración litúrgica.”⁴

La misma Edith, a pesar de su pasión por la ciencia, presiente la importancia de la próxima separación. “En lo más hondo de mi corazón abrigaba yo... un secreto presentimiento de que aquella separación era trascendental.”⁵ Salir de su Breslau natal en el fondo era para ella como salir del mundo judeomosaico. Pero la decisión de Edith es inconvencible. Su espíritu independiente, ansioso de nuevos conocimientos, no se detiene ni ante los lazos más íntimos. “Entonces, como en situaciones posteriores de mi vida, con un ligero movimiento pude sacudirme las ataduras aparentemente más firmes y salir volando como el pájaro que se escapa de la red.”⁶

Sin pérdida de tiempo se pone en comunicación con Gotinga, y la feliz estudiante se adentra por un nuevo mundo intelectual, que le brinda amplias perspectivas.

“Contaba yo 21 años de edad y tenía esperanzada ilusión por el porvenir... ¡Querida y venerable ciudad de Gotinga! Creo que sólo quien haya estudiado allí en los años comprendidos entre el 1905 y el 1914, esto es, durante el breve apogeo de la escuela fenomenológica de Gotinga, podrá comprender las resonancias que ese nombre despierta en nosotros.”⁷ Estos apuntes de su diario reflejan fielmente el hechizo del nuevo ambiente que rodea a Edith en la vieja y pequeña ciudad universitaria de Gotinga. Con todo su corazón y con toda su alma se entrega a todo lo noble y bello que descubre en las personas y en las cosas. A la desenvoltura y des-

⁴ *O. c.*, pág. 26.

⁵ *O. c.*, pág. 31.

⁶ *O. c.*, pág. 27.

⁷ *O. c.*, págs. 32, 33.

preocupada libertad que caracterizan las relaciones amistosas de Edith con sus camaradas de estudio, une ella las alegrías que le produce la naturaleza y el mundo que la rodea. Con delicioso humor sabe describirnos a los simpáticos habitantes de Gotinga y su pequeña ciudad, tan cuidada por ellos y tan llena de tradiciones. A su fino espíritu de observación no se le escapa ni un detalle. Con rapidez e imparcialidad lo capta todo y, en su vivo interés, da pruebas de su aptitud innata para la fenomenología. Rosa Bluhm-Guttman escribe sobre aquella época: "Pasamos juntas un magnífico curso veraniego en Gotinga, donde yo estudiaba matemáticas y filosofía, pero Edith seguía, además, estudiando historia. Las dos estábamos matriculadas en filosofía, por lo que nos hicimos amigas inseparables, mientras que mi antigua amiga Lilli Berg-Platau estudiaba medicina y trabajó amistad con Ernestina Stein. Eramos, desde luego, muy aplicadas, pero también hacíamos muchas cosas de las que gustan a la juventud. Realizábamos maravillosas excursiones a la montaña, bailábamos y celebrábamos magníficas veladas musicales para amenizar en común las noches de fin de año. Nosotras cuatro (Lilli, Edith, Ernestina y yo) pasábamos juntas los días de vacación, durante los cuales Ernestina y Lilli compartían la misma habitación, y Edith y yo otra. No sólo charlábamos hasta altas horas de la noche, sino que leíamos mucho juntas, sobre todo del tema que más nos interesaba, la filosofía. Frecuentemente hacíamos excursiones a pie hasta el Harz y Turingia; y muchos fines de semana, con el morral a la espalda, nos encaramábamos a las montañas del Weser. Participábamos en todos los seminarios filosóficos y pedagógicos, solíamos trabajar en favor del partido democrático (las mujeres entonces todavía no teníamos derecho al voto) y nos

atraían mucho las cuestiones relacionadas con la mujer en el ejercicio de una profesión. Habitábamos ambas una vivienda pequeña y encantadora, compuesta de un dormitorio, un estudio, y, si mal no recuerdo, una exigua cocina. Las comidas principales las hacíamos fuera, pero los desayunos y meriendas los preparábamos nosotras mismas. Edith sabía cocinar y lavar tan bien como yo. Edith era la mujer de más talento que jamás he conocido —y he conocido a muchas mujeres extraordinarias—. Nosotras fuimos de las primeras mujeres que tuvimos acceso a la universidad, por lo que constituíamos una verdadera 'élite': Edith profesaba un amor profundo a la verdad. Con su agudo entendimiento examinaba detenidamente cualquier problema hasta que lo desentrañaba." ⁸

Este vivo relato ofrece una idea objetiva de la vida estudiantil, divertida y a la vez seria, de Edith. La carencia de orientación religiosa, la "sicología sin alma", condujo a Edith a Gotinga para asistir a las explicaciones de Edmundo Husserl y captar nuevos estímulos intelectuales. La personalidad del maestro del método fenomenológico de investigación es el imán que principalmente la atrae.

Con clarividencia se ha percatado Edith de que Husserl señala una dirección que en vano buscaba ella en la filosofía moderna, a saber: el interés por la verdad objetiva y la superación del subjetivismo. El antiguo problema de la humanidad en torno al ser eterno y divino, tal como lo planteaban la antigüedad y la creyente Edad Media, desde el idealismo sicológico y transcendental de Descartes y de Kant se ha convertido cada vez más en un problema propio del sujeto cognoscitivo,

⁸ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), parte I, pág. 324.

sin incluir realmente un orden objetivo de seres y valores. El hecho de que la filosofía prescindiera de todos los presupuestos cristianos y ontológicos lleva consigo grandes inconvenientes. Desde hace tres siglos la filosofía se niega a revisar sus conclusiones a la luz de la verdad revelada, y no consiente que la teología le plantee problemas. A toda costa pretende limitarse a la débil luz de la razón humana. Es, por consiguiente, ciencia autónoma, autocrática. Pero esto conduce a una subjetivista marcha en el vacío, a atollarse en el materialismo. Se va a pique la objetividad del mundo garantizada por Dios como creación; lo que resta es una ciencia sin Dios, incapaz de asegurar un verdadero fundamento a las demás esferas científicas. Este es el punto en el que arranca el interés de Edith. Ella, ciertamente, no cree en Dios, pero el desengaño que le depara una psicología que por sí misma no es capaz de presentar un verdadero contenido ideológico, la impulsa a buscar la verdad en una nueva mentalidad filosófica. Esta se le ofrece en Husserl con su estudio de los fenómenos, de los modos manifiestos del ser. Este filósofo vuelve a hacer honroso el antiguo y despreciado nombre de ontología, en una época en que la llamada "filosofía cristiana se despierta lentamente de su sueño de bella Durmiente".⁹ Husserl, con su postulado de un conocimiento a priori de la esencia, asesta duros y persistentes golpes a todo empirismo, escepticismo y relativismo. Realistas jóvenes y entusiastas se reúnen en torno al venerado Maestro en la llamada escuela de Gotinga.

⁹ «*Endliches und Ewiges Sein, Versuch eines Aufstiegs zum Sinn des Seins*» («Ser Finito y Ser Eterno»), un intento de interpretación del sentido del ser, reelaboración de «*Akt und Potenz*» («Acto y potencia») (Archivo Edith-Stein, Bruselas). Nauwelaerts-Herder, Lovaina-Friburgo, 1950, págs. 6, 7.

Cuando Edith llega, ha pasado ya el principal apogeo de la escuela de Gotinga. Sus más conspicuos representantes, Adolfo Reinach y Eduvigis Conrad-Martius, Alejandro Koyrè, Dietrich von Hildebrand y Juan Hering, han ingresado ya en el cuerpo docente o se han independizado. A pesar de todo, el ambiente sigue todavía impregnado por Husserl y en cualquier esquina se oye hablar de “fenómenos”. Edith está entusiasmada ante la personalidad del profesor Husserl. Sus discípulos le llaman sencillamente “el Maestro”, cosa que ciertamente hiere su modestia. Pronto se rompe el hielo cuando Edith se presenta por primera vez ante él y le manifiesta con orgullo que ya se ha leído por completo el volumen segundo de sus “Logische Untersuchungen” (“Estudios sobre Lógica”). “¿Todo el segundo volúmen? ¡Eso es una auténtica proeza!”¹⁰, le replica Husserl sonriente, y de este modo queda acogida Edith en el círculo de sus discípulos.

Con ardiente celo se lanza a la tarea la joven estudiante. Con su genio decidido se ofrece inmediatamente para encargarse de los difíciles protocolos de las sesiones de seminario, y sorprende a sus compañeros por su presencia de espíritu y agilidad mental en el desarrollo de las discusiones. Edith se encuentra en su elemento. Con fina intuición penetra los pensamientos del Maestro y pronto llega a ser su más inteligente alumna.

El sensato espíritu de Edith busca la verdad objetiva. “La ciencia se dirige, como lo indica su nombre, al saber... Y en el saber poseemos la verdad.”¹¹ Por verdad entiende Husserl “la luminosa certeza” de aque-

¹⁰ «Edith Stein, Lebensbild», pág. 43. (cfr. cap. 3, nota 1).

¹¹ Edmundo Husserl, «Logische Untersuchungen» («Estudios sobre Lógica», I vol., Editorial Niemeyer, Halle, 1913, pág. 12.

llo que es o no es, y así distingue él estrictamente entre ciencia y simple opinión o ciega convicción. Pretende superar el escepticismo elaborando un neto contenido objetivo. Mediante la filosofía como ciencia estricta cree poder conquistar el reino de la verdad. Lo positivo de Husserl es que no sólo construye conceptualmente, como los idealistas, sino que barrunta la obra pasiva de la inteligencia, la adquisición de la verdad partiendo de las cosas. Con esto parece aproximarse a la escolástica, y su método fenomenológico despierta un interés sensacional. Este dar de lado al propio arbitrio, para llegar al interior de las cosas, lleva consigo una gran apertura hacia el contenido objetivo del mundo. Husserl enseña a sus discípulos a despojarse radicalmente de prejuicios y a arrojar de sí toda clase de anteojeras racionalistas. La libertad y movilidad de su método crean una atmósfera que es algo más que una amistad ordinaria. De este modo Husserl se convierte, casi sin saberlo, en el iniciador de un movimiento intelectual, que a través de él se adentra en la verdad última y divina. La revolución interna que para muchos significa la nueva cosmovisión de Husserl, lo declara certeramente Eduvigis Conrad-Martius, congenial de Edith, fiel amiga suya, cuando dice: "La cierta y profundamente común manera de pensar e investigar establecía una relación entre los discípulos de Husserl, que yo no puedo describir de otra manera sino como un nacimiento (natural) de un espíritu común... No poseíamos ninguna terminología especial, ningún sistema secreto; esto, por lo menos. Lo que nos unía era sólo la mirada abierta para la captación espiritual del ser en todas sus formas, ahora sólo posibles en la mente... Era el *ethos* de la pureza e inocencia de las cosas... Esto, naturalmente, debía teñir el carácter, los sentimien-

tos y la manera de vivir. Así era, por lo tanto, totalmente natural que fuésemos amigos mutuos aunque fuésemos de cualquier origen, raza o confesión. Edith Stein había nacido fenomenóloga. Su espíritu claro, sobrio, objetivo, su mirada inmutable, su realismo absoluto, la predestinaban para ello.”¹²

Junto con la filosofía, Edith se dedica sobre todo al estudio de la historia. Este estudio ensancha su horizonte intelectual y le brinda a la vez un rico campo de acción para desplegar su talento fenomenológico y plasmar su conciencia europea. Le encanta oír al discípulo de Ranke, Max Lehmann, y se complace en su “modo europeo de pensar”. Se enorgullece de ser, a través de él, discípula-nieta del gran historiador Ranke. Pero Edith siempre suspira por la justicia y la armonía. Y así las ocasionales indirectas de Max Lehmann contra el prusianismo, al que él antepone el imperialismo inglés, no hacen sino confirmar a Edith en su predilección por el prusianismo. Su meta es la unidad esencial de la persona humana dentro del concierto de los pueblos. Cuán profundo es su ideal filosófico, lo revela en las siguientes palabras: “Tan sólo aquel que se viva a sí mismo como persona, como un todo lleno de sentido, puede comprender a otras personas. Por eso comprendemos también por qué Ranke desearía ‘ahogar’ su yo, con tal de ver las cosas tal como realmente han sido... El yo es la estructura vivencial individual. En ésta ve el gran Maestro la fuente de las ilusiones intelectuales, cuyo peligro nos amenaza. Si la tomamos por norma, nos encerramos en la cárcel de nuestra idiosincrasia; los demás se nos convierten en enigmas, o, lo

¹² «Edith Stein: Cartas a Hedwig Conrad-Martius», Editorial Verbo Divino, Estella, págs. 62-69.

que es peor, los moldeamos a imagen nuestra, falseando de este modo la verdad histórica.”¹³

La pasión de que está poseída Edith es su anhelo de “dominar la inteligencia”. Quiere salir del “solip-sismo” del conocimiento puramente subjetivo y con intuitiva atención mental captar un orden de valores objetivos. Por eso elige como tema de su tesis doctoral “En torno al problema del conocimiento intuitivo”. Se propone presentar cuanto antes este tema al profesor Husserl, aunque la licenciatura la ve todavía muy lejana. Cada vez se convence más de que no puede abandonar Gotinga. Había ido allá por un semestre, y desde que llegó es muy grande el cambio que en ella se ha operado. Escribe Edith: “Cuanto más se acercaba el final del semestre, tanto menos me podía hacer a la idea de que tuviese que marcharme y no regresar. Los meses que dejaba atrás no eran para mí un mero episodio, sino el comienzo de una nueva fase en mi vida.”¹⁴ Pero ¿cómo se las arreglaría Edith para explicar a su familia esta nueva situación? ¿Acaso este solo semestre no ha ocasionado a su madre hartos sacrificios allá en la lejanía? Pero he aquí que, inesperadamente, el profesor Lehmann acude en su ayuda. El seminario histórico de Edith le gusta tanto a Lehmann, que le propone elaborar su ponencia para la licenciatura. Edith no puede rechazar esta oferta. Es cierto que esto viene a desbaratar todos los planes anteriores de la filósofa, pero ahora ya es fácil convencer a su familia de Breslau de que ella debe seguir en Gotinga.

¹³ «*Zum Problem der Einfühlung*» («En torno al Problema de la Intuición»), discurso inaugural, Imprenta del Orfanato, Halle, 1917, pág. 129.

¹⁴ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 62 (véase cap. 3, nota 19).

Husserl se queda un poco estupefacto, cuando se le presenta Edith a pedirle el proyectado tema de doctorado. "¿Está usted ya tan adelantada?", pregunta Husserl a la peticionaria. Sus doctorandos le tienen acostumbrado a más largas temporadas de trabajo. Inexorablemente exige ante todo el examen de estado, pues le parece imprescindible para la filosofía el familiarizarse a fondo con los métodos de las demás ciencias. Esto se le hace algo molesto a Edith, ya que ella se proponía dedicarse en primer lugar a los trabajos del doctorado. Pero se somete a todos los requisitos. Lo importante es que puede quedarse en Gotinga, y, por consiguiente, traza ya sus planes inmediatos. La estudiosa Edith, sedienta de ciencia, quiere proceder en todo con la mayor diligencia. Escribe en su diario: "Al tener que hacer el examen de estado antes del doctorado, quería quitármelo de encima lo antes posible. Por entonces había dejado atrás cinco semestres. Con ellos todavía no podía presentarme a examen. El *mínimum* necesario era de seis. Pero este *mínimum* venía de antiguo, cuando todavía no había tantas materias que estudiar. Ahora ya la mayor parte de los estudiantes empleaban de ocho a diez semestres. Esto en mi caso quedaba totalmente descartado. Ya estaba la cosa decidida: para el próximo invierno tenía que estar terminado el borrador del trabajo sobre el conocimiento intuitivo, y tenía que acelerar la preparación para el examen oral de tal manera, que al final del semestre pudiera ya presentarme a examen."¹⁵ Este programa de trabajo es agobiador, pero Edith pone manos a la obra con la mayor decisión.

¹⁵ O. c., pág. 64.

¿Qué es la verdad?

Husserl, el maestro de la “intuición de la esencia”, y Ranke, el gran “maestro del comprender”, han moldeado hasta ahora el alma de Edith, sedienta del ser. Ellos le han enseñado a acercarse desapasionadamente a las realidades intelectuales e históricas. A pesar de su entusiasmo por poder colaborar en ese revolucionario “redescubrimiento del espíritu”, no se dan por satisfechas sus lógicas e imperturbables aspiraciones. Ese anhelo que palpita en ella hacia lo objetivo, hacia la santidad del ser, hacia la pureza y la castidad de las cosas,¹ ¿ha encontrado realmente en Husserl una respuesta definitiva? Por mucho que considere los fenómenos, Edith tropieza siempre con el problema fundamental: ¿Qué lugar ocupa en el mundo la persona humana?, ¿qué relación guardan entre sí alma y espíritu? Nada de cuanto emprende Edith, puede hacerlo a medias. El radicalismo del pensamiento de Husserl no es para ella lo suficientemente radical. Ella toma su pensamiento de la objetividad con una seriedad nada común, incluso con más seriedad que el Maestro.

¹ *O. c.*, pág. 162.

El año 1913 publica sus "Ydeen zu einer reinen Phänomenologie und Phänomenologischen Methode" ("Ideas relativas a una Fenomenología Pura y al Método Fenomenológico"). A este propósito, escribe Edith en su diario: "Los 'Logische Untersuchungen' ('Estudios sobre Lógica') habían hecho impresión sobre todo porque parecían un abandono radical del idealismo crítico de cuño kantiano y neokantiano. Se veía en esto una 'nueva escolástica', porque la mirada se apartaba del sujeto y se dirigía a las cosas: el conocimiento volvía a interpretarse como una concepción, que recibía sus leyes de las cosas, y no, como en el criticismo, como una decisión que imponía su ley a las cosas. Todos los jóvenes fenomenólogos eran decididos realistas. Las 'Ideas', en cambio, contenían algunas expresiones que producían totalmente la impresión de que su Maestro quería dar marcha atrás hacia el idealismo. Todas las interpretaciones orales que daba el Maestro eran incapaces de dar satisfacción a los reparos que se le ponían. Se trataba del comienzo de una evolución, que impulsó a Husserl, cada vez más, a buscar el verdadero núcleo de su filosofía en lo que él llamaba 'idealismo transcendental' y a dedicar todas sus energías a fundamentarlo: y por ese camino no podían seguirle sus antiguos discípulos de Gotinga, con sentimiento de todos."²

Con renovada decisión se plantea Edith el problema de la verdad. Ve ella claramente que el prometedor arranque ontológico de Husserl penetra en una esfera de ideas que tiene su patria tan sólo en la interioridad del alma. No se rompe el egocentrismo subjetivo; el amor científico que el Maestro tiene a la verdad desemboca en una filosofía inmanente de la conciencia. Edith se pregunta si tal filosofía es realmente el reino de la

² O. c., págs. 43, 44.

verdad, hacia el cual apunta el sentido del mundo asequible a la experiencia. Su idealismo fenomenológico, como antes la sicología experimental, sufre una conmoción esencial. Husserl no es un cristiano creyente. Respeto la religión; pero la verdad filosófica está para él por encima de todo. En esta actitud le ha seguido Edith hasta ahora. Pero ya tiene ella un oscuro barrunto de que en las fronteras de la razón natural comienza un nuevo mundo. Por lo menos ve ella que aun la "filosofía como ciencia estricta" no satisface todas las exigencias ideales. La filosofía en cualquier estado... "es siempre algo fragmentario y a ello se deben todos los errores, rodeos y deformaciones a que, en sus empresas, ha estado sujeto el espíritu humano".³ Por consiguiente, para Edith continúa viva la búsqueda de la verdad. El radicalismo de su problema metódico quiere llegar a una "claridad definitiva". En estas ideas que gradualmente se van abriendo paso tiene para ella una importancia decisiva el encuentro con dos personalidades.

Edith conoce en Gotinga al fenomenólogo Max Scheler. Su "filosofía profética" deja en ella una impresión indeleble. Scheler viene de Munich, es judío converso y en la época en que Edith oye sus lecciones está todavía totalmente prendado de las bellezas de las creencias católicas. Su obra "Der Formalismus in der Ethik und die materielle Wertethik" ("El Formalismo en la Etica y la Etica Material de los Valores") ha dejado en la vida intelectual una huella más profunda que las "Ideas" de Husserl. Los jóvenes fenomenólogos se reúnen en torno a él. En comparación con el realismo de Husserl, tiene él algo deslumbrador. "En ninguna otra

³ «*Endliches und Ewiges Sein*», págs. 16, 17 (véase también cap. 3, nota 9).

persona —escribe Edith— he vuelto a encontrar tan depurado el 'fenómeno de la genialidad'. Sus grandes ojos azules despedían destellos de un mundo superior. Su rostro era de bellos y nobles contornos, pero en él había dejado la vida huellas desoladoras.”⁴ La intuición apasionada de Scheler, su “sentido de los valores”, que lanza por la borda todos los sistemas, conceptos y apriorismos,⁵ para revelar la plenitud del ser al ojo observador y al corazón intuitivo, pone a Edith en contacto con un mundo para ella totalmente desconocido hasta entonces.

El redescubrimiento de lo cristiano por parte de Scheler coloca a la joven fenomenóloga ante realidades que exigen un esclarecimiento. Una conocida de Edith refiere: “El fenomenólogo muniqués pronunciaba (por entonces) en Gotinga conferencias nocturnas sobre temas religiosos, por ejemplo, sobre la esencia de lo santo. Estas conferencias constituyeron un verdadero acontecimiento en la pequeña ciudad universitaria y bien pudieran haber dado origen al movimiento hacia la Iglesia católica que por entonces cundía evidentemente entre los discípulos de Husserl y de Reinach. Esto nos impresionaba mucho. Pero todavía las dos éramos hijas del mundo. Nunca nos pasó por las mentes el dar el paso hacia el catolicismo. Sin embargo, tanto para mí como para ella aquello fue un primer impulso en el camino de la conversión.”⁶ Con genial agudeza hace ver Scheler a Edith que sólo la religión hace que el hombre sea hombre. Considera la humildad como fundamento de la actividad moral, la cual no tiene otro fin

⁴ «*Edith Stein, Lebensbild*», págs. 53, 54 (véase también cap. 3, nota 1).

⁵ *Erico Przywara*, S. J., «*Edith Stein*», en «*In und Gegen*», Editorial Glock und Lutz, Nuremberg, 1955, pág. 49.

⁶ «*Briefe über Edith Stein*» («*Cartas sobre Edith Stein*»), I, 68.

sino el llevar al hombre a un abismarse en Dios, a una nueva resurrección.

De esta manera todavía no ha hablado nadie a Edith. Esta no se deja deslumbrar por la fascinante oratoria de Scheler, pero el contenido de verdad de sus afirmaciones la impresiona hondamente. "Este fue mi primer contacto con este mundo para mí desconocido hasta entonces. Todavía no me llevó a la fe. Pero me descubrió una esfera de 'fenómenos' que ya no podía soslayar ciegamente."⁷ El encuentro con el mundo cristiano descubre a Edith la miseria fundamental de su corazón, el problema de lo eterno que brilla en las cosas. En su trabajo de doctorado leemos: "Cuando de manera intuitiva descubrimos zonas de valores cerradas para nosotros, adquirimos conciencia de una falta o de un valor negativo propio."⁸ Ese hombre, Scheler, que reza y busca a Dios, ¿acaso no es eso ella misma en su ardiente anhelo de llegar a descubrir el núcleo esencial de toda verdad? Scheler le quita a Edith una venda de los ojos, y su espíritu amante de la verdad no puede esquivar esa nueva realidad. "No sin razón se nos inculcaba continuamente que debíamos mirar todas las cosas sin prejuicios, que debíamos arrojar toda clase de anteojeras. Las barreras de los prejuicios racionalistas, en las que me había criado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe se presentó súbitamente ante mis ojos. En ese mundo vivían personas con las que yo trataba a diario y a las que admiraba. Ese mundo sería digno al menos de una seria y viva reflexión."⁹

Entre las personas que despertaban la admiración de Edith, está sobre todo el joven profesor libre Adolfo

⁷ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 54 (vide cap. 3, nota 1).

⁸ «*Zum Problem der Einfühlung*» («En torno al Problema de la Intuición», pág. 130 (vide también cap. 3, nota 13)).

⁹ «*Edith Stein, Lebensbild*», págs. 54, 55 (vide cap. 3, nota 1).

Reinach. Este es la mano derecha de Husserl y sirve de eslabón entre el maestro y sus discípulos, pues —en contraposición a Husserl— sabe tratar ingeniosamente con las personas. Este erudito, muerto prematuramente, ejerció un influjo humanamente hondo e inolvidable sobre todos los fenomenólogos. La señora Eduvigis Conrad-Martius llama a Reinach “nuestro querido joven profesor, fenomenólogo por naturaleza”. El y su señora comunican a Edith decisivos estímulos. Lo que enseña Scheler, lo vive Reinach. Sobre su primera entrevista con él escribe Edith: “Después de esta primera entrevista me sentí muy feliz y llena de profunda gratitud. Tenía la impresión de que nunca me había encontrado con una persona de tan acendrada bondad de corazón. El que los parientes próximos y los amigos, que tratan a una persona durante largos años, demuestren amor a esa persona, me parecía natural. Pero aquí nos encontrábamos ante un caso muy distinto. Era como una primera mirada hacia un mundo completamente nuevo.”¹⁰ Con fino instinto descubre Edith en la pura cordialidad del maestro algo distinto de una mera benevolencia natural. La mirada al “nuevo mundo” es la mirada a un rayo del amor personal de Dios, que para ella brilla en la persona de ese joven cristiano.

Añádase a esto que para Edith al radiante semestre veraniego de 1913 sigue un solitario y laborioso semestre invernal. Sus amigas han abandonado nuevamente Gotinga y los elevados problemas filosóficos ocupan súbitamente, como una pesadilla, la mente de la joven estudiante. En efecto, Edith llega incluso a experimentar sentimientos de desesperación. Edith, tan estimada por todos en atención a su agudeza intelectual y seguridad de sí misma, se siente internamente muy insegura y

¹⁰ *O. c.*, pág. 42.

abandonada. De nuevo acude en su ayuda Reinach. Este la anima a proseguir en su trabajo, y su cordial comprensión conjura las sombras que se van levantando. Edith, debido especialmente a la señora y a la hermana de Reinach entra en contacto con personas que no la pueden admirar a ella, pero a quienes ella sí puede contemplar con admiración y cuyo trabajo intelectual parece apoyarse en una seguridad de que ella carece. Siempre acostumbrada a aconsejar y a dar, Edith, a la luz de estos encuentros personales, adquiere conciencia de espantosas deficiencias propias.

Las conmociones de la Guerra Mundial de 1914 contribuyen a profundizar y examinar a fondo las nuevas experiencias.

Reinach y su esposa se bautizan durante la guerra en la iglesia evangélica. Desde el campo de batalla escribe que después se dedicará a filosofar con la única intención de llevar a los hombres a la fe. Muchos fenomenólogos toman la misma dirección. Estos hechos no pasan inadvertidos para Edith. Pero las agobiantes tareas del estudio impiden que todavía tome auge en ella el problema religioso. Sin embargo, Edith tiene conciencia de su transformación. “De momento —escribe— no me ocupaba aún en forma sistemática de las cuestiones de fe; además me encontraba todavía muy atareada con otras cosas. Me contenté con dar acogida sin resistencias a los estímulos que me brindaba el ambiente, y esto —casi sin saberlo— me fue transformando.”¹¹

La preparación de la tesis doctoral y la terminación del examen de estado en el mes de enero de 1915 requieren una fuerte concentración. Edith se encuentra tan ocupada con tales trabajos, que la problemática religiosa parece quedar al margen. Sin embargo, en las

¹¹ O. c., pág. 55.

profundidades del alma avanza irresistiblemente la "transformación". El entendimiento va postergando más y más la decisión, pues para él la fe todavía no tiene suficiente fuerza. Pero Edith no puede cerrarse ya por más tiempo a la posibilidad de la existencia de Dios. Esta transformación interior irradia al exterior. En efecto, mientras todo el ambiente respira aires de guerra, Edith no está dispuesta a ceder en valor a los diligentes soldados. Muchas estudiantes se ofrecen para los hospitales. Edith se decide por el hospital epidémico de Mährisch-Weisskirchen. Con gran caridad y circunspección cuida de los soldados austríacos enfermos de tifus exantemático, disentería y cólera. Una de sus amigas, Margarita Behrens, escribe: "Estábamos contentas de poder prestar socorro y mitigar sufrimientos en la medida de nuestras fuerzas. Edith Stein realizaba su labor con paz, silencio y circunspección. Las enfermeras aprobadas por el estado y bajo cuyas órdenes trabajábamos nosotras, no nos facilitaban el trabajo, tal vez para hacernos comprender que nuestra 'superior formación' universitaria nada valía en comparación de sus conocimientos y pericia en el cuidado de los enfermos, y en eso naturalmente tenían razón. Pero no por eso nos doblegábamos."¹²

Por naturaleza Edith es un "genio de la amistad". Su amabilidad, su servicialidad y autodominio la capacitan para ello. Siempre se encuentra vinculada a un numeroso y creciente círculo de amigos. Sus camaradas de estudio estiman su carácter pacífico, realista y amable. Lilli Berg-Platau, una de sus amigas, dice de Edith que es la persona más bondadosa que ha encontrado en el mundo. Pero las nuevas experiencias religiosas hacen

¹² «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 337.

a Edith todavía más modesta, más bondadosa, más consciente de la propia indigencia. Sigue diciendo Margarita Behrens: "Era aún bastante joven, cuando la conocí; pero ya entonces daba muestras de poseer una madura personalidad; era modesta, discreta y retraída, no alardeaba de sus conocimientos y profundo saber; era tan delicada, que no admitía en sí el menor sentimiento de superioridad sobre los demás."¹³ En la fotografía de Edith como enfermera con su blanca cofia, dos ojos grandes y pensativos miran hacia un mundo interior. Por su desinteresada labor en el hospital, le conceden la medalla del valor.

La comunidad de destino en medio de los mortales peligros que amenazan a personas queridísimas enseña a Edith que la última palabra la tiene, no el saber, sino el sacrificio personal de la propia existencia. De este modo se derrumba el argumento de su incredulidad y empieza a brillar para ella la posibilidad de que exista un mundo ultraterreno. Pero el entendimiento se resiste a una incondicional aceptación de la fe. Una nueva sacudida le sobrevendrá a Edith. Dios se apresura a acudir en socorro de su alma indagadora. Su anhelo atrae sobre sí la respuesta del amor divino.

¹³ O. c.

II

LLAMADA DE DIOS

5

La respuesta de la fe

Todo cuanto la humanidad ha anhelado y meditado en sus más profundos pensadores, se ha cumplido en Jesucristo, el humanado Hijo de Dios. En El halla respuesta la pregunta del indagador espíritu humano sobre el sentido último de todo ser. Pero no a todos se les comunica el secreto de esa "buena nueva". Dios no se revela en primer lugar a los filósofos, sino a los sencillos hijos de Abraham, Isaac y Jacob, que se acercan a El con fe y humildad. También el filósofo y el científico está llamado a adorar a Jesús, pero sólo cuando, a ejemplo del gran santo Tomás, ocupa su debido lugar en la creación.

Edith nace en medio del desierto de la moderna incredulidad. Como otros muchos, también ella tiene que luchar con las "sombras de muerte" del propio alejamiento de Dios. Todas las transcendencias e inmanencias excogitadas por la filosofía no pueden dar al alma una satisfacción absoluta. El hombre autónomo no puede saltar por encima de sus propias "sombras de muerte". Edith tiene ardientes ansias de vida, de ser eterno, para el que su alma está creada. Pero ella es incapaz de dársela a sí misma. Tiene necesidad de

una intervención de Dios, el cual, antes de que el hombre le busque, ya ha buscado al hombre por largo tiempo.

El año 1916 Husserl es nombrado catedrático de la universidad de Friburgo. Escoge como ayudante particular a Edith, pues sabe apreciar su labor abnegada y positiva. En Friburgo le espera a Edith mucho trabajo. En primer lugar se doctora en la primavera de 1917 summa cum laude. Después, a los estudiantes todavía no familiarizados con el método fenomenológico tiene que iniciarlos en la nueva asignatura con ejercicios prácticos similares a los trabajos de seminario. Además, realiza una labor realmente increíble en la ordenación de los manuscritos taquigráficos del maestro.

Al final del año 1917 se recibe en Friburgo una desconsoladora noticia. Adolfo Reinach, el querido hijo intelectual de Husserl y leal amigo de todos los fenomenólogos, ha sucumbido en los campos de batalla de Flandes. La pena de Edith es muy grande, y piensa especialmente en la joven esposa de Reinach. Entonces le llega de Gotinga la súplica de que ordene la producción póstuma de Reinach, y Edith se muestra inmediatamente dispuesta a ello. Su alma queda sumida en tinieblas, pues Reinach, radiante centro del círculo de Gotinga junto con Husserl, ya no existe. Gracias a su bondad, se le permitió a Edith echar una primera mirada a ese mundo del amor divino, que parece cerrado para ella. Pero el recuerdo de aquel significativo rayo de luz no le sirve ahora para nada. ¿Qué palabras de consuelo podrá Edith dirigir a la esposa, indudablemente desesperada? Pero lo que no descubre la lenta reflexión de la razón y la búsqueda lógica, lo hace en un momento la gracia de Dios. La resignada y sobrenatural actitud de la señora Reinach hace en la descreída Edith

el efecto de un segundo rayo luminoso salido de aquel escondido mundo. La viuda no está en modo alguno abatida. A pesar de su profunda pena, rebosa de santa esperanza, que es la que infunde verdadero consuelo y paz.

Ante esa arrolladora experiencia se desmoronan todos los contraargumentos de la razón. Lo que transforma a Edith no es un claro conocimiento, sino un contacto con la esencia de la verdad. La fe brilla para ella en el misterio de la cruz. El contacto de lo divino es tan intenso, que crucifica al entendimiento, porque lo supera. Edith experimenta la divinidad de Cristo, y esta fe ya nadie podrá quitársela. Pero aún le queda un largo camino hasta lograr sacar todas las consecuencias de esa experiencia. Para una pensadora como Edith no es cosa fácil el romper todos los puentes y dar el salto a la nueva vida. Pero el impulso es tan vigoroso, que, poco antes de su muerte, refiere todavía con viveza al P. Hirschmann, S. J., esa primera gracia. "Este fue mi primer encuentro con la cruz y con la divina virtud que ella infunde a los que la llevan. Entonces vi por primera vez y palpablemente ante mí, en su victoria sobre el aguijón de la muerte, a la Iglesia nacida de la pasión del Redentor. Fue el momento en que mi incredulidad se desplomó y Cristo irradió, Cristo en el misterio de la cruz." ¹

Edith empieza a leer el Nuevo Testamento, y se pregunta si lo debe interpretar en sentido evangélico o en sentido católico. En todo caso, ve cada vez con más claridad que en ella ha irrumpido un mundo que supera con mucho al estudio y a la investigación filosófica. En impensadas "casualidades" de la vida reconoce

¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I: De amigos y conocidos. 142.

ella en seguida una sabia disposición del amor misericordioso de Dios. Mirando retrospectivamente a esa época, escribe: “Me propongo hacer un determinado estudio y para ello escojo una universidad que me merece especiales garantías en esa materia... El hecho de que en aquella ciudad entre en conocimiento de una persona que también estudia allí ‘casualmente’, y un buen día me ponga a hablar ‘casualmente’ con ella sobre problemas ideológicos, no me parece cosa muy explicable a primera vista. Pero, cuando, después de muchos años, reflexiono sobre mi vida, veo claramente que aquella conversación ejerció un decisivo influjo sobre mí, tal vez ‘más decisivo’ que todos mis estudios, y se me ocurre entonces que tal vez yo ‘tuve que ir’ a aquella ciudad ‘expresamente para eso’.”²

Los principales impulsos para su viraje religioso los vivió Edith en Gotinga. En Friburgo se intensifica su combate interior. Su actividad como ayudante de Husserl coincide con las graves conmociones de la Guerra Mundial, que avanza sin esperanzas. Las gentes son presa del pesimismo y del abatimiento. La desesperación y el suicidio están a la orden del día. La misma Edith vive muy de cerca la muerte voluntaria de un conocido. Una hermosa carta de aquella época demuestra su valentía y el optimismo con que, en medio de las tinieblas exteriores que la rodeaban, cree en el triunfo de la verdad. Así escribe ella a su hermana Ernestina: “Te suplico ahora muy de veras que atiendas a Rosa. Es realmente lo peor que ha podido pasarle. Naturalmente, hay una gran diferencia entre una muerte natural y una

² «*Endliches und Ewiges Sein*» («Ser Finito y Ser Eterno»). Ensayo de interpretación del sentido del ser. Reelaboración de la obra «*Akt und Potenz*» (Acto y Potencia) (Archivo Edith-Stein, Bruselas), Nauwelaerts-Herder, Lovaina-Friburgo, 1950, pág. 109.

muerte voluntaria... y con ello guarda proporción el sentimiento que nos produce. Pero aun esto hay que soportarlo y tratar de comprender para qué es bueno. Me es ciertamente doloroso decirte a ti y a Rosa cosas tan claramente pesimistas. Me gustaría comunicaros algo de lo que, a cada nuevo golpe, me vuelve a dar renovadas energías. Sólo os puedo decir que yo, después de todo cuanto sufrí el año pasado, tengo más optimismo que nunca. Te envió un artículo de Rathenau, para que veas que hay otras personas que ven las perspectivas de la guerra de manera análoga a como yo las veo. Pienso muchas veces que conviene hacerse a la idea de que no veremos el final de la guerra. Y ni aun en tal caso, se debe uno desesperar. No hay que reducirse al trocito de vida que podemos abarcar nosotros mismos, ni a lo que se ve claramente en la superficie. Desde luego, no cabe duda de que nos encontramos en un punto crítico en la evolución de la vida intelectual humana, y no es lícito lamentarse de que la crisis dure más de lo que, a juicio de uno, sería conveniente. Las terribles cosas que ahora pasan y que yo no quiero disimular, se deben al espíritu que hay que superar. Pero el nuevo espíritu ha hecho ya acto de presencia, y no hay duda de que acabará imponiéndose. Lo advertimos palpablemente en la filosofía y en los principios de un nuevo arte, en el expresionismo. Y con la misma certeza que aquí están ya superados el materialismo y el naturalismo, así también serán superados en todas las demás esferas de la vida, aunque sea lentamente y con dolorosas batallas. La tendencia a esto se nota incluso en las luchas políticas y sociales, en las cuales los motivos impulsores son totalmente distintos a esas gastadas frases hechas que las gentes consideran como tales. Lo bueno y lo malo, el conocimiento y el error andan mez-

clados por todas partes, y cada cual ve en sí mismo sólo lo positivo y en los demás sólo lo negativo. Y esto tanto en las naciones como en los partidos. Esto lo trae todo al retortero y nadie es capaz de saber cuándo llegará el sosiego y la claridad. Desde luego, la vida es demasiado complicada, para que pueda arreglarse fácilmente con los más ingeniosos planes de reforma mundial y para que se le pueda señalar una trayectoria definitiva y diáfana. Comprenderás que esto no va contra ti. No dudo que estarás conforme con lo que acabo de decir. Sólo quisiera convencerte de que la evolución, cuyo rumbo tan limitadamente presentimos y que más limitadamente aún podemos decidir, es buena, en definitiva.”³

Con gran clarividencia y agudo realismo se da cuenta Edith de la situación de la época. Para ella, la salvación vendrá de la resignación y de la paciente espera. Hay que soportar la realidad de la vida, a pesar de todas las dificultades. Pero este alegre optimismo no se puede obtener solamente con las fuerzas naturales. Ese optimismo se nutre en Edith de esa “paz en Dios”, que la ya creyente experimenta de vez en cuando. Su encuentro con Cristo ha hecho brotar en ella una riada interior de anhelo, de ansias de Dios, que ella formula más tarde con estas palabras: “Mis ansias de verdad constituían una única oración.”⁴

La experiencia religiosa de Gotinga es manantial de nuevos sufrimientos. Edith cree en Dios, también cree en Cristo; pues El la ha atraído hacia Sí en el signo de

³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV: A personas diversas. 23.

⁴ *Sor Teresa Renata del Espíritu Santo*, OCD: «*Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Karmelitin*» («Edith Stein, Biografía de una Filósofa y Carmelita»), Editorial Glock und Lutz, Nuremberg, 7.ª edición, 1954, pág. 75.

la cruz. Pero todavía vacila en dar el último paso, ante el corte radical de la conversión. A esto hay que añadir dolorosas experiencias personales y, especialmente, el comprender que ya no podrá seguir a Husserl, su querido maestro. Su combate interior se refleja en sus trabajos científicos de aquella época. Los títulos "Causalidad síquica", "Individuo y comunidad" o "Estudio sobre el estado" manifiestan el campo de intereses de Edith. Maneja brillantemente el método fenomenológico para analizar estrictamente y con profundidad un determinado material. Vivencias, estados cognoscitivos, estructura del "alma" tanto en el plano material como en el espiritual, son temas analizados por Edith. No deja de llamar la atención el hecho de que el problema de la fe sea mencionado siempre en conexión con algún estado de agotamiento ocasionado por algún golpe del destino sufrido por ella. Con el ropaje de una sobria exposición describe Edith su propio destino, su lucha con las "sombras de muerte" y sus íntimas ansias de "vida". Dice, por ejemplo, en cierto pasaje: "Puedo anhelar la fe, buscarla con todas mis fuerzas, sin que sea necesario el que la consiga. Puedo abstraerme en la grandeza de un carácter, sin poder admirarlo como se merece." ⁵

Antes de entregarse totalmente a Dios, tiene Edith que pasar por la aflicción de una noche espiritual. Aunque, por otra parte, está tan decidida, se siente paralizada en su voluntad y aparentemente privada de

⁵ «*Beiträge zur philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften*» («Estudios sobre la Fundamentación Filosófica de la Psicología y de las Ciencias del Espíritu»), en: «*Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung* (J. f. P.), editado por Edmundo Husserl, 5 vols., Editorial Niemeyer, Halle, 1922, pág. 43.

toda actividad. Este "silencio sepulcral" le impide responder apropiadamente a la "inundación" del mundo objetivo, esto es, a la llamada misericordiosa de Dios. Habla ella de su falta de energías para mostrarse agradecida, de su incapacidad para amar como se debe. Pero lo que no la abandona es precisamente esa "inundación", esa interna experiencia de Dios, que se siente mejor precisamente en medio del extremo cansancio. Escribe ella, por ejemplo: "Hay un estado de sosiego en Dios, de total relajación de toda actividad espiritual, en el que no se hacen planes ningunos, no se toman decisiones de ninguna clase y, sobre todo, no se actúa, sino que todo el porvenir se deja a la voluntad de Dios, se abandona uno totalmente 'al destino'. Este estado se me ha otorgado a mí hasta cierto punto, después que una vivencia que superaba mis fuerzas ha consumido por completo mi vitalidad espiritual y me ha privado de toda actividad. El sosiego en Dios es, en comparación con el cese de actividad por falta de vitalidad, algo totalmente nuevo y característico. Aquello era silencio sepulcral. En su lugar hay ahora un sentimiento de seguridad..., y, mientras me dejo llevar de ese sentimiento, empiezo a llenarme poco a poco de nueva vida... Este torrente vivificador parece efluvio de una actividad que no es mía." ⁶

Dios se vale de las circunstancias externas de la vida de la filósofa para reducir a silencio su vivo entendimiento y para que su alma adquiera fino oído que capte el lenguaje de lo divino. Pero el entendimiento no se da tan fácilmente por vencido. La lucha prosigue. En otro pasaje leemos: "Un ateo convencido descubre la existencia de Dios en una experiencia religiosa. No puede abstraerse a la fe, pero no se arroja a sus pies,

⁶ O. c., pág. 76.

no permite que influya en sí mismo, persiste inalterable en su científica concepción del mundo, la cual quedaría desbaratada por una fe integral... O, una persona me inspira afecto, y yo no puedo evitarlo: pero yo no quiero reconocerlo interiormente, me substraigo a ese afecto.”⁷

La problemática humana y divina se entrecruzan o se suceden. Esto constituye un rasgo característico de Edith. A través de la experiencia amorosa humana aprende ella la divina. La autorrevelación de Dios no se produce directamente, sino que se hace transparente a través del “fenómeno” del hombre que irradia a Dios. Cuán graves son los conflictos internos de Edith lo dejan traslucir las siguientes palabras: “Me propongo, por ejemplo, hacer un viaje el año próximo, trasladarme a otra ciudad, concluir un trabajo comenzado, etc., y organizo mi vida actual con las miras puestas totalmente en esos planes futuros. Pero en el fondo estoy firmemente convencida de que sobrevendrá algún acontecimiento que desbaratará todos mis proyectos. A esta creencia auténtica y viva le niego yo mi asentimiento y no le permito que influya en mí.”⁸ Dios ha tocado el alma de Edith en el fondo de su “núcleo personal”, en esa posesión inmutable de la persona inteligente, en torno a cuya penetración conceptual gira toda su filosofía. Pero “esa esfera interior, en cuanto abstraída a todo influjo, es inaccesible no sólo a los factores externos, sino también a la autoeducación... Cuando en esa esfera se produce un cambio, no hay que considerarlo como el resultado de una ‘evolución’, sino como transformación debida a un poder ‘ultramundano’, esto

⁷ O. c., pág. 44.

⁸ O. c., pág. 44.

es, de fuera de la persona y de todas las causas naturales.”⁹

En la persona de Edith se equilibran la pensadora y la amante. Pero la decisión se inclina siempre más del lado del amor. La fe ha señalado una nueva dirección a su vida. Pero no basta el asentimiento intelectual a la aceptación de la fe. Dios es amor y exige del amado la entrega de la voluntad. La transformación se produce tan sólo en el amor. Y así Edith nos produce la impresión de una persona que tiene miedo a esa entrega definitiva, porque la razón podría protestar. Así, pues, “hace planes”. Quiere abandonar Friburgo y hacer oposiciones a una cátedra en Gotinga. Husserl le entrega una magnífica recomendación, pero su influjo es pequeño. El dolor producido por la pérdida de la guerra y toda la inseguridad política de ningún modo favorecen la aceptación de una cátedra femenina, cosa que en los años de la posguerra es todavía algo realmente nuevo. El intento fracasa.

Edith se retira a Breslau el año 1919 para continuar sus trabajos científicos y esperar a que mejore la situación. También se interesa por la política y toma en ella parte activa. Sus disertaciones sobre “Individuo y comunidad” y sobre el estado manifiestan sus ideas acerca de los problemas de la época. Investiga el lugar del individuo en la sociedad y a la inversa, y plantea continuamente problemas religiosos. Limita Edith las atribuciones del estado diciendo que éste no puede ser portador de valores religiosos, y que, por consiguiente, tampoco tiene derecho a intervenir en la esfera religioso-personal del hombre. Parece como si Edith, a la vista de los acontecimientos del año 1917 en Rusia, tuviera un presentimiento de la futura catástrofe de los

⁹ O. c., pág. 210.

sistemas dictatoriales ateos de Europa. El resultado de sus investigaciones es siempre la "indisoluble singularidad" de la persona humana, la cual se encuentra inmersa en un contexto espiritual de ciertas realidades. Junto a sus trabajos filosóficos, Edith, en Breslau, enseña privadamente fenomenología y sigue esforzándose por esclarecer definitivamente sus problemas religiosos.

6

Decisión religiosa por influjo de Teresa de Avila

Después de hundirse su fe judaica infantil, Edith había esperado de la ciencia una respuesta a los últimos interrogantes de la vida. La filosofía la aproxima al "fenómeno" de la fe, pero el problema religioso sigue sin resolver. Incluso la experiencia religiosa no suprime en ella la escisión entre conocimiento y voluntad. Falta, por así decirlo, una mano mediadora, que dé el último impulso e inflame el alma de Edith. Una vez más, Dios no actúa directamente. Estimula, desde luego, al alma en su interior, pero es designio suyo que las gracias decisivas se reciban por medio del trato humano. Con frecuencia actúa Dios por medio de sus santos y, con admirable comprensión, se acomoda a las necesidades de cada alma. En los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola aprendió Edith que no basta con leerlos, sino que hay que llevarlos a la práctica. Además del Evangelio, se dedica ella a la lectura del danés Sören Kierkegaard, filósofo de la religión. Lee su "Ejercitación del Cristianismo". Pero su insistencia en la soledad del hombre ante Dios, su concepción unilateral de la fe, que es interpretada tan sólo como aventura, como salto hacia lo incierto, no la satisfacen.

Pero he aquí que en el verano de 1921 se produce el "milagro" que "pone fin a la prolija búsqueda de Edith tras la verdadera fe". Edith pasaba muchas veces largas temporadas en la finca de sus amigos, el matrimonio Conrad-Martius, en Bergzabern. Eduvigis Conrad-Martius escribe a este propósito: "Era... natural que Edith, como otros muchos fenomenólogos, nos visitase frecuentemente durante semanas allí donde estuviésemos domiciliados. Sus amigos eran nuestros amigos. Nuestros amigos eran sus amigos... Cuando Edith estuvo por última vez durante meses con nosotros, nos encontramos las dos en crisis religiosa. Caminábamos como en un camino estrecho, una junto a otra, atendiendo cada una en cada momento a la llamada divina. Esta se produjo, pero nos llevó hacia direcciones confesionalmente distintas."¹ Durante una noche veraniega en Bergzabern, Edith toma para leerlo un libro del anaquel de sus amigos. Los dos esposos estaban fuera de casa; Edith está sola. El título del libro escogido es éste: "Vida de Santa Teresa de Jesús". Se trata de una autobiografía. Edith lee incansable, se engolfa en la lectura durante toda la noche, y, cuando termina de leer el libro, dice para sí: "Esto es la verdad."

Para comprender lo que aquí ha pasado, hay que saber quién es Teresa de Jesús. El hecho de que Teresa, la gran reformadora de la Orden Carmelitana, natural de Avila, sea una de las más santas e inteligentes mujeres de España y en general de la Iglesia Católica, no es aquí lo más importante. Más bien debemos preguntarnos: ¿cuál es la verdad que a Edith descubre Teresa en su "Vida"? ¿Cómo realiza ella en una sola noche lo que no pudieron alcanzar muchos días? Edith, que desde

¹ «*Edith Stein: Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, págs. 65. 72.

su niñez lucha por esclarecer el mundo interior del espíritu, y a quien quema el alma el problema del sentido y finalidad de la vida humana, encuentra en Teresa una maestra que no sólo completa maravillosamente a la filósofa, sino que la lleva consigo hasta la luz íntima del alma, hasta el mismo Dios.

En la biografía de Teresa lee Edith sin respirar su propio destino. Dios no es un Dios de la ciencia, sino que Dios es amor. Sus misterios no los descifra el entendimiento, que procede paso a paso a base de conclusiones, sino la entrega amorosa. Teresa no sólo es una de las más grandes místicas, que conoce por experiencia el amor de Dios, sino que también es sicóloga y una maestra del conocimiento propio. Sabe aunar el más elevado fervor místico con una pedagogía clara y realista. Los “prejuicios metafísicos” de Edith, su temor inconsciente al encuentro definitivo con Dios, se van a pique ante la esplendente realidad de que “nadie ha penetrado tanto en las profundidades del alma como aquellos que habían abarcado al mundo con cálido corazón y por la poderosa mano de Dios fueron liberados de los lazos de ese mundo e introducidos en la más íntima esfera personal”.³ El espíritu de Edith, sediento de saber, y su amante corazón han luchado por el amor divino en forma parecida a la de Teresa. La obscuridad de su alma comienza a brillar con la luz que Teresa derrama en ella. La mística no ve tan sólo los “fenómenos”, la movida superficie de la vida anímica, sino que voluntad, entendimiento, memoria y substancia del alma son para ella innegables hechos de experiencia. Respira desahogadamente Edith cuando, durante la lectura, comprueba dichosamente que lo “más íntimo y

³ «*Endliches und Ewiges Seim*» («Ser Finito y Ser Eterno»), pág. 42 (vide también nota 2).

propio” del alma no es un desconocido factor X, que la ciencia propone para explicar los hechos anímicos, sino que es “algo que se nos puede hacer claramente perceptible, aun cuando siempre siga siendo misterioso.”³ Este descubrimiento se le ofrece a Edith en cada una de las páginas de Teresa. En efecto, las palabras de la gran santa española son un himno continuo a la misericordia de Dios, que saca al alma luchadora de las sombras de muerte del alejamiento de Dios y la introduce en su luz viviente.

Lo que Teresa encontró en Agustín es lo que Edith encuentra en Teresa: “Alabado sea Dios, que me dio vida para librarme de muerte tan terrible... Dios mío, cómo me espanta la dureza de mi alma, a pesar de las muchas ayudas que de Ti recibía. Considero cuán poco poder tenía yo sobre mí y las cadenas que me estorbaban entregarme a Ti... Pues bien advertía yo que no vivía, sino que luchaba con una especie de sombras de muerte... Por eso mi alma estaba ya extenuada y con gusto se hubiera entregado al descanso.”⁴ Edith puede verse reflejada en cada una de estas palabras. De qué clase son esas “sombras de muerte”, nada importa para la conversión. Sea la sensualidad, como en el caso de Agustín, la afición al trato mundano como en Teresa, o la concepción científica del mundo como en Edith, lo importante es que el alma descubre a esa muerte que la priva de libertad para entregarse totalmente a Dios. Libertad y verdad, esos postulados de la persona humana, tan importantes para Edith, se encuentran con igual intensidad en la sed que Teresa siente por la verdad. El manantial que da la salud y

³ O. c., pág. 43.

⁴ *Santa Teresa de Jesús, «Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús»*, Apost. de la Prensa, Madrid.

la vida y que transforma al alma recalcitrante es para Teresa la oración interior. Insiste continuamente en que toda salvación, toda liberación del apego al propio yo, y todo bien le viene al alma de esa oración interna y silenciosa. Edith se considera como un caminante que, tras larga y trabajosa noche de camino, vislumbra de pronto la luz del alba, y, a medida que se va elevando el sol de Dios, se le va descubriendo el paisaje del alma.

¿No conoce ya Edith desde hace tiempo esa oración interior, ese contacto del alma con Dios, que le da fuerzas en Cristo? ¿Por qué no ha sido perseverante en ella? Teresa le da la respuesta: “Porque no dejamos todo de una vez, por eso no se nos comunica de una vez el tesoro del perfecto amor.”⁵ Hace falta gran valor para recorrer ese camino, “pues muchos empezaron hace ya tiempo a practicar la oración interior y nunca acaban de llegar a feliz término. Esto proviene... generalmente de que no se abrazaron desde el principio con la cruz.”⁶ Una vez más se encuentra Edith con el misterioso signo de la cruz, sin el cual no es posible el verdadero amor a Cristo. Teresa le arranca una venda de los ojos enseñándole a dejar que descansa el entendimiento activo. Pues Dios desea visitar al alma en la soledad y el silencio, lejos de todos los consuelos terrenos y de todos los ruidos del caviloso entendimiento. “Al tiempo de orar se debe, pues, dejar el alma tranquila, y dejar a un lado la ciencia”, advierte Teresa. “Tiempo vendrá que (las letras) aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a Su Majestad, porque ayudan mucho. Mas, delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto

⁵ O. c.

⁶ O. c.

de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba —como a la verdad lo es delante de su presencia—, pues Su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.”⁷ ¿Podría Edith encontrar una maestra mejor? La Mística Doctora a todas las preguntas de la filósofa siempre da la misma respuesta: Que la locura de la cruz es el comienzo de la verdadera felicidad. Teresa a la honra y estima de este mundo la llama abominación a los ojos de Dios y revela a Edith la verdad del alma, que consiste en hacerse como niños ante Dios.

Cuando Edith cierra el libro, su espíritu ha salido del abandono y ha encontrado el camino de su casa. En un solo instante se le brinda el fruto de una fatigosa lucha. “El sol del amor divino” abraza al cansado caminante. Pues, cuando Dios “ha visto al alma, como una avecica, volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar a Dios y contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!”⁸ Y con Teresa puede exclamar Edith: “¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disparate huir

⁷ L. c., pág. 145. Se habrá observado que en las citas de Santa Teresa unas veces se reproducen literalmente las palabras originales castellanas de la santa, y otras se da una traducción del texto alemán; se debe esto al hecho de que, en la biografía que traducimos, sólo se indica la página de la edición alemana de las obras de santa Teresa, y no el capítulo y el número, por lo que no siempre se puede localizar fácilmente su correspondencia en la edición castellana, que utilizamos, la del P. Silverio de Santa Teresa, Burgos 1954 (Nota del traductor).

⁸ O. c., pág. 166.

de la luz para andar siempre tropezando!”⁹ La nueva luz de Dios de tal manera subyuga a Edith, que vuelve a encontrar su resolución de antaño. En la doctrina mística de Teresa encuentra ella la confirmación de su propia experiencia de Dios. Sabe que todavía se encuentra en los comienzos de la mística, pero ya se siente arrastrada por los horizontes que Teresa le descubre. Edith pone en seguida manos a la obra. Está dispuesta a tomar sobre sí todas las dificultades que lleva consigo la nueva vida. Teresa la anima con estas palabras: “Si el alma saborea una sola gota de este reino, le da hastío todo lo terreno; ¿cuánto más, si se sumerge completamente en esas aguas?”¹⁰

Edith empieza por comprarse un catecismo y un misal católico. Después de haber estudiado los dos libros a fondo, entra Edith por primera vez en una iglesia católica. En la iglesia parroquial de Bergzabern está celebrando la santa misa el consiliario espiritual Breitling. Edith asiste con la máxima atención, y comprende todas las ceremonias. Después de la santa misa decididamente pide al sacerdote el bautismo. Toda espera se le hace larga. Breitling queda sorprendido y le hace saber a Edith que antes es preciso someterse a cierto período de preparación. Pero Edith no se da por vencida y pide que la examinen. Su examen resulta tan brillante, que se fija el bautizo para el 1 de enero del año siguiente. Como un niño, después de conocida la verdad se pliega ella sin reservas a todos los requisitos eclesiásticos. Para Edith carece de problema lo que la mayor parte de los conversos sólo comprenden poco a poco, a saber: la Iglesia como institución. Con segura mirada capta ella el latido del misterioso Cuerpo de Cristo,

⁹ O. c., págs. 175, 176.

¹⁰ O. c., pág. 198.

la celebración de la muerte sacrificial del Señor en la santa misa. Desde ahora esa concelebración diaria de la Pasión del Señor constituye el centro de su vida.

Edith regresa de Bergzabern a Breslau. Exteriormente su vida sigue como de ordinario. Da clases, prosigue sus trabajos científicos y se dedica a atender con el natural esmero a su madre y a la creciente caterva de sobrinas y sobrinos. Pero interiormente anda preocupada por no saber cómo comunicar a los suyos la trascendental decisión. Por esta época Edith conoce al profesor Günther Schulemann, que era entonces director espiritual de estudiantes y vicario de la catedral. Con él puede ella hablar claramente de sus propósitos de conversión, de su preocupación por su madre, de tan arraigada fe judaica, la cual, a buen seguro, no aprobaría sus planes. También le expone sus problemas científicos, le habla de Friburgo y de su actividad con Husserl. Schulemann queda prendado de la modestia de Edith, tras la cual oculta sus amplios conocimientos. Schulemann no es precisamente un entusiasta fenomenólogo y aconseja reiteradamente a Edith que estudie a santo Tomás. De buena gana se deja ella aconsejar y no da la menor señal de “porfiada e indócil”. Schulemann dice de ella: “Su gran modestia era realmente edificante. Tenía un natural pacífico y sencillo, ya entonces parecía una religiosa. Mi antigua patrona, que desde luego no solía pasar por alto los lados oscuros de las personas, decía muchas veces: ‘¡Vaya una criatura modesta! Tiene que ser buena por fuerza!’ ”¹¹

Una gran ayuda supone para Edith por aquella época la amistad de una filósofa judía, a quien ella da lecciones de fenomenología. Con ella trata Edith acer-

¹¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 286.

ca de sus esperanzas y conflictos, y con gran comprensión sigue la amiga su conversión. Un gráfico relato de la profesora, señora Koebner, da buena idea de la situación de Edith por aquel entonces.

“En el invierno de 1918 —escribe ella— el profesor Julio Guttmann, encargado de cursos filosóficos en la universidad de Breslau y profesor mío de filosofía, me aconsejó que me iniciara en el método fenomenológico. Le parecía oportuno que estudiara un año con Husserl. Pero por razones personales no pude salir de casa, y a esto se añadió, por fortuna, que el profesor Guttmann sabía que Edith dejaba a Husserl y se venía a Breslau. Guttmann preguntó a la doctora Edith si podría iniciarme en el método fenomenológico y se esforzó porque nos conociéramos mutuamente. El nombre de Edith Stein como filósofa era ya bien conocido en los círculos especializados, y el profesor Guttmann me decía: Si tiene usted la suerte de que ella trabaje con usted, entonces no puede encontrar mejor introducción al método fenomenológico de investigación. De este modo, por mediación de Guttmann conocí a la doctora Edith y quedé sorprendida de su sencillo aspecto y de su comportamiento recatado. Pero ya en esta primera conversación, de carácter general, me hizo honda impresión la gran agudeza y claridad de sus escasas observaciones. Dada la gran estima que Edith tenía del profesor Guttmann, me fue útil la recomendación de éste para convenir entre nosotras una especie de clases particulares: Podía ir a su casa dos veces por semana para trabajar. Las clases en su despacho eran rigurosas, pues tomaba el trabajo muy en serio y sabía maravillosamente aclararme aquella materia, desconocida para mí, mostrándose siempre paciente, incansable, realista. No tardé en percatarme de la mag-

nífica maestra que me había cabido en suerte, y, como Edith Stein se proponía permanecer en Breslau y estaba empeñada en practicar concienzudamente la enseñanza, nuestro mutuo acuerdo no tardó en convertirse en una práctica consolidada. No había transcurrido largo tiempo, cuando a las clases siguió la invitación a una taza de té, y con este motivo empezó a darme a conocer con sus relatos el amplio grupo de los amigos fenomenólogos. De esta manera conocí al círculo de Husserl y de su escuela, en especial a la señora Conrad-Martius, entrañable amiga suya, y yo me encontraba en el círculo de Gotinga como en mi casa, a pesar de no haber visto nunca a ninguno de sus componentes. No es posible describir la habilidad de Edith para narrar y caracterizar. Un mundo nuevo se abría ante mí. A lo largo de aquella época —este trato íntimo se prolongó hasta que Edith partió para Espira— me mostraba todas las entradas, como llamaba ella a las cartas de amigos, que a diario recibía de todo el mundo, y yo me maravillaba de su gran interés por todos los trabajos científicos y por las mismas vidas de los científicos. Ella corregía los pliegos manuscritos que sus amigos le enviaban continuamente por correo, pues no querían publicar los trabajos sin su dictamen crítico. También quiero hacer mención de sus modales: Me enseñaba muy bien lo que eran las fiestas, tal como los cumpleaños y en general los festejos de familia. En ella todo revestía un sentido elevado, una alegría ultraterrena irradiaba de su ser y transfiguraba las acciones más ordinarias. Siempre disponía de tiempo para todo. Comprendía ella que debía vivir junto a su madre y que también debía participar en la vida de la gran familia... Su madre significaba para ella el centro de gravedad de su vida; vivir para ella siempre ocupaba

el primer lugar. De ahí su preocupación al prever el distanciamiento que supondría entre ellas su conversión, aunque en realidad esa conversión no hizo sino intensificar aún más la vinculación a su madre.

"Allá por el segundo año de nuestra amistad empezó Edith a leer los libros de Santa Teresa —como antítesis de Kierkegaard, cuya Ejercitación del Cristianismo no le satisfacía. Leía en alta voz; más que lectura, aquello era como una oración. Esto duró muchos meses. Me acuerdo que a menudo decía que lo contenido en estos libros no lo encontraba en la religión judaica, que ella conocía desde su niñez y que en la casa de su madre se vivía genuina y profundamente. Y que ella debía vivir y practicar lo que allí se decía era un postulado de la verdad eterna, que era lo realmente importante. Las luchas de Edith comenzaron cuando dejó a Husserl. Ella anhelaba entregarse por completo a la verdad, pero no creía que la verdad de la ciencia, que ella tan a fondo conocía, fuera lo definitivo, a lo que hubiera que entregar su vida. Decía que la verdad eterna brillaba en la Iglesia, no en la universidad. Así pensaba, mientras realizaba una limpia labor científica y, como auténtica investigadora, estimaba en mucho el valor del trabajo científico... Un día me mostró Edith el libro de rezo de los sacerdotes. Lo guardaba como un precioso tesoro. No recuerdo de dónde le había venido. Todos los domingos me traducía algo de ese libro, pues entendía el latín lo mismo que el alemán, y era admirable ver con qué devoción, respeto y honda alegría leía las oraciones del Papa Gregorio y se dejaba penetrar de su espíritu. Y que todo esto no se podía encontrar en la iglesia luterana y que ella no podía hacerse evangélica, aunque

eso se le dispensaría más fácilmente; todo esto lo iba viendo poco a poco y así iban pasando los años.

"Ponía el mayor cuidado en no ofender jamás a su madre, la cual, sin embargo, comprendió a su queridísima hija antes de lo que podía suponerse. Cierta día me dijo que iba ordinariamente a la iglesia, a misa primera, a fin de estar de vuelta antes de que los demás de la casa despertasen y alguien pudiera notarlo... Pero después la madre me dijo con amargas lágrimas que siempre había oído la puerta, aunque Edith tuviera mucho cuidado, y que sabía que únicamente podía tratarse de Edith, la cual sólo podía dirigirse a la iglesia. Pero de esto jamás le había dicho ni una palabra a Edith. Como yo frecuentaba bastante la casa, la madre tomó confianza conmigo y desahogaba su apesadumbrado corazón, especialmente después, cuando Edith estaba en Espira. Madre e hija se querían entrañablemente, y Edith Stein no tenía más deseo que el de hacer bien a su madre, aunque también tenía que seguir el camino para el que se sentía llamada. Cuando venía de visita, si se trataba de algún día de fiesta en que la madre no utilizara el coche, la acompañaba a pie hasta la sinagoga, recorriendo un largo y penoso camino. En la lectura en común de Teresa me manifestaba Edith su auténtica vida interior y se podía apreciar hasta qué punto la atraía esa vida y encontraba en ella su atmósfera familiar. Pero jamás se distanciaba de su familia; era capaz de incansable entrega; aun cuando ya hacía tiempo que había encontrado su camino y sólo tenía que pensar en la manera de recorrerlo, no restaba atenciones ni afecto a los hermanos, sobrinas y sobrinos. Era la más abnegada enfermera y asistente maternal; la sonrisa con que cuidaba a los pequeñitos que nacieron en casa durante sus primeros años

en Breslau procedía de otro mundo. Era demasiado lista para no ver la actitud de la familia en relación con su vida futura, pero por ambas partes jamás hubo desavenencias; tan sólo duros sufrimientos. A la madre se le hacía algo horroroso ver hacerse católica a su queridísima Edith. Pero ésta, a pesar de la firmeza de su propósito, estaba tan llena de caridad y de humildad, que nunca dio la menor impresión de egoísta. Desde un principio era un penoso y doloroso camino el de Edith, al ver que tenía que contrariar a su querida madre; pero a la vez sentía la mayor dicha por incorporarse ya a su vida esencial y verdadera. Cada vez se sentía más segura a medida que veía más claramente los abismos que se le abrían por doquier. Se hacía más libre y más grande cuanto más difíciles iban siendo las circunstancias externas. Su fidelidad se mantenía inquebrantable.

"Hacía ya tiempo que había quedado en claro que para mí la fenomenología no era la meta, sino un método que me enseñaba a complementar el método crítico de Kant, pero no a sustituirlo. Sobre todo Edith lo veía esto claramente, pero jamás se mostró desinteresada por mis problemas estéticos, como tampoco, cuando ya llevaba bastante tiempo en el Carmelo, se aisló de mí jamás. Con sus amistades se mostraba ella diáfananamente sincera y se hacía una idea exacta de sus trabajos y de su vida. Sólo se preocupaba de ayudar a los demás. Su propia franqueza hacía que todos se le franquearan también a ella. Sus juicios eran los más sinceros, pero no herían, sino que ayudaban, pues jamás los formulaba con aires de superioridad. En todo cuanto trabajaba y hacía era fácil advertir que con nada se daba por contenta. No sabía lo que era satisfacción. Estaba sedienta de entrega, de abrirse a lo más

elevado. El hecho de manifestar a los demás sin reservas sus propias experiencias, hacía del trato con ella una vivencia singular. Ella recorría sola su camino, pero siempre ayudaba y acompañaba a los que se encontraba; cualquier factor de discordia desaparecía en su presencia. Daba de lado a todas las diferencias sociales y de cualquier clase, pues su conducta sólo tenía a la vista la eternidad. Edith sabía que yo jamás abandonaré mi fe judaica, y por eso ella, mientras vivió, tuvo conmigo la dolorosa delicadeza de no intentar nunca apartarme de esa fe. Tan sólo sobre esa base podía mantenerse firme nuestra amistad.”¹²

Estos preciosos recuerdos demuestran el enorme atractivo que ejerce Edith sobre todas las personas que la tratan de cerca. Su autoeducación y capacidad de sacrificio se unen con la nueva felicidad religiosa en admirable armonía. Cuando el 1 de enero de 1922 recibe el santo bautismo, encuentra su verdadera e íntima vida. El gozo de la nueva cristiana no conoce límites. Estamos ante un acontecimiento realmente “ecuménico” en el más hondo sentido de la palabra, cuando la filósofa evangélica Eduvigis Conrad-Martius acompaña a la pila bautismal a su joven amiga católica. Dos pensadoras de rango europeo han encontrado el camino hacia Cristo, y su íntima amistad, a pesar de la diversidad confesional, no sufre menoscabo alguno. En la sagrada ceremonia Edith lleva el traje nupcial de su amiga, la cual, con licencia del obispo, hace de madrina suya. El mismo día recibe Edith también el Cuerpo del Señor, y todos están emocionados ante la felicidad infantilmente pura de la neoconversa. El día de la Purificación de María, 2 de febrero de 1922, recibe Edith en el sacramento de la confirmación la gracia

¹² *O. c.*, pág. 225.

especial del Espíritu Santo. Ya está sellada la alianza con Dios, pero ahora es cuando se abre ante ella la dolorosa escisión con su querida familia.

La conversión de Edith se realiza bajo el signo de la cruz. A imitación de Teresa, quiere ella abrazarse animosamente con la cruz para demostrar su amor al Señor. En agradecimiento a su madre espiritual, elige como nuevo nombre de pila el de Teresa. Si hasta ahora para Edith —como para sus hermanos y amigas— el pensamiento de casarse había sido algo natural, ahora ya cambian las cosas. La gracia de su nuevo nacimiento en el Espíritu Santo es de tales dimensiones, que Edith advierte claramente en sí la vocación de dedicar totalmente a Dios su vida futura. Quiere acompañar a Teresa al Carmelo.

“Cuando el 1 de enero de 1922 recibí el santo bautismo” —escribe Edith— “mi idea era que aquello no era sino una preparación para entrar en la orden. Pero, cuando algunos meses más tarde, después de recibir el bautismo me presenté por vez primera ante mi madre, advertí claramente que ella no estaba preparada para el segundo golpe. No es que se fuera a morir por ello, pero la llenaría de una amargura de la que yo no quería ser responsable.”¹³ Al notificar sus planes en casa, Edith contaba con lo peor, incluso con una expulsión de la familia. Pero la reacción de la madre es sorprendente. La madre Teresa Renata escribe en sus memorias: “Edith no utilizó el fácil recurso de una notificación epistolar. Arrodillándose ante la madre —clavando sus ojos en los de su madre— dijo con mansedumbre y firmeza: Madre, soy católica. Y aquella mujer, que con heroísmo bíblico había arrostrado su destino y con sus siete hijos había llegado

¹³ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 133 (vide también nota 4).

a las cumbres de la vida, sintió desfallecer sus fuerzas: empezó a llorar. Esto no lo había esperado Edith. Jamás había visto llorar a su madre. Estaba preparada para recibir reprimendas, e incluso no le hubiera extrañado una expulsión de la familia; pues no se le ocultaba el santo celo de su ferviente madre. ¡Aquella mujer fuerte lloraba! También corrían las lágrimas de Edith. Aquellas dos almas grandes, que se sabían unidas por los más íntimos lazos de la sangre y que, sin embargo, reconocían en aquel momento que sus vidas se iban por distinto rumbo en forma irrevocable e incompatible, se levantaron por la fuerza de su fe para ofrecer a Dios en el altar de su corazón, cada una a su manera, aquel sacrificio exigido por las inmutables leyes del Altísimo.”¹⁴

Ante la manifestación de Edith, la familia queda como petrificada. Los hermanos no saben de quién admirarse más, de la madre o de Edith. La familia Stein ve en el catolicismo una especie de secta supersticiosa, por tener a la vista tan sólo costumbres populares del catolicismo silesiano. Los hermanos no pueden imaginarse a su querida Edith “hincándose de rodillas” y “besando los zapatos de los sacerdotes”. Pero el amor de la madre ahonda más. Comprende ella que su ferviente ira religiosa no es aquí oportuna, pues en forma inconcebible Dios ha puesto su mano sobre su amadísima hija. Una conocida de la familia escribe: “Estoy convencida de que la transformación que se había producido en Edith y que, como poder sobrenatural, irradiaba de todo su ser, desarmó a la señora Stein. Como mujer temerosa de Dios, percibía, sin comprenderlo, el halo de santidad que envolvía a su hija, y, aunque su dolor era realmente terrible, hubo de reconocer

¹⁴ *O. c.*, págs. 77, 78.

decididamente su impotencia para luchar contra el misterio de la gracia.”¹⁵ Dios es el manantial vivificante tanto en el corazón de la madre como en el de la hija. A las dos les comunica El un rayo de su santidad; a la judía bajo el velo de religiosidad veterotestamentaria, a la cristiana a través de la virtud redentora de la cruz de Cristo. Por la gracia de Dios, las relaciones familiares no sufren menoscabo. Como hasta ahora, Edith sigue acompañando a su madre a la sinagoga. Con extrañeza de la señora Stein, Edith se une a ella en el rezo de los salmos durante los oficios religiosos, valiéndose de su breviario romano. Tampoco la madre puede abstraerse al misterio de la gracia. Con razón puede decir: “Jamás he visto rezar a nadie como a Edith.”¹⁶

A pesar de los reparos maternos, la dicha de Edith es cada vez mayor. Su alma está sedienta de silencio y soledad. Por fin ha encontrado el camino del hogar paterno y desea apagar su sed en la fuente de la verdad. Con Teresa puede Edith decir jubilosamente: Comprendí “qué es andar un alma en la verdad ante la misma Verdad... En esta verdad divina he conocido yo verdades muy importantes, y mucho mejor que si me hubieran enseñado muchos sabios... La Verdad de la que he dicho que se me dio a entender es la Verdad en sí misma. No tiene principio ni fin, y todas las demás verdades brotan de esta Verdad, como todo amor brota de ese Amor y todas las grandezas de esa Grandeza. Pero todo esto lo he expresado obscuramente en comparación con la claridad con que el Señor quiso dármelo a entender.”¹⁷

¹⁵ O. c., pág. 76.

¹⁶ O. c., pág. 78.

¹⁷ «Das Leben der hl. Theresia von Jesús», Kösel-Verlag, Munich-Kempten, 1952, pág. 413.

Vocación al silencio y labor con la juventud

Los años que siguen a la conversión de Edith son una época muy fecunda de profundización interna y externa en el Cuerpo místico de la Iglesia de Cristo. Diversos factores contribuyen decisivamente a hacer de la vida de la neoconversa una singular y potente irradiación de la Iglesia. La irrupción de la luz interior de Dios es tan potente, que Edith se aleja cada vez más de la filosofía, para echarse en brazos del Dios bondadoso. Su natural decidido la impulsa a una entrega radical. No tiene más anhelo que el de seguir a Teresa de Avila al huerto de la contemplación. Más tarde escribirá ella: "En la época inmediatamente anterior a mi conversión y durante una buena temporada después de la misma pensaba yo que llevar una vida religiosa era renunciar a todo lo terreno y vivir pensando exclusivamente en las cosas divinas."¹ "El bondadoso vicario general Schwind, a quien Edith llega a conocer en Espira, le enseña algo distinto. Rechaza él rotundamente todos los planes prematuros de vida claustral, aun en atención a su madre, y le impone un

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV: A diversas personas. 101.

largo período de espera en el mundo. A lo largo de diez años, Edith plantea con el mismo tesón la cuestión de su ingreso en el convento, y siempre escucha de sus directores espirituales la misma respuesta: no. Es realmente de admirar con qué rapidez consigue el carácter independiente e inteligente de Edith transformar su energía espiritual en una obediencia humilde y absoluta. Como Santa Teresa pone en guardia a la principianta de no confiar demasiado en sí misma, Edith escoge al prelado Schwind como padre espiritual y pone confiadamente en sus manos el destino de su alma. Para poder acceder a su inclinación por el silencio y el recogimiento, el prelado Schwind le permite dejar provisionalmente la filosofía y él mismo se encarga de proporcionarle un puesto de trabajo en el que pueda actuar como maestra en un marco de recogimiento. Las dominicas de Santa Magdalena están encantadas de la oferta del vicario general, pues necesitan con toda urgencia una buena profesora de alemán; Edith está satisfecha y se adapta pronto, como siempre, a las nuevas circunstancias. Santa Magdalena se convierte para ella en campo de actividad durante los próximos ocho años, y se siente dichosa de poder vivir dentro de una atmósfera conventual.

Así, pues, el alma de Edith ha encontrado su reposo. La fenomenóloga ha renunciado a toda gloria científica y está ansiosa de percibir en la soledad la voz de Dios. ¿Quiere decir esto que ya ha terminado su búsqueda de Dios? ¡De ningún modo! Más bien esa búsqueda pasa a un nuevo plano. Lo que el Señor dice a Teresa también se lo dice a Edith-Teresa: “Hija, el alma se hace nada, para poder adentrarse mejor en mí; ya no es ella la que vive, sino que yo vivo en

ella.”² En Edith la búsqueda de Dios se convierte en un descubrimiento cada vez más profundo de Dios en la propia alma y en el alma de los prójimos a ella encomendados. El fatigoso y sencillo día de trabajo de una maestra exige mucha energía y dedicación y no deja a Edith mucho tiempo para entregarse a la oración amorosa en la soledad. Poco a poco se va acostumbrando a renunciar a los goces interiores, cuando Dios así lo dispone, para así demostrar visiblemente su amor. Anhela ganar las almas para los planes de Cristo mediante su unión personal con Dios.

Edith se entrega de lleno a la obra. Realiza su labor educativa con espíritu apostólico, y su comprensión cálida y maternal toma contacto muy pronto con los discípulos y necesitados. Ejerce su labor docente en el liceo femenino y en la escuela normal de maestras. Así, pues, su círculo de discípulos abarca muy distintas edades; a ellos se suman las jóvenes dominicas que se preparan para la docencia, y las aspirantes al claustro. Un amplio campo de trabajo, realmente. A todos se dedica Edith con la misma paz y olvido de sí misma. Actúa menos con palabras que con su mismo ser. Esto lo corroboran muchos testimonios de sus antiguas alumnas. Y así leemos en cierto relato: “Rápidamente se ganó los corazones de las alumnas. Para todas nosotras era ella un luminoso dechado, que todavía hoy sigue influyendo. Con la mayor modestia y llaneza, casi inadvertida, recorría el silencioso camino de su deber, siempre equilibradamente amable y abierta para con todos los que buscaban su ayuda.”³ Edith busca el ocultamiento, para ahondar más en su vida de fe y

² «*Das Leben der hl. Theresia von Jesús*». Kösel Verlag, Munich-Kempten, 1952, pág. 168.

³ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 134.

vivir con la mayor fidelidad la imitación de Cristo. Pero, cuanto más se oculta, tanto más radiante aparece la luz interior de su unión con Dios ante todos los que la tratan.

Dios quiere que la vida de Edith sea ejemplar bajo muchos aspectos. No sólo es compañera del moderno ateaísta en el camino hacia Dios, sino que, antes de poder ascender al monte Carmelo, ha de ejercer la labor docente en la escuela y en la academia en forma ejemplar. Su actividad callada y responsable en Espira es el fecundo comienzo sobre el que se funda su posterior actividad pública en el mundo femenino. Antes de enseñar públicamente, aprende Edith en el reducido marco de la escuela monástica las dificultades y exigencias del magisterio. Así escribe en una carta: "Lo más importante es que las maestras posean realmente el espíritu de Cristo y lo asimilen vitalmente. Pero, además, es misión suya conocer la vida en la que los niños han de entrar. La actual generación joven ha pasado por muchas crisis; ella es incapaz de comprendernos, pero debemos procurar comprenderla, pues sólo así podremos tal vez ayudarla un poco."⁴ ¡Qué mesura, adaptabilidad y comprensión de la situación real dejan traslucir esas palabras! Edith es siempre persona realista, que cuenta con los hechos. Edith es realista y consecuente en el modo de enseñar, pero para ella significa menos la ciencia en sí misma que la formación integral de la persona espiritual. Teresa de Avila habla de los frutos de la unión con Dios: "gozo espiritual", "humildad" y "piedad de corazón". Estos frutos se le comunican a Edith abundantemente a lo largo de su labor educativa y los irradia en los corazones de sus alumnas. En un relato leemos lo siguiente: "En reali-

⁴ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 104.

dad ella era toda para nosotras. Todavía éramos muy jóvenes, pero ninguna de nosotras ha olvidado el encanto de su personalidad... Para nosotras, en aquella edad crítica, Edith nos servía de ejemplo con su misma actitud. No podría repetir ninguna sentencia suya, pero más que por no haberla retenido en la memoria, por el hecho de que ella era tan discreta y callada, que nos dirigía con su mismo ser... En sus juicios unía perfectamente la bondad y la justicia. Nunca la vimos de otra forma sino pacífica, delicada y discreta.”⁵

Edith posee, por lo tanto, indudablemente muchas cualidades de un moderno educador. La firmeza y rectitud de su carácter le dan una autoridad que por la bienhechora bondad de su corazón inspira confianza. Esto se manifiesta especialmente en la alegría de las horas de recreo. Edith disfruta en ir a pasear al campo con sus alumnas, las divierte con su buen humor y es para ellas una compañera amable y maternal. Su superioridad espiritual inspira a algunas cierta timidez y respeto. Véase lo que escribe una dominica: “A la señorita doctora la vi por vez primera desde la ventana de mi aula, cuando con libros bajo el brazo atravesaba el patio hacia el seminario. Me cautivó tanto su personalidad —de la cual yo ni siquiera sabía quién era—, que esa impresión nunca la he podido olvidar.”⁶ Esa timidez desaparecía tan pronto como se conocía a Edith más de cerca. Pero todos perciben “lo santo”, la sinceridad y espíritu consecuente de su vida. En ella todo es auténtico y verdadero. Prosigue la dominica: “Sin muchas palabras —tan sólo por su personalidad y por todo lo que de esa personalidad irradiaba— ella se convirtió en mi guía, no sólo para

⁵ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 37.

⁶ *O. c.*, pág. 140.

mis estudios, sino también para toda mi vida moral. Junto a ella se respiraba la atmósfera de lo noble, puro y sublime, que elevaba a los demás.”⁷ Con Edith las chicas se sienten espiritualmente comprendidas y maternalmente acogidas. Véase lo que escribe otra:

“En los trabajos escolares podía yo consignar libremente mis opiniones personales y mis sentimientos más íntimos, pues esos trabajos llegaban tan sólo a sus manos. Tenía el más hondo convencimiento de que allí podía decirlo todo, con toda sinceridad y verdad, sin peligro de ser mal comprendida... Muchos sufrimientos me oprimían por entonces, pero me fue más fácil olvidarlos que la pérdida de sus lecciones al verme precisada a cambiar de instituto.”⁸

Edith es para las alumnas no sólo maestra, sino también madre espiritual, cuyo cariño suple con frecuencia lo que a las jovencitas les faltaba en la casa paterna. Sus verdaderos hijos son especialmente los oprimidos y los interiormente atribulados. Sabe perfectamente conllevar y compadecer. El Padre Przywara, S. J., compara el influjo de Edith entre la juventud religiosa en Espira con el de una maestra de novicias. Conoció a Edith el año 1925 y pudo observar su actuación. Escribe de ella: “Edith Stein... en Santa Magdalena en Espira no sólo era la mejor educadora de sus alumnas, sino que también, gracias a la acertada dirección de la priora general de entonces, ejercía un influjo decisivo sobre las religiosas y aspirantes. Santa Magdalena debe a Edith Stein sus mejores miembros, que todavía hoy saben hasta qué punto Edith fue su verdadera maestra de novicias.”⁹ Incluso en la normal

⁷ *O. c.*

⁸ *O. c.*, 143.

⁹ *Erico Przywara, S. J., «Edith Stein», en «In und Gegen», Editorial Glock und Lutz, Nuremberg, 1955, pág. 24.*

del magisterio es ella una colaboradora querida y estimada.

Pero así como el Corazón de Jesús tenía predilección por los pobres y los enfermos, así también Edith desea imitarle en eso. Ninguna desgracia es ajena a su espíritu compasivo. Nadie sabe cómo se las arregla la "señorita Doctora" para saber las direcciones de las personas más pobres. Junto a su agotador trabajo escolar y a la posterior actividad científica, para Edith el hombre ocupa siempre el primer lugar. "Sólo Dios sabe para cuántas personas Edith fue colaboradora, consejera y guía y con cuánta frecuencia acudió en ayuda de necesidades espirituales y corporales como ángel de la caridad. La afluencia de personas era grande muchas veces y su correspondencia era abundante. Pero siempre disponía de tiempo para los demás. Su conducta se amoldaba al principio, que ella formuló en una carta de esta manera: 'Por lo que respecta al trato con los prójimos: la necesidad espiritual del prójimo se abre paso a través de todos los mandamientos. Por lo demás, cuanto hacemos es medio para el fin. Ahora bien, el amor es el fin en sí mismo, pues Dios es el Amor'." ¹⁰ Este amor caldea e ilumina todo el ser de Edith de tal manera que todos admiran la armonía y el equilibrio de sus energías anímicas, las cuales ciertamente no sólo manifiestan una favorable disposición natural. Es inconcebible de dónde saca el tiempo suficiente, sobre todo al acercarse la Navidad, para preparar paquetes para los pobres y llevárselos ella misma a sus casas. En esa época hay una intensa actividad en su habitación. Todos sus amigos son obsequiados con alguna menudencia, y cualquier regalo

¹⁰ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 134.

lo envuelve cariñosa y esmeradamente en papel navideño. Edith tiene realmente tiempo para todo. Como ella precisa bien poco para su propia subsistencia, siempre tiene mucho para regalar. Pero la predicación más impresionante que la modesta "señorita Doctora" tiene en Espira es su incansable oración en la Iglesia. Como durante el día dispone Edith de poco tiempo para orar, prosigue por la noche su perseverante y amorosa oración. Muchas veces se deja encerrar por la noche en la iglesia del convento, y a la mañana siguiente, con la mayor naturalidad, se presenta de nuevo ante sus alumnas. Una de las chicas escribe: "Entonces presentíamos lo que significa armonizar perfectamente la conducta con la fe."¹¹ Edith enseña ciertamente con la palabra, pero lo que arrastra a los demás es, sobre todo, su ejemplo. Su anhelo hacia el Carmelo, hacia el lugar de su total entrega a Dios, la impulsa a esa íntima oración. El misterio del Dios eucarístico es la fuente de energía con cuya ayuda domina Edith su ajeteo diario.

Además de su actividad profesional, Edith sigue cordialmente vinculada a su familia y al amplio círculo de sus amigos. Aun después de su conversión los fenomenólogos y otros compañeros de estudios ofrecen a Edith sus manuscritos para que los examine. Vuelve a entrevistarse con el profesor Schulemann, a quien presenta a su hermana Rosa, la cual, con gran gozo de Edith, tiene también el propósito de entrar en la Iglesia católica. "Iba ocasionalmente a tomar el té en mi casa —refiere el profesor Schulemann— y alguna que otra vez se llevaba consigo también a su hermana. También ésta producía por entonces una profunda impresión. Aunque recordaba algo a Edith, tenía su peculiar y simpático carácter. Las muchas consideraciones

¹¹ *O. c.*, 37.

con las costumbres familiares, el necesario transigir durante largos años, para no perder a su heterodoxa madre, para no mortificarla, es más, para recobrar su confianza, imprimió tanto en Edith como en su hermana el sello de un gran autodomínio. Hablábamos también del judaísmo de nuestros días, de las usanzas en los días festivos, de los rigurosos ayunos, hasta el punto de que la ya octogenaria madre no osaba probar lo más mínimo en la fiesta de las expiaciones; hablábamos de la idea tradicional sobre la muerte (sobre todo la de los padres) como algo inaudito, que no debiera existir, de tal forma que aun la más leve alusión a la posibilidad de morir se consideraba como una falta inexplicable, y al producirse la muerte sólo cabían los lamentos y hasta los alaridos, sin admitir consuelo de ninguna clase.”¹² Teniendo a la vista esta actitud del judaísmo es como se comprende el que la piadosa aceptación de la muerte y la gozosa esperanza del más allá de la señora Reinach en la muerte de su esposo, hubiera dado a Edith el decisivo impulso hacia el cristianismo. Prosigue Schulemann: “En ciertas ocasiones y casualmente pude comprobar que Edith se pasaba largas horas ante el sagrario. Su actitud, indumentaria, sus movimientos y su compostura siempre eran equilibrados, sencillos, dominados y auténticos...

”Su vida, aun en vacaciones, se distribuía entre las prácticas de piedad, la ciencia y la inteligente y cariñosa participación en la vida familiar en casa de la madre. No solían faltar ocasiones de conflictos, en las que ella derrochaba paciencia y amor... La actividad con las dominicas, el equilibrio y la sosegada alegría de Edith ya habían hecho sospechar y decir a su madre que Edith tal vez le iba a hacer otra: irse al convento.”¹³

¹² *O. c.*, 286.

Así van transcurriendo los años en Espira, exteriormente tranquilos, al margen de la gran avenida de la ciencia. Edith vive como una “dominica entre dominicas” y privadamente hace los votos de pobreza, castidad y obediencia. Fuera del vestido, comida y habitación, no percibe sueldo ninguno por expreso deseo suyo. Mientras se afana por imitar la vida de Jesús en su ocultamiento y pureza evangélica, le llegan impulsos que pronto sacarán de quicio su tranquila vida en Espira.

¹⁸ *O. c.*

8

Encuentro con Tomás de Aquino

En Edith no ha desaparecido la pasión por la filosofía, si bien la pujante irrupción de la vida de fe suprime de momento su actividad. El problema que preocupaba a la filósofa está definitivamente concluido, ya que no es la razón humana la que descubre la última verdad, sino la experiencia religiosa, en la que Dios, que es la misma verdad, se le descubre al hombre. Pero al mismo tiempo que Edith busca a Dios por el camino del amor y no por medio del conocimiento intelectual, el mundo filosófico fija su atención en sus trabajos fenomenológicos realizados antes de su conversión. Edith abandona la ciencia, pero los científicos no la olvidan. En 1925, Erico Przywara ruega a Edith que traduzca las cartas del gran cardenal y convertido inglés, Juan Enrique Newman. Entre Edith y Przywara, y bajo el patrocinio del comprensivo prelado Doctor Schwind, se desarrolla un animado intercambio intelectual. Edith se alegra del trabajo que se le ha encomendado, y, como es natural, la cosa no se reduce solamente a Newman. Es algo providencial el que Przywara despierte en Edith la latente tendencia filosófica hacia la investigación de los principios, extendida

ahora al mundo de la fe. En una pensadora como Edith la dicha de la conversión, a la larga, tiene que echar unos cimientos más profundos que los exigidos por la usual pedagogía en la escuela. Przywara, al mismo tiempo que prosigue los estímulos de Schulemann y anima a Edith al estudio de santo Tomás, abre a la fenomenóloga un nuevo mundo.

Edith había encontrado entre las dominicas una patria intelectual, que ella aceptó con gran agradecimiento. Pero, cuanto más penetra su corazón en los misterios de la fe, tanto más intensamente se despierta en ella el anhelo de conocer las “bases ideológicas” de su nueva posición espiritual. Por eso acepta con su diligencia y realismo de costumbre la propuesta de Przywara. Este le encomienda la traducción de las “Quaestiones disputatae de veritate”, de santo Tomás, “Las investigaciones sobre la verdad”. Es este un trabajo prometedor, ya que esa obra de santo Tomás ocupa un puesto clave dentro de su edificio ideológico y brinda a la fenomenóloga una buena iniciación en la pedagogía escolástica. El contacto con el mundo del tomismo abre a Edith nuevas perspectivas que determinan no sólo su conocimiento religioso, sino también su conducta práctica. Así escribe ella: “Poco a poco he ido comprendiendo que en este mundo se nos pide algo distinto y que aun en la vida contemplativa no se debe romper la conexión con el mundo...”, pues, “cuanto más se adentra uno en Dios, tanto más debe salir de sí en ese sentido, esto es, hacia el mundo, para llevarle la vida divina.”¹

Así, pues, el estudio de santo Tomás va preparando el retorno de Edith a la filosofía. Una vez que Teresa de Avila le ha enseñado los secretos de la contempla-

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV: 101.

ción, Tomás la enseña a poner sus talentos intelectuales al servicio de la verdad. Edith se entrega al trabajo con intenso fervor. "Que es posible cultivar la ciencia como servicio de Dios, es algo que he visto claramente en santo Tomás; y sólo por eso he podido decidirme a reemprender con seriedad la labor científica."² En pequeños ratos, que la ocupadísima maestra logra hurtar de su jornada de trabajo, realiza Edith su gran obra de traducción. Este trabajo no se le hace fácil a la fenomenóloga. Edith es una novicia en la escolástica y no está en absoluto familiarizada con su terminología. Sin sus profundos conocimientos de la lengua latina no se hubiera aventurado de ningún modo a tal trabajo. Pero para un espíritu como el suyo esa traducción es una necesidad para penetrar en el patrimonio ideológico del tomismo. Al principio, Edith está desconcertada. Se pregunta cuál es propiamente el método que emplea Tomás. Por naturaleza se siente llamada a la "investigación directa y objetiva", y a su espíritu fenomenológico se le hace difícil hacerse cargo de las ideas ajenas. Añádase a esto que Tomás, para demostración de sus razonamientos, utiliza libremente ideas antiguas y cristianas y así, por ejemplo, no excluye de la investigación filosófica las citas de los Santos Padres y las verdades de la fe. Este es un procedimiento inaudito, si atendemos a la concepción filosófica que hasta entonces había profesado Edith. En una edad en que con razón podía ella llamarse maestra de filosofía, se ve obligada a dar a su pensamiento una orientación totalmente nueva. Esto exige gran humildad y receptividad intelectual. Pero Edith, que no está acostumbrada a retroceder, se entrega con todas sus fuerzas a la llamada de Dios. Se convierte en atenta

² *O. c.*

discípula del Aquinate, pero sin perder su carácter peculiar. No tarda Edith en advertir las enormes ventajas que tiene la amplia cosmovisión tomística en contraste con la filosofía, simplemente teórico-cognoscitiva y desarraigada, de la época moderna.

En efecto, la grandeza de santo Tomás consiste en su capacidad para interrogar a Dios y en trazar debidamente las fronteras de la razón. Tomás es filósofo y, al mismo tiempo, teólogo. Lo que para la fenomenología existe tan sólo como posibilidad, por ejemplo, el cielo, el mundo de los ángeles o Dios mismo, eso constituye para Tomás muy concretas realidades, con las que ha de contar el hombre pensante y creyente. El hombre moderno va en busca de un asidero, se esfuerza por encontrar el sentido de su vida. Tomás tiene una respuesta a todas sus preguntas. Tomás no despacha al hombre indagador con meros problemas y métodos cognoscitivos, sino que le brinda una vigorosa filosofía de la vida. Esta dichosa realidad la comprueba Edith claramente en cada página de su traducción. Su único anhelo es que otras personas quieran conocer esa dicha. Para alejar toda clase de obstáculos, transforma ella la pesada forma de la argumentación escolástica en un raciocinio sintético, fácilmente comprensible para el lector moderno. Presenta inmediatamente la solución científica del problema, sin demoras, a base de contraobjeciones, y termina toda cuestión con una explicación a modo de resumen. Edith no tiene propósitos filológico-científicos. El aspecto práctico ocupa para ella el primer plano. En su prólogo escribe: "Consideraría como un fruto especialmente satisfactorio el que muchas personas mediante esta traducción se animaran a estudiar el texto original."³ Edith quiere descubrir a los demás

³ «*Des hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die*

un manantial intelectual que a ella misma le ha sorprendido. Las “sutilezas” del Príncipe de la escolástica, impugnadas por muchos, las ve ella con una luz totalmente distinta. “El que viva por algún tiempo en este mundo con ese espíritu claro, agudo, sosegado y sensato, a ése le ocurrirá, cada vez más a menudo, que en difíciles problemas teóricos o en dificultosas situaciones prácticas, con las que anteriormente se había enfrentado con perplejidad, encuentre la solución con la mayor facilidad y seguridad; y cuando después —sorprendido él mismo— considere cómo ha sido eso posible, descubre que la base se la ha proporcionado Tomás con alguna de sus sutilezas.”⁴

Así, pues, Edith estudia y traduce a Tomás para ayudarse a sí misma y a los demás a configurar mejor su vida, según el espíritu de la fe. Lo que la encanta en Tomás es, sobre todo, su sincera búsqueda de la verdad, que ante nada se arredra y no teme preguntar a los paganos, cuando su conocimiento natural apunta a la verdad eterna. Tomás enseña a Edith que también la fe es un camino hacia la verdad. Mientras que la filosofía moderna pretende conocer la verdad en el más amplio sentido, precisamente la fe descubre a la filosofía verdades que ella por ningún otro camino podría llegar a conocer. La fe da a Tomás una serena seguridad para examinar todo el contenido de verdad de la razón natural, pero también para mostrar a la filosofía su dependencia formal y material de la fe.

Wahrheit» (Quaestiones disputatae de veritate), traducción, Borgmeyer, Breslau, 2 vols., 1931/33; nueva edición, Nauwelaerts-Herder, Lovaina-Friburgo, 1 vol., 1952, pág. 7.

⁴ «*Die phänomenologie Husserls und die Philosophie des hl. Thomas von Aquin*» («La Fenomenología de Husserl y la Filosofía de Santo Tomás de Aquino»), edición del centenario de Husserl, editorial Niemeyer, Halle, 1929, pág. 10.

Edith descubre en la teoría cognoscitiva de santo Tomás muchos puntos de arranque de la filosofía moderna y hasta coincidencias entre los resultados de sus anteriores trabajos fenomenológicos y las investigaciones del santo. Como dice acertadamente Pedro Wust, Edith, mediante su traducción, “pone al mayor fenomenólogo de la metafísica Edad Media ante los ojos de los fenomenólogos de nuestra época, aferrados todavía al subjetivismo, como un puro espejo de su pensamiento.”⁵ De este modo, Edith hace aprovechable el método fenomenológico para el pensamiento escolástico y realiza una importante contribución para sanar la miseria interior de la época moderna, que desea entrar en contacto con las inteligencias del pasado. Edith abre una puerta que facilita la entrada al nuevo mundo y señala un camino que muchos recorren con ella, como lo demuestran los intentos de la neoescolástica belga y francesa.

Pero Tomás no es solamente filósofo y teólogo, que ve la búsqueda de la verdad y la verdad real en su debido objeto; el “Doctor angelicus” es, ante todo, un santo. Verdaderamente, Edith no hubiera podido encontrar mejor maestro. Lo que Teresa había comenzado en ella, lo prosigue Tomás consecuentemente. Tiene cosas decisivas que decir no sólo sobre la fe y la ciencia; tampoco le es desconocido el camino místico del alma, la cual no encuentra su perfección en ninguna otra cosa sino en el amor divino. A través de los sensatos análisis del gigante de los espíritus brilla el fuego de unión con Dios. El que puede hablar como Tomás sobre la fe, el amor y la unidad del alma, ése no sólo ha pensado en el amor de Dios, sino que lo ha experi-

⁵ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 163 (vide también la nota 4 del cap. 1.º, 1.ª parte).

mentado. No sin razón da él a la obra de su vida el nombre de "Summa theologica", un poquillo de paja ante la presencia de Dios. Tomás, en contraposición a la época moderna, ve la *unidad* del alma humana, que piensa, contempla y ama. Y es admirable el que este gran pensador otorgue la primacía al amor. La meta del alma humana consiste en hacerse semejante a Dios. A esto lleva el camino de la fe, pero es un camino oscuro, pues el entendimiento no comprende la verdad de la fe con sus fuerzas puramente naturales. El entendimiento tiene que ser iluminado por la gracia y necesita de la voluntad para dar su asentimiento. Pero la voluntad es atraída por el amor de Dios. "La perfección del amor —dice Tomás— no consiste en la certeza del conocimiento, sino en la intensidad del sentimiento." ⁶ La fe se dirige hacia algo "ausente", es el "fundamento de lo que se espera", el amor se dirige hacia algo "incomprensible", hacia Dios, que es el mismo amor. En su claro y objetivo raciocinio el gran pensador de la escolástica coincide con la mística Teresa. "En la medida en que (la voluntad) se orienta hacia las cosas espirituales y divinas, se aleja de los sentidos más que el entendimiento, ya que el entendimiento puede captar menos de las cosas divinas de lo que el corazón ansía y ama... Tampoco se puede decir que el entendimiento se encuentre más cerca del fin supremo que la voluntad. Pues, si bien es cierto que el alma es atraída hacia Dios más por medio del entendimiento que por medio del corazón, sin embargo, éste lo alcanza más perfectamente que el entendimiento." ⁷ La fe, cuyo objeto es lo verdadero, debe ser perfeccionada por medio

⁶ «Des hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit», I, pág. 268, (vide 2.ª parte, cap. 4, nota 3).

⁷ O. c., pág. 200.

del amor. La fe como tal no necesita ninguna argumentación filosófica, pues lleva su certeza en sí misma. Y para Tomás no existe certeza más alta que la de la fe. Pero las verdades reveladas abren al entendimiento unos horizontes que él puede penetrar filosóficamente. De ahí que para Tomás existe la posibilidad de filosofar ampliamente con sus hermanos no creyentes. No confunde la filosofía con la teología, pero en las fronteras de la razón natural expone él con firmeza su punto de vista creyente. A nadie obliga a entrar con él en el arcano de la fe, pero está seguro de que la verdad da testimonio en favor de sí misma.

Esta amplitud de espíritu tiene para Edith algo liberador. Su mirada se abre a una *philosophia perennis*, que habrá de sedimentarse en su obra "Endliches und Ewiges Sein" ("Ser Finito y ser Eterno"). Por de pronto, su conformidad con Tomás se pone de manifiesto en un pequeño folleto de homenaje con motivo del septuagésimo cumpleaños de Husserl. Este trabajo, cuyo título es "Die Phänomenologie Husserls und die Philosophie des hl. Thomas von Aquin" ("La Fenomenología de Husserl y la Filosofía de Santo Tomás de Aquino"), estaba concebido en principio como diálogo. Con gran claridad expone Edith el conflicto entre escolástica y época moderna. ¡Qué camino ha recorrido la fenomenóloga de la mano de su santo maestro y con qué agudeza intelectual se ha aclimatado al mundo del Aquinate! Edith ve también las coincidencias metódicas de los dos pensadores, pero de Tomás ha aprendido ella a decir con la mayor franqueza: "Pero a mí me parece." En ese valioso escrito traza Edith su propio programa filosófico, que, mediante un fructuoso estudio de la tradición europea, trata de tender puentes por encima del espacio y del tiempo. Este objetivo lo sinte-

tiza ella en estas palabras: “De esta manera los verdaderos filósofos se dan la mano por encima de las fronteras del espacio y del tiempo. Y así maestros de santo Tomás lo fueron Platón y Aristóteles y san Agustín —pero nótese bien: no sólo Aristóteles, ni sólo Platón o Agustín—, y no le fue posible filosofar de otra manera, sino a base de un continuo trato con ellos.”⁸ De esta forma, Edith aprende de Tomás una postura hacia el mundo cada vez más pura y realista. La “liberación”, que en un principio dejó en suspenso la actividad intelectual de la neoconversa, no es meta, sino camino. El necesario desasimiento del mundo se convierte en servicio al Señor, que devuelve al alma toda su “eficiencia natural”. La vida de la fe es como un ininterrumpido engranaje de entendimiento y voluntad. Lo importante que Tomás le enseña es el poder ser ante Dios como un niño. No degrada él sus dotes extraordinarias en una autonomía espiritual, que pretende otorgar a la filosofía una primacía universal. La idea que Tomás tiene del hombre tiene su puesto precisamente allí donde lo debe tener ante Dios. La filosofía es uno de los talentos que se le han dado al hombre para rastrear los arcanos de Dios en su creación. No es el entendimiento quien tiene la última palabra, sino el amor, mediante el cual el Creador permite que la criatura participe, por encima de todo conocimiento, en su propia plenitud de ser. Por eso Edith sabe, lo mismo que Tomás, que ante Dios no hay juicio ni pagano, ni intelectual ni indocto, sino que la creyente mirada infantil del espíritu humilde es la única que contempla la verdad eterna.

⁸ «*Die Phänomenologie Husserls und die Philosophie des hl. Thomas*», págs. 2, 4 (vide 2.^a parte, cap. 4, nota 4).

Alma de oración

El hombre moderno se hace cada vez más esclavo de los valores exteriores, percederos. Corre y se apresura y, sin embargo, no llega a la meta, pues le falta lo único necesario: la respiración en Dios. Su organismo anímico se atrofia y a menudo produce terribles variedades de un concepto "demonizado" del hombre, pues la naturaleza, violentada y arrancada de Dios, toma venganza. Entonces Dios por su bondad suscita misteriosos veneros de vida interior, que dan nuevas energías al débil latido de una época alejada de Dios. No siempre es posible conseguir el necesario sosiego exterior para el diálogo con Dios. El desierto en el que el hermanito de Jesús, Carlos de Foucauld, se oculta para amar apasionadamente a Dios y para estar cerca de los más pobres de los hombres, es para Edith la obediencia, de la que ella sabe sacar aguas vivas de una oración continua. Retenida por deseo de la Iglesia en su actividad externa en el mundo, sin embargo, no vive ya la vida de este mundo.

El espíritu de Edith está sediento del amor redentor de Dios, como sólo los santos pueden estarlo. Si de Carlos de Foucauld se ha podido decir que su vida era

como un único grito de amor, también puede afirmarse lo mismo de Edith. Después de su conversión nadie habla todavía en Alemania de una persecución de judíos, ni se sospecha el futuro terror del nacionalsocialismo. Pero parece que Dios quiere elegirla como instrumento que con amorosa solicitud abrace en su íntima oración todos los futuros sufrimientos de sus hermanos y hermanas. Así como José Benito Labre, el santo mendigo de Francia, antes de la Revolución francesa ofrece su corazón a Dios con ardiente anhelo, así también Edith ha comprendido lo que quiere decir presentar a Dios todas las miserias de la época como ferviente sacrificio de súplica y acción de gracias. Las personas que la tratan coinciden en testimoniar su extraordinario fervor en la oración. Muchos se admiran, otros manifiestan santa envidia, pero tampoco faltan quienes la critican sin comprensión. A Edith no le hace esto mucha mella. Se pregunta sólo sobre su caridad y sobre el modo de cumplir sus exigencias. ¿Cómo es posible que, a pesar de su agotadora labor en la escuela y sus trabajos de traducción de santo Tomás, a pesar de su solicitud por los necesitados y los que buscan consejo, encuentre tiempo para el diálogo con Dios? Tal vez pueda decirse a la inversa, cómo es que, practicando una oración tan intensa y dando a Dios siempre la primacía, tenía aún tanto tiempo para lo demás. Los grandes frutos de sus trabajos se han de explicar principalmente como una obra de la gracia y no tan sólo como el resultado de la tenacidad de su carácter.

La misma Edith nos brinda una explicación cuando con discreto humor contesta a una pregunta: "No acudo a recursos especiales para alargar el tiempo de trabajo. Hago tanto cuanto puedo. El poder aumenta evidentemente en proporción a la cantidad de cosas ne-

cesarias. Cuando no hay cosas urgentes, cesa mucho antes la capacidad de trabajo. El cielo es cuestión de economía... Lo que importa es sencillamente el tener un rincón tranquilo, en el que se pueda tratar con Dios como si no hubiera más qué hacer, y esto a diario... finalmente, considerarse por completo como instrumento, y especialmente las energías con las que hay que trabajar considerarlas, no como algo que usamos nosotros, sino como algo que usa Dios en nosotros.”¹ Según esto, su oración no es autosatisfacción, sino fuente de energías para un trabajo profesional desinteresado, para atraer amorosamente el mundo a Dios. Tal es el sentido de sus largas vigiliias en la iglesia del convento en Espira, de su rezo diario del breviario y de sus breves visitas al Santísimo durante el día. Dios, en su providencia, se vale de exteriores reveses de fortuna y de nuevos designios para adentrar cada vez más a Edith en el misterio de la ardiente entrega de amor.

En el otoño de 1927 el prelado Schwind sucumbe repentinamente a un ataque de apoplejía cuando se encuentra oyendo confesiones en la catedral. En él ha perdido Edith a un solícito padre espiritual. Su dolor es grande. ¿Qué va a hacer ella, privada de tan buen consejero? Desde hace cinco años ha tenido en la familia Schwind un hogar cariñoso. Siempre estuvo abierta para ella la puerta del celoso pastor. La bondad cordial del prelado se mostró inagotable en la no siempre fácil tarea de dar una respuesta a las muchas consultas de Edith. Su sobrina, la señorita Ana Schwind, cuenta que cierto día su tío llegó a la cocina con cierto aire de nerviosismo y, dejándose caer en una silla, exclamó: “¡Dichosa filósofa! Ella sola es capaz de preguntar más de lo que diez eruditos teólogos puedan

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 102.

contestar.”² Ahora se encuentra Edith privada de su discreta y sabia dirección espiritual, y reflexiona sobre aquellas palabras que en cierta ocasión le dijo: Que después de su muerte empezaría el vía crucis de Edith. Lo que ella debe al bondadoso vicario general se lee en su necrología publicada en la revista “Innsbrucker Priesterkorrespondenzblatt”. Allí escribe ella: “Su dirección era tranquila, segura y sensata, basada en un gran conocimiento de los hombres y en decenios de labor pastoral, pero al mismo tiempo en un sagrado respeto a la acción de Dios en el alma; era una dirección tan delicada como enérgica. Cuando encontraba un corazón dispuesto a seguir el impulso de la gracia, le dejaba hacer sin intervenir y manifestando una confianza sin límites... Tenía una inquebrantable confianza en los designios de la divina Providencia y en la eficacia de la oración: además sabía educar y por eso sabía infundir consuelo y tranquilidad en situaciones en las que fallaba cualquier consuelo humano... Severidad y bondad, seriedad y alegría infantil, elevación y humildad, tales eran los contrastes que en su alma se unían en admirable armonía, nacida de la raíz del más depurado amor a Dios.”³

También Edith, ahora, en su desolación, se apoya únicamente en la “eficacia de la oración”. Sin que ella lo sepa, ya le tiene Dios preparado un nuevo hogar espiritual. La indicación procede una vez más del padre Przywara; éste le aconseja en la primavera del año 1928 que vaya a asistir a las celebraciones de Semana Santa y Pascua a la abadía benedictina de Beuron. Gustosamente acepta esa propuesta, y de este modo se inicia

² «Articuli für Informativprozess», pág. 85.

³ «*Edith Stein, Lebensbild*», págs. 93, 94 (vide también nota 4 del cap. 1.º, 1.ª parte).

una nueva fase en su vida. Ya en su primera visita llega a conocer al joven y activo archiabado Rafael Walzer. Con su índole serena y ponderada asume él la paternidad espiritual para con su alma. Con gran franqueza le propone Edith sus consultas y se somete a sus consejos con obediencia infantil. El abad Walzer se siente encantado ante la religiosidad, sincera y sin problemas, de su hija espiritual. Con fino instinto advierte el influjo de la gracia en el alma de Edith, que, a pesar de sus extraordinarias dotes intelectuales, se ha conservado totalmente natural, candorosa y maternal. Aunque Edith habla poco de su vida de oración, no se le oculta su honda unión con Dios. La tiene por una mística auténtica. Con gran respeto traza él la semblanza espiritual de su agraciada hija, cuando escribe: "Al llegar Edith por primera vez a Beuron, no era en realidad ninguna principianta. Poseía ya tantas y tan preciosas cualidades, que no tardó en descubrir su verdadero hogar en la atmósfera monástica de este escondido rincón del Danubio, pero no precisaba transformación alguna o aprender cosas substancialmente nuevas. Fue como una época de recolección de aquello que otros habían sembrado y ella había cultivado en un terreno excelente."⁴

Ahora Edith ha encontrado por fin un ambiente en el que sin trabas puede calmar su sed de larga oración. Se pasa horas enteras en la iglesia de la abadía, absorta por completo en Dios. La liturgia de los días de Semana Santa y de Pascua constituye un verdadero festín para su alma. Medita profundamente en la Pasión del Señor y en su victoriosa Resurrección. Sus conocidos se emocionan ante la radiante alegría pascual de Edith en la mañana del día de Pascua. Persevera por largas horas

⁴ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 141.

en callada oración ante una pequeña imagen de la Dolorosa. Una observadora escribe a tal propósito: "Hoy me parece que Edith no sólo ha meditado sobre la Pasión, sino que también ha tenido un presentimiento de que ella ha de recorrer el camino de la Pasión."⁵ Esta absorción de Edith en Dios es tan intensa, que su encuentro con el mensaje benedictino de la alabanza divina viene a depararle un contrapeso y un ensanchamiento espiritual. Una de sus amigas, sor Plácida, OSB, dice con relación a esta época: "Siendo yo joven hermana, en cierta ocasión hube de actuar en las cercanías de Espira. Entonces me fue posible visitar a Edith durante los sábados y domingos en Espira. Se encontraba por entonces ocupada de lleno en la traducción de las 'Quaestiones disputatae' de santo Tomás. Aprovechando pequeños ratos, que casi hurtaba a las labores ordinarias, realizó este gran trabajo. Pero ya entonces también terminaba el día con la lectura del correspondiente capítulo de la Regla de San Benito. El domingo por la mañana asistíamos las dos en Espira a la misa solemne de la catedral. Toda la misa se la pasaba Edith arrodillada junto a mí, apoyada la cabeza en las manos y cerrados los ojos. Esta actitud era algo incomprendible para una joven hija de san Benito, entusiasmada por la liturgia. Después le dije: Una misa tan solemne hay que seguirla con ojos y oídos. Ya no recuerdo cuál fue su respuesta. Pero fue grande mi alegría al ver que Edith reforzó su vinculación a Beuron. Sin embargo, para mí fue algo natural el que Edith no ingresara en una abadía de benedictinas, sino en un convento carmelitano. Pero el contacto con el espíritu litúrgico-benedictino de Beuron produjo en Edith una enorme liberación y desarrollo interiores, sin las cuales no hubiera llegado a esa

⁵ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 99.

maravillosa grandeza y amplitud de espíritu que constituyen la característica de su ser.”⁶

La afición de Edith a la soledad y a la absorción interior en Dios hizo de ella una hija genuina de Teresa de Avila, pero al mismo tiempo su amplitud de espíritu hace de ella una dichosa y agradecida hija de san Benito. La condesa Bissingen escribe: “Profesaba íntimo afecto a Beuron, pero sobre todo al Carmelo, y se alegraba visiblemente cuando veía compartida y comprendida por otros esa predilección.”⁷ La prolongada y perseverante práctica de la oración de Edith es la nostalgia de un alma grande que sólo conoce un latido: Dios, y que se deja transformar cada vez más por Dios, para comunicar ese latido a los hombres. Y así dice el abad Walzer: “Ella quería sencillamente estar ahí, junto a Dios, tener delante de sí los grandes misterios, cosa que no le podían dar ni la naturaleza libre fuera del recoleto ámbito sagrado ni una callada celda. No creo que en su meditación y oración se sirviera de muchos textos escriturísticos o hiciera exégesis bíblica o excogitara conferencias espirituales, que continuamente le pedían... Lo mismo que su actitud externa se mantenía casi rígida, así también su interior permanecía en la paz de una dichosa contemplación y gozo ante Dios. Conversa agradecida y dichosa de encontrarse en el hogar de su Madre, la Iglesia, uniéndose a la salmodia del coro monacal, confesaba a la gran Iglesia orante. Comprendía en toda su hondura la amonestación de Cristo ‘orad sin interrupción’, y de ahí que ningún acto litúrgico se le hiciera demasiado prolijo, y ningún esfuerzo excesivo... Pero ni siquiera la belleza de la severa

⁶ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 157.

⁷ *O. c.*, 8.

liturgia era por sí sola factor decisivo para su espíritu y su corazón. Es cierto que la forma mantenía un lugar preferente en su lenguaje, en su contemplación y en su actividad... Pero nada humano era capaz de turbarla, ni las formas, en parte infelices, de la iglesia conventual de Beuron ni otras imperfecciones, que de ningún modo se le escapaban, dados los amplios conocimientos que poseía. Lo puramente estético... no alteraba su pensamiento y oración.”⁸ Ante Dios la gran filósofa y pedagoga se hace como un niño, que cifra su mayor felicidad en la adoración de su Padre celestial.

Pero también el abad Walzer deniega a Edith la entrada en el Carmelo. Al igual que otros muchos, está convencido de que su hija espiritual está llamada a realizar grandes cosas en el mundo. Mientras que Edith busca en Beuron un refugio de oración y de ocultamiento, su influjo intelectual traspasa las fronteras de Alemania. Continuamente recibe peticiones para que, como conferenciante especializada, hable sobre los modernos problemas de la mujer. Este continuo sacrificio de su íntimo anhelo y su incondicional obediencia para con la Iglesia otorgan a su alma la paz de una persona completamente desasida de sí misma. Declaraciones de testigos de aquellos años están de acuerdo sobre la santificadora irradiación de su personalidad. El abad Walzer dice sobre la paz y alegría sobrenaturales de Edith: “Se le puede aplicar esa expresión, con la que el breviario monástico encarece la paz de un alma santificada: *fuit et quietus*. En efecto, también ella fue pacífica.”⁹

Al llamar a Edith una gran alma de oración, se ha de advertir que sabemos poco sobre sus personales experiencias en Dios, pero sabemos mucho sobre los efec-

⁸ *O. c.*, 141.

⁹ *O. c.*, 48.

tos de esa divina virtud en su conducta práctica. De ordinario son las manifestaciones de personas sencillas e indoctas las que más al vivo testimonian la sencillez de corazón y caridad de Edith. “Es grande aquel que tiene gran amor”,¹⁰ dice la Imitación de Cristo, y las dotes intelectuales de Edith se empequeñecen si las comparamos con su sencillez y sincero amor al prójimo. El hermano Antonio Maunz, ahora residente en Sudamérica y antiguo portero de la archiabadía de Beuron, relata en sus memorias: “A la señorita Edith la conocí en Beuron, donde en los años 1922-1939 fui portero de la archiabadía, por eso la tuve que tratar cuando ella iba a visitar a su entonces director espiritual, el reverendo archiabado Rafael Walzer, o a algún otro padre. La señorita fue siempre la misma modestia, en sus palabras, en su porte, en su vestido y en su peinado. Al enterarme de que aquella señorita que visitaba al reverendo señor archiabado era muy erudita, me dejaba admirado siempre la humildad con que se presentaba en la portería del convento. Admirable era también su respeto hacia todos los cohermanos, incluso hacia mí, el pobre hermano lego. Nos respetaba a todos los religiosos como si fuéramos algo maravilloso. Me admiraba también su paciencia, cuando, por la afluencia de personas, había de esperar bastante tiempo. Aunque tuviera tiempo para esperar, ciertamente le hubiera gustado muchas veces el que se le atendiera al momento. Pero jamás se prevaleció de haber llegado antes o de que, por ir a hablar con el reverendo señor archiabado, se le tuviera que atender con preferencia. Siempre la pude ver

¹⁰ *Tomás de Kempis, «Vier Bücher der Nachfolge Christi», («La Imitación de Cristo»), Verlag Butzon & Bercker, Kevelaer, 1962. Libro 1.º, cap. III.*

como una humildísima peregrina. Igualmente conmovedora era su gratitud por cualquier servicio que yo le hiciera. Esto lo demuestra el hecho de acordarse de mí todavía en el convento carmelitano de Colonia, desde donde, tanto a mí como al sacristán de Beuron, el difunto hermano Willigis Dirr, nos envió por medio del reverendo padre archiabado unas estampitas con breves dedicatorias de su puño y letra, cuando tomó el hábito el 15 de abril de 1934. De este modo quería ella seguramente demostrar al hermano Willigis y a mí su inagotable gratitud y darnos una alegría, cosa que naturalmente conseguía de esa manera. Estas estampitas las aprecio hoy todavía más que cuando las recibí. En su humildad, llegaba a pedir nuestras oraciones por su nueva vida. En su calidad de erudita famosa y en su situación, hubiera podido comportarse de otra manera, pero rehuía cualquier clase de lucimiento y pretensión egoísta y siempre aparecía como peregrina pobre, mendiga y necesitada de ayuda. Esto mismo testificaba el hermano Willigis. Era realmente una criatura ejemplar. Y si bien algunas personas no veían bien el que Edith se colocara frecuentemente en los bancos delanteros de la iglesia, es lo cierto que no lo hacía para que la vieran o para darse importancia. Tanto el hermano Willigis como yo estábamos convencidos de que hacía eso tan sólo para poder seguir mejor y sin distracciones los cultos litúrgicos. Por eso se ponía siempre en camino a la hora en punto y marchaba siempre en silencio y recogida, mientras que otras 'almas piadosas' se quedaban, al ir a la iglesia, muy gustosamente entretenidas hasta el último minuto, e incluso un poco más, para parlotear entre sí. Y mientras éstas llegaban a la iglesia, ya estaba la señorita Edith 'una vez más' en uno de los bancos delanteros.

Semejantes 'casos llamativos' a buen seguro que serían más, aunque ahora no los recuerde..."¹¹

Vemos, pues, que los frutos de la oración íntima de Edith son: modestia, humildad, respeto, paciencia y gratitud. El conjunto de todos estos dones de Dios le ganan las simpatías de las personas de todos los sectores sociales. Se maravillan de su gran capacidad de trabajo, pero aún más de que, a pesar de su tensión espiritual, sabe mantenerse plenamente mujer, plenamente maternal, y amiga cariñosa. El abad Walzer escribe de ella: "Nada manifiesta al exterior la hondura de su vida espiritual, a no ser la perfecta armonía entre los dones del corazón y los de la inteligencia, su gran interés por los problemas de la época y su sincera compenetración con todos."¹² El misterio de su radiante personalidad es el misterio de su oración interna. El constante diálogo del alma con Dios, que es el amor, da, al que ora, capacidad para amar y le hace ver todas las cosas en su verdadero valor. Edith juzga al hombre en orden al Creador. Ante su mirada espiritual no existen diferencias sociales ni tensiones entre el entendimiento y la afectividad. La paz de Cristo es su herencia inalienable. Esa paz da a su semblante esa sencillez y callada serenidad que recuerdan el rostro del Señor. "Permaneció totalmente como una perfecta mujer, —escribe el abad Walzer—, con sensibilidad tierna, e incluso maternal... Fue sencilla con los sencillos y docta con los doctos..., necesitada con los necesitados. Y casi se podría añadir que fue una pecadora con los pecadores."¹³ Edith no se sale del destino de sus prójimos, sino que se siente solidaria con

¹¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), 1, 261.

¹² *O. c.*, 48.

¹³ *O. c.*, 137.

el sufrimiento y la alegría del hermano, de la hermana. Dice una conocida suya: "Para los demás era de gran dulzura —y cuanto más miserable era una persona, tanto más intenso gozo sentía de buscar precisamente en ella a los predilectos de Dios— allí donde uno no ve otra cosa que miseria." ¹⁴

Beuron es el lugar en el que Edith penetra todavía más en la vida interior de Dios, para poder abordar con más claridad y desprendimiento a las personas del mundo que la necesitan. Con inteligencia despejada captó el núcleo del cristianismo, que no consiste, sobre todo, en el mérito ante Dios, sino en la adoración y el sacrificio reparador. Dios desea el corazón del hombre y toda actividad terrena recibe su valor tan sólo de este encuentro amoroso divino-humano. Lo que Edith ha comprendido y lo que constituirá cada vez más su auténtica forma de vida, resuena en los siguientes versos de Reinhold Schneider, que, escritos en una época oscura y apocalíptica, no han perdido actualidad:

*Sólo los que rezan están capacitados
para detener la espada sobre nuestras cabezas
y, por medio de una vida santificada,
librar a este mundo de los poderes juzgadores.*

*Pues los activos jamás forzarán el cielo.
Lo que ellos unan, se escindirá de nuevo;
lo que renueven, envejecerá en una noche,
y lo que funden, acarreará miseria y calamidad.*

*Ahora es el tiempo en que la salvación se esconde
y el orgullo humano canta públicamente victoria.*

¹⁴ O. c. 8.

*Pero en la catedral los rezadores se ocultan
y de nuestros sacrificios Dios saca bendiciones.
Y en las honduras, a toda mirada encubiertas,
los secos manantiales se llenan de vida.*

La situación de la mujer moderna en el matrimonio y en la vida profesional

Los primeros siete años de Espira son una silenciosa maduración para las nuevas tareas que súbitamente se le plantean a Edith. Su modesta vida en la escuela monacal no queda oculta y sus traducciones y trabajos filosóficos despiertan admiración. Las asociaciones de maestras y académicos católicos se fijan en ella y le piden su opinión sobre los problemas de la época. A partir de 1929, el padre Przywara consigue organizar viajes de conferencias para ella, lo cual acaba con la soledad claustral de Edith. A ella misma le causa sorpresa y confusión el amplio eco que alcanzan sus conferencias, tanto en el país como en el extranjero. Su ordinaria labor escolar sufre continuas interrupciones con motivo de sus viajes de conferencias a Ludwigs-hafen, Heidelberg, Zurich, Salzburgo, y a la región industrial de Renania-Westfalia. Se busca a Edith como conferenciante especializada en los problemas de la mujer moderna, y trata con gran habilidad la temática de esos apremiantes problemas actuales. En su modestia, se pregunta espantada si ella, tan apartada de la vida mundana, está realmente en condiciones para hablar sobre el "significado de la mujer en la vida actual".

“Hace dos días, desde Beuron, donde he pasado la Semana Santa y los días de Pascua, me he incorporado directamente a los preparativos de este congreso. Es difícil concebir mayor contraste: allí el sosegado valle de la paz, donde, sin preocuparse de cuanto sucede en el mundo exterior, se cantan día tras día y año tras año las alabanzas del Señor... y aquí esta asamblea, convocada para estudiar candentes problemas actuales. Esto ha sido casi como caer del cielo a la tierra. Pero tal vez este contraste sea precisamente un símbolo de la misión que nos corresponde a todos nosotros.”¹ Con esta ingeniosa introducción se gana Edith la atención de sus oyentes y a la vez les pone ante los ojos la problemática del momento, que para ambas partes consiste en conseguir una armónica compenetración entre cielo y tierra. Mientras ella baja del “cielo” de su retiro, eleva hacia la luz divina al hombre sediento de la verdad. Este es el sentido de la servicial obediencia con que acepta sus nuevas y penosas obligaciones. Especialmente la juventud femenina necesita de alguien que no sólo solucione sus vitales problemas en el aspecto sociológico, psicológico o filosófico, sino que más bien dé una respuesta de hondura, al margen del profano ruido mundanal. Hasta qué punto Edith no sólo formula esa respuesta, sino que la personifica, lo manifiestan estos recuerdos de una maestra, que escribe: “Esperaba yo ver a toda una dama judía imponente, confiada en sí misma, chispeante, como otras muchas de las que había conocido en el movimiento feminista liberal y en la beneficencia libre, y un lenguaje arrebatador. Pero en ella no se en-

¹ «*Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade*» («La Mujer. Su Misión según la Naturaleza y la Gracia»), estudios sobre la formación de la joven y de la mujer, 1922-1932, Nauwelaerts-Herder, Lovaina-Friburgo, 1959, pág. 205.

contraba nada imponente, ni una personalidad que fascinara por su actitud e ingenio. Una mujer pequeña, bondadosa, singularmente sencilla, vestida con elegante simplicidad, sin la menor confianza en sí misma ni chispeante ingeniosidad. Además de su amabilidad casi infantil en su modo de saludar, había como cierta represión en sus ojos pensativos, algo misteriosamente solemne, que la mantenía peculiarmente alejada y que en esta tensión producía una especie de timidez (al menos eso es lo que me pasaba a mí). Se expresaba con tranquilo donaire, sin retórica, con una dicción clara, bella y de ningún modo rebuscada. Pero en sus palabras se notaba una gran energía espiritual y una disciplinada y exuberante vida interior, basada en solidísimos cimientos... No acusaba, no disputaba ni amenazaba, tan sólo exponía, y, a través de sus sensatas exposiciones, se veían con terrible claridad los peligros de la época... Exclamaba... 'Todo el pueblo tiene necesidad no sólo de lo que tenemos, sino también de lo que somos.' ''²

La sencilla humanidad de Edith y su clarividente y realista enjuiciamiento de las dificultades de la época despiertan confianza. El padre Przywara no duda en afirmar que Edith fue la primera en proporcionar, no sólo a las mujeres, sino también a los hombres y sobre todo al clero, una idea objetiva del alma femenina.³ Hay que tener en cuenta que las conferencias de Edith tienen lugar en los años de penuria y reconstrucción que siguen a la primera guerra mundial y en la época próxima a la subida al poder de Hitler. Una simple ojeada al temario desarrollado por ella demuestra lo que

² *María Wilkens*, «*Erinnerungen an Edith Stein*» («Recuerdos sobre Edith Stein»), en «*Katholische Frauenbildung*», año 63.º, cuaderno 12.º, págs. 841, 842.

³ *Erico Przywara*, S. J., «*Edith Stein*», pág. 64 (vide también la nota 35 del cap. 3.º, 2.ª parte).

realmente le interesa a Edith. "Ethos de las profesiones femeninas", "Profesión del varón y de la mujer según el orden de la naturaleza y de la gracia", "Vida femenina cristiana", "Fundamentos de la formación femenina", "Misión de la mujer como guía de la juventud hacia la Iglesia" y otros títulos por el estilo circunscriben el único pensamiento fundamental que ella pone incansablemente ante los ojos de la desvalida mujer moderna: la redención del mundo mediante una vida femenina cristiana, pura y desbordante de amor. Con gran claridad abarca de una ojeada los agudos problemas de la época. Al individualista siglo XIX ha sucedido el social siglo XX. En su propia persona ha experimentado Edith las consecuencias de esta revolución cultural, que tan profundamente han influido en la ordenación política y social de los pueblos. En muy poco tiempo la catástrofe de la guerra europea de 1914-1918 ha transformado la tradicional concepción del mundo. El materialismo y los sistemas totalitarios se disputan el predominio. Ya no tiene sentido el separar la vida privada de la vida nacional o aceptar los destinos de cada pueblo sin solidaridad fraterna. El gigantesco auge de la técnica estrecha las dimensiones de la tierra, de tal manera que la familia humana está unida para la prosperidad o para la ruina.

La hora de la suprema necesidad y exigencia espiritual es al mismo tiempo la hora de la mujer, la cual tiene que reconsiderar su misión. Como nunca en los tiempos pasados, la nueva situación reclama la valiosa colaboración de la mujer. Así dice Edith con amplia y penetrante mirada: "Los pueblos de Europa, que en la guerra mundial han luchado entre sí a vida o muerte, se han derrumbado mutuamente, y en todos ellos las duras realidades de la penuria dan pie para pensar que tan sólo en común pueden posibilitar un nuevo resurgimien-

to. Nadie puede predecir con seguridad si los esfuerzos por una política de entendimiento predominarán poco a poco sobre las corrientes contrarias. Es evidente que éste es un problema que toca muy de cerca a la mujer. Si es misión de la mujer el proteger la vida, mantener unida a la familia, síguese que no le puede ser indiferente el que la vida de los estados y de los pueblos adopten o no formas que faciliten prosperidad a las familias y un futuro a la juventud.”⁴ Así, pues, en breve tiempo el radio de acción de la mujer se ha ampliado “desde el hogar al mundo”, y Edith procura encerrar en esta línea evolutiva todo cuanto hace la vida femenina profunda, amplia y fecunda. Nada de cuanto Dios ha otorgado a la mujer puede ser descuidado o desfigurado. Las nuevas exigencias no tienen derecho a atentar contra su ser o contra la unidad de su alma.

¿Pero cómo se ha de realizar esta tarea casi sobrehumana? El ejercicio de profesiones masculinas, como la de médico, ingeniero, químico, jurista, ¿no significa un peligro para la vida de la mujer, la cual, al fin de cuentas, ha sido creada para ayudar, proteger, guardar, y no para conocimientos técnicos especializados? El cambio de vida profesional ¿no produce necesariamente una atrofia o dispersión de las energías anímicas femeninas? Edith se enfrenta inteligentemente con tales peligros, los cuales para ella son clara demostración de que el nuevo círculo de actividades de la mujer no puede desempeñarse tan sólo a base de las fuerzas naturales. Toda ética, todo ideal “caballeresco” llegan tan sólo hasta cierta prueba de resistencia. Esto pasa también con el trabajo profesional de la mujer moderna, que

⁴ «*Frauenbildung und Frauenberufe*» («Formación Femenina y Vocaciones Femeninas»), colección de estudios desde 1930, Verlag Schnell & Steiner, Munich, 4.ª edición, 1956, pág. 13.

trata de edificar su vida sobre consideraciones utilitarias puramente terrenas. Esto produce tensiones que incluso en la mujer casada no pasan inadvertidas. Pues muchas veces la vida profesional penetra profundamente en el matrimonio y sitúa a la esposa y madre ante unos problemas similares a los que experimenta la mujer soltera.

Para dar una respuesta a todas estas cuestiones traza Edith una concepción del hombre que demuestra el gigantesco alcance de su propia personalidad, la cual, gracias a sus extraordinarias dotes filosóficas, analiza la situación de la mujer hasta en sus más minuciosos detalles. Ahora su interés no se dirige ya a la psicología o cualquier otra ciencia, sino a la comprensión del alma femenina, tal como la ven Tomás y la fe, como imagen de Dios. Sin disponer de trabajos psicológicos o antropológicos previos, en que poder apoyarse, Edith desvincula la vocación de la mujer de todas las desfiguraciones arreligiosas y traza un cuadro objetivo del varón y de la mujer en su recíproca ordenación y en su responsabilidad personal ante Dios. La mujer no tiene su lugar, como en los siglos pasados, solamente en el hogar doméstico o en el claustro, sino que más bien en la vida profesional se coloca junto al hombre en igualdad de condiciones. La designación corriente de la mujer como esposa y madre, por consiguiente, no es suficiente para dar un perfil completo de su posición. Edith remite al Nuevo Testamento, el cual, en contraste con la Antigua Alianza, reconoce también el ideal de la vida virginal. La mujer no existe tan sólo en orden al varón, sino que ante Dios tiene su propio valor, completamente personal e inalienable. Pero ella, más todavía que el varón, está expuesta a la tragedia de perder el apoyo religioso y moral en el extraño ambiente de una

vida profesional extradoméstica. De ahí que Edith inculque encarecidamente a la mujer poner a salvo su eterno destino mediante una profunda autorreflexión religiosa y espiritual. La lucha contra el cristianismo primitivo, dice ella, fue la lucha del paganismo contra una nueva forma de religión; pero el moderno ateísmo se declara abiertamente partidario de la impiedad y ataca la misma raíz del fundamento cristiano de Occidente. “Nada nos hace hoy más falta —exclama Edith— como el bautismo de espíritu y de fuego. En el gran combate entre Cristo y Lucifer, han de formar el frente aquellos que están llamados a formar hombres. Nuestra misión más urgente es la de armarnos para este combate y mantenernos constantemente armados. ‘Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la podrá salar?’ ”⁵

No es ninguna bagatela lo que Edith pide a la mujer moderna. Como ayudas le propone una fe viva, una auténtica oración interior y una formación profesional no simplemente intelectual, sino también afectiva. De este modo manifiesta Edith su íntimo anhelo, que consiste en abrir camino a una sana educación integral de las jóvenes. Acaricia planes de reforma del tradicional sistema escolar, de orientación puramente intelectual-masculina y propugna una formación armónica y amplia de las cualidades femeninas. La formación no consiste en la mayor cantidad posible de conocimientos traídos de fuera. Para Edith la verdadera formación femenina es un asunto personal que abarca no sólo el entendimiento, sino a todo el individuo con su corazón y voluntad. La mujer está ordenada a lo concreto, a la persona humana viviente, y esta predisposición suya se ha de tener en cuenta. Por naturaleza, sus primordiales

⁵ «*Notzeit und Bildung*» («Tiempo de Crisis y Formación»), conferencia en Essen, 1932.

tareas residen en el matrimonio y la maternidad. Pero, como no toda mujer puede llegar al matrimonio, es de una transcendencia enorme el que su esencial idiosincrasia no sufra una deformación enfermiza o fatigosa resignación. De ningún modo debe la mujer equipararse en todo al hombre. Su puesto bíblico se ha de conservar también en la vida profesional. Ella siempre es ayuda del varón, ancilla Domini, sierva del Señor. Su misión de ayuda y mediadora no restringe su libertad personal y su personalidad frente al varón, sino que realiza el encargo de Dios de conformidad con su diferente estructura anímica y corporal. Lo decisivo es que el alma femenina ocupe su debido lugar y entre en acción allí donde no sea suficiente la actividad del varón. Si el varón, por medio de la promoción y especialización de sus facultades, está principalmente llamado a tareas culturales, es misión específica de la mujer profesional "fusionar su vocación femenina con su vocación especial y de este modo dar a esa vocación o profesión especial un sello femenino".⁶ Aquí reside la solución de toda la problemática creciente. La mujer no es solamente jurista, médico, maestra, empleada social, sino que, ante todo, es amiga maternal de todos los que tienen necesidad de su ayuda y cuidados. Su servicio no puede reducirse a unos conocimientos técnicos, sino que siempre debe ocupar el primer lugar su amor desinteresado.

Lo que Edith practica personalmente, eso mismo se lo recomienda a sus oyentes: "Cuando se trata a las personas, bien para cuidarlas en alguna enfermedad corporal, bien para ayudarlas económicamente o para prestarles asistencia jurídica, siempre existe la posibilidad y en el fondo la necesidad de tener presente al

⁶ «Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnaden», pág. 86 (vide también nota 1 de este cap.).

hombre integral y actuar sobre él... Para ello se requiere mucha mayor capacidad amorosa que si se tratase de la propia familia, por faltar la vinculación natural, por ser mucho mayor el número de personas y porque son más las personas que por su carácter y disposición actual repelen más que atraen.”⁷ Es evidente que estos propósitos no pueden llevarse a cabo con medios meramente naturales. Entre las muchas posibilidades profesionales que se le ofrecen, la mujer se sentirá atraída con preferencia por la labor social y caritativa. A ejemplo de Isabel de Turingia, quisiera ella alimentar a los hambrientos, cuidar a los enfermos, “pero nunca le basta con remediar la necesidad material, su ideal es siempre caldear junto a su corazón a los corazones helados”.⁸ No hay vida femenina que, estando iluminada por el sol de este amor divino, pueda considerarse pobre o abandonada. Pero Edith no se limita a brindar orientaciones, sino que también muestra la fuente de la que la esposa y la madre, la mujer profesional dentro y fuera del matrimonio, la religiosa y la hermana de un instituto secular pueden sacar energías para una vida genuinamente femenina. Para ella esta fuente de energías se encuentra en una consciente configuración de la vida ordinaria mediante el espíritu de recogimiento y de silencio interior. En su magnífica carta mensual para la Societas Religiosa (asociación de mujeres profesionales), a la que da el título de “Caminos hacia el silencio interior”, indica lo que es indispensable para el desarrollo del alma femenina. Aun por naturaleza el alma de la mujer necesita sosiego y recogimiento. “Amplitud”, “paz”, “vacío de sí mismo”, “calor humano

⁷ O. c., pág. 71.

⁸ «*Frauenbildung und Frauenberufe*», pág. 109 (vide también nota 4 de este cap.).

y claridad”, son las condiciones que Edith considera necesarias. Sólo en el corazón receptivo, vacío y sosegado puede penetrar la gracia para hacer de la mujer lo que debe ser. Más todavía que el varón, necesita la mujer del amor transformador de Dios, el cual aleja de ella todo lo turbio y caprichoso, toda pasión y egoísmo. La mujer está destinada a ser madre, no sólo corporal, sino también espiritual, para con todos cuantos le están encomendados en la familia o en la profesión. Antes de ser apoyo para otros, debe estar ella misma fuertemente anclada en lo eterno, pues sólo podrá dar lo que haya recibido.

Por esta razón Edith da mucha importancia a que la mujer, preocupada por las tareas inminentes, no se entregue al ajetreo desde los primeros momentos de la mañana, sino que sujete bien las riendas y dedique al Señor la primera hora. En virtud de este espíritu de oración se aleja de su alma todo cuanto pudiera asaltarla u oprimirla. Ella está “llena de santa alegría, de ánimo y energía. Su personalidad ha adquirido extraordinarias proporciones por haber sabido salir de sí misma y adentrarse en la vida divina. Como una tranquila llama arde en ella el amor que el Señor ha encendido, y ese amor la impulsa a demostrar amor y a encenderlo en los demás”.⁹ Y en el curso de la ajetreada jornada debe la mujer “acudir constantemente al Señor”, para impetrar de El un feliz resultado en todos sus trabajos. La mujer que de vez en cuando haga descansar su alma junto al Señor cumplirá su deber por todas partes. En el fondo, es para ella indiferente el lugar donde trabaje; pues, si está unida al Señor, su alma sale siempre victoriosa. “Y es que El está presente

⁹ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 113 (vide también nota 4 del cap. 1.º, 1.ª parte).

y puede en un solo momento otorgarnos cuanto nos sea necesario. Así discurrirá el resto de la jornada, tal vez con gran cansancio y trabajos. Y si, al llegar la noche, una mirada retrospectiva muestra que todo se ha quedado a medias y se han dejado de hacer muchas cosas que estaban proyectadas, cuando son muchas las cosas que despiertan confusión y arrepentimiento, entonces, aceptar las cosas como son, ponerlo todo en manos de Dios y encomendárselo a El. De este modo se podrá descansar en El, descansar de verdad y comenzar el nuevo día como una nueva vida.”¹⁰

Edith habla a sus hermanas de profesión como una madre que sabe lo que necesitan sus hijos. En cada palabra palpita su propia vida, entregada a Dios. “Ama y haz lo que quieras”, estas palabras de san Agustín cuadran perfectamente a ese ideal femenino que Edith vive y desea comunicar a sus hermanas. Tan sólo la humilde entrega a Dios puede otorgar a la mujer esa “indestructible tranquilidad y alegría” que hace tan fecundo su gobierno maternal, aunque se vea sometida a la más intensa carga nerviosa y a los mayores trabajos. Y por eso Edith resume su ideal en las siguientes palabras: “Por doquier se hace sentir la necesidad de atenciones y ayudas maternas; por consiguiente, en el concepto de ‘espíritu maternal’ podemos compendiar todo cuanto hemos dicho sobre los valores propios de la mujer. Pero este espíritu maternal no se ha de reducir al estrecho círculo de los parientes o de los amigos personales, sino que, a ejemplo de la Madre de la misericordia, debe acoger a cuantos están fatigados y cargados, y debe hundir sus raíces en el amor universal de Dios.”¹¹

¹⁰ O. c., pág. 114.

¹¹ «*Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade*», pág. 217 (vide también la nota 1 del presente cap.).

La maternidad de María como prototipo de verdadera femineidad

Por desgracia, a Edith jamás se le pidió que escribiera o hablara acerca de María, la Madre del Señor y de todos los hombres. Por sus conferencias dirigidas a mujeres, puede advertirse el papel predominante que en su vida desempeña la Madre de Cristo. Todas sus explicaciones culminan en este único pensamiento fundamental: María es el prototipo del alma femenina. Si Teresa de Avila había introducido a Edith en la misteriosa vida de unión con Dios y Tomás de Aquino había fortalecido su vida de fe, María le inspira la sencillez evangélica y la caridad misericordiosa de su Hijo. Al leer sus disertaciones, se tiene la impresión de que sacó sus grandes conocimientos sobre la mujer de su unión con María.

Constantemente se esfuerza Edith por orientar la mirada de la mujer hacia su purísimo ideal, hacia María, que es a la vez esclava y madre. Habla de ella no de una forma especulativo-dogmática, sino como alguien que ha experimentado la amistad de esta "Madre admirable". Todos los problemas femeninos los soluciona Edith estudiando la conducta de María. Hace observar que Cristo dirige la mirada del creyente hacia el Padre

del cielo, pero María tiene la misión de llevar los corazones de los hombres hacia su Hijo. Esta misión le ha sido encomendada también a toda mujer. En ella reside la meta de toda formación femenina. Edith habla de un ideal "virgo-mater". Con ello quiere decir que la mujer, por una parte, está llamada a la maternidad corporal, pero, por otra, está llamada a la virginidad. Pero, así como la maternidad natural no es concebible sin el esplendor de la virginidad, esto es, sin pureza de corazón e íntima entrega a Dios, así también la virginidad tiene necesidad del desinteresado amor materno. La perfección de ambas vocaciones, ya sea en el matrimonio, en la vida profesional o en el estado religioso, consiste en una maternidad espiritual, que para Edith constituye el sentido auténtico de toda vida femenina. En María brilla de la manera más clara esta maternidad espiritual desinteresada y bondadosa. Por eso Edith elige a María como dechado, para dar a la mujer un firme apoyo en cualquier profesión en que se encuentre.

Primeramente habla ella de la mujer en el matrimonio. Su misión consiste en dar la vida como compañera y como madre. El amor natural como tal no tiene consistencia alguna. Por esta razón es de gran importancia el que el varón y la mujer inserten su amor natural en el gran amor del Dios misericordioso. Ambos esposos necesitan para su verdadero autodesarrollo la ayuda maternal de la Madre de Dios. El amor matrimonial no se puede vivir genuinamente si prescinde de la culpa original del hombre y busca tan sólo su propia satisfacción. La naturaleza caída tiende, mediante la vida instintiva, a destruir el orden puro del amor. Por eso Dios en el principio de la redención no ha colocado una pareja humana como Adán y Eva, sino "la más pura relación de amor humano", la existente entre madre e hijo. El

servicio respetuoso y abnegado de María para con su divino Hijo ha de servir de modelo a los esposos en su amor y desvelos por los hijos. Edith tiene un concepto muy alto del amor entre varón y mujer, cuando dice: "Entregarse por amor a otro ser, convertirse por completo en posesión de otra persona y poseer totalmente a ésta, es el anhelo más hondo del corazón femenino... Cuando esta entrega se realiza (solamente) para con una persona, estamos ante un absurdo auto-abandono, ante una esclavización y al mismo tiempo una injustificada exigencia, que nadie es capaz de cumplir. Tan sólo Dios puede recibir completamente la entrega de una persona y recibirla de tal forma que esa persona no pierda su alma, sino que la gane. Y tan sólo Dios puede entregarse a una persona de tal manera que llene todo el ser de esa persona y con ello no pierda nada de sí mismo." ¹ Aun dentro del matrimonio no pueden abandonarse los derechos de Dios. Sólo la entrega a Dios garantiza la indestructible unidad de la comunidad matrimonial.

Por esto Edith exhorta a los padres a edificar una vida familiar alegre, sana y unida a Dios. La mujer verdaderamente amante se esforzará por ver en su marido al Señor. Ella se examinará a sí misma "y al compañero para ver si están capacitados para tan sagrada tarea. Y la que se decide a ello ha de saber que tiene que perseverar, que por toda su vida tiene que luchar por llevar a la perfección en su esposo y en sí misma la imagen de Dios, y que —en el peor de los casos— aun en medio de la peor desfiguración y deshonra no puede abandonar esa imagen; ha de saber que ella recibe sus hijos del

¹ «*Frauenbildung und Frauenberufe*», pág. 98 (vide también la nota 4 del cap. anterior).

Señor y los debe educar para el Señor”.² ¡Qué respeto tiene Edith al ser humano, cuán hondamente conoce ella lo que es el amor entre los hombres! Ante Dios nadie tiene derecho a considerar a otro como posesión propia. Aun el amor conyugal y filial considera a la persona encomendada y amada ante todo como posesión de Dios. “Consideremos a la Madre de Dios como esposa: llamada e ilimitada confianza que se ve correspondida con ilimitada confianza; silenciosa obediencia. Lógica y fiel compenetración en el dolor; y todo esto con subordinación a la voluntad de Dios, el cual ha puesto al esposo como protector y cabeza visible.”³ La destruida armonía de la íntima comunidad amorosa de la primera pareja humana debe ser restablecida, imitando, sobre todo la mujer, la humilde abnegación de María. Como compañera y madre se le ha encomendado a ella de modo especial “convertir su ser peculiar en realidad de amor redentor”.⁴ Su servicio desinteresado da a la familia solidez y apoyo.

De esta manera María libera a la mujer del apego corporal y la introduce en el imperio ilimitado de la maternidad espiritual, que se preocupa, ante todo, de la salvación eterna de las personas encomendadas. Pero esta maternidad sólo es posible “cuando internamente está todo en el debido orden y equilibrado sosiego”.⁵ El equilibrio interior y ese sosiego en el que la vida puede prosperar y crecer constituyen para Edith una condición fundamental de toda actividad maternal. A ejemplo de María, la mujer no debe considerar al hijo como propia posesión, pues “lo ha recibido de las manos

² *O. c.*, pág. 136.

³ *O. c.*, pág. 91.

⁴ «*Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnaden*», pág. 52 (vide también la nota 1 del cap. anterior).

⁵ *O. c.*, pág. 209.

de Dios”, y a las manos de Dios ha de restituirlo. ⁶ Discreta y calladamente María se pospone a su Hijo, nunca se impone, siempre tiene ante la vista la obediencia servicial. De ella debe aprender la mujer a renunciar a sus pequeños derechos, para dedicarse totalmente a mirar por el alma del hijo. El punto céntrico no lo ocupa la madre, sino el hijo. La constante mirada de la mujer hacia María le dará ánimos y fuerza para dar el verdadero sentido a su femineidad. Pues “la maternidad de María es el prototipo de toda maternidad. Como ella, toda madre humana debiera ser madre con toda el alma, para comunicar al alma de su hijo toda la riqueza de la propia alma”. ⁷

Lo que Edith tiene ante los ojos es una maternidad fecunda espiritual, que, independientemente del matrimonio y de la profesión, se convierte en fuente de efluvios de amor divino. La familia sirve no sólo para la continuación de la vida natural, sino también para la edificación del Reino de Dios. Edith trata de esclarecer el “puesto orgánico” de la mujer dentro de la Iglesia. María es no sólo imagen, sino corazón del Cuerpo Místico de Cristo. Como ella, la mujer y la esposa debe representar la relación amorosa que existe entre la Iglesia y Cristo. La Iglesia no es Cristo, sino que está a su lado, lo mismo que María tiene su lugar al lado del Señor. María “no representa al Señor, sino que lo acompaña. En eso se asemeja su puesto al de Eva al lado del primer Adán... Ella es Madre de los vivientes... porque, abrazando a la Cabeza, abraza también a todo el Cuerpo Místico”. ⁸ Qué idea más clara tiene Edith

⁶ «*Frauenbildung und Frauenberufe*», pág. 91 (vide también nota 4 del cap. anterior).

⁷ «*Endliches und Ewiges Sein*», págs. 472, 473 (vide también nota 2 del cap. 1.º, 1.ª parte).

⁸ *O. c.*, pág. 75.

de María. Sus palabras sobre la Madre de Cristo se nutren de la virtud del Evangelio y el convencimiento de que la miseria de la época ansía una genuina vida femenina a imitación de María.

Si es verdad que no toda mujer puede llegar al matrimonio y a la maternidad corporal, a menudo debido a circunstancias externas, nunca se le cierra el acceso a la maternidad sobrenatural. Edith insiste en esta meta de toda formación femenina. Por eso su cariño especial se orienta hacia la mujer profesional. Es el bien del pueblo el que motiva su desinteresada y servicial actitud. Si desempeña su misión como María, entonces irradia en su ambiente luz y consuelo. A ella se le ha encomendado el infundir paz y amor comprensivo en el ajetreo de la tecnificada vida moderna. Jamás debe ella rebajarse hasta convertirse en una "máquina", en un número sin alma. Por lo que venimos diciendo, se comprende el enorme entusiasmo que las conferencias de Edith despertaron en el mundo femenino y masculino. Todavía no ha expuesto nadie en público tan rectilíneamente y tan prácticamente el inalienable núcleo personal de la mujer y su destino eterno. Lo que especialmente convence es su propia, modesta femineidad, que de ningún modo queda extinguida por su extraordinaria inteligencia. Después de un congreso en Salzburgo, en el que Edith habla sobre el "ethos de las profesiones femeninas", el profesor Vierneisel de Heidelberg escribe: "La más inolvidable impresión en los cursillos del congreso de Salzburgo la ha producido una señora, cuya conferencia, casualmente pero con gran oportunidad, se pronunció al principio del desarrollo de temas, antes de tratarse de cada una de las profesiones... La conferencia de Edith Stein convenció por haberse mantenido al margen del apasionamiento del movimiento feminista y

porque la misma conferenciante encarnaba palpable y visiblemente sus ideas. Al bajar las gradas del estrado, rememoraba esos cuadros en que los antiguos maestros representan la entrada de María en el templo.”⁹ Así, pues, Edith cautiva porque sus palabras llevan el sello de la conducta, de la visible irradiación de sus sentimientos marianos. La más elevada misión de la mujer consiste para Edith en la formación de seres humanos. Para ello ha sido dotada con todas las cualidades maternales, afectivas y educativas. Por eso Edith propugna un ejercicio ejemplar de la profesión docente, de la cual tiene un concepto no sólo realista, sino también religioso. El maestro no tiene tan sólo la misión de comunicar conocimientos al discípulo, sino también la de abrir su alma a Dios. Con profunda y amplia mirada Edith advierte que la buena escuela es la verdadera base educativa para una sana vida nacional. Sus argumentos sobre una ordenada instrucción pública manifiestan una auténtica compasión de las necesidades de su época y una responsable servicialidad. “Para muchos niños —dice— esta ‘nueva’ escuela se ha convertido en un hogar..., el primer hogar que conocen. Cuántas criaturitas, que vienen de la suciedad y del abandono moral, corporalmente nerviosos y espiritualmente en una situación lastimosa, respiran aquí por vez primera una atmósfera de tranquilidad, de orden y de paz, experimentan por primera vez la bondad y la pureza, por primera vez un aliento de cariño maternal, por primera vez el presentimiento de un mundo que está por encima de este mundo. Jamás podrá la escuela suplir por completo lo que ofrece una buena casa paterna. Pero, si la escuela no ofrece todo lo que pueda en representación

⁹ «Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnaden», págs. 21, 23 (vide también la nota 1 del cap. anterior).

de los deberes paternos, entonces queda en total abandono el porvenir del pueblo alemán... Los hombres que están en la miseria, tanto grandes como pequeños, más que objetivos bienes culturales lo que desean es bondad y calor humanos.”¹⁰ Por eso Edith acaricia planes de reforma de la instrucción pública, para, mediante el espíritu maternal y servicial de María, asegurar a los escolares, niños y adolescentes, una atmósfera de auto-desarrollo más sosegado y resistente.

Edith habla también con entusiasmo de la sublime vocación del alma femenina, de su entrega al Señor en el estado religioso. El divino misterio del amor, que santifica y transfigura la maternidad natural y el amor de los esposos, tiene su más profundo cumplimiento en los desposorios con Cristo en cuerpo y alma. También en esto es María el modelo más obvio. La mujer que voluntariamente elige para sí la virginidad se sale, como María, del orden natural para colocarse al lado del Señor. Se afana únicamente por cumplir la voluntad divina y perseverar con Jesús hasta la muerte en la cruz. Y así, la vida de la verdadera religiosa es expiación supletoria y amor redentor para el mundo. Juntamente con María es ella la “*sponsa Christi*”, el corazón de la Iglesia, que llena a los miembros de vida. María le da a la Iglesia la vida de su Hijo divino, y la consagrada a Dios lleva a Cristo al mundo. Por consiguiente, es un dar y recibir, como entre madre e hijo, y Edith recalca continuamente que María no sólo es el mejor modelo para el alma femenina, sino que es realmente su Madre. Y así dice ella: “María nos ha alumbrado a la vida de la gracia, al entregar todo su ser, cuerpo y alma, para la maternidad divina. Por eso existe una íntima vin-

¹⁰ «*Notzeit und Bildung*» («Tiempo de Crisis y Formación»), conferencia pronunciada en Essen, 1932.

culación entre ella y nosotros: ella nos ama, nos conoce, se afana por hacer de cada uno de nosotros lo que está llamado a ser.”¹¹

Así, pues, para Edith la misión mariana de la mujer culmina en un amor intenso, puro y servicial, que abarca todas las tres vocaciones: matrimonio, vida profesional y estado religioso. Cuanto con más perfección se realiza ese amor, “tanto más abundante vida divina llena el alma. Vida divina... es amor, amor desbordante, que de nada necesita y se entrega libremente: amor que se inclina compasivamente hacia toda vida necesitada. Amor que sana enfermos y resucita muertos a la vida; amor que custodia y cuida, alimenta, enseña y forma. Amor que se entristece con los tristes y se alegra con los alegres; que se pone al servicio de toda criatura, para que llegue a ser aquello a que el Padre la ha destinado: en una palabra: el amor del Corazón divino”.¹²

En una época de “obscurecimiento para las cosas divinas”, de rebelión y de desfiguración del concepto de hombre, Edith, con su sosegado y sabio estilo, muestra las fuentes del verdadero e imperecedero humanismo. Sin afectación y sin retórica conduce ella al que busca a la riqueza del Evangelio de Cristo y descubre para la vida de la mujer profundos aspectos mirando a María. A un concepto de la mujer desfigurado y autónomo contrapone ella la figura de la Madre de Cristo, la cual “realiza su servicio calladamente y con obediencia práctica, sin reclamar para sí atención y reconocimiento”.¹³ Como María en las bodas de Caná, la mujer debe acostumbrarse a captar silenciosamente las circunstancias,

¹¹ «*Frauenbildung und Frauenberuf*», pág. 125 (vide también la nota 4 del cap. anterior).

¹² *O. c.*, pág. 98.

¹³ *O. c.*, págs. 95, 96.

a advertir dónde hay alguien que precisa de su ayuda, y a derramar felicidad por todas partes. Por lo demás, no tiene importancia el puesto a que Dios la llame, con tal de que por todas partes la animen los sentimientos serviciales de María.

Edith llega a indagar el prototipo de esta actitud amorosa mariana. Y de forma sorprendente encuentra la respuesta a esa cuestión. “Amor servicial —dice— es ayudar a todas las criaturas a llegar a la perfección. Ahora bien, tal es el oficio del Espíritu Santo. En consecuencia, en el Espíritu de Dios, que se derrama sobre toda criatura, podríamos ver el prototipo del ser femenino. Su imagen más perfecta se encuentra en la Purísima Virgen, que es Esposa de Dios y Madre de todos los hombres.”¹⁴ En el mismo misterio del Dios Trino se encuentra el origen de aquella paternidad y maternidad espiritual que se ha dado a los hombres para consecución de su más hondo sentido vital. La mujer, mediante su actitud mariana, participa en la efusión amorosa del Espíritu Santo. Según esto, la trayectoria de la mujer, tal como Edith la ve, va con María hasta Cristo y con Cristo crucificado hasta la gloria amorosa de Dios, de la cual fluyen para ella todas sus energías maternales y bienhechoras.

¹⁴ *O. c.*, pág. 76.

Otra vez filosofía

Los años del 1930 al 1933 son para Edith una época de grandes revoluciones y de los más variados planes. Antes de dejar definitivamente el escenario de este mundo, un breve y prometedor recomienzo parece llevarla a la cumbre de su carrera científica. La intensa actividad de Edith como conferenciante, su gran traducción de santo Tomás y sus trabajos filosóficos en el campo de la fenomenología atraen la atención sobre ella. Por esta razón no se puede evitar, a la larga, el que muchos le sugieran que deje la escuela y sienta cátedra en la universidad. La asociación alemana de académicos se siente orgullosa de contar en su seno con una filósofa católica de la talla intelectual de Edith. Se abriga la esperanza de que llegue a ocupar un importante puesto directivo. La modesta Edith, tan amiga de permanecer oculta, empieza a comprenderlo lentamente, pero también inevitablemente. En diciembre de 1930 escribe a dos amigas de Friburgo: "Bien sé que llevo ya bastante tiempo sin contestar siquiera a vuestras felicitaciones en mi fiesta onomástica... La razón bien os la podéis imaginar. Salzburgo ha tomado un auge sorprendente. Tan pronto tengo que dar conferencias en un sitio como en

otro. Y además de las conferencias, ocupada siempre en redactar montones de artículos. Probablemente para Pascua dejaré de una vez la escuela (por favor, de momento no digáis nada de esto): lo que haré después, todavía no lo sé. El pensar sobre ello lo he aplazado hasta las vacaciones de Navidad, por considerarlo, de momento, como algo inútil y engorroso. Pero ahora se impone una época de profundo recogimiento y reflexión en Beuron.”¹

Para Edith es un paso transcendental el dejar la paz claustral de Santa Magdalena en Espira. A pesar de su creciente actividad, su alma, ahora más que nunca, se siente encariñada con el estado religioso. Aunque le esté vedado entrar en el claustro, se muestra muy agradecida de poder vivir en el ambiente de una familia claustral. ¿Y todo esto va a cambiar de repente? Al final de una de sus cartas a sor Adelgundis, OSB, en Friburgo saluda Edith con estas palabras: “In desiderio vitae monasticae.” Antes de emprender su nueva vida, quiere ella consultarlo todo con el padre archiabado en el monasterio de Beuron. El padre vuelve a rechazar una vez más su deseo de ingresar en el claustro, pero está totalmente de acuerdo con sus nuevos planes. El abad Walzer, como otros muchos, está plenamente convencido de que su hija espiritual está llamada a grandes cosas. El futuro se cierne ante ella obscuro y cargado de responsabilidad, pero avanza animosamente, paso a paso.

En marzo de 1931 deja su hogar claustral de tantos años en el Palatinado. Despedirse de sus alumnos y de las buenas hermanas no es cosa fácil, pero Edith se entrega con toda energía a su nueva tarea. Se dice en una carta: “El día 27 de marzo me he despedido de

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), 1, 4: A Adelgundis Jägerschmidt, OSB.

Espira. Santo Tomás no está satisfecho con las horas que he podido ahorrar para él, pues pide mi total dedicación.”² Durante las últimas semanas que pasa en Santa Magdalena elabora un amplio esquema de “Akt und Potenz” (Acto y potencia), que es un estudio de la fenomenología sobre la doctrina de la escolástica. El año 1931 está lleno de inútiles intentos de conseguir una cátedra en la universidad de Friburgo o en la de Breslau. Entrevistas personales con los profesores Finke, Heidegger y Honecker y gestiones de su adicto profesor Koch no dan el menor resultado. Parece repetirse la situación de los años siguientes a la primera guerra mundial. La dificultad ahora no está en el sexo de Edith, sino en su raza. El antisemitismo trabaja ya bajo cuerda, y especialmente en Breslau no se desea la cátedra de un filósofo judío. Estas lamentables circunstancias de Alemania las soporta Edith con la mayor serenidad. Es más, Edith parece estar al margen de los altibajos de nuevas esperanzas y desilusiones. Por eso puede escribir a sor Adelgundis: “También podría usted hacer ver al profesor Finke que todo este asunto no me afecta internamente y que no estoy ni desilusionada ni afligida, aunque no se consiga nada.”³ Edith lo hace todo procurando satisfacer las exigencias que se le plantean, pero su corazón ha echado anclas en otro sitio. Algunos meses después de partir de Espira escribe: “Cuando me decidí a salir de Espira, sabía que sería muy difícil no vivir en el claustro. Pero que iba a ser tan difícil como ha sido durante los primeros meses, nunca me lo hubiera podido imaginar. Pero ni un solo momento me he

² «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 101 (vide también nota 4 del cap. 1.º, 1.ª parte).

³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 6.

arrepentido de ello, pues no me cabe duda de que las cosas están sucediendo como tienen que suceder.”⁴

Primeramente Edith se retira a Breslau. Su madre se daría por conforme de que aceptase una cátedra católica en la universidad, con tal de que su hija estuviera cerca. Además, Rosa necesita la ayuda de Edith. Sicológicamente se siente muy abandonada en el ambiente heterodoxo. Por atención a su madre, no hay que pensar de momento en un paso oficial a la Iglesia. Rosa no puede prescindir del consuelo de Edith. Ambas visitan frecuentemente al profesor Schulemann. Edith habla poco con él en relación con su asunto de la cátedra, pues Schulemann carece de todo influjo en la universidad. Este está al corriente de la pasión antisemítica que impera en el claustro de profesores y de la aversión de los neokantianos a la fenomenología. Pero advierte con auténtico dolor que una pensadora de la categoría de Edith hubiera merecido un trato diferente. En sus memorias escribe: “Nosotros —Edith Stein y yo— apenas hemos hablado sobre la eventualidad de ocupar una cátedra. Pero me parece evidente que durante algún tiempo ha pensado en ella como ideal de su vida y desde luego en su ciudad natal, Breslau... En una vida tan bien fundamentada científicamente y proseguida con tanta aplicación como fue la de Edith Stein, la no consecución de la meta tan razonablemente esperada y con ello de una posibilidad lógica de perfeccionamiento tuvo que suponer un rudo golpe y un enorme sacrificio. Y esto nada tiene que ver con la ambición y con el orgullo. Desde luego se daban los prerequisites científicos.”⁵

⁴ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 9.

⁵ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 286.

Entre tanto, prosigue Edith sus conferencias y trabaja en la corrección de la traducción de santo Tomás, que aparece en 1930 y 1931 en dos volúmenes. Además, su estudio metafísico del tomismo se va convirtiendo en una obra voluminosa. La llaman entonces a la Academia Pedagógica de Münster. Para esperar el resultado de las gestiones que se llevaban a cabo con las universidades, tarda Edith en la decisión. Cuán genuino y puro es su trabajo científico y cuán poco piensa ella en la fama lo demuestran sus palabras en un carta a Santa Lioba: “Me encantaría marchar a Friburgo, cuando termine el trabajo. Qué es lo que entonces pasará, no lo sé. Y si me llamaran antes a la Academia Pedagógica, tal vez renunciaría totalmente a aceptar una cátedra. Después de haber comenzado el trabajo, tuvo en seguida para mí mucha más importancia que cualesquiera fines para los que eventualmente pudiera servir. Dios sabe lo que se propone conmigo. Por eso, no tengo necesidad de preocuparme de ello.”⁶

La profunda paz que irradia Edith en esta época, tan alterada para ella, vuelve a dar qué pensar a las gentes. Una persona, que conoce a Edith durante sus estancias en Santa Lioba de Friburgo, refleja la impresión general, cuando escribe: “Era tan extraordinariamente modesta, que apenas se notaba su presencia. Jamás se colocaba en primer plano. Sin embargo, se sentía uno desde el primer momento como fascinado por la gran santidad que irradiaba su pacífico natural.”⁷ Entre tanto, Edith se ha decidido por Münster. Pero en la primavera de 1932, antes de marchar a Westfalia, propone una vez más al archiabado Rafael sus deseos de vida claustral. Como es natural, se le rechaza tal pro-

⁶ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 8.

⁷ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 8.

puesta, dándosele por motivo el que la Alemania católica tiene necesidad de su actividad en Münster. Hasta qué punto es esto cierto y con qué alegría anticipada se espera el cargo público de Edith lo manifiestan las siguientes palabras de la maestra María Wilkens: “No se me ha borrado el recuerdo del primer encuentro con Edith Stein en la asamblea general de la Asociación de Maestras católicas alemanas en el año 1932 en Essen. Tenía yo noticia de ella como destacada filósofa y colaboradora de Husserl, el fundador de la escuela fenomenológica; sabía que se había hecho católica, radicalmente católica, dando así de lado a la carrera que se le abría en la filosofía profana... Admiraba su obra filosófica y sus magníficas conferencias durante las semanas universitarias de Salzburgo, en sesiones de la Asociación de Académicos Católicos y de la Federación de Mujeres Católicas, sus profundas reflexiones sobre la mujer, su misión según la naturaleza y la gracia, sobre la mujer en la profesión. Me llenaba de alegría el que esta mujer, de tan extraordinaria talla espiritual, se pusiera tan abnegadamente al servicio de los ideales del Movimiento de Mujeres Católicas. Nos sentíamos orgullosos de que el profesor Steffes y María Schmith hubieran conseguido como profesora para el Instituto de Pedagogía Científica de Münster a aquella en quien ponía tantas esperanzas la Alemania católica; ese instituto dependía de la Asociación de Maestros Católicos y de la Unión de Maestras Católicas Alemanas. Nosotros esperábamos que a eso se añadiría una cátedra de filosofía en la universidad.”⁸

Tan sólo un año permanece Edith destinada en la Academia de Münster, pero es un año de copiosos frutos y de labor ejemplar en medio de una época de

⁸ *María Wilkens, «Erinnerungen an Edith Stein»,* págs. 840, 841 (vide también nota 2 del 6.º cap., 2.ª parte).

inminentes tinieblas apocalípticas. Con ligera timidez entra Edith en su nuevo campo de actividades. Todavía no tiene conocimiento total del programa de sus lecciones, y también teme que el haber permanecido tanto tiempo al margen de la ordinaria carrera filosófica obstaculizaría la necesaria toma de contacto. Pero ocurre exactamente todo lo contrario. Todo Münster mira con legítimo orgullo a la nueva profesora. Sus colegas y los estudiantes reconocen rápidamente las cualidades humanas y científicas de Edith. Observan con profunda emoción su gran desinterés, su seriedad religiosa y su inteligencia amante de la verdad. Por eso escribe Edith con satisfacción a Friburgo: “Estoy contenta de ir poco a poco tomando contacto con los profesores y con las estudiantes (el que esto suceda poco a poco depende solamente de mí, por haber podido dedicar a ello tan poco tiempo). Dos asociaciones de estudiantes católicos y la Conferencia Católica Elisabeth han ordenado a sus encargados que me hagan una visita y me han rogado que visite sus centros respectivos. En el primero de ellos he tenido hace poco un diálogo sobre problemas femeninos, que se desarrolló muy animadamente. Creo que de esta manera se podrá atraer a estudiantes de la universidad como oyentes de las clases del Instituto, lo cual sería provechoso para ambas partes.”⁹

Todos advierten pronto que Edith sostiene el punto de vista católico sin compromiso, y su ejemplar actitud mueve a la imitación y a interesarse vivamente. Una estudiante escribe: “Su ser irradiaba energía concentrada. Demostraba un dominio interior que poseen muy pocas personas de las que llevan una intensa vida in-

⁹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 11.

terior.”¹⁰ Su maternal y comprensiva labor pedagógica de la época de Espira la prosigue Edith en Münster en un plano académico. El primer plano lo sigue ocupando siempre el ser humano, no la ciencia. Una de sus oyentes relata: “Con gran cariño dedicaba sus ratos libres a la juventud estudiosa. Con gusto escuchaban las estudiantes sus disertaciones científicas y recibían con satisfacción sus exhortaciones y consejos en orden a una ejemplar vida cristiana. Esta labor entre la juventud estudiosa la consideraba ella como algo querido por Dios y a este deber sacrificaba los anhelos que sentía de consagrarse a Dios en el estado religioso... Para todos nosotros era un modelo de la más pura y noble humanidad y de sentimientos profundamente cristianos. De esta manera sabía ocultar amablemente su enorme saber bajo su extraordinaria modestia ”¹¹

Reside Edith en el Colegio Mariano, donde también se pone en contacto con las estudiantes religiosas. Aquí se admira su rigurosa vida ascética, su servicial amor al prójimo y su piedad eucarística... Gustosamente aprovecha, para dedicarlos a la oración, los pocos minutos que le quedan libres. En medio de su labor científica, su alma está sedienta de la “liturgia muda”, como ella llama a la oración, y de la plenitud de la alabanza divina, que ya muy raras veces puede concelebrar en Beuron. A pesar de tan intensa actividad, no se olvida de encaminar hacia Cristo, con tacto y habilidad, a muchos de sus amigos judíos. Con esta tarea está especialmente encariñada. Una de sus jóvenes amigas, a la que Edith ayuda a convertirse, dice refiriéndose a aquella

¹⁰ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 196.

¹¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 139.

época: “¡Cómo había cambiado Edith! Donde había ambición, ya sólo había tranquila sensatez; donde había habido egoísmo, ya no había sino comprensión y bondad. Con infinita paciencia ha discutido conmigo, y me ha consolado, a propósito de problemas personales, de cuestiones religiosas, de filosofía, de todo cuanto nos interesaba. Las dos estábamos estrechamente unidas.”¹²

Para muchas personas Edith se convierte en fuente de energía espiritual. El círculo de sus amistades y su correspondencia crecen continuamente. Se hace asequible a todos, está a disposición de todos con la misma modestia y abnegación. Es casi milagroso el modo como realiza todo esto. El aspecto más hermoso de Edith es su apertura universal. Sus amplísimos conocimientos y su religiosidad jamás son un obstáculo, sino, más bien, un medio para familiarizarse con los problemas vitales de los hombres. Una de sus amigas de Gotinga escribe: “La visité dos veces en Münster, donde fui acogida encantadoramente por las hermanas. Ella tenía el mayor interés por mi trabajo, con el que yo estaba muy entusiasmada, y nunca fue la mujer esquiva que se ha retraído del mundo. Cualquier insignificancia de mi familia le interesaba. Siempre era una dicha estar en su compañía, la cual siempre resultaba provechosa; bien sea porque se esclarecían las propias ideas, bien porque se descubrían nuevos puntos de vista en algún antiguo problema... Se mostraba especialmente cariñosa con los niños, con los que sabía muy bien jugar y divertirse. A mi hijo, nacido el año 1923, lo quería muchísimo. Lo llevé dos veces conmigo a Münster; después, una vez a Colonia, donde le dio a Edith un beso a través de la

¹² O. c., 3.

reja del locutorio, que él no podía aguantar.”¹³ Este encantador relato de la señora Rosa Bluhm-Guttman demuestra claramente la cordial naturalidad de Edith, que a primera vista no se le notaba a la gran filósofa.

Mientras Edith, sacrificando sus deseos personales, vive por completo dedicada al bien espiritual y síquico del prójimo y se ve rodeada de una atmósfera de alta estimación y de admiración, Dios purifica su interior precisamente mediante su actividad científica tan prometedora. En el verano del año 1932 escribe ella a Friburgo: “Me veo precisada a sostener una lucha bastante dura para cimentar mi vida científica: pero no con persona alguna — todos se muestran muy obsequiosos conmigo —, sino con la situación derivada del hecho de haber estado al margen de la continuidad en el trabajo científico por espacio de diez años y por la falta de contacto con la vida moderna, por profundas razones interiores.”¹⁴ Efectivamente, existe enorme diferencia entre dedicarse a la labor escolar en la soledad del claustro, y de paso realizar algún trabajo científico, y estar en la vanguardia intelectual y responsabilizarse en la construcción de una pedagogía moderna, fundamentada teológica y filosóficamente. Las cuestiones fundamentales de la pedagogía plantean todos los problemas actuales, y Edith tiene que enfrentarse con ellos con la mayor seriedad. Sus lecciones antropológicas representan un intento de interpretar el misterio de la persona humana a la luz de la tradición europea. En todo caso, entre los profesores, tan diferenciados en su formación técnica, se impone un común esclarecimiento de ideas. El profundo espíritu de Edith desea una radical autocrítica,

¹³ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 324a.

¹⁴ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 11.

que al mismo tiempo le haga ver sus propios límites. La célebre frase socrática: "Sólo sé que no sé nada", la acompaña a cada paso.

Su combate interior se refleja en sus cartas a Hedwigis Conrad-Martius. De ella espera Edith consejo y comprensión. "¿Ha pensado usted alguna vez qué es la pedagogía? —escribe ella—. No se puede saber eso con claridad hasta que no se tenga ésta en todas las cuestiones básicas. Y nosotros somos gentes con un pasado filosófico de muy distintos tipos (los psicólogos incluso, sin uno que lo sea verdaderamente). De ahí puede usted pensar lo difícil que es el entenderse. Sólo estamos de acuerdo en la finalidad de construir una pedagogía católica. Esto es ya algo muy hermoso, y me encuentro muy contenta por ello. Ahí estoy aprendiendo muchas cosas y solamente siento mi espantosa ignorancia (especialmente en pedagogía e historia de la filosofía) y la imposibilidad de llegar alguna vez a resarcirme de ello. Me consuelo solamente con que en este trabajo en equipo puedo presentar insinuaciones a las que otros sabrán sacar fruto, aunque mis propios trabajos siempre deban resultar insuficientes." ¹⁵

Con delicioso humor, a la amiga le habla de un congreso celebrado en Berlín a finales del año 1932, durante el cual sacudió enérgicamente a todos los profesores de sus ideas fundamentales. Pues para ella es algo intolerable el pensar en una publicación antes de estar de acuerdo en los problemas capitales. De esta manera Edith vuelve a percibir al vivo su nueva situación. Mientras que sus colegas y oyentes admiran su ciencia extraordinaria, se siente ella sin patria y extraña entre personas que orgánicamente están vinculadas a

¹⁵ «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, pág. 16.

una labor vital de muchos años. Sobre esto escribe: "Me doy cuenta de que he perdido por todas partes el contacto y que en todos los aspectos soy inapta para este mundo."¹⁶ En otra carta dirigida a Eduvigis Conrad-Martius leemos: "Le estoy muy agradecida por su artículo...; porque en él he vuelto a ver otra vez claramente qué es el verdadero filosofar y dónde se encuentran mis límites. Este conocimiento de mi propia limitación ha hecho en mí rápidos progresos en los últimos meses."¹⁷ Declaraciones semejantes hace Edith durante todo el año de trabajo en Münster. No se crea que la idea que tiene Edith de su propia insuficiencia estriba en una infra o supervaloración de su situación espiritual, pues en esto es Edith muy sensata. No, Dios quiere, más bien, producir en ella el interno convencimiento de que esa actividad no ha de ser la última, sino tan sólo un impulso hacia nuevas esferas del ser.

La brillante colaboración de Edith en la sesión de trabajo de la Societé thomiste sobre fenomenología y tomismo en Juvisy, cerca de París, el año 1932, no hace sino corroborar ese convencimiento. En medio de un círculo de los más conspicuos representantes de la neoescolástica de Francia, Bélgica y Alemania domina ella totalmente la discusión en torno a la correspondiente materia fenomenológica. A este propósito, advierte su amigo el profesor Rosenmöller: "Es indudable que conocía mejor que nadie la teoría de Husserl, pues fue por largos años ayudante suya en Friburgo de Brisgovia. Pero desarrollaba ella sus ideas con tanta claridad, si era preciso incluso en lengua francesa, que la impresión general era extraordinariamente fuerte en medio de

¹⁶ *O. c.*, pág. 12.

¹⁷ *O. c.*, pág. 11.

aquel selecto grupo de eruditos.”¹⁸ Mientras que los amigos de Edith en Münster se hacen lenguas de su seguridad de raciocinio, de la forma perfecta de exposición y de sus grandes conocimientos, ella, humorísticamente, a su extraordinaria agudeza intelectual la llama un “salir del paso”. Cuanto más ahonda su inteligencia, tanto más cree conocer su impotencia. “Este conocimiento no me deprime —escribe—. Sin embargo, no es nada agradable estar en un puesto de responsabilidad, para el que le faltan a una tantas cosas necesarias, y se tienen pocas perspectivas de poderlas conseguir.”¹⁹

Mientras Edith reconoce en su misión de Münster la voluntad de Dios, no quiere desertar. Su humildad casi espanta, a no ser porque manifiesta una especial disposición de la gracia de Dios. Mientras en el ambiente europeo aplica provechosamente el método fenomenológico al pensamiento escolástico y tiende puentes entre la época moderna y las ideas supratemporales teológico-filosóficas, se va abriendo paso en ella cada vez con más fuerza, el pensamiento paulino de que Dios ha elegido lo débil e inútil y prefiere la locura de la cruz a la sabiduría de este mundo. Es cierto que esto ya lo sabe hace tiempo, pero es más fácil renunciar por anticipado a una cosa que dejarse quitar poco a poco, pero radicalmente, la posesión de una riqueza adquirida. Edith ha de probar también plenamente esta experiencia. Hasta recibir otra llamada de Dios, persevera ella en la paciencia, en el destierro espiritual y en la obediencia práctica. “Me he ido convenciendo lentamente de que siempre permaneceré muy ignorante y de que todo cuanto todavía pueda trabajar será muy imperfecto,

¹⁸ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 8a.

¹⁹ «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, pág. 12.

como toda obra humana en sí debe ser. Espero únicamente que pueda dar un impulso en una dirección en la que se debe ir, y que otros después lo harán mejor.”²⁰

Así, pues, a través de todos los dolores del autocoñocimiento, irrumpe un rayo de alegría, la conciencia de una misión, que a Edith se le ha manifestado en el encuentro con Tomás de Aquino. Lo que ha iniciado en la traducción de Tomás de Aquino, lo prosigue en su extenso manuscrito “Akt und Potenz” (Acto y potencia). La nueva dirección, “que es necesario seguir”, consiste para ella en dar firmes fundamentos al pensamiento moderno, sin sujetarse a la antigua forma de expresión. Para la fenomenóloga Tomás se convierte en el nuevo punto de partida para dar a la metafísica una nueva orientación “positiva”. Como él, quiere Edith captar “toda la realidad, comprendiendo además la verdad revelada, es decir, fundamentando en la filosofía y en la teología”.²¹ Su avance trata de conectar con una *philosophia perennis* y de este modo iniciar la superación de un existencialismo alejado de Dios. Para ello el espíritu de Edith tiene que soportar dolores de parto y perseverar en las tinieblas de su nueva situación. Se considera a sí misma como instrumento y se entrega confiadamente a la dirección de la gracia de Dios.

Una carta dirigida al padre Pedro Wintrath, OSB, en Maria Laach, que había enjuiciado su edición de Santo Tomás, refleja de modo impresionante su humilde, pero al mismo tiempo decidida, actitud espiritual. En esa carta dice Edith: “El que otros habrían sido más aptos que yo para esta labor, es algo de lo que nadie puede estar más persuadido que yo. Tal vez no

²⁰ O. c., pág. 21.

²¹ O. c., pág. 13.

hubiera tenido ánimos para esta tarea, si antes hubiera visto sus dificultades. Como novicia en la escolástica (aunque no en la filosofía) he puesto manos a la obra para familiarizarme con Tomás de Aquino. El que la obra se haya terminado —a pesar de sus defectos—, sea como sea, lo considero casi como un milagro. Pues se ha hecho en ratos libres en medio de una intensa actividad escolar y otras obligaciones, sin iniciación alguna y sin ayudas. Para aclaraciones más profundas que las que yo he formulado, me hubiera faltado competencia. De este modo tal vez un desprevenido y pequeño David ha tenido que arremeter contra Goliath para espolear a los guerreros de pesada armadura. Si yo tuviera 15 ó 20 años menos y fuera libre para hacer lo que me pareciera mejor, volvería a empezar desde los cimientos el estudio de la filosofía y la teología. Pero estoy en una edad en la que aquello que se posee tiene ya que dar sus frutos, y sólo de modo secundario hay que procurar la recuperación de lo que falta. Permítame que le pida su consejo y un memento para mis actividades.”²²

La debilidad del “pequeño David” es su energía para tender puentes y para descubrir una nueva posibilidad de comprensión en medio de la confusión espiritual de los corazones y las inteligencias.

²² «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 25.

Se alza la cruz

El nuevo rumbo en el destino de Edith se produce por el lado que no esperaba. Casi sin intervención suya se cumple su más profundo anhelo, que está más allá de toda finalidad filosófica o profesional. Desde que Teresa de Avila tocó su corazón, se lo ha entregado totalmente a Dios. Pero un camino de diez años había de llevar a la conversa desde el alejamiento radical de su anterior actividad filosófica hasta una autocrítica, todavía más radical, de su nueva situación científica.

Lo que dice Husserl, de que el judío propende por naturaleza al radicalismo y a la entrega hasta el martirio, es aplicable especialmente a Edith. En la conversión recibe la gracia de entregarse totalmente a Dios. Por su profunda gratitud, quiere seguir a Teresa al huerto de la contemplación. Pero los largos años de espera y de fiel ejercicio profesional producen en ella una transformación interior. Cuando mejor comprueba lo impotentes que son la palabra y toda la actividad exterior, tanto más desea ofrecer con Cristo su vida en la cruz por todos los que todavía están lejos de El.

Esto lo ve de la manera más clara en su amistad con Husserl. Edith nunca ha perdido contacto con el querido

maestro. Es cierto que no volvió a verle en Friburgo hasta ocho años después de su conversión, pero Husserl siguió siempre con muy vivo interés la evolución de su hija intelectual. Ciertamente lamentó el que Edith ya no pudiera seguirle del todo y se esforzó seriamente por comprender su concepción del mundo. Sin embargo, el respeto de Husserl hacia el cristianismo queda subordinado a la esfera filosófica. Su espíritu, sediento de verdad, no es capaz de romper del todo las ataduras del subjetivismo moderno. Cuando Edith visita al viejo matrimonio Husserl en Friburgo, los dos se alegran de corazón por la probable admisión de aquélla a una cátedra. Edith puede exponer con franqueza todos sus problemas. Pero precisamente por esta franqueza advierte con la mayor claridad la distancia existente entre ella y el querido maestro. Y nuevamente vuelve a asaltarle la idea de que ni las discusiones ni la mejor voluntad de comprensión son cosa de provecho, sino que la última palabra la tienen tan sólo la oración y el sacrificio. A sor Adelgundis, que también pertenece a los discípulos de Husserl, escribe Edith: "Está bien que podamos tratar libremente con él sobre estas materias transcendentales. Pero ello agrava nuestra responsabilidad por él. La oración y el sacrificio son ciertamente mucho más importantes que cualquier cosa que podamos decirle... Se trata de otra cosa: de ser un instrumento selecto y de permanecer en la gracia. Nosotras no tenemos que juzgar y podemos confiar en la insondable misericordia de Dios. Pero no podemos disimular la seriedad de los problemas decisivos. Después de cada entrevista, en la que palpo la impotencia de un influjo directivo, veo más claramente la urgencia del propio holocausto."¹

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 2.

En Münster no tarda Edith en descubrir el “holocausto” que le aguarda. Aun antes de que Hitler se haga dueño del poder en Alemania y precipite a toda una nación en el abismo de la ruina, las ideas nacionalsocialistas se van haciendo cada vez más perceptibles entre los estudiantes. Con secreto horror observa Edith las invectivas contra los judíos, los cuales en un fanático racismo son estigmatizados como autores de todos los males políticos y morales. La mirada de Edith cala más hondo. Comprende que la sombra de la cruz va a caer una vez más sobre su amado pueblo. A pesar de su gran patriotismo como alemana, siempre estuvo conscientemente ufana de su origen judío. Su bautismo no ha hecho sino reforzar esa conciencia y la ha hecho ver, bajo una nueva luz, la misión del pueblo escogido. Por eso está ahora profundamente conmovida. No piensa en sí misma y en su seguridad, pero piensa en su pueblo, en los muchos que son agarrados por esa mano estranguladora del odio racista; teme por sus amigos y por sus seres queridos de Breslau. Una sombra cae sobre su alegre e ingenuo carácter. Una estudiante relata: “Nunca se le oyó una queja de la situación, pero era conmovedor ver su rostro pacífico y dolorosamente contraído. Ya por entonces se apreciaba en sus rasgos un destello del misterio que más tarde expresaría su nombre de religión ‘de la Cruz’. Todavía hoy la oigo decir: ‘Todo esto tendrá su venganza’, y no me cabe duda de que ya entonces vio ella venir un amargo castigo sobre nuestro pobre pueblo.”²

La despierta mirada de Edith para la situación de la época no se deja engañar por bienintencionados consuelos. Ella prevé más claramente que la mayor parte

² «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 19b.

de sus hermanos de raza el terrible destino de los judíos. Procura comprenderlo dentro del marco del misterio de la cruz. Sor Adelgundis refiere una conversación en Friburgo, en la cual Edith intentaba aficionarla cariñosamente a la devoción y culto al Corazón de Jesús. “Durante esa conversación —escribe— sucedió que en cierto modo dirigió una íntima mirada a la cruz que pendía en la pared, y me exhortó a mirar yo también. Con palabras que ya no puedo recordar, relacionó el divino sacrificio de la cruz con el terrible camino sacrificial de su pueblo, del pueblo judío. Muy profundamente conmovida, como uniéndose ella misma con el sacrificio del Señor, exclamó al fin (estas palabras no las he olvidado): ‘Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.’ ”³ A la vista de la persecución de los judíos, Edith se va iniciando en su auténtica misión. Cristianismo y judaísmo se alían en unidad redentora. Poco antes de su muerte sacrificial en Auschwitz dice Edith al padre Hirschmann, SJ, en Echt: “No puede usted imaginarse lo que para mí significa ser hija del pueblo escogido, pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente, sino también según la sangre.”

En esta penosa época se encuentra Edith con la cariñosa amistad de la madre Petra, superiora de las ursulinas en Dorsten. Con esta mujer maternal puede hablar de sus aspiraciones a la vida religiosa y de todos sus demás problemas. En la Navidad de 1932 Edith recibe una invitación de la madre Petra para ir a Dorsten. También la madre Petra está emocionada ante la extraordinaria unión con Dios de Edith y su gran espíritu de oración. Cuando no abandona la Iglesia durante la noche de Navidad, contesta más tarde a la

³ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 336.

pregunta de la reverenda Madre: “¡Cómo me iba a cansar esta noche!”⁴ En Dorsten vuelve a vivir Edith un poco el hogar del claustro, por lo que se muestra sinceramente agradecida. En el mes de enero de 1933 contesta a la madre Petra: “Una vez más he de agradecerle de corazón los tranquilos y bienhechores días de Navidad y los ratos que usted me ha dedicado. He de confesarle que lo que me ha decidido por Dorsten en los días de fiesta no ha sido tan sólo el anhelo de soledad claustral, sino también el presentimiento de que entre usted y yo existía ya una vinculación interior y de que el trato personal sería cosa importante... Ya han pasado los días de mi estancia en Berlín. En el aspecto puramente externo han sido para mí un éxito y estoy cordialmente agradecida para con todos aquellos que me han ayudado a ello con sus oraciones. Los frutos que hayan de quedar es algo que cae fuera de nuestro conocimiento. Fueron días muy agotadores, y me han vuelto a demostrar claramente cuán grande y de cuánta responsabilidad es la misión que tenemos ante nosotros... Desde el lunes estoy nuevamente en el Colegio Mariano y en mi trabajo normal, en la medida en que en mi situación se puede hablar de trabajo normal. Me alegro de tener detrás de mí la mayor montaña del invierno.”⁵ La vinculación con Dorsten es para Edith un exquisito regalo de la gracia y corrobora sus ideas de claustro. Por eso escribe en febrero a la madre Petra: “Tal vez permanezca todo el mes de marzo en Münster. Significa mucho para mí el que usted advierta en mí la filiación al 'Corpus

⁴ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 126 (vide también la nota 4 del cap. 1.º, 2.ª parte).

⁵ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 1: a la madre Petra OSU.

monasticum' y considere el hábito como algo accidental. Esto es ya un poco de hogar claustral. En las últimas semanas se me ha hecho especialmente clara la dirección de la gracia de Dios. Creo ver más clara y concretamente mi misión. Esto significa desde luego comprender cada vez más profundamente mi total insuficiencia, pero al mismo tiempo la posibilidad de ser instrumento de la gracia a pesar de esa insuficiencia." ⁶ No tardaron en precipitarse los acontecimientos. El nacionalsocialismo, adueñado ya del poder, no disimula su odio a los judíos. Muchos judíos son privados de su empleo de la noche a la mañana, y hasta se lanzan violentas invectivas contra las inocentes víctimas. Alemania se hunde en el terror de un régimen que, sin respeto a Dios, tampoco se detiene ante la dignidad de la persona. El amplio programa de rearme de Hitler, su eliminación del paro obrero y su llamamiento a los sentimientos nacionales deslumbran a amplios sectores del pueblo alemán, que esperan de su "Führer" un halagüeño porvenir. Las personas sensatas, sin embargo, ven en el forzado antisemitismo tan sólo la antesala de una lucha brutal contra el cristianismo y, en general, contra toda auténtica libertad de espíritu. Una de estas personas sensatas es Edith. Para ella la persecución de los judíos es el insulto a la humanidad del Señor. La petulancia racista aria nunca podrá ignorar el origen judío de Cristo.

Como Hitler se enmascara provisionalmente, pues no puede alcanzar de pronto todos sus objetivos, Edith se cree protegida en el instituto católico. Pronto advierte que no puede poner por más tiempo en peligro el instituto. La visita casual a un maestro, cuya familia le brinda hospitalidad, acaba por abrirle los ojos. Sin

⁶ *O. c.*, 2.

saber que Edith es judía, el padre de familia habla ingenuamente de los excesos recién ocurridos. En un relato que Edith deja como despedida a su madre priora antes de su huida a Holanda, escribe a ese propósito: “Ya antes había oído yo referir severas medidas contra los judíos. Pero ahora he visto de repente que Dios ha vuelto a poner fuertemente su mano sobre su pueblo y que el destino de este pueblo es también el mío. Procuré que el señor, que estaba sentado frente a mí, no notara lo que estaba ocurriendo en mí... Sería para mí como infringir el derecho de hospitalidad el haber perturbado su descanso nocturno con semejante manifestación.”⁷

El alma de Edith estaba profundamente agitada. No se queja ni acusa, pero actúa. Rápidamente reflexiona sobre lo que se debe hacer. Desea de todos modos hacer algo en el problema de los judíos y acudir en socorro de su pueblo. Por eso se propone solicitar permiso del archiabado Rafael para ir a Roma y personarse ante la Santa Sede. Espera que una encíclica del papa pueda cambiar la situación. Pero no advierte que no es frecuente entre dictadores escuchar la voz de la Iglesia y que tales gritos de alarma no hacen sino aumentar el odio. No es fácil abordar inmediatamente al abad Walzer. “Aunque mi inclinación natural —escribe— me impulsaba a dar semejante paso, veía que eso todavía no era lo ‘indicado’. Pero en qué consistía ‘lo indicado’ yo aún no lo sabía.”⁸

Durante su viaje en los días de Pascua a Beuron, donde esperaba encontrar por fin al archiabado, interrumpe su itinerario en Colonia. Con una catecúmena, que

⁷ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 129 (vide también la nota 2 del cap. 1.º, 2.ª parte).

⁸ *O. c.*, pág. 130.

precisa de su ayuda, celebra en el convento carmelitano de Colonia-Lilienthal la "hora santa", devoción que se tiene cada mes antes del primer viernes en honra de la agonía de Cristo en Getsemaní. Las misteriosas palabras de Pascal: "Jesús está en agonía hasta el final del mundo", expresan lo que ahora mueve al alma de Edith. No atiende a las palabras del predicador, pues su corazón está atraído por una llamada que ella desea sondear: "Yo hablaba con el Salvador y le decía que era su cruz la que ahora se cargaba sobre el pueblo judío. Que la mayoría no lo entendían, pero que quienes lo entendían debían echarla sobre sí solícitamente en nombre de todos. Que esto lo quería hacer yo, pero que El me enseñara la manera de hacerlo. Al concluir aquel acto piadoso, tenía la certeza interior de que había sido escuchada. Pero en qué habría de consistir el cargar con la cruz, aún lo ignoraba." ⁹

Una vez más la gracia ha tocado el corazón de Edith. La gracia le enseña que la participación en la pasión de Cristo es la verdadera reparación de los ultrajes cometidos y vale más que todas las ayudas exteriores. Por eso recibe con santa conformidad el que no se le conceda audiencia privada ante el Santo Padre. Cumple su anhelo por escrito y recibe la bendición del papa para ella y para su familia. La opinión pública todavía no abriga la menor sospecha de lo que en 1933 ya prevé Edith claramente. Tampoco el abad Walzer cree en los negros presentimientos que le ha producido su labor docente en Münster. Pero, apenas ha regresado Edith a la academia, cuando ya se confirman tales presentimientos. Con sincero dolor comprenden sus amigos que de momento no va a poder ejercer su cargo público. Edith se niega a aceptar la propuesta de

⁹ O. c., pág. 131.

seguir trabajando científicamente en Münster, hasta que se haya aclarado la situación.

Mientras tanto, recibe una oferta para Sudamérica. Pero Dios, que llamó a su corazón en Colonia, le brinda nueva luz, al aceptar su magnánimo ofrecimiento de padecer. Después de permanecer diez días en Münster, se convence de que ha llegado la hora que está esperando desde hace casi doce años. ¿No son los mismos enemigos de la cruz los que le abren a ella la puerta del Carmelo? ¿Qué podría todavía objetar su padre espiritual de Beuron contra su proyectada entrada? ¿Acaso no ha sido barrida, de la noche a la mañana, toda su prometedora vida científica? Edith no está triste, sino admirada de la gracia de Dios, que es capaz de sacar bien de los males. En su diario leemos: "La espera se me había hecho muy penosa. Me había convertido en una advenediza en el mundo. Antes de emprender mi actividad en Münster, había pedido insistentemente permiso para poder ingresar en la orden. Este permiso me fue rehusado en atención a mi madre y a la actividad que desde hacía algunos años realizaba yo en la vida católica. Me avine a ello. Pero ahora ya habían caído los muros de contención. Mi actividad se había terminado. ¿Y no preferiría mi madre verme en un convento en Alemania que en una escuela en Sudamérica? El 30 de abril —era el domingo del Buen Pastor— se celebraba en la iglesia de San Ludgero con una oración de trece horas la fiesta del santo. Al atardecer, me fui a esta iglesia y dije para mí: de aquí no salgo hasta que vea claramente si ahora puedo ya ingresar en el Carmelo. Cuando se impartió la bendición final, ya tenía la respuesta afirmativa del Buen Pastor." ¹⁰ Una honda dicha interior la invade. La trayec-

¹⁰ O. c., pág. 133.

toria religiosa de Edith comienza a revestir nuevas dimensiones. Como el velero pugna por arribar al puerto, así su alma, tras largo viaje, ansía llegar a la playa del Carmelo. "Me inundó la paz de quien ha llegado a su meta." ¹¹

Cuando a Edith se le han cerrado todas las puertas de fuera, se le abren con facilidad las de dentro. Por Pentecostés escribe a su amiga Eduvigis Conrad-Martius: "El que yo no dé ya más lecciones, no es para lamentarlo. Creo que detrás de eso se oculta una grande y providente dirección. No puedo todavía decirle dónde veo claramente la solución para mí. Probablemente no estaré mucho más tiempo en Münster." ¹² Esta vez se obtiene rápidamente el permiso del padre archiabado, y la presentación de Edith ante el locutorio del convento carmelitano de Colonia causa favorable impresión entre las religiosas. A pesar de sus 42 años y de su destacada actividad en el mundo, es admitida a mediados de junio. Al enterarse Edith de que se proyecta una nueva fundación carmelitana a las puertas de Breslau, ruega a las religiosas que la tengan en cuenta para ir a esa fundación. Su alegría es enorme. Con candor infantil consulta todos sus problemas con la priora de entonces, madre Josefa, y después de arreglar todos sus asuntos en Münster, reside por algún tiempo como huésped dichosa en la portería del convento.

No se le hace fácil despedirse de Münster. Como en Espira, así también deja aquí Edith un gran círculo de buenos amigos. Pero aún le queda lo más difícil: manifestar en Breslau su nueva elección de vida. En las cartas a Eduvigis Conrad-Martius leemos: "Desde me-

¹¹ *O. c.*, pág. 134.

¹² «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, págs. 23, 24.

diados de agosto hasta mediados de septiembre quiero ir con mi madre para prepararla paulatinamente. Ya sabe ella que voy a Colonia a un convento, pero todavía no le he escrito que yo misma tengo la intención de ingresar allí. El 15 de octubre ingresaré como postulante. Cómo se ha resuelto todo ya se lo contaré a usted cuando me visite en mi locutorio. Es bastante maravilloso... Usted puede suponerse que ahora ya no estoy tan interesada en mi manuscrito. Consérvelo usted (yo tengo otros dos ejemplares). Si yo pudiera ayudarla algo de alguna manera, sería para mí un placer. Dé usted gracias conmigo por la gran merced de esta extraordinaria vocación. Y ayúdeme con sus oraciones durante los difíciles meses en Breslau." Y para el señor Conrad añade Edith sobre los nacional-socialistas: "Si los tiempos no fuesen tan tristes, yo, personalmente, sólo tendría que agradecerles el que me han abierto definitivamente este camino. Para gran alegría mía, mis familiares son pacientes y valerosos... Cuando esté en esa tranquila comunidad monacal podré ayudarles a ustedes mucho mejor que hasta ahora."¹³

A primeros de agosto se dirige Edith a Tréveris para implorar de san Roque fuerzas para su último y difícil viaje. Allí recibe también del archiabado Rafael la bendición para su viaje. Lo que para su amante corazón significa plantear a su madre aquella inconcebible despedida, sólo de lejos puede adivinarse a base de sus cartas o de sus apuntes. Habiéndose resignado al fin la señora Stein a que su querida Edith sea católica, ¿cómo va a comprender ahora esta nueva, al parecer cruel, separación? Si ni siquiera los cristianos comprenden a veces el sentido de una austera vida religiosa, ¿cómo se va a esperar eso de la familia de

¹³ O. c., págs. 25, 26, 27.

Edith? Desde luego, nadie sospecha nada de eso. Pero un día durante la conversación su madre le pregunta: “¿Qué es lo que vas a hacer entre las monjas de Colonia?”, y Edith responde: “Vivir con ellas.”¹⁴ Desde aquel mismo momento se acabó la paz. Llega a ser tan profunda la tragedia familiar, que Edith se agarra al consuelo de sus amigos para no perder la fe en su vocación. La madre no se atreve a enojarse abiertamente con ella, pero llora; está desesperada, los hermanos intentan persuadir a Edith. Todos tienen que saborear en común ese abismo de dolor. “Porque viviente es la Palabra de Dios y obradora y más tajante que espada alguna de dos filos, y que penetra hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas y de las médulas” (Heb 4, 12). ¿Cómo podrá Edith inculcar a sus seres más queridos el mensaje de Jesús: “Todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). La madre pregunta desesperadamente: “¿Por qué lo has conocido? Yo no pretendo decir nada contra El. Admito que haya sido un hombre bueno. Pero, ¿por qué se ha hecho Dios?”¹⁵

Nuevamente vuelven a enfrentarse la Iglesia y la sinagoga, pero la sima es ahora más profunda que en la conversión. Entonces pudo Edith salvar humanamente la separación ideológica. Ahora se trata de una despedida para siempre, de hacer una incisión en el corazón vivo. La señora Stein tiene 84 años de edad. Su amadísima hija quiere abandonarla precisamente en el momento en que en Alemania los judíos son perseguidos y ultrajados. Nadie puede socorrer a Edith en esta si-

¹⁴ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 140 (vide también la nota 4 del cap. 1.º, 2.ª parte).

¹⁵ *O. c.*, pág. 143.

tuación irremediable, humanamente hablando. “Tuve que dar este paso totalmente en la obscuridad de la fe. Durante aquellas semanas pensé muchas veces: ¿quién de las dos se desplomará, mi madre o yo? Pero las dos resistimos hasta el último día.”¹⁶ La cruz que Edith ha pedido empieza a alzarse en la hora de la despedida.

El último día que Edith pasa en su casa es el día de su cumpleaños, el 12 de octubre. Por ser una fiesta judía y la terminación de la fiesta de los tabernáculos, quiere pasarlo en la sinagoga juntamente con su madre. Por la noche, cuando la mayor parte de las visitas de despedida de los amigos había terminado, “mi madre puso el rostro entre las manos y comenzó a llorar. Me coloqué detrás de su silla y acerqué a mi pecho su plateada cabeza. Así permanecemos por largo rato, hasta que se le pudo persuadir para que se fuera a la cama. Yo la ayudé a subir y a desnudarse —por primera vez en la vida—. Después me senté todavía sobre su cama, hasta que ella misma me mandó a dormir. Claro está que ninguna de las dos pudimos descansar en aquella noche”.¹⁷

Dios ha hecho posible lo imposible. Sin pendencia, pero con muy hondo sentimiento, se somete la familia judía al incomprensible designio de Dios. No comprende que la decisión de Edith no lleva consigo la separación definitiva, sino bendiciones para todos los familiares y para los maltratados hermanos judíos. Cuando por fin Edith, agotada, se acomoda en el tren en dirección a Colonia, todo queda atrás cual obscuro sueño. “De esta manera llegó a ser realidad lo que yo apenas me había atrevido a esperar. Pero no se produjo en mí una repentina alegría, pues era demasiado terrible lo

¹⁶ O. c., pág. 143.

¹⁷ O. c., pág. 141.

que quedaba detrás. Sin embargo, estaba yo profundamente sosegada en el puerto de la divina voluntad.”¹⁸

La paz de Cristo, que supera todo entendimiento, inunda su torturado corazón. En esta paz oculta Edith lo más querido que ha ofrecido a Dios en sacrificio. Llega a Colonia el día 13 de octubre a altas horas de la noche. Pernocta en casa de la señora Spiegel, una de sus ahijadas. Al día siguiente asiste con ella a vísperas en honor de la santa Madre Teresa en la capilla del convento carmelitano. “Después llegó una señora que se presentó como hermana de nuestra querida madre Teresa Renata. Preguntó quién era la postulante, para darle ánimos. Pero no había ninguna necesidad de ello. Esta protectora y mi ahijada me acompañaron hasta la puerta de la clausura. Al fin se abrió y yo, con profunda paz, crucé el umbral hacia la casa del Señor.”¹⁹

¹⁸ *O. c.*, pág. 144.

¹⁹ *O. c.*, pág. 145.

III

ULTIMA ENTREGA

“Si no os hicieréis como niños”

“Eché a correr hacia el Carmelo llena de alborozo y cantando, con la misma sencillez que un niño se dirige a los brazos de su madre, sin que después se arrepintiera ni por un instante de ese entusiasmo casi ciego. Algo así como lo que dice san Benito: ‘Ahora debemos correr y hacer todo lo que será útil para la eternidad.’”¹ El archiabed Rafael está sorprendido de lo rápidamente que Edith se ha aclimatado al nuevo ambiente. Temía que Edith, a la larga, no se encontrara a gusto en una estrecha clausura y entre religiosas sin formación académica. Pero ocurre precisamente lo contrario. Edith no se preocupa lo más mínimo de la forma o rigores de su futura vida carmelitana. Tampoco le da quebraderos de cabeza la incertidumbre de si podrá dedicarse de nuevo o no a actividades científicas. A tal respecto, ninguno de sus amigos puede interceder por ella ante los superiores de la orden. Su vocación es tan genuina que ninguna “segunda intención” enturbia sus limpios propósitos. Lo que va buscando en el Carmelo es la entrega absoluta a Dios. El secreto del Carmelo con-

¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 141.

siste para ella en la reclamación amorosa de Dios al alma, de la que quiere disponer libremente. Esta realidad la ha descubierto Edith felizmente en Teresa de Lisieux. En una carta de la primavera del año 1933 escribe sobre esta amable santa: "Mi impresión era que aquí una vida humana es modelada por el amor de Dios hasta en los más mínimos detalles. No conozco cosa más grandiosa y esto querría yo llevarlo lo más posible a mi vida y a la de todos los que están junto a mí."² En forma parecida dice refiriéndose a las religiosas del convento carmelitano, en el que ahora ingresa: "Lo más encantador es el hecho de que el espíritu del Carmelo sea el amor y este espíritu esté completamente vivo en esta casa."³ Así, pues, Edith no tiene otro deseo sino el de devolver totalmente a Dios todos sus dones para que sean transformados en su amor. Pero esta transformación no es fácil. Jesús lo ha expresado claramente: "El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc 14, 27). La transformación de la caída naturaleza humana mediante el amor se realiza en la cruz. Edith quiere abrazar esta cruz con pasión. Lo que a las demás les parece algo natural, para la nueva postulanta no es ninguna bagatela. La respuesta la da la misma Edith en su biografía de Catalina Esser, fundadora del segundo convento carmelitano de Colonia. Se dice allí: "Para la mujer de 46 años, que desde hacía años había sido dueña de sí misma, no era pequeño sacrificio volver a hacerse niña, obedecer, sujetar el propio juicio al de las superiores." Más tarde diría sinceramente que le había sido muy amargo: "Es más fácil dejarse clavar

² *«Briefe von Edith Stein»* («Cartas de Edith Stein»), I, 14.

³ *O. c.*, 3.

en la cruz con el Salvador, que hacerse con El como un niño." Pero lo consiguió." ⁴

Eso mismo podemos afirmar de Edith. La transformación, no fácil en verdad, la consiguió, para dicha de la humanidad. La gran filósofa y conferenciante especializada en problemas educativos vuelve en el Carmelo a hacerse niño entre los niños. Ser niño significa: dejarse enseñar, comprender su impotencia. Ser niño significa: recibirlo todo. Ahora bien, una característica de Edith ya en el mundo era su capacidad para dejarse enseñar. Es más, su fortaleza consistía precisamente en el hecho de escuchar a los grandes maestros de la ciencia y de la santidad. Así como fue fiel discípula de Edmundo Husserl, así también se sometió de buena voluntad a la dirección de Teresa y de Tomás de Aquino, cuando la verdad lo exigía. Pero en su vida personal siempre fue dueña de sí misma, y su autoridad intelectual era indiscutible en amplios sectores. En Edith era cosa ordinaria el que, ya desde la época de sus estudios, personas de las más diversas profesiones acudieran a ella en demanda de ayuda y consejo.

Ahora todo cambia de golpe. A sus 42 años se encuentra entre unas compañeras de noviciado, que, si bien son 20 años más jóvenes, saben mucho mejor que ella lo que se pide en el Carmelo. Aquí nadie pide consejo a la postulante, modesta, pero algo torpe en los asuntos domésticos. La mayor parte de las religiosas no tienen idea exacta de la anterior actividad

⁴ «Mutter Katharina Esser, Eine deutsche Frau und grosse Karmelitin», («Una Mujer Alemana y Gran Carmelita, la Madre Catalina Esser» en «Die in Deinem Hause Wohnen» («Los que habitan en tu Casa»), editado por P. Eugenio Lense, Editorial Benziger & Co., 1938, pág. 157.

de Edith. Y si algo saben de eso, tiene esto poca importancia en el Carmelo de Teresa. La santa Reformadora quiere para sus hijas una vida austera, basada en la caridad apostólica y en el trabajo sencillo. Nada debe apartar al espíritu de permanecer junto al Señor. Todo convento carmelitano debe ser un pequeño Nazaret, en el que las religiosas, como María y José, sirvan al Verbo humanado en pobreza, obediencia y silencio. Y esto es precisamente lo que Edith desea. No sólo quiere seguir en pos de María y José, sino hacerse pequeña con Jesús, para aprender obediencia. En esta tarea le prestan su ayuda dos cariñosas madres. Con la priora, madre María Josefa del Santísimo Sacramento, la une una íntima armonía de criterios ya desde antes de su ingreso. A este propósito, escribe en sus memorias: "Todos los problemas que iban surgiendo se los manifestaba yo a la madre Josefa; sus soluciones coincidían siempre con las que yo misma hubiera dado. Esta interna coincidencia me llenaba de satisfacción." ⁵ El largo priorato de la madre Josefa va llegando ya a su fin. Su alma respira paz y sencillez infantil. Sus ojos irradian la dicha del amor de Dios. De sí misma no espera nada, pero todo lo espera de Dios. Una de sus oraciones favoritas es ésta: "Señor, danos la paz, pues todas nuestras obras las haces Tú por nosotros." Le asiste la madre Teresa Renata del Espíritu Santo como subpriora y maestra de novicias. A ella le está especialmente encomendada la educación conventual de Edith. La madre Teresa Renata está en Colonia tan sólo desde principios de año. De muy

⁵ *Sor Teresa Renata del Espíritu Santo, OCD, «Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Karmelitin»* («Edith Stein, Biografía de una Filósofa y Carmelita»), Editorial Glock & Lutz, Nuremberg, 7.ª Edición, 1954, pág. 138.

joven la enviaron a la nueva fundación de Cordel, junto a Tréveris, para ayudar a la priora de aquel convento con sus consejos y como maestra de novicias. Ahora ha de tomar pronto en su mano los destinos del convento de Colonia y dirigirlo decisivamente durante un priorato de más de 20 años. Esta madre es algo mayor que Edith. Su profundo espíritu y su alma desinteresada y bondadosa abrazan con enérgica entrega el ideal del Carmelo. Todo su amor pertenece al Espíritu Santo. Su mayor anhelo es el de sembrar sus dones en sus hijas. En 1936 aparece su librito sobre "Los siete dones del Espíritu Santo". Esta obrita contiene profundas aclaraciones sobre la transformación del alma mediante el amor de Dios. La madre Teresa Renata no siente inclinación natural para el mando, pero la dicha de su unión con Dios es, como en el caso de la madre Josefa, el mejor maestro.

En esta atmósfera, en medio de un alegre noviciado, Edith florece rápidamente. De su rostro desaparecen las huellas de los pasados sufrimientos y dan paso a una radiante alegría. Es realmente como un niño entre los niños, afanada únicamente por complacer a Dios y a sus hermanas religiosas. Nada delata a la gran filósofa. Con humildad conmovedora se amolda a sus jóvenes compañeras de noviciado y soporta sus propias torpezas con "serenidad y humor". A pesar de sus mejores deseos, le cuesta al principio mucho trabajo asimilar las ceremonias y usos domésticos. Por otra parte, debido a su larga actividad intelectual, tiene poca experiencia en los sencillos trabajos más frecuentes en el Carmelo. Si bien con ello divierte muchas veces a las religiosas, no por eso se le evitan las reprensiones y amonestaciones. La maestra no hace distinción ninguna entre ella y las demás novicias. Tam-

poco le gustaría eso a Edith. Su ansia de humildad es tan genuina, que pide a la madre en secreto que le llame más la atención sobre sus defectos. Cuando se la reprende con alguna energía, Edith no se muestra ni susceptible ni ofendida. Especialmente sus hermanas de noviciado están impresionadas por su ejemplar humildad y amor hacia los superiores. Escribe ella a la madre Petra: "Tengo que empezar por decirle que usted estaría poco satisfecha con mi manera de rezar el oficio. Por lo demás, soy una novicia muy desmañada, para quien las superiores y hermanas novicias necesitan mucha caridad y paciencia, y habrá de pasar mucho tiempo para que pueda convertirme en una monja medianamente útil. Ayúdeme usted a pedir que pueda corresponder a la enorme gracia de esta vocación."⁶

Así va Edith haciéndose, poco a poco, a la sobria vida ordinaria del Carmelo, tal como la ha vivido Teresa del Niño Jesús. Sigue pobre a Jesús, pobre, pequeña, impotente, crucificada con su propia impotencia, no puede ofrecer a Dios sino su amor. Pero a esto ha estado Él esperando en su incomprensible misericordia. Todo se lo ha quitado: profesión, fama, personas amigas, es más, hasta la propia familia, y Edith siempre ha dicho que sí. Este sí incondicional a la divina voluntad es el fundamento de su profunda alegría y gratitud.

La madre Teresa Renata, ya antes de su ingreso, había hablado muchas veces a las novicias de la nueva postulanta. Notan ellas el respeto y alta estima que la maestra profesa a Edith, y, como es usual en los noviciados, sienten gran curiosidad por la hermanita recién llegada. Como no saben nada de la posición de Edith en el mundo, se quedan un poco estupefactas

⁶ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 5.

cuando les presentan a aquella modestísima señorita "mayor de edad".

Una de sus compañeras, mucho más jóvenes, relata: "A primera vista, no podía yo suponer la edad que Edith tendría. Pero por el cabello ligeramente encanecido de sus sienes se podía deducir que ya tenía bastantes años. Por eso no me extrañó cuando, después de algunos días, me enteré de que tenía 42 años. Sin embargo, vivía entre nosotras como una más, sin darse la menor importancia. Nunca se podrá ponderar lo suficiente su sencillez y naturalidad. El aspecto serio no tardó en desaparecer y daba la impresión de haberse rejuvenecido en 20 años. Su gran retraimiento cedió ante una radiante afabilidad. Al poco tiempo parecía que habíamos estado siempre juntas. A las pocas semanas, supimos ya más detalles sobre el origen judío de Edith y sobre su anterior actividad. Fue grande mi admiración y aún mayor cuanto más iba conociendo a esta alma totalmente entregada a Dios.

"Especialmente sorprendente era su espíritu de oración. Los actos litúrgicos absorbían completamente su atención. El punto culminante era para ella la santa misa, que concelebraba como su propio sacrificio. Demostraba gran devoción en el oficio coral y, a veces, cuando se lo permitían, en los domingos y días festivos permanecía horas enteras en callada oración ante el sagrario. Durante este coloquio con Dios parecía perder la noción del tiempo y del espacio. También me causaba admiración su gran respeto para con nosotras, sus hermanas más jóvenes; con caridad y humildad procuraba adaptarse a nosotras en todo. Sólo por una conversación, años después, llegué a saber que esa adaptación no le había sido tan fácil. En cierta ocasión me confesó lo difícil que se le había hecho el aclima-

tarse a nuestra vida. Sin sospechar nada de sus dificultades, le conté lo dificultoso que me había sido, a mis 20 años, acostumbrarme a la vida del Carmelo. Y ella me contestó: 'No lo dudo. Pero con 40 años también puede ser el noviciado muy difícil. Desde luego se trata de dificultades diferentes a las que se tienen a los 20 años.' Si ella misma no me hubiera contado esto, apenas podría yo creerlo. Y es que parecía que todo le resultaba natural. ¡Qué veneración profesaba a sus superiores! Las palabras de éstos parecían para ella palabras de Dios.

"Como en todas las prácticas de la santa regla, también era escrupulosamente fiel en las prácticas del noviciado. Nuestra maestra, tan humilde, sentía al principio como cierta inhibición para dar la enseñanza del noviciado a la gran erudita. Pero Edith era tan amable y dócil, que no tardaron en desaparecer tales reparos. Ella siempre se consideraba necesitada de enseñanza. Un día no pudo asistir a la clase porque uno de sus amigos filósofos deseaba hablar con ella. Al llegar el recreo de la noche, nos preguntó: '¿Qué cosas buenas habéis oído hoy en el noviciado?' Yo repliqué directamente: 'Claro, tiene su explicación. El que no asiste, no puede oír nada.' Prontamente repuso ella: 'Ten en cuenta que en la Sagrada Escritura se dice: Sin engaño la aprendí y sin envidia la comunico' (Sab 7, 13). Yo estaba interiormente emocionada, y después de haber satisfecho a su humilde petición, pensé para mí que Edith, sin saberlo, con las palabras de la Escritura había dado un testimonio aplicable a ella misma; tan claro y puro era todo en ella.

"Por su falta de experiencia práctica en los trabajos domésticos se le deslizaban bastantes faltas,

por las cuales, como se acostumbra en los noviciados, tenía que soportar una reprimenda o una amonestación. Jamás la observé resentida por ello; más bien era conmovedor ver la paciencia y la paz con que sobrellevaba tales incidentes y los procuraba aprovechar para su santificación. Eso nunca le hizo perder su alegre sonrisa. Pero no se piense que Edith era una de esas personas pasivas, a las que nada les hace mella. Tenía un temperamento muy vivaz, y hasta fogoso, que se reflejaba en sus bellos y radiantes ojos. Pero su gran autodomínio gobernaba toda la persona y nunca advertí que lo perdiera ni por un instante.

"Ya se sabe que en ningún sitio se ríe y se bromea tanto como en los noviciados. Se ríe de todo y de nada. También la hermana Benedicta se entregó a esta despreocupada alegría. Sabía reír de corazón, aunque muchas veces fuera a costa suya, de tal manera que a menudo le corrían las lágrimas por las mejillas. Recuerdo bien que durante el noviciado tuve en cierta ocasión una gran aflicción. Lo más discretamente que podía la hermana Benedicta procuraba alegrarme con pequeñas atenciones o dirigirme suavemente una palabra de consuelo. Para esto era muy ocurrente y quería hacerse todo para todos, por amor a Cristo. En los recreos le gustaba hablarnos de su ajetreada vida, y se advertía el gran afecto que tenía a su piadosa madre judía y a sus hermanos. Era una persona que inspiraba confianza y comunicaba ingenuamente su espíritu. Se esforzaba continuamente por postergar su voluntad y por ser obediente hasta en cosas pequeñas.

"Como toda postulante, que desde luego no está obligada todavía a seguir la rigurosa regla del Carmelo en su totalidad, creía Edith que con poco sueño tenía bastante, y se extrañaba de que nosotras las novicias

'mayores' estuviéramos cansadas con frecuencia e incluso dormiríamos algunas veces durante la meditación. Como Edith ya en el mundo había rezado durante años enteros el breviario, le dio permiso la madre Teresa Renata para que lo rezara diariamente antes de irse a acostar, ya que las postulantas no están aún obligadas a asistir al rezo coral de la noche. Durante un recreo, me parece que fue después de un día de lavado, oí a la madre decir a Edith: 'Edith, hoy se va a acostar su caridad a las ocho.' 'Bueno —contestó ella— entonces ¿cuándo voy a rezar maitines?' 'Hoy por la noche no reza su caridad maitines y se va a descansar en seguida'. '¡Oh, entonces va a quedar un bache en el año eclesiástico' —exclamó Edith con sentimiento—. 'Y una montaña de obediencia meritoria en el cielo' —replicó la maestra. Edith se sometió al momento."⁷

La gran filósofa recibe con gratitud filial la sana y alegre educación carmelitana. Muchas personas modernas preguntarán: "¿A qué viene todo esto? ¿Es que no hay otra manera de hacerse santos? ¿Acaso no habla Pablo, el gran pastor de almas, de la edad viril de Cristo a la que todos debemos llegar?" Pues bien, ahí está la paradoja, en el hecho de que esa paulina plenitud del cristiano coincide exactamente con la humilde infancia espiritual del alma, a la que aspira el Carmelo. Ciertamente, los caminos para llegar a esa meta son diversos. Pero Edith, la autoridad en el mundo en materias educativas, da gustosamente testimonio de su vocación, cuando en su valioso artículo, escrito al poco tiempo de la toma de hábito, "Una maestra de la labor educativa y formativa: Teresa de

⁷ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 287.

Jesús” enjuicia agradecidamente la educación de la orden según el espíritu de Teresa de Avila. Leemos allí: “Este relato (de Teresa) nos manifiesta claramente en qué cosas ponía más valor la santa Madre. Como columnas básicas de todo el edificio: humildad profunda y obediencia absoluta. Sólo aquel que se tiene por nada, el que nada encuentra en sí mismo, que merezca ser defendido e impuesto, en ese hay lugar para la actuación ilimitada de Dios.”⁸

Después de haber descrito Edith la actitud de Teresa para con Ana de Jesús, que fue un pilar de la reforma, observa: “Teresa no escatimó con ella medidas educativas, como las utilizaba en otros casos. Su humildad y su obediencia fueron sometidas a duras pruebas. Pero, más que con estas medidas, procuraba influir en ella a base de amor y confianza en una proporción no usada por Teresa con ninguna otra de sus hijas espirituales.”⁹ Y con su acostumbrada franqueza sigue diciendo Edith: “El pedagogo moderno, sobre todo si su orientación es puramente natural, meneará la cabeza... ¿Dónde se quedan aquí la personalidad, la actividad propia, la sana conciencia del propio valor? Hay que confesar sinceramente que no se trata de una educación para todos. El que se mantiene en un terreno puramente natural, el que todavía no ha aprendido a verse a sí mismo y al mundo a la luz de la eternidad, para ese sería muy peligroso tal estilo de vida. Es más, podemos añadir: Sólo el que tiene la genuina vocación carmelita, adelantará en ese

⁸ «Eine Meisterin der Erziehungs und Bildungsarbeit: Teresia von Jesus» («Una Maestra de la Labor Educativa y Formativa: Teresa de Jesús»), en «Katholische Frauenbildung im deutschen Volk» («Formación Femenina Católica en el Pueblo Alemán»), año 48, febrero de 1935, págs. 122, 123.

⁹ O. c., pág. 132.

ambiente. Esas medidas se adaptan a un fin determinado, y a ningún otro.”¹⁰ Por consiguiente, lo que el mundo llama necedad, eso es lo que constituye la inmensa alegría de aquellos “pequeños”, a los que el Señor proclama “bienaventurados”. La gracia ayuda tan poderosamente a Edith a entrar en esa transformación operada por la infancia espiritual, que aun su aspecto exterior se transfigura y rejuvenece.

¹⁰ *O. c.*, págs. 126, 127.

Subida al Monte Carmelo

Lo que Teresa de Avila y sobre todo María, la Madre de Jesús, han operado en el alma de Edith, lo perfecciona en el Carmelo la dirección del Espíritu Santo de la mano del Padre de la Orden, Juan de la Cruz. Junto a la radiante maternidad de Teresa, Juan personifica el alma de la reforma. Si Edith lleva en común con su santa Madre el nombre de Teresa, con Juan comparte el título nobiliario "de la Cruz". Como ningún otro antes o después que él, describe Juan de la Cruz las pruebas del alma en la noche de la fe, pero también la felicidad del amor de Dios. A su dirección se entrega Edith por completo. A cuantas experiencias de Dios vivió ella, ya antes de su ingreso en la Orden, da una respuesta el devotísimo místico en sus magníficos escritos. Edith no siempre ha sido llevada por Dios por el camino de la luz, esto es, por el camino del gozo sensible. Su prolija y anhelante espera para entrar en el Carmelo transformó la dicha inicial de la época de su conversión en aquella "noche oscura" en la que Dios educa al alma amante para una entrega cada vez más pura.

“En los días infantiles de la vida espiritual —decía Edith el año 1930—, cuando acabamos de empezar a entregarnos a la dirección de Dios, sentimos con toda fuerza y firmeza su mano orientadora; con claridad meridiana vemos lo que hemos de hacer y omitir. Pero eso no dura largo tiempo. El que pertenece a Cristo ha de vivir toda la vida de Cristo. Tiene que crecer hasta la edad viril de Cristo, debe emprender alguna vez el camino de la cruz hasta Getsemaní y el Gólgota. Y todos los sufrimientos que vienen de fuera son nada en comparación de la noche oscura del alma, cuando la luz divina ya no alumbra y la voz del Señor ya no habla. Dios está ahí, pero está escondido y calla. ¿Y por qué así? Son misterios de Dios... y éstos no se pueden penetrar del todo... Por eso cada uno de nosotros está siempre en un hilo entre la nada y la plenitud de la vida divina.”¹

Estos profundos sufrimientos han llevado a Edith hasta el umbral del Carmelo, pues durante esa noche vio con inexorable claridad que ante Dios todo el saber es cosa vana y que tan sólo “el amor cuenta”. En el regazo del Carmelo ve ella su vida con una nueva luz, y no puede encontrar mejor guía que Juan, en quien se unen armónicamente un ardiente amor a Dios y un agudo entendimiento y conocimientos teológicos. Con él quiere ella subir al “monte Carmelo”, para, a través de la “noche oscura” del espíritu entrar en la “llama viva” de la unión amorosa con Dios. “También nosotros estamos ‘in via’. Pues el monte Carmelo es una elevada montaña, a la que es preciso subir desde lo más bajo. Pero es una gracia extraordinaria recorrer

¹ «*Weihnachtsgeheimnis*» («Misterio de Navidad»), conferencia pronunciada en Ludwigshafen, 1930; 3.ª edición, por cuenta de la Autora, 1950, pág. 14.

ese camino. Y créame que en las horas de oración me acuerdo siempre especialmente de aquellos que estarían con gusto en mi lugar. Y ayúdeme usted a hacerme digna de vivir en el más recóndito santuario de la Iglesia y a responder de quienes tienen que trabajar fuera.”² Este pasaje epistolar es una magnífica prueba de la humildad y caridad apostólica de Edith, que la impulsan a emprender su nueva vida en el espíritu de los santos Padres de la Orden y de Teresa de Lisieux.

Después de haber dado los primeros pasos “desde abajo” hacia el monte Carmelo y haberse acostumbrado a las distintas condiciones de vida, empieza a experimentar inmensa alegría ante la próxima toma de hábito. Esta alegría no es de la tierra. Es el gozo del Espíritu Santo, que la hace capaz de sentirse feliz de poder sufrir por Jesús. A la madre Petra le escribe: “Le ruego pida mucho por mí en las próximas semanas, pues sé que el santo hábito he de pagarlo todavía con duras pruebas. Estas ya han comenzado, al oponerse mi madre, una vez más, con todas sus fuerzas a la próxima toma de hábito. Es penoso ser testigo del dolor y de los apuros de conciencia de tal madre y no poder remediarlo con recursos humanos de ninguna clase.”³ Otra vez se hunde dolorosamente la cruz en su alma. Pero Edith no puede ceder a la resistencia de la madre respecto a su incorporación a la Orden. Debe obedecer a Dios antes que a los hombres, aunque se trate de las personas más queridas. Edith ha ingresado en el Carmelo por puro amor a Dios y se siente llamada a padecer por su indefenso pueblo. Pero su madre —con singular tergiversación— sólo ve la línea divisoria que su amada hija traza frente al pueblo judío.

² «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), 1, 15.

³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 6.

Se pasa años enteros sin contestar a las cartas, que semanalmente le escribe su hija. En la radiante fiesta de la toma de hábito, que tiene lugar el domingo del Buen Pastor, 15 de abril de 1934, no se ve a nadie de la familia de Edith entre el numeroso y selecto grupo de invitados asistentes a la ceremonia. Los hermanos se han limitado a escribir a Edith una carta. Pero Dios colma de tantas gracias a la feliz desposada, que los asistentes a la fiesta de toma de hábito están emocionados ante el gozo sobrehumano y el aspecto juvenil de Edith. Antes de que la novia reciba el pobre y áspero hábito de nuestra Señora del Carmen, asiste a la misa cantada en la capilla, vestida de blanco nupcial. Este adorno de la novia es un símbolo de su pureza y amor a Dios, que desde ahora quedan escondidos en el ropaje de la pobreza y del propio desprendimiento. Profundamente impresionados, los amigos siguen las ceremonias, y adivinan que Edith ha entrado en su vida más propia e íntima. Cuando Gerda Krabel, presidenta de la Federación Femenina, saluda antes de la misa a Edith en su atavío nupcial, exclama: "Me alegro de poder verla así. Ha acertado usted plenamente." ⁴

Edith realiza personalmente todo cuanto ha dicho y escrito con tanto acierto sobre la mujer como "sponsa Christi" y acerca de la Iglesia como esposa de Dios. A ella se le ha concedido representar ejemplarmente el verdadero sentido de toda auténtica vida femenina, al ser hija del Padre, esposa de Jesucristo y madre de las almas. Aunque los símbolos nupciales no reproducen plenamente la impresión de su alma, se siente uno peculiarmente cautivado al contemplar la callada y pura entrega de aquella mirada dirigida al

⁴ O. c., 8.

cielo. Gertrudis von Le Fort, que era amiga de Edith, dice que, durante la composición de su libro "La Mujer Eterna", siempre tuvo sobre su escritorio el retrato nupcial de Edith. En sus conferencias para señoras escribe Edith: "La vida de la esposa de Dios (es) maternidad sobrenatural para toda la humanidad redimida, y es indiferente el que trabaje directamente entre las almas o que, mediante sus sacrificios, produzca frutos de gracia, de los cuales ni ella misma ni tal vez nadie tenga conocimiento."⁵ Al abrazarse voluntariamente la nueva carmelita con la estricta clausura, renuncia al trabajo directo con las almas en aras del sacrificio total que el Señor exige de su amor. Su participación es el apostolado más escondido de la Iglesia, pero, bajo el signo de la cruz, un apostolado sumamente fructuoso.

Por deseo propio se llamará Edith de ahora en adelante: Sor Teresa Benedicta de la Cruz, la Teresa bendecida desde la cruz. En este nombre se encierra su profunda gratitud hacia la dirección de Teresa y hacia los desvelos paternos de san Benito a través de sus hijos de Beuron, pero también su gran amor a la Pasión de Cristo, a la que ella se abraza como fuente de redención. "¿Me pregunta usted cuál es mi patrono onomástico? —dice Edith a la madre Petra—: Pues sinceramente es san Benito, mi Padre. El me ha adoptado y me ha concedido derecho de ciudadanía en su Orden, aunque yo ni siquiera me hice oblata, pues siempre tuve ante los ojos el monte Carmelo."⁶

⁵ «*Frauenbildung und Frauenberufen*» («Formación Femenina y Vocaciones Femeninas»), colección de trabajos desde 1930, Editorial Schnell und Steiner, Munich, 4.ª edición, 1956, pág. 124.

⁶ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 10.

El archiabado Rafael tuvo a su cargo las ceremonias de la toma de hábito y el sermón. Este resultó muy elogioso para la nueva esposa de Cristo, por lo que se sintió feliz cuando tras ella se cerraron al fin las rejas. A continuación ve, por última vez, en el locutorio, a su padre espiritual la ya sor Benedicta. Al encontrarse solos, le pregunta éste cómo se encuentra, y le ruega le diga con toda franqueza cómo ha encontrado la nueva dirección espiritual. “Hallé confirmado lo que había esperado”, afirmó Edith. “Me dijo que se sentía por completo como en su propia casa, expresándose con toda la vivacidad de su fogoso carácter. Para ella no era preciso pensar en un especial milagro de la gracia. Todo era el resultado de una evolución natural, del proceso de su natural maduración personal.”⁷

Sor Benedicta ha encontrado a Dios y se siente dichosa de poseer un hogar terreno en la paz del Carmelo. Pero Juan de la Cruz le enseña que este hallazgo no debe ser para el alma un total descanso pasivo, sino que le exige un desarrollo dinámico. A este desarrollo lo llama el santo “noche del espíritu”. El alma, liberada de las raíces de su soberbia y de su amor propio, y mediante la pureza y el desprendimiento interiores debe convertirse en un espejo del amor divino. La actividad del alma no está extinguida, sino que, intensificada al máximo, tiende a este único fin: dejar que se le quite todo cuanto no es Dios. Sor Benedicta acepta animosamente estas exigencias y se considera como agradecida principiante a los pies del elevado monte Carmelo. Su amante espíritu busca nuevamente a Dios, para abrazar cada vez más íntimamente al Dios escondido. Acertadamente compara

⁷ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), 1, 141.

Juan esta trabajosa y bendita subida con la subida de Moisés al monte, cuando es elegido por el pueblo para dirigir sus destinos con sus fervientes oraciones. Ilimitada es la gratitud de sor Benedicta por esa inmerecida gracia de la elección, gratitud que no cesa de manifestar hasta la muerte, especialmente en sus cartas. A la madre Petra escribe: "No sabe usted lo poco que se necesita para alegrar a las hijas del Carmelo, y cuán provechosa es su misión para nosotras. Mucho me avergonzaría tan gran amor y bondad, si no fuera porque sé que más que a mi persona van dirigidos a la santa vocación para la que se me ha elegido tan sin méritos de mi parte y que usted tanto aprecia. Por eso, cada nueva muestra de amor me sirve de estímulo para concentrar todas las fuerzas y tratar de hacerme un 'vas electionis' menos indigno... La pobre alma humana es cosa tan pequeña en comparación de la multitud de gracias que cada día trae consigo."⁸ En una carta algo posterior, poco después de la toma de hábito, dice: "Cuando se cumple algo, que se ha estado pidiendo con insistencia por largo tiempo, produce más impresión que cuando la oración es escuchada en seguida. Y bajo esta impresión me encuentro todavía, ante el magnífico logro de mis largas esperanzas."⁹

La superabundancia de gracia no hace a sor Benedicta de ningún modo ajena a la realidad ni insensible a las necesidades de los demás. Para eso pudo ella, todavía en el mundo, conocer profundamente el dolor humano. La bondad de sus superiores le facilita, no sólo escribir semanalmente a su atribulada madre, sino también, y dentro de ciertos límites, mantener relaciones con no pocos amigos y otras personas necesitadas

⁸ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 6.

⁹ *O. c.*, 8.

de consejo de entre el amplio círculo de conocidos. Sor Benedicta ha entrado en el Carmelo, no sólo para preocuparse de la salvación de su alma, sino también para ofrecer su corazón como holocausto en favor de muchos que están alejados de la unión amorosa con Dios. Y ruega a la madre Petra que manifieste claramente sus preocupaciones, ya que “cuanto más concreta es la idea, tanto más nos impulsa a socorrer con nuestra oración a nuestras hermanas de fuera. Creo que también les sería provechoso permanecer un poquito entre nosotras. Desde luego, no tenemos cosas magníficas que ofrecerles, ni una bella liturgia ni nada por el estilo. Tan sólo nuestra alegre pobreza y nuestra paz. Estas cosas las podemos conservar mucho más fácilmente que quienes, cada día y cada hora, están en plena batalla. Por eso siempre me causa alegría el que podamos ayudar y animar un poco a alguien a mantenerse firme en esa lucha.”¹⁰

El rigor de la renuncia es fuente de caridad apostólica y de espíritu de sacrificio. Es cierto que ahora los “esenciales servicios caritativos” se han de realizar de una manera distinta y más callada que antes, pero los hombres perciben el calor del corazón. En especial sus amigos judíos, en su triste situación, buscan en sor Benedicta consejo y consuelo y consultan con ella sus planes de emigración. Siempre está dispuesta a prestar su ayuda en el locutorio en la medida de lo posible, y no ve interferencia alguna entre las exigencias de la vida de oración y las del amor al prójimo. Observa fielmente la regla de la casa, pero no como un fin en sí mismo, sino como un medio para derramar amor. Por eso se lee en una carta dirigida a sor Adalgundis: “Es preciso esforzarse por vivir cada vez con

¹⁰ O. c., 6.

más fidelidad y pureza la vida que se ha elegido, para ofrecerla como un sacrificio aceptable por todos aquellos con los que se está unido. A esto nos debe impulsar continuamente la confianza que se ha depositado en nosotras y la casi temible opinión que muchos de fuera tienen de nuestra vida... Casi todas las religiosas consideran como una penitencia el que las llamen al locutorio. Y es que esto es como trasladarse a otro mundo extraño, y es grande la dicha que se siente de regresar después al sosiego del coro refugiándose en él para digerir ante el sagrario lo que a una le han contado. Pero yo considero siempre esta paz como un extraordinario don de la gracia, que no se le puede otorgar a nadie para él solo; y cuando alguien llega a nosotras ajetreado y destrozado y se lleva de aquí un poco de paz y consuelo, me siento enormemente feliz.”¹¹

Sor Benedicta se mantiene realista aun detrás de la reja conventual. La paz, que le cae en suerte, no la recibe solamente para sí misma, sino para el agitado mundo. Sabe perfectamente que, según los cálculos humanos, no se encuentra segura en el Carmelo. La consideración de las circunstancias de la época le enseña que a diario ha de contar con lo peor. A una visitante le dijo Edith con decisión que probablemente la irían a buscar incluso al convento. Pero todo esto no es capaz de perturbar la paz interior de su corazón.

Sor Benedicta pasa su año de noviciado con gran fervor y delicadeza de conciencia. Como para las demás novicias, su quehacer diario se desarrolla alternando entre la oración y los sencillos trabajos domésticos. Con todo interés se esfuerza Edith en igualar a las religiosas en las labores de limpieza, lavado y costura.

¹¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 17.

Pero el provincial a la sazón, padre Teodoro de san Francisco, no tarda en expresar deseos de que Edith vuelva a ejercitar sus facultades literarias y científicas. En el escaso tiempo que le queda disponible para ello, redacta los artículos de revista que le encargan, y prepara su índice para las obras de santo Tomás.

Un año después de la toma de hábito puede entregarse a Dios la carmelita en la primera santa profesión. Este día no es una fiesta exterior. Su misterio se desarrolla tan sólo entre el alma y Dios. Solamente las hermanas religiosas participan de la alegría de la esposa de Dios. Sor Benedicta se prepara con todo esmero a recibir esa gracia. A su amiga Eduvigis Conrad-Martius le escribe: "Ya puedo alegrarme de mi profesión en abril. Pero está bien el que todavía no necesite estar 'a punto', pues tengo el sentimiento de que el auténtico noviciado sólo ha empezado hace poco, desde que la acomodación a las circunstancias externas —ceremonias, ritos y cosas semejantes— no consume tantas fuerzas."¹² Esta humilde confesión demuestra a qué grado de infancia espiritual ha llegado Edith. Sor Benedicta, a quien sus amigos del mundo tenían por persona "perfecta", por una "santa", no se considera de ninguna manera preparada y siempre se tiene por principianta. Con humor escribe a la madre Petra: "Cuando me imagine usted en mi sitio en el coro, no me vea por favor con la capa blanca —ésta es propia tan sólo para la sagrada comunión y para el oficio solemne de primera clase—, sino con el viejo hábito pardo, pequeñísima junto al suelo. Tampoco mis meditaciones son altos vuelos del espíritu, sino que casi todas son bien modestas y sencillas. Lo mejor de

¹² «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, pág. 32.

ellas es la gratitud que siento de que se me haya otorgado este lugar como hogar terreno.”¹³ Su alma parece hecha expresamente para la vida interior, para la vida carmelitana de unión con Dios. Se siente feliz de poder vivir como ermitaña durante los ejercicios de preparación a la profesión, y con profundo gozo capta la esencia del Carmelo en callada e íntima oración. “Espero gozosa las horas de silencio —sigue diciendo en la misma carta—; me gusta mucho el oficio y me desagrada no asistir a la oración coral, aunque se trate de la hora más breve, pues, desde luego, la base de nuestra vida son las dos horas de meditación que tenemos a diario. Desde que disfruto de este beneficio, comprendo lo que me ha faltado en el mundo.”¹⁴ El Domingo de Resurrección, 21 de abril de 1935, muy de mañana, sor Benedicta pronuncia sus primeros votos ante la madre priora. Nuevamente Edith desborda de gozo sobrenatural, que llama la atención especialmente a sus connovicias. Al preguntarle una de ellas por su estado de ánimo, le contesta espontáneamente: “Me siento como la esposa del Cordero.”

Cuando al poco tiempo Eduvigis Conrad-Martius tiene ocasión de hablar con ella en el locutorio, queda sorprendida ante el cambio de carácter de sor Benedicta. Dice a tal propósito: “Esa hora se me grabó imborrablemente. Edith tenía, por naturaleza, cierta amabilidad infantil. Pero la ingenuidad, jovialidad y confianza que ahora mostraba era, por así decirlo, algo encantador. El maravilloso doble sentido de la palabra ‘gratia’: gracia divina y encanto, estaban unidos en ella. Durante aquella hora Edith me refirió con la mayor sinceridad las dificultades que había encontrado en el

¹³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 11.

¹⁴ *O. c.*

año de noviciado. Podía hacerlo. ¡Las había superado!”¹⁵ El amor del Espíritu Santo, que, según Juan de la Cruz, eleva maravillosamente al alma en “vuelo solitario” hacia Dios, rebosa del todo el ser de sor Benedicta. Después que los padecimientos han privado al alma de todos los apoyos naturales, puede la esposa cantar el destino dichoso del amor con el Padre de su Orden:

*“Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.”*¹⁶

Entre la primera profesión y los votos perpetuos media un espacio de tres años, durante el cual la joven religiosa profesante participa en todos los ejercicios del noviciado. Así, pues, sor Benedicta de momento sigue como “niña” entre niñas y no queda aún incorporada al gran convento. Las gracias recibidas el día de la profesión le dan fuerza para sobrellevar con toda abnegación los trabajos y tribulaciones de los años siguientes. El primer y radical cambio lo motiva el encargo de los superiores, que desean que termine de redactar el manuscrito, comenzado en Espira, sobre “Acto y potencia”. Esto supone para sor Benedicta una reorientación nada fácil, dado que el reglamento del Carmelo es de tal naturaleza, que el limitado tiempo que se dedica al trabajo sufre constantes interrupciones debido a los ejercicios de piedad. ¿De dónde va a sacar Edith tiempo suficiente para una labor científica de tal al-

¹⁵ «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, pág. 73.

¹⁶ «*La ciencia de la Cruz*», Estudio sobre Juan de la Cruz, Carmen, Vitoria.

cance? Además, se percata de que el tratado, a la vista de sus últimas experiencias, precisa una reelaboración completa. Sin embargo, con silencio y abnegación, como siempre, se apresta Edith a la nueva tarea. Sin suficientes medios científicos y sin facilidades de consulta procura dar de sí todo lo posible. Para no tener que sacrificar nada del tiempo de oración, se le permite que dedique al trabajo la hora de recreo del mediodía, y las novicias, que charlan alegremente, se divierten en hacer señas y guiños a la compañera mientras trabaja afanosamente.

Cuánto autodominio necesita sor Benedicta para, a cada toque de campana, dejar la pluma e interrumpir su intensa concentración. Ella misma confiesa que ésa fue una de sus mayores penitencias. Al llegar el domingo, dice con satisfacción: "Gracias a Dios, hoy no necesito escribir, hoy puedo rezar." Cuando sor Benedicta entró en el Carmelo, no se le pasó por la imaginación el que pudiera dedicarse otra vez a trabajos científicos. Pero, como sus superiores piensan que con sus dotes intelectuales puede también ser de provecho a la Orden, ella no se niega a ello. Aun como metafísica sigue Edith siendo la alegre y humilde hija de Teresa. Lo que ella piensa sobre su labor intelectual, ya lo manifestó cuando estaba en el mundo: "El intelectual ve que las verdades supremas y definitivas no se descubren mediante la razón humana y que, en los problemas más esenciales y, por consiguiente, en la configuración práctica de la vida, una persona sencillísima, por iluminación de lo alto, puede aventajar al mayor sabio. Por otro lado conoce la zona legítima de la actividad natural del entendimiento y realiza ahí su trabajo, como el agricultor labra su campo, como algo que es bueno y útil, pero encerrado en estrechos límites como toda obra

humana... Ha de utilizar su entendimiento como el carpintero utiliza sus manos y el cepillo, y cuando pueda ser útil a otros con su trabajo, debe prestarse a ello con gusto.”¹⁷

Esta actitud la ha aprendido sor Benedicta de santo Tomás. Ya en el Carmelo vuelve a caminar sobre sus huellas. La convicción de los límites de la razón la conduce cada vez más dentro de Dios. En el mes de mayo de 1935 escribe a la madre Petra: “Le ruego que pida mucho también por mí. Desde hace algunas semanas he vuelto al trabajo filosófico y me encuentro ante una gran tarea, para la que me falta mucho que sería necesario. Si no pudiera confiar en las bendiciones prometidas a la santa obediencia y en el hecho de que el Señor, aun valiéndose de un débil e inútil instrumento, puede conseguir algo, si es de su agrado, tendría yo que abandonar la carrera. Así que hago lo que puedo y acudo a menudo al sagrario en busca de alientos, cuando mi ánimo ha quedado aplastado por la erudición de otras personas.”¹⁸ La maestra de novicias está sorprendida de la laboriosidad que despliega aquella filósofa con hábito carmelitano. Con increíble concentración trabaja en su obra, hasta tal punto que sus dos superiores temen por su salud. Se muestra agradecida también cuando alguno de sus amigos, por ejemplo el profesor Alejandro Koyré, la anima en el locutorio a proseguir en su concepción filosófica; pues ella teme que su exención de todos los trabajos domésticos es una pesada carga para una comunidad tan poco numerosa. Después de una visita así escribe satisfecha a Eduvigis

¹⁷ «*Der Intellekt und die Intellektuellen*» («El Entendimiento y los Intelectuales»), en «*Das heilige Feuer*», mayo, julio, agosto, 1931, págs. 271, 272.

¹⁸ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 15.

Conrad-Martius: “Esto me era necesario, pues un trabajo semejante encuadra mal en nuestro género de vida y exige muchos sacrificios, no sólo por mi parte, sino también por la de mis queridas hermanas religiosas.”¹⁹

Poco después de poner punto final sor Benedicta a su gran obra, a la que ahora pone el título de “Endliches und Ewiges Sein” (“Ser Finito y Ser Eterno”), le sale al encuentro un nuevo dolor. El día 14 de septiembre de 1936, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras asiste en el coro a la ceremonia de renovación de votos, su madre, en Breslau, y tras penosa agonía, entrega su alma a Dios. Para esta valerosa judía el último gran dolor fue el que su amada hija menor la hubiera abandonado, sin estar siquiera a su lado a la hora de la muerte. No se puede expresar con palabras lo que esto significa para sor Benedicta. Durante todo el verano había rogado a sus amigos que la ayudaran con su oración a remediar la desesperación de su octogenaria madre. Es cierto que la señora Stein después de la profesión de su hija había empezado a contestar con breves saludos a las cartas que recibía de Colonia, pero su amargura no se había borrado. Como entre los judíos la fe en una vida eterna ha disminuido considerablemente, nunca pudo sor Benedicta esclarecer a su madre el sentido de su vocación religiosa. A pesar de estos dolores, después de la muerte de su madre siente gran confianza, e incluso nota su proximidad espiritual.

En el invierno siguiente Rosa puede al fin realizar la conversión por largo tiempo proyectada. Esto —después de todo lo pasado— significa una dicha indescribible para las dos hermanas. Además, permite Dios que

¹⁹ «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, pág. 38.

sor Benedicta, cayéndose de una escalera, se rompa la muñeca y la articulación del pie. Por esta circunstancia, puede en el hospital, sin separación de rejas, dar a Rosa la última instrucción religiosa para convertidos y asistir a su bautizo. En la noche de Navidad Rosa recibe la primera comunión.

Entre tanto, sor Benedicta se reintegra a los trabajos domésticos. Se ofrece reiteradamente para cuidar enfermos, y de vez en cuando tiene ocasión de cuidar en su grave padecimiento canceroso a la ejemplar hermana lega Clara. También en el noviciado ha tenido lugar una reorganización. Desde enero de 1936 la madre Teresa Renata está al frente del convento de Colonia, y a la madre Josefa la han nombrado maestra de novicias. Sor Benedicta es ahora la de más edad del noviciado y sus compañeras la miran con amor y respeto. La filósofa se convierte cada vez más en la mujer maternal, que aprovecha cualquier ocasión para demostrar su amor. Sabe, por ejemplo, que su anterior maestra de novicias tiene predilección por los salmos. Al llegar su cumpleaños, que en el Carmelo no se celebra, reúne rápidamente a las novicias y cantan a la madre un salmo, adaptándolo para canción, y se trata precisamente del salmo cuyo número coincide con el número de años que cumple la madre.

En el otoño de 1937 hay una gran fiesta en el convento carmelitano de Colonia. El 5 de noviembre de 1637 llegaron las primeras carmelitas a la calle Schnurgasse. Procedían de Bélgica y fundaron el primer convento en Alemania. En 1802 las últimas religiosas tuvieron que abandonar su amado santuario, María de la Paz, y las próximas fundadoras no lograron recuperar el antiguo convento. En medio de su intensa actividad de priora, la madre Teresa Renata, con motivo del

jubileo, escribe su bella crónica conventual sobre las vicisitudes de los tres siglos transcurridos. Sor Benedicta y la cronista del convento le ayudan diligentemente. Nadie sospecha que dentro de ocho años, al terminar la guerra, hay que emprender otra reconstrucción en la calle Schnurgasse. Tan sólo la madre Teresa Renata, al visitar por concesión del arzobispo de Colonia el antiguo santuario, confía interiormente en que sus monjas retornarán al primer convento.

El manuscrito de sor Benedicta sobre "Endliches und Ewiges Sein" (Ser Finito y Ser Eterno) aún no se había impreso. Lo intentó con varios editores. Por lo demás, no se preocupa nada de lo que le pueda ocurrir a ella o a su trabajo. Hace ya tiempo que se ha convencido de que las religiosas de Colonia de ningún modo piensan en trasladarse a Silesia, como al principio se había proyectado. Sor Benedicta se siente feliz en Colonia y procura colaborar en todos los trabajos lo mejor que puede. Es conmovedora la pacífica humildad con que se ve a sí misma. Así escribe a la madre Petra: "No sé si otra vez le podré escribir algo más importante. De momento me parece que se presentan tareas completamente distintas. Acepto las cosas que van viniendo, y sólo pido que no me falte la necesaria capacidad para ello. En todo caso, es buena escuela de humildad el tener que hacer continuamente cosas que con gran trabajo sólo se consigue realizar con bastante imperfección."²⁰

En el invierno de 1937 sor Benedicta se encarga del oficio de tornera. De su parte corre el regular las relaciones entre el mundo exterior y el convento, lo que le depara no poco trabajo y ajetreo. Este cargo le proporciona muchas ocasiones para realizar pequeños

²⁰ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 25.

servicios con su sencillo y amable estilo. Una compañera suya de noviciado nos relata refiriéndose a aquella época: “Yo no podía admirar como se merecía la bondad y servicialidad de sor Benedicta. No era ella persona literata, sino que, siempre que la caridad lo exigía, se mostraba dispuesta a ayudar. Creo que su lema era éste: ‘ama et fac quod vis’ (‘ama y haz lo que quieras’). Cuántas veces me consoló y edificó. Cierta noche me encontraba muy abatida. Sor Benedicta era tornera y estaba ocupada en quitar la vajilla del torno y llevarla al armario de la cocina. Ya era la hora del gran silencio. Es evidente que tuvo que advertir mi estado de ánimo. Como ya no podía hablar, se me acercó y me dirigió una cariñosísima sonrisa. Esto no lo puedo olvidar. Mi aflicción quedó como barrida. Qué paciente era cuando en la cocina había mucho ajeteo y tenía que esperar; procuró constantemente no ocasionar a los demás molestia o trabajo alguno. En cierta ocasión estábamos hablando en el recreo acerca de la muerte. Yo exclamé entusiasmada: ‘¡Oh, cuando yo me muera, tendrán que cantar las religiosas el Salve, Regina!’ Ella me miró pensativamente y dijo con seriedad: ‘Y cuando me muera yo, se podrá cantar el Te Deum laudamus.’ ”

De esta manera sor Benedicta se va adentrando cada vez más en la vida del Carmelo. Las religiosas aprecian su cálido y simpático corazón, su buen humor y su alegre sonrisa. La gran erudita encuentra en los desposorios con Cristo y en la alegría de su humilde infancia espiritual ante Dios la más profunda satisfacción de su ser. Su íntimo amor a Dios despierta en ella el anhelo de verle pronto. Por eso se repiten en sus cartas frases como éstas: “Tendríamos muchas cosas que decirnos, si usted viniese a la reja. Pero lo importante es en realidad que permanezcamos unidas

en la oración, y que algún día nos volvamos a encontrar en la luz eterna. El anhelo hacia ella crece tanto más, cuanto que se ve a otros precedernos.”²¹ Su único deseo es el de poder entregarse completamente a Dios por medio de la profesión perpetua. Aprovecha todos los momentos de su oración y de su trabajo para irse asemejando a su Señor crucificado. Agradecidamente escribe a la madre Petra: “En su última carta me mandó usted una bonita estampa de la Santa Faz de Turín. La he recibido como un obsequio del Señor y pensé que se trataba de una gracia más, para prepararme a la santa profesión. Por eso la coloqué sobre la mesita de la celda, para contemplarla a menudo.”²²

²¹ «*Edith Stein, Cartas a Hedwig Conrad-Martius*», Editorial Verbo Divino, Estella, 1963, pág. 43.

²² «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 25.

De la metafísica a la mística

Sin duda que en ninguno de los pequeños conventos de religiosas de Teresa jamás se ha escrito una obra científica tan extensa como el estudio filosófico "Endliches und Ewiges Sein" ("Ser Finito y Ser Eterno"). Sor Benedicta, sin intentarlo, había de escribir su testamento filosófico en la estrechez de la clausura. Lo hizo así por obediencia y con el humilde convencimiento de que su lucha metafísica tal vez pudiera ser útil a muchos buscadores de la verdad. De Tomás ha aprendido a considerar a la filosofía como precursora de la fe. A través de él ha conectado con la tradición europea, y todo su afán se dirige a una fusión del pensamiento medieval con la filosofía viva actual. Pero en esa labor no consigue borrar las fronteras. Sor Benedicta descubre siempre su origen fenomenológico, aun cuando razona partiendo de santo Tomás. Libera el concepto de *philosophia perennis* coartado en los módulos escolásticos y le devuelve su verdadera vida, que consiste en un fecundo intercambio intelectual con los pensadores del pasado.

Un espíritu sediento de la verdad no puede admitir incomunicación alguna ni el monopolio de una evolu-

ción autónoma. “Endliches und Ewiges Sein” (“Ser Finito y Ser Eterno”) es el dichoso testimonio de una persona moderna que, después de padecer el ateísmo, expone con la mayor agudeza intelectual su camino hacia la verdad. El profesor Koyré califica esa obra de autobiografía, que arranca del conocimiento y abre perspectivas hasta la mística. “De forma curiosa —dice Husserl a sor Adelgundis en Friburgo— ella, desde una alta montaña, contempla la claridad y anchura del horizonte en su admirable diafanidad y levedad, pero al mismo tiempo muestra el otro lado, el lado interior y la perspectiva de su yo.”¹

Lo que Husserl no comprende perfectamente en su célebre hija es precisamente la maravillosa unidad que irradia sor Benedicta. Tal vez sólo un santo es capaz de ensamblar tan armónicamente la metafísica y la mística, la vida y la obra. Es cierto que sus anteriores trabajos fenomenológicos y su última obra sobre Juan de la Cruz están estrechamente relacionados por su magistral intuición y manifiestan más el “lado interior”. Pero la obra “Endliches und Ewiges Sein” (“Ser Finito y Ser Eterno”) representa de forma extraordinaria la consciente madurez de todas las facultades de sor Benedicta. Como una majestuosa montaña se destaca esa obra de sus demás escritos. Aquí se patentiza lo que ella esbozó en 1930 en su escrito-homenaje para Husserl: La potencia, esto es, la disposición del filósofo nato, es llevada al acto, es decir, es realizada, cuando se encuentra con un maestro. Esto no significa que el alumno haya de seguir en todo al maestro. Pero sor Benedicta ha aprendido de Tomás a no pensar aisladamente, sino como miembro de una gran familia hu-

¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 248.

mana. La ciencia facilita la comprensión, proporciona nuevos estímulos e inspira respeto ante el trabajo de los demás. Por eso ella escribe como “una estudiante para condiscípulos” y esboza el plan de una ontología, al replantear el problema fundamental de la metafísica, el problema del ser.

Sor Benedicta, como dice Luis Dempf, reproduce los “Estudios sobre la verdad”, de santo Tomás, en un orden inverso. Tomás desciende desde Dios, el puro ser, hasta el conocimiento humano, hasta las cosas. Su criterio es: *cognoscere sequitur esse*, el conocimiento sigue al ser. El pensador moderno procede de abajo hacia arriba. Es afanoso principiante y sor Benedicta también lo es. El punto de arranque de la discípula de Husserl, por consiguiente, es el yo, la conciencia de la experiencia humana de sí mismo. “Siempre que el espíritu humano, en su búsqueda de la verdad, ha tratado de encontrar un punto de partida indudablemente firme, ha tropezado con este dato inevitablemente próximo: la realidad del propio ser.”²

Pero esta experiencia del ser está caracterizada por una escisión, presenta un doble aspecto. El ser humano está dividido en ser y no ser. Registra un ‘de dónde’ y un ‘adónde’, un pasado y un futuro. Por consiguiente es potencial y actual, es posible y real, en continuo cambio. El hombre experimenta su ser sólo puntualmente, esto es, sólo en un punto dentro de la línea ondulada de su experiencia vivencial. Apenas lo ha captado, cuando se le vuelve a escapar. Este retener y volver a perder de ningún modo puede ser vida

² «*Endliches und Ewiges Sein*» («Ser Finito y Ser Eterno»), intento de una interpretación del sentido del ser, reelaboración de «*Akt und Potenz*» («Acto y Potencia»), (Edith-Stein-Archiv, Bruselas), Nauwelaerts-Herder, Lovaina-Friburgo, 1950, págs. 34, 35.

verdadera y real. En el oleaje de la experiencia el yo capta más bien la idea del ser gravitando sobre toda limitación. Aquí aparece la intuición fenomenológica de la esencia. Ella demuestra que aun el entendimiento puramente natural experimenta una base intemporal e ideal del ser. Pero el espíritu amante de la verdad no puede quedarse ahí. La experiencia de la idea o de la esencia de un ser concreto se apoya en el conocimiento de que en el ser concreto irrumpe algo que no coincide con el simple existir del objeto. El ser concreto aparece más bien como imagen de un primer ser, de un prototipo, del que recibe su esencia. Por eso dice sor Benedicta: "Los enigmas que nos plantean... el ser y la cognoscibilidad de esos prototipos... nos llevan a buscar en otra esfera la respuesta que no nos da una filosofía basada en el conocimiento puramente natural: en las verdades de la fe y en la tradición doctrinal teológica. El logos divino, por medio y a imagen del cual todo fue creado, se nos ofrece como el Ser-prototipo, que abarca en sí mismo todos los prototipos finitos. Estos no se nos hacen por tal razón más comprensibles, pero se ve la razón de su incomprensibilidad." ³

El camino cognoscitivo puramente natural pueden recorrerlo todos los que buscan la verdad, y Tomás alude continuamente a este modo general de conocer. La medida en que el pensador individual acepte la autoridad del Dios vivo, es cosa de la gracia y de la disposición de la voluntad. El espíritu penetrante de sor Benedicta no se da por satisfecho con la enigmática escisión del ser humano. Avanza hasta el Ser supremo, hasta el Dios personal, hasta el fin. De este modo pre-

³ O. c., pág. 227.

cisamente demuestra ella que sólo de Dios recibe su perfección la débil luz de la razón natural.

Dios es el que es. Con esto también queda dicho qué es El. Frente a la escisión del ser terreno está la unidad divina de esencia y ser. Lo que no sabe la filosofía natural, lo explica la doctrina del pecado original, de la degeneración de la naturaleza humana y de su originaria semejanza con Dios. Sólo el pecado puede descifrar adecuadamente el enorme abismo que se abre entre la imagen y el prototipo. A pesar de ello, aun en la naturaleza caída subsiste la condición de imagen, y por eso sor Benedicta, apoyándose en santo Tomás, clasifica la creación en grupos de seres que van ascendiendo en formas distintas. Cada grado es un análogo del Ser divino, y en cada forma fundamental, sea de naturaleza material, orgánica, animal o espiritual, se realiza un pensamiento de Dios.

En esto la filósofa se manifiesta como persona de su época. Con Heidegger experimenta ella el sentimiento fundamental de lo que es lanzado a la existencia. Pero no deja de indagar quién es el que en realidad "lanza". La moderna concepción del mundo del hombre tecnificado y desarraigado no la lleva a filosofar tan sólo a base de la interpretación personal del ser. Su humilde y atento espíritu se detiene ante el misterio del Dios vivo y se deja instruir por la fe. En un duro forcejeo en torno al concepto de forma del ontólogo Aristóteles aprende ella a ver la realidad clara y afirmativamente. Las ideas de Platón y la doctrina trinitaria de san Agustín, junto con la doctrina de la existencia individual de Duns Escoto, la ayudan a captar más profundamente la esencia del ser existente y a perfeccionar de manera creadora —más allá de la doctrina de santo Tomás— la *analogia entis*. El trato con los

maestros del pasado le sirve para no desgajar de sus raíces las revoluciones de los tiempos modernos. Esta visión a través de la *philosophia perennis* exige un trabajo realista. Sor Benedicta no teme las fatigas. Esto lo demuestra la misma amplitud de su obra. No se detiene ante ningún problema, aborrece la falta de claridad, y su discurso lógico busca la verdad a todo precio. Para ella el filósofo es, dentro del gran conjunto, un instrumento útil de que se vale para descubrir el verdadero ser.

El criterio de sor Benedicta se manifiesta claramente en la controversia con Heidegger. A su angustiada "libertad para la muerte", a su "alarmante" concepto del hombre lanzado a la "nada", contrapone el saber respetuoso y piadoso de la infancia espiritual. Lamenta que los geniales análisis de Heidegger no ofrezcan un "mundo cosmológico y basado en Dios", sino que reduzcan la interpretación del ser al estrecho horizonte del yo. La eliminación del mundo supratemporal, dice, es una conclusión errónea, ya que el concepto de ser como tal no incluye por necesidad la temporalidad. Heidegger consulta al yo, no a las cosas. "(Ahora bien). En la metafísica se trata del sentido del ser como tal, no sólo del ser humano. El que pasa por alto el problema del sentido del ser, que va implícito en el concepto del ser, y sin preocuparse de ello 'esboza' la interpretación del ser humano, corre el riesgo de apartarse del sentido del ser."⁴

Toda verdadera ontología corre peligro si el yo permanece en sí mismo. Naturalmente que las cosas no pueden responder como una persona y sólo pueden dar indicios. Pero también el ser humano apunta hacia otros seres, que deben ser consultados. Sor Benedicta

⁴ O. c., pág. 21.

es totalmente realista. No se detiene en las posibilidades esenciales de la fenomenología, sino que siempre se interesa por recalcar objetivamente los hechos. Además del hombre, también las cosas tienen “un sentido, que se manifiesta en su aspecto externo y a través de él. Y esta autorrevelación forma parte del sentido del ser objetivo.”⁵

Se ve cómo, sobre todo partiendo del concepto de la creación, de la realidad del Dios vivo, el mundo se convierte no en una “abstracción quimérica”, sino en un cosmos lleno de sentido. No es la sutil construcción de una ontología fundamental autónoma lo que aporta la solución, sino más bien la interrogante mirada infantil a la creación, la respetuosa admiración ante la transparencia del prototipo divino en la imagen creada. La mirada al Dios eterno muestra a sor Benedicta la esencia de lo divino, substraída a toda arbitrariedad subjetiva y a toda “temporalidad”, en contraposición al ser simplemente existente. Edith ve continuamente la actitud fundamental del pensador cristiano en el hecho de que es capaz de dejarse obsequiar, en que *encuentra* la verdad, no la *construye*, de que no se limita a girar en torno a su limitado conocimiento personal, sino que fundamenta en lo supratemporal su concepción del mundo. “Mi ser, tal como lo encuentro y como me encuentro en él, es un ser nulo; yo no soy por mí mismo y de mí mismo soy nada, a cada momento estoy ante la nada y en cada momento me tienen que obsequiar con el ser. Y, sin embargo, este ser nulo es ser, y con él toco a cada momento la plenitud del ser.”⁶

⁵ O. c., pág. 142.

⁶ O. c., pág. 53.

La filósofa de hábito religioso no sólo es metafísica, sino también mística. Con su "ser prorrogado de un momento a otro" ha subido hasta la plenitud del ser. Como cualquier otra persona, siente horror al abismo de la nada y siente ansias de vida eterna. Esta vida la ha descubierto en la fe, pero no sólo la ha conocido, sino que la ha saboreado en lo más íntimo del alma. Esto se manifiesta cuando en el sobrio análisis de los hechos irrumpe súbitamente el río impetuoso y vivo del propio autodescubrimiento: "Sé que, a pesar de esta fugacidad, soy, y en cada momento soy conservada en el ser, y en mi ser fugaz percibo un ser permanente. Yo me veo sostenida y en este hecho encuentro descanso y seguridad— no la presuntuosa seguridad del varón que pisa firme por sus propias fuerzas, sino la dulce y dichosa seguridad del niño que es sostenido por un brazo fuerte... ¿O es que sería 'razonable' el niño que viviera constantemente con el temor de que su madre puede dejarlo caer?... Cuando Dios se revela como el que es, como creador y conservador, y cuando el Salvador dice: 'El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna', se trata de respuestas claras al problema enigmático de mi propio ser. Y cuando por boca del profeta me dice que El me defiende con más fidelidad que el padre y la madre, es más, que El es el mismo amor, entonces comprendo cuán 'razonable' es mi confianza en el brazo que me sostiene, y cuán insensato es cualquier temor a caer en la nada —a no ser que yo misma me arranque del brazo salvador."⁷

Esta es la conclusión victoriosa del pensamiento creyente: Lo vivo no sale de lo muerto. Sólo la vida puede engendrar vida, y por eso el alma viva del hom-

⁷ *O. c.*, pág. 57.

bre, ordenada al ser eterno, recibe su vida de Dios que es el amor.

El análisis ontológico de sor Benedicta culmina asomándose a la Trinidad de Dios como suprema concreción personal, como origen y meta de la persona humana. Dios es el "Yo soy": "Casi no se atreve uno a interpretar estas palabras con otras",⁸ dice Edith, y se adivina en sus palabras el estremecimiento del respeto judío al Dios uno, Yavé. Partiendo de Agustín, prosigue: "Aquel cuyo nombre es 'Yo soy' es el Ser en persona."⁹ El problema del sentido del ser encuentra para sor Benedicta su definitivo cumplimiento en el Tú divino. Esto no quiere decir que caigan todos los velos, pero significa que el conocimiento se convierte en amor, es más, que el amor es la forma suprema de conocimiento. "El perfecto cumplimiento de aquello a que apunta la filosofía como tendencia a la sabiduría es tan sólo la misma divina sabiduría, la contemplación sencilla con que Dios se abarca a sí mismo y a todo lo creado."¹⁰ Todo cuanto afecta a sor Benedicta desde niña encuentra aquí su solución tranquilizadora. La conciencia humana del propio yo, la formación de la persona, el mundo interior del alma y de la mente tienen su origen en la vida trinitaria de Dios. "Como Dios es amor, también aquello que El crea como imagen suya es a su vez amor y la relación mutua entre Padre e Hijo es autoentrega amorosa y unidad en el amor."¹¹ El amor divino no es, como el humano, sólo simpatía, sino que es amor en persona. La autodonación del

⁸ *O. c.* pág. 317.

⁹ *O. c.*, pág. 317.

¹⁰ *O. c.*, pág. 27.

¹¹ *O. c.*, pág. 386.

Padre al Hijo en el Espíritu Santo es la acción libre de esa persona del amor, que es el Espíritu Santo.

En forma análoga a esta comunicación trinitaria concibe sor Benedicta el alma humana y la persona espiritual del hombre. El misterio del espíritu consiste en el hecho de que éste puede ser a la vez “dentro” y “fuera”. El interior es el manantial anímico y oculto del ser. El exterior es “la vida manifiesta espiritual, que se derrama libremente”. El yo es la brecha entre la obscuridad del ámbito interior anímico y la clara conciencia de la vida espiritual. El misterio del hombre abarca una doble dimensión: la más honda interioridad y una desbordante autoconfiguración. Y es algo característico de la vida espiritual de sor Benedicta el que no considere a la metafísica competente para explicar el ser interior del alma, sino que se apoye en la “base experimental” de los místicos, sobre todo de Teresa de Avila. De forma análoga al intercambio amoroso trinitario de Dios, el alma humana conoce el anhelo de entregarse y enajenarse en amor. “En la absoluta autoentrega de las divinas personas, en la que cada una se desposee perfectamente de su ser y al mismo tiempo lo conserva perfectamente, cada una está totalmente en sí misma y totalmente en la otra, tenemos el espíritu en su más pura y perfecta realización.”¹² La meta suprema de la persona humana es, por consiguiente, su autoentrega al Tú divino y su asimilación a su amado prototipo.

De este modo sor Benedicta llega a un “desarrollo trinitario del ser” en todo el ámbito de lo real. Ella ve el sentido de la creación en una *analogia Trinitatis*, en la que el ser anímico del hombre corresponde al Padre, el ser corporal al Hijo y el ser espiritual a la libre, desinteresada “efusión” del Espíritu Santo. El

¹² O. c., pág. 333.

hombre no es un ser entregado a la nada que con "preocupación" existencialista tan sólo percibe el eco de su propia voz. El hombre es llamado por Dios a la eterna alegría común en el Espíritu Santo. "El hombre anhela ser obsequiado continuamente con el ser para poder agotar aquello que cada instante le da y al mismo tiempo le quita. Lo que le da plenitud no lo quiere dejar, y él quisiera no tener fin ni límites para poseerlo completamente y sin fin. Gozo sin fin, bienandanza sin sombras, amor sin límites, vida suprema sin aflojamiento, la más vigorosa actividad que al mismo tiempo es perfecto sosiego y liberación de toda clase de tensiones: esto es la felicidad eterna. Este es el ser a que aspira el hombre en su existencia." ¹³

La persona que, como sor Benedicta, ama apasionadamente al ser y lo afirma cristianamente, descansa al mismo tiempo en la más profunda autoposesión de su alma. No está sin patria, sino que está recogida en el más íntimo núcleo de su ser para salir a cualquier hora en libre actividad espiritual. El alma como castillo fortificado y cimentado en Dios, es la imagen que Teresa de Avila ha regalado a sor Benedicta. Continuamente esa imagen atraviesa su obra. Tan sólo la persona que en su alma posee un reducto inexpugnable, desde el cual su conciencia modela las decisiones, es persona en la plenitud del ser. En lo más íntimo de esa persona se encuentra el centro de la voluntad, que está llamada a hacerse semejante a la voluntad de Dios. Aun sin gracias místicas puede el hombre vivir en virtud de ese centro de su ser, pero no sin entrega a Dios, que es la verdad.

¹³ Apéndice II a la obra «Endliches und Ewiges Sein»: filosofía existencial de Martín Heidegger, Ms., pág. 71.

Así, pues, los grados del ser temporal llegan hasta el umbral del Ser eterno. Aquí enmudece la metafísica y deja paso a la contemplación de la sabiduría divina. A su pregunta fundamental sobre el sentido del ser contesta la razón iluminada por la fe. La redención de la caída humanidad por el Verbo divino es para sor Benedicta el retorno de la creación a la vida trinitaria del Ser divino. Y así la filósofa, refugiada en el amor divino, confiesa feliz:

“Lo que no estaba en mi plan ha estado en el plan de Dios... Cada vez se hace en mí más fuerte el convencimiento religioso de que —desde el punto de vista de Dios— no existe casualidad alguna, y de que mi vida entera, hasta en sus más mínimos detalles, está ya trazada en el plan de la divina Providencia, y, a los ojos de Dios, que todo lo ven, es una perfecta textura llena de sentido. Entonces empiezo a alegrarme de la luz de la gloria, en la que también a mí se me revelará este profundo sentido de mi vida.” “

¹⁴ *O. c.*, págs. 109, 110.

Maestra de vida interior

A la modesta sor Benedicta jamás se le ocurriría llamarse maestra de la vida interior. El archiabado Walzer menciona su humildad, que ni siquiera le permitía contarse entre los intelectuales, cosa que, desde luego, le correspondía con toda justicia. Sin embargo, es justo que a esta mujer singular, que por don de la gracia sabe armonizar extraordinarias dotes intelectuales con una humildad infantil, la consideremos como guía en los ocultos caminos de Dios. A excepción de su breve carta mensual titulada "Caminos hacia el silencio interior", sor Benedicta jamás se ha definido de manera especial, por escrito u oralmente, sobre el tema de la vida interior. Irradió la dicha de su vida interior y unión con Dios, y su obra intelectual está como salpicada de puntos luminosos de vida interior. Sobre todo en su actividad oratoria con el mundo femenino se manifiesta su espiritualidad de carácter mariano y cristocéntrico. Su conferencia, pronunciada en Ludwigshafen, en el año 1930, acerca del misterio de Navidad, parece estar inspirada por el anhelo maternal de mostrar al cristiano en el mundo su vocación al amor divino. En el Carmelo, llegada ya

al lugar de su reposo, esta misteriosa inundación de Dios, que ella quiere comunicar a los demás, se convierte en el elemento dominante de su alma. Su vida de fe con Cristo se profundiza hasta vivir la unión amorosa trinitaria.

Por suerte sor Benedicta recibe repetidas veces el encargo de escribir algo para revistas e incluso para el Carmelo. En estos escritos, que tienen como tema, por ejemplo: la pedagogía espiritual de santa Teresa, la oración de la Iglesia, o los dones del discernimiento y de la medida, manifiesta Edith su propio desarrollo interior y la gran experiencia que puede ofrecer al que busca consejo. Al comienzo de su tratado "Endliches und Ewiges Sein" ("Ser Finito y Ser Eterno") declara que, como fenomenóloga, no opera a base de conceptos apriorísticos, sino que se siente llamada a una directa investigación de los hechos. Este camino es fatigoso, pero impide más fácilmente el que uno se engañe a sí mismo. Esto, transportado al plano de la vida de unión con Dios, quiere decir que sor Benedicta, como escritora religiosa, no se limita a construir especulativamente o a aceptar lo leído. Lo que ella escribe lo piensa, y lo que piensa lo ha experimentado y vivido en la realidad.

En "Weihnachtsgeheimnis" ("El Misterio de Navidad") se dirige al cristiano en el mundo con su estilo claro y exigente, pero también cálido y comprensivo. Parte del misterio central de la redención, de la encarnación de Dios bajo la forma de un niño. La pobreza y la necesidad son sus compañeras, pero de sus manos infantiles fluye el rocío de la gracia hacia los corazones de los sencillos pastores, el espíritu de los magos humildemente arrodillados, la inocencia de los niños de Belén, que han de morir por su Señor y Dios. "Ante

el Niño del pesebre se disciernen los espíritus, El es el Rey de reyes y Señor sobre la vida y la muerte. Propone su 'sígueme', y el que no está con El está contra El. Eso también nos lo dice a nosotros y nos coloca ante la alternativa de escoger entre la luz y las tinieblas." ¹ El Niño del pesebre no es ningún romántico hechizo navideño, sino el comienzo serio de una nueva vida, que al *que* busca a través de la obscuridad de la fe lo aproxima cada vez más a la dichosa visión de Dios en la luz eterna. Adónde llama Dios al alma que obedece incondicionalmente a ese Niño, es cosa suya, pues lo cierto es que "Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman" (Rm 8, 28). La luz que el Jesús humanado enciende en el creyente, se convierte en una llama si ese creyente sigue al Señor, no sólo en Belén, sino también hasta Nazaret y Jerusalén. Por la irradiación de la luz interior de Dios se ha de conocer a los cristianos. Y no son necesarias muchas palabras, pues cualquier modo de hablar acerca de Dios viene a ser como un balbuceo "sobre la luz eterna, que es amor y vida en Dios. Dios en nosotros, y nosotros en Dios, he aquí nuestra herencia en el reino de Dios... El que lleva esto en sí mismo, ése entiende cuando se le habla de estas cosas". ²

Al hablar sor Benedicta de la unión con Dios, habla también del amor al prójimo. La conducta del cristiano para con su hermano y su hermana demuestra si existe en él la luz de Dios, o no. Amor a Dios en el sentido del Evangelio es para sor Benedicta una renovación radical de la persona de criterios naturalistas. "El amor natural se dirige a éste o aquél que está unido a nos-

¹ «*Weihnachtsgeheimnis*» («Misterio de Navidad»), conferencia en Ludwigshafen, 1930, 3.ª ed., Editorial propia, 1950, pág. 9.

² *O. c.*, pág. 11.

otros por lazos de la sangre o por la semejanza de carácter o por intereses comunes. Los demás son 'extraños', que a uno 'nada le interesan' y que incluso se le hacen antipáticos por su modo de ser, por lo que se procura tenerlos lo más lejos posible. Para el cristiano no existen 'personas extrañas'. Siempre se trata de algún prójimo que tenemos ante nosotros y que nos necesita; y es indiferente el que sea pariente o no, el que nos sea 'simpático' o no, el que sea 'moralmente digno' de nuestra ayuda o no. El amor de Cristo no conoce límites, nunca se queda inactivo, nunca se estremece de horror ante la fealdad y la suciedad. El ha venido en busca de los pecadores y no de los justos." ³

Solamente quien ha practicado personalmente estas exigencias de la caridad puede hablar de ellas tan encarecidamente. El amor fraternal es para sor Benedicta el único y auténtico apostolado cristiano. No ayuda compasivamente al más pobre con las propias riquezas, sino que se apoya en un autodesprendimiento por amor a Dios, en la sinceridad de sus sentimientos. Por eso prosigue diciendo: "El amor natural tiende a disponer de la persona amada, a poseerla de la manera más total. Cristo ha venido para recuperar para el Padre a la humanidad perdida; y el que ama con el amor de Cristo quiere a los hombres para Dios y no para sí. Este es desde luego el camino más seguro para poseerlos eternamente; pues, si hemos conseguido ganar un hombre para Dios, entonces nos hacemos una misma cosa con él en Dios, mientras que la manía de conquistar, a menudo e incluso siempre —más tarde o más temprano—, acarrea pérdidas." ⁴ De aquí que el ansia que tienen

³ O. c., pág. 12.

⁴ O. c., pág. 12.

los santos de padecer no se deriva de un placer enfermizo, sino que, a la luz del amor divino, es profunda sabiduría.

Sor Benedicta no teme poner ante los ojos de los hombres mundanos estas metas supremas de la fe. Pues, al estar unidos al Cuerpo Místico de la Iglesia, aun las más insignificantes aflicciones de la vida diaria adquieren un valor infinito. Aun cuando Dios retirara la luz interior, para hacer al hombre participar de su terrible abandono divino-humano aquí en la tierra, el hombre dirá al Señor: "Hágase tu voluntad" y se sujetará a los planes divinos, que de sus dolores sacan bendiciones. Pues, dice con razón sor Benedicta: "Hay un gran trecho entre la autosuficiencia de un 'buen católico', que 'cumple sus deberes', lee un 'buen periódico' y 'obra en conciencia', pero en lo demás hace totalmente su capricho, y una vida confiada en las manos de Dios con la sencillez del niño y la humildad del publicano. Pero el que ha recorrido este trecho una vez, ya no volverá a desandar." ⁵

Sor Benedicta ya no desanduvo ese camino. Puso la mano en el arado y dirigió la mirada hacia adelante, atentísima siempre a lo que Cristo le pedía, y de este modo sirvió de modelo a muchos. "Si hasta ahora ha estado uno globalmente satisfecho consigo mismo, de ahora en adelante no será así. Se encontrarán muchas cosas que son malas, y se conseguirá rectificarlas en lo posible. Y también se descubrirán muchas cosas que no se pueden dar por aceptables y buenas, pero que será muy difícil rectificar. Esto le hará a uno sentirse muy pequeño y le llevará a ser indulgente con las pajas observadas en ojos ajenos, al notar la pesada viga en los propios; y al fin también aprende uno a soportarse

⁵ O. c., pág. 18.

a sí mismo en la luz inexorable de la divina presencia y a echarse en brazos de la misericordia de Dios.”⁶ Sor Benedicta aborda siempre los problemas desde sus raíces, por lo que sus palabras llegan al corazón. El sensato realismo de su lenguaje se apoya en un secreto júbilo de gozosa filiación divina y de pureza evangélica.

Al final de su manuscrito sobre “Die ontische Struktur der Person” (La Estructura óptica de la Persona) escribe: “Adherirse a Cristo, esto no es posible sin seguirle al mismo tiempo.”⁷ Por eso ella se dirige al Carmelo, para realizar ese seguimiento de una manera radical, en conformidad con su carácter. Se podría objetar: La ascesis, la oración, la entrega y sumisión interna a la divina voluntad son cosas que se exigen por igual a todos los cristianos. ¿A qué viene, pues, esa separación del mundo en el estado religioso, la estricta clausura y las rejas? ¿No son esas cosas algo anticuado, formas de vida religiosa que ya no encajan en nuestra época progresista? A esto contestaría sor Benedicta sonriendo: “El viento sopla donde quiere” (Jn 3, 8). El Espíritu de Dios da también al hombre lo moderno, le inspira lo que ha de hacer y lo que ha de omitir, qué formas están pasadas de moda y qué otras formas, por encima de los siglos, conservan en sí mismas vida henchida de futuro. ¿Quién querría disputar con Dios, si El saca a un alma del valle de la vida activa y se la lleva al monte de la contemplación, del diálogo interior con el Padre celestial? Este monte de la oración, al que sólo se llega mediante una extraordinaria abnegación y un ardiente amor a Dios, es la meta de

⁶ O. c., pág. 232.

⁷ «Die ontische Struktur der Person und ihre erkenntnistheoretische Problematik» («La Estructura óptica de la Persona y su Problemática cognoscitiva»), Ms., Münster, 1932/33, pág. 69.

los anhelos de sor Benedicta, desde que ha escuchado la llamada de Dios. Como Moisés y Elías, ella ha sido elegida no sólo para servir a Dios activamente o para sondear especulativamente su creación, sino también para estar cerca de El por amor en una constante inmolación de cuerpo y alma. Pues así como Cristo se separa de la gloria luminosa del Padre para entrar en las tinieblas de la humana naturaleza caída, así también la persona que desea inmolarse totalmente en el estado religioso renuncia a todo lo que le era querido, para participar en la obra redentora de Cristo. Esto es un misterio de la gracia, que arranca de la Pasión del Señor en la cruz.

En el artículo "Oración de la Iglesia", que redacta sor Benedicta en 1936, manifiesta alborozada esta vocación al misterio íntimo de la Iglesia. En una viva visión de conjunto compara la oración oficial y litúrgica de la Iglesia con el terreno abonado de toda predicación y el silencioso suspirar en el Espíritu Santo. Cristo es el prototipo del hombre en oración, y sólo de El pueden aprender sus discípulos a dialogar con el Padre. La hija de Israel advierte con justo orgullo que Jesús, como judío creyente y fiel a la Ley, tomó parte en la liturgia oficial de la religión judaica. Pero las promesas de los antiguos ritos y ceremonias adquieren en sus labios nueva vida. Al cambiar El el pan y el vino del banquete sacrificial judaico en su santísima carne y sangre, se inicia la auténtica oración de la Iglesia.⁸ Pero la transformación del pan está vinculada al sacrificio de Cristo, el cual se entrega por los pecadores. La esperanza de la Antigua Alianza se hace realidad en el Hijo del hombre, y la Iglesia, como prolongación de

⁸ *Gebet der Kirche* («Oración de la Iglesia»), en: «Erbe und Auftrag» («Herencia y Misión»), año 38, 1962, pág. 2.

Cristo, realiza a diario en la solemne acción de la santa misa esa entrega sacrificial de su Maestro como su culminación litúrgica. Ahora ya no hay muchos sacrificios, sino tan sólo un único sacrificio, Jesucristo, ofrecido en las ofrendas transformadas para eterna acción de gracias al Padre. Todos los elementos de la creación toman parte en esta misteriosa transformación, y por eso el cristiano está llamado a dar gracias continuamente en sus gestos, ideas y palabras y a cantar alabanzas como piedra viva de la eterna ciudad de Dios. Por consiguiente, Jesús es el que da a la liturgia su verdadero sentido, al asociarla del modo más íntimo a su sacrificio.

Pero sor Benedicta insiste también en otra oración de Jesús: Pues “Jesús no sólo ha participado en el culto público y prescrito. Tal vez con más frecuencia que de esto hablan los Evangelios de su oración solitaria en el silencio de la noche, en lo alto de los montes, en los apartados desiertos. Cuarenta días y noches en oración precedieron a la vida pública de Jesús. Antes de escoger y enviar a sus doce apóstoles, se retiró a hacer oración a un monte solitario. Mediante su oración en Getsemaní se preparó para el camino del Gólgota.”⁹ Sor Benedicta está totalmente henchida de amor al Cristo de los Evangelios. En todas partes trata de descubrir su entrega humana e imitable al Padre. El alma de Cristo, su coloquio solitario con el Padre, es el imán que la atrae. Con profunda alegría va tras las huellas de la oración solitaria de Jesús, porque en ella se manifiesta su auténtica misión interior. Por eso exclama: “Cada alma humana, templo de Dios, nos descubre un amplio panorama totalmente

⁹ *O. c.*, pág. 5.

nuevo.”¹⁰ A sor Benedicta, como a los santos Padres de su Orden, le interesa el misterio de la transformación del alma en la unión con Dios, sin la cual quedan sin fruto cualquier apostolado y cualquier predicación. Todas sus investigaciones filosóficas y antropológicas sobre el yo — el alma — el espíritu — la persona — enmudecen ante la oración del Hijo de Dios, pues en esta oración se cumple perfectamente el sentido del ser humano. La trinitaria irradiación amorosa del Hijo, que en el Espíritu Santo habla al Padre, es la fuente de la redención. La participación del hombre pecador en esta irradiación se produce para sor Benedicta en lo más íntimo de su alma, pues esta zona íntima es su vivir en espíritu. “Cuanto más recogida vive una persona en lo más íntimo de su alma, tanto más potente es esa irradiación, que despide de sí y hechiza a los demás.”¹¹ Así como de lo más íntimo del alma de Cristo se eleva al Padre su oración sacerdotal, así también el interior del alma humana ha de ser como un recipiente “en el que se derrame a raudales el Espíritu de Dios, a condición de que ella se abra libremente a El”.¹²

Por esto la oración sacerdotal del Señor, que pronuncia al despedirse de sus discípulos, es para sor Benedicta *el* don de la promesa, *el* núcleo vital del que han de vivir Cristo y sus discípulos con El. También a esta oración, en medio de los suyos, la llama ella “oración solitaria” con Dios, pues Jesús la eleva al cielo supletoriamente por sus apóstoles, todavía irreflexivos, y por todo el mundo. Antes de abandonar el

¹⁰ O. c., pág. 5.

¹¹ «Endliches und Ewiges Sein», pág. 405 (vide también nota 2 del cap. 3.º, 3.ª parte).

¹² O. c., pág. 409.

mundo, quiere darle lo que El mismo posee, la dicha interna de su unión amorosa con el Padre. Así, pues, en sus postreras palabras se revela "el misterio de la vida interior; la unión de las divinas Personas y la habitación de Dios en el alma. En estas misteriosas profundidades, en el retiro y el silencio, se ha preparado y realizado la obra de la redención; y así se continuará esta obra hasta el fin de los tiempos, hasta que todos sean perfeccionados en la unidad. En el silencio eterno de la vida intradivina se concibió el designio de la redención. En el retiro del callado aposento de Nazaret vino la virtud del Divino Espíritu sobre la Virgen, que oraba a solas, y realizó la encarnación del Redentor. Reunida en torno a la Virgen, que oraba en silencio, la incipiente Iglesia esperó la prometida nueva efusión del Espíritu, que la había de vitalizar con claridad interna y fecunda actividad externa. En la noche de ceguera, en que Dios había envuelto sus ojos, Saulo en oración solitaria conoció la respuesta del Señor a su pregunta: '¿Qué quieres que haga?' (Hech 10). En la soledad de la oración se preparó Pedro para su misión entre los paganos. Y esto sigue ocurriendo a través de todos los siglos. En el callado coloquio de las almas consagradas a Dios con su Señor germinan los grandes acontecimientos de la historia de la Iglesia, que renuevan la faz de la tierra. La Virgen, que conservaba en su corazón todas las palabras que se le habían dicho de parte de Dios, es el modelo de aquellas almas atentas que viven a diario la oración sacerdotal de Jesús. Y mujeres que, a ejemplo de María, se olvidaron totalmente de sí mismas meditando la vida y la pasión de Cristo fueron escogidas por el Señor como instrumentos suyos, para realizar grandes empresas en la Iglesia: santa Brígida, santa Catalina de Sena. Y cuando

santa Teresa, la enérgica reformadora de su Orden en los tiempos de la gran apostasía, quiso acudir en socorro de la Iglesia, no vio otro medio más adecuado para ese fin sino la renovación de la verdadera vida interior.”¹³ Este himno extraordinario a la imitación de Jesús en su silencio, su oración retirada, es el júbilo agradecido de la hija de Teresa por poder, sin mérito propio, estar con el Señor sobre la montaña.

En nuestra época de alejamiento de Dios, de exteriorización material y de triunfos técnicos sor Benedicta muestra tranquila y firmemente los fundamentos de la revelación de Cristo: su voluntaria soledad, su silencio y su entrega amorosa. Jesús no ha redimido al mundo principalmente por medio de la actividad exterior, sino por medio de la inmolación de su alma en oración continua y de su cuerpo en la muerte de cruz. De ahí el que para sor Benedicta sea tan importante la reforma de Teresa de Avila al comienzo de la Edad Moderna, pues Teresa ha vuelto a descubrir la pureza del espíritu evangélico. “¿Qué es lo que dio a esta religiosa —pregunta Edith—, que desde hacía tantos años vivía entregada a la oración en una celda claustral, ese anhelo ardiente de hacer algo por la Iglesia y esa aguda mirada para comprender la miseria y necesidades de su época? Precisamente el vivir en oración, el haberse dejado llevar por el Señor cada vez más dentro de su ‘castillo espiritual’, hasta aquella escondida morada, donde (el Señor) podía hablarle al corazón... Por eso ella no podía por menos que trabajar ‘celosamente por el Señor, el Dios de los ejércitos’.”¹⁴ Por eso el Carmelo y las órdenes religiosas de austera obser-

¹³ «*Gebet der Kirche*», en: «*Erbe und Auftrag*», año 38, 1962, pág. 7 (vide nota 8 de este cap.).

¹⁴ *O. c.*, pág. 9.

vancia atraen tanto las miradas del hombre moderno, pues éste descubre ahí la única energía que puede salvarle de su miseria existencial. Lo que la razón, enturbiada por las cosas de este mundo, considera como un despilfarro de tiempo, eso mismo, contemplado a la luz de la eternidad, es la verdadera fuente de salvación. Pues, advierte sor Benedicta: “La corriente mística, que fluye a través de todos los siglos, no es ningún brazo lateral desviado, que se haya separado de la vida de oración; es su vida más íntima... Sin ella no habría liturgia ni Iglesia.”¹⁵

Pero no faltará quien pregunte: “¿Qué significa callar con Jesús, escuchar como María, y eso de gracias místicas?” A esto sor Benedicta responde sencillamente: “La vida mística ofrece experimentalmente algo que enseña la fe, a saber: la inhabitación de Dios en el alma. El que, dirigido por la fe, busca a Dios, ha de disponerse a ir a donde es atraído el místico, a retraerse de los sentidos y de las ‘imágenes’ de la memoria, e incluso de la actividad natural del entendimiento y de la voluntad, y a acogerse a la soledad de su interior para permanecer allí, en la fe oscura, en una sencilla mirada amorosa hacia el Dios escondido, que, aunque velado, está presente. Aquí permanecerá en profunda paz, pues es el lugar de su reposo, hasta que el Señor tenga a bien cambiar la fe en visión.”¹⁶ En breves rasgos traza aquí sor Benedicta la sana doctrina del santo Padre de su Orden, Juan de la Cruz. La mística no es un privilegio de los que son agraciados con visiones o locuciones sobrenaturales ni es una recompensa por algún trabajo fielmente realizado.

¹⁵ *O. c.*, pág. 9.

¹⁶ «*Endliches und Ewiges Sein*», págs. 407, 408 (vide también nota 2 del cap. 3.º, 3.ª parte).

Cristo nos ha dado la luz de la fe, y esto basta. Sin embargo, es una característica de la misteriosa bondad de Dios el permitir que muchas almas, por un amoroso contacto espiritual, participen en el intercambio amoroso de su vida trinitaria. Esta percepción espiritual se realiza dentro del velo de la fe, pero, en comparación con la simple fe, la cual muchas veces ha de perseverar en la obscuridad de la confianza, tiene el alma la impresión de haber comenzado ya en la tierra la visión del amor divino. Esta gracia la otorga frecuentemente Dios a aquellos que tiene destinados para realizar grandes obras. Pero también la concede a pecadores e incrédulos, para atraerlos a su corazón. La oración interior, el permanecer junto a Cristo, son la mejor preparación para adentrarse cada vez más en los misterios de Dios. Por eso recalca sor Benedicta expresamente que la callada oración interior no es una "religiosidad subjetiva" contrapuesta a la liturgia objetiva de la Iglesia, sino que es el soplo vital y el impulso del Espíritu Santo. "Toda oración auténtica es oración de la Iglesia: con toda genuina oración acontece algo en la Iglesia, y es la misma Iglesia la que ahí ora, pues es el Espíritu Santo, que en ella vive, el que en cada alma pide por nosotros con 'suspiros inenarrables'. Precisamente esto es auténtica oración: 'pues nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo' (1 Cor 12, 3). ¿Qué sería oración de la Iglesia, a no ser la entrega de los grandes amadores al Dios, que es el amor?"¹⁷ Como la misma sor Benedicta pertenece a ese grupo de grandes amadores de nuestra época, sus pensamientos giran constantemente en torno al misterio central del Cuerpo Místico de Cristo, en

¹⁷ «*Gebet der Kirchen*», en: «*Erbe und Auftrag*», año 38, 1962, pág. 10 (vide nota 8 de este cap.).

torno a la entrega total del alma a su Creador, entrega que pone en movimiento la corriente vital de la Iglesia. Con Teresa de Lisieux puede decir: "La absoluta entrega amorosa a Dios y el correspondiente don divino, he ahí la suprema elevación del corazón, que está a nuestro alcance, el grado supremo de oración... Las almas que lo han alcanzado son verdaderamente el corazón de la Iglesia: en ellas vive el amor sacerdotal de Jesús. Escondidas con Cristo en Dios, no pueden por menos que irradiar hacia otros corazones el amor divino de que están llenas, y cooperar así a que todos sean perfeccionados en la unidad en Dios, que era y es el gran anhelo de Jesús."¹⁸

A pesar del vuelo místico de sus palabras, jamás se aleja sor Benedicta del mundo terreno. Toda gracia extraordinaria se ordena a la salvación de ese mundo. Una vida interior sin caridad apostólica se condena a sí misma. El espíritu de Cristo es para sor Benedicta un espíritu de unidad que quiere llevar a los hombres, desunidos por el pecado, a una comunidad de amor y comprensión mutua. Por lo tanto, si falta la fuente de la unión interior con el Señor, cualquier apostolado de la palabra corre el riesgo de convertirse en simple movimiento de labios. Por eso sor Benedicta exhorta al hombre a entregar a Dios su libre voluntad, ya que todo depende de esa decisión personal. Dios no fuerza a la persona, respeta su libertad, pero le muestra la sangre derramada de su Hijo, por la cual, como los judíos de la antigua alianza a través del velo del Tabernáculo, tiene que entrar en el "Sanctasanctorum de la vida divina". Algunas estrofas poéticas de aquella época manifiestan la profunda unión de sor Benedicta con su divino Maestro y su puro y abnegado amor.

¹⁸ O. c., pág. 10.

*"Tú, con inmenso amor, hundes tu mirada en la mía
E inclinas tu oído a mis calladas palabras
Y llenas el corazón de profunda paz.*

*Pero tu amor no encuentra satisfacción
En este intercambio, en el que aún cabe la separa-
Tu corazón aspira a más. [ción:*

*Como banquete matinal vienes Tú a mí cada ma-
[ñana,
Tu carne y sangre se hacen mi comida y bebida,
Y se realizan maravillas.*

*Tu Cuerpo penetra misteriosamente el mío,
Y tu alma se une con la mía:
Ya no soy lo mismo que era antes.*

*Tú llegas y te vas, pero permanece la semilla,
Echada por Ti para fructificar en la gloria venidera,
Escondida en el cuerpo de polvo.*

*Permanece el vínculo que une corazón a corazón,
La corriente vital, que mana de la tuya
Y vivifica todos los miembros.*

*Qué admirables son tus amables milagros,
Sólo podemos asombrarnos, y balbucir, y enmudecer,
Pues espíritu y palabra fallan."¹⁹*

La vida interior aspira a la santificación del alma en el espíritu de Cristo. Pero en la tierra sólo se puede conseguir este fin mediante la colaboración mutua de los miembros de la Iglesia. Por eso sor Benedicta también tiene algo que decir sobre educación y conducción del alma a Dios. Vivió poco tiempo en el Carmelo y no llegó a ocupar un puesto directivo. Pero por su

¹⁹ «Gedichten» («Poesías»), Ms. 1933-1942, pág. 8.

actividad en el mundo mantuvo amplias relaciones con personas de toda índole que necesitaban de su ayuda espiritual. Repetidas veces sirvió de guía en procesos de conversión y aun en el Carmelo prosiguió esta actividad, de palabra y por carta. Edith tiene un concepto muy profundo y humilde de lo que es la ayuda al alma del prójimo. Por eso escribe a una persona que le pide consejo: “Si tal vez le he parecido dura e inexcusable, por no haber accedido a sus deseos, créame que ello no se ha debido a frialdad y falta de cariño, sino al firme convencimiento de que le perjudicaría a usted si yo obrara de otro modo. Tan sólo soy un instrumento del Señor. A los que acuden a mí, quisiera llevarlos a El. Y cuando advierto que no se trata de esto, sino que se interpone mi interés personal, entonces no puedo servir de instrumento y tengo que rogar al Señor que ponga remedio por otros caminos, ya que El no está sujeto a emplear uno solo.”

La auténtica dirección espiritual le compete solamente a Dios. El educador puede, desde luego, dirigir metódicamente la voluntad de su encomendado a la meta de la santidad y quitar obstáculos del camino. “Pero la santidad es una forma del alma, que tiene que nacer de lo más íntimo de su ser, de una profundidad que no es accesible ni a la intervención exterior, ni al verdadero esfuerzo de la voluntad.”²⁰ La alegría del corazón y la propia abnegación no sólo son exigencias teresianas para el camino de la perfección, sino que en general son el mejor fundamento de toda educación espiritual. La gozosa conciencia de la filiación divina permite al hombre reconocer su verdadera situación y simplifica sus problemas. La reforma del alma,

²⁰ «Eine Meisterin der Erziehungs- und Bildungsarbeit: Teresia von Jesus», pág. 129 (vide también nota 8 del cap. 1.º, 3.ª parte).

su formación para desempeñar ciertas tareas en el Reino de Dios son, en definitiva, obra de Dios. A los educadores y consejeros les da dones con los que pueden influir como mediadores y colaboradores. Pero con frecuencia los cooperadores humanos no están en situación de hacer algo directamente "para dirigir el alma a la meta. Sólo pueden implorar para ella la ayuda de la gracia con sus oraciones. La última forma de su eficiencia se parece a la de los sacramentos. Las almas santas son recipientes de la gracia y por su simple contacto ejercen un influjo santificador y transformador".²¹ Con gran respeto se sitúa sor Benedicta frente al alma del prójimo. Por propia experiencia sabe que no hay nada que convenga tanto como el ejemplo viviente.

Dos meses antes de su huida a Holanda, con motivo de la fiesta onomástica de su Madre priora en la festividad de santa Teresa, escribe una breve instrucción con el título de "Sancta Discretio". En la palabra discreción, que ella toma de san Benito, vibra todo cuanto considera como requisito fundamental de una fecunda dirección espiritual: modestia, silencio, sabia moderación. Este escrito es en todas sus líneas un callado eco del libro de su Priora sobre el Espíritu Santo. La madre Teresa Renata, que dirigió la juventud religiosa de sor Benedicta, contempla los dones del Espíritu Santo en orden inverso a como los presenta la Sagrada Escritura, a saber, como ascensión del alma hacia su misteriosa asimilación con Cristo. A estos dones sor Benedicta asocia la benedictina "discretio perspicua" no como un nuevo octavo don, sino como un elemento esencial de cualquier otro don. Esta agrupación de dones crea una atmósfera de discernimiento espiritual,

²¹ O. c., pág. 129.

de aplomo, que dirige al educador en su actividad de facilitar los dones del Espíritu Santo. Sor Benedicta quiere decir con esto que sólo el director espiritual de gran espíritu sobrenatural es capaz de emitir un dictamen acertado. "La sancta discretio es, según esto, radicalmente distinta de la sagacidad humana. No discierne a base de un discurrir gradual, como la inteligencia humana en sus investigaciones... Discierne como el ojo en plena luz del día ve ante sí, sin trabajo, los claros contornos de los objetos."²² Según el cardenal Newman, el "Gentleman" guarda un sorprendente parecido con el santo. Pero, cuando se presenta una prueba de resistencia, se desploma su artificio. No penetra en lo profundo del alma encomendada. "Los pensamientos del corazón, lo más íntimo del alma, permanecen ocultos (para él). Ahí penetra tan sólo el Espíritu, que todo lo escudriña, hasta las profundidades de la divinidad. La auténtica "discretio" es sobrenatural. Se encuentra solamente allí donde domina el Espíritu Santo, donde un alma con entrega absoluta y movilidad libre escucha la voz suave del cariñoso Huésped y está atenta a sus indicaciones."²³

Sor Benedicta sospecha que ya no va a poder estar mucho tiempo en Colonia. Pero a la madre Teresa Renata aún le queda un largo camino para dirigir almas. Por eso el breve escrito-homenaje de la hija que se aleja viene a ser el testamento. En cada palabra se advierte que sor Benedicta se inspira en la figura espiritual de su Maestra. Es como una secreta conversación entre madre e hija, un mutuo dar y recibir. La "Sancta discretio" es gratitud por el encuentro con el amor de Dios

²² «Sancta Discretio» («Santa Discreción»), en «Erbe und Auftrag», año 38, Beuron, 1962.

²³ O. c.

en un corazón humano, en medio de las tinieblas de un horroroso exterminio de la imagen de Dios en el hombre.

Así, pues, para sor Benedicta la vida interior no es sino la irradiación del Espíritu Divino del amor y de la misericordia. El Espíritu Santo es la clave de la vida interior, el auténtico Maestro y Santificador del alma creyente. El enseña al hombre a buscar sinceramente, a escuchar con humildad y a adorar con gratitud. Una de sus más bellas poesías está dedicada al gozo en el Espíritu Santo:

*”¿Quién eres Tú, dulce luz, que me llena
E ilumina la oscuridad de mi corazón?
Tú me guías como la mano de una madre,
Y si me soltaras,
Ya no sabría dar un paso más.
Tú eres el ámbito,
Que me circunda y me encierra en sí.
Separada de Ti, me hundiría en el abismo
De la nada, del que a esa nada la elevaste hasta
Tú estás más cerca de mí que yo misma [el-ser.
Y eres más interior a mí que lo más íntimo de
[mi ser
Y, sin embargo, eres inaccesible e incomprensible
Y no cabes en nombre alguno:
¡Espíritu Santo - Amor eterno!...”²⁶*

²⁶ «Gedichte» («Poesías»), Ms. 1933-1942, pág. 22.

Esposa del crucificado

A medida que sor Benedicta se va acercando a la cruz, camina más rápidamente hacia la coronación definitiva del sentido de su vida. Los años que van del 1938 al 1942 son una época de profunda conmoción síquica y de total entrega a la voluntad de Dios. Sor Benedicta ve avanzar, cada vez más amenazadoras, las sombras de la persecución de los judíos y se va haciendo a la idea de que en cualquier momento puede ocurrir lo peor y a ello debe estar preparada. La señorita Renand, una de sus conocidas, habla de una visita que hizo al convento carmelitano por los años 1936-37: "Permanecí por entonces en Renania durante algún tiempo, y la profesora de filosofía de nuestro colegio me había encargado de recoger toda clase de información sobre Husserl. Me dirigí en primer lugar al profesor Dempf, y él me aconsejó visitar a Edith Stein, que eso era lo más sencillo. Sor Teresa Benedicta me expuso la filosofía de Husserl en un magnífico resumen. A continuación departimos sobre Alemania y su funesto destino. Ella parecía presentir lo peor y adivinar el estallido de la catástrofe. En esta primera conversación dio muestras de la clarividencia y

vigor de su entendimiento, de su profunda fe y de su extraordinaria confianza en Dios. Con una extranjera como yo, tan joven y aún desconocida en esta región, hablaba con la misma sencillez, franqueza y amabilidad como con una joven religiosa. Esta entrevista me impresionó bastante.”¹ A mediados de 1937 escribe sor Benedicta a una dominica, amiga suya: “Lo ocurrido a nuestras hermanas religiosas españolas nos demuestra ciertamente a lo que hemos de estar preparadas. El hecho de que en un país tan cercano tengan lugar tan terribles revoluciones, debe ser para nosotras una saludable advertencia.”² No se hace, pues, ilusiones. Con firmeza y valentía recorre, con sus humillados hermanos judíos, el camino de la cruz. Muchos de sus amigos abandonan Alemania, y ella concibe la idea de emigrar a Palestina, al Carmelo de Belén, para no poner en peligro a su comunidad de Colonia.

Antes de que los racistas, despreciadores de la dignidad humana, se quiten definitivamente el disfraz, se le otorga a sor Benedicta una gracia singular y una gran fortaleza interior. El día 21 de abril de 1938, jueves de Pascua, puede ya hacer sus votos perpetuos. Con ello se da por terminada su formación religiosa y queda plenamente incorporada al convento. Hace ya semanas que el profesor Husserl lucha entre la vida y la muerte. En Friburgo sor Adelgundis se mantiene cariñosamente cerca del maestro en trance de muerte. Cuatro semanas antes de la santa profesión escribe sor Benedicta a sor Adelgundis: “Nuestros saludos van desde un lecho de muerte a otro. Sor Clara,

¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 338.

² «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 105.

tras un año de sufrimientos, ha pasado muy dulcemente a la eternidad. A ella le he encomendado muy de veras a nuestro querido maestro, y se lo volveré a encomendar esta noche durante el velatorio. Creo que se está muy bien en su compañía. Ella era nuestra hermana lega de más edad. Incansable en los más humildes trabajos, pero con espíritu fuerte y varonil, que captó y vivió con toda decisión el ideal del Carmelo. Por eso tuvo una intensa vida espiritual alimentada por la fe. No tengo la menor preocupación por nuestro querido maestro. Jamás he podido pensar que la misericordia de Dios se reduzca a los límites de la Iglesia. Dios es la verdad. El que busca la verdad, ése busca a Dios, si lo advierte como si no.”³ La confianza de sor Benedicta es ilimitada. Con confianza infantil encomienda a Husserl a sor Clara, muerta en olor de santidad. Y no queda decepcionada.

Una misteriosa vinculación existe entre maestro y discípula. Los días de retiro y de silencio que preceden a la profesión coinciden casi exactamente con la semana en que agoniza Husserl. Mientras ella en su soledad ora y se sacrifica, el alma del moribundo se llena de un ardiente anhelo de Dios. A partir del jueves ya no vuelve a mencionar el trabajo filosófico que le había preocupado hasta entonces. Se siente exonerado de su tarea y sólo dirige su mirada a Dios y al cielo. Su viraje hacia Cristo, tanto tiempo encubierto por la filosofía, acaba por manifestarse. Por eso dice al despertarse el Viernes Santo: “¡Qué gran día, Viernes Santo! Sí, Cristo nos lo ha perdonado todo.”⁴ Después de un terrible ahogo dice Husserl por la tarde: “He pedido a Dios de

³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 23.

⁴ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 248, pág. 32.

corazón que me deje morir. Ha dado ya su permiso. Pero es una gran desilusión el que todavía viva”, y al cabo de un rato dice: “Dios es bueno, sí, Dios es bueno, pero muy incomprensible. Esto es una gran prueba para mí... Luz y oscuridad, sí, mucha oscuridad y de nuevo luz.”⁵

En su trato con los que le rodean sus labios sólo articulan palabras de gratitud y amistad. Los últimos días yace en silencio. Poco antes de su fallecimiento, ocurrido el día 27 de abril, prorrumpe en estas extrañas palabras: “Oh, he visto algo maravilloso, anótenlo rápidamente.”⁶ Antes de llegar la enfermera, ya Husserl se ha llevado su secreto a la eternidad. Sor Benedicta está hondamente conmovida por el extático fallecimiento de su antiguo maestro. Su piadosa muerte es para ella la mayor gracia que se le ha concedido en su profesión. Rebosante de felicidad, escribe a Friburgo: “Para mí esto ha sido algo parecido a lo que ocurrió con mi querida madre, que murió al tiempo de hacer yo mi renovación de votos. No crean ustedes que tengo gran confianza en mis oraciones ni en mis méritos. Pero sí estoy persuadida de que Dios no llama a nadie sólo para Sí, y derrocha pruebas de amor cuando acepta a un alma.”⁷

En el decurso del año 1938 la situación política de Alemania se hace cada vez más oscura. Las personas perspicaces reconocen que Hitler camina hacia una guerra mundial para demostrar al mundo la superioridad de sus ideas dictatoriales. Naturalmente, hay que buscar a los “criminales de guerra”, que empujan a Alemania a una “lucha defensiva”. Les toca la china a los inde-

⁵ O. c., págs. 33, 34.

⁶ O. c., pág. 34.

⁷ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 24.

fensos judíos. A finales del año 1938 sor Benedicta siente en sí misma cada vez más fuerte la vocación de padecer por su atribulado pueblo. Se preocupa por su familia y por sus amigos, quienes, si tienen suerte, habrán de labrarse su vida en el extranjero. La cruz, que ya en el año 1933 veía venir al encuentro de su querido pueblo judío, se alza gigantesca en la hora de la mayor humillación.

Pero sor Benedicta no pierde las esperanzas. Así como en los tiempos de la antigua alianza Ester se presentó ante el rey Asuero para interceder por su atribulado pueblo, así Edith siente interiormente el encargo de Dios de salvar a muchos de ellos. Sabe que esa salvación supone el sacrificio de su vida, pero todavía ignora el "cómo" de sus padecimientos. En sus cartas a la madre Petra leemos: "Tengo confianza... en el hecho de que el Señor ha aceptado mi vida por muchos. Pienso constantemente en la reina Ester, la cual fue escogida de entre su pueblo precisamente para interceder por él ante el rey. Yo soy una pequeña Ester, pobre e impotente, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente grande y misericordioso. Esto es un gran consuelo." ⁸

Así, pues, sor Benedicta profundiza en la vida de sus antepasadas judías para, como ellas, estar preparada cuando el Señor la llame. De qué manera se prepara a las últimas fases de su vida, lo demuestra claramente una carta suya de finales de octubre dirigida a sor Calixta, dominica de Espira: "Pienso que, en todo caso, es un camino muy seguro el hacer todo lo posible por convertirse en recipiente vacío para la gracia de Dios. 'Desprende tu corazón de todas las cosas, busca a Dios, y lo encontrarás' (Teresa de Avila)... Ciertamente es difícil vivir fuera del claustro y sin el

⁸ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 26.

Santísimo. Pero dentro de nosotros está Dios, toda la Santísima Trinidad. Si sabemos construir en nuestro interior una celda bien cerrada y retirarnos a ella todas las veces que podamos, entonces en ningún sitio del mundo puede faltarnos nada. Así también tienen que arreglárselas los sacerdotes y religiosos en las cárceles. Para aquellos que saben comprenderlo, eso es una gracia extraordinaria.”⁹ Sor Benedicta se hace a la idea de que tal vez algún día se vea obligada a vivir fuera de los muros protectores del claustro y recuerda a la destinataria que sólo existe *una* patria indestructible en la tierra, a saber, la habitación del Dios vivo en el alma inmortal del hombre.

La madre Teresa Renata no acababa de decidirse a dejar marchar al extranjero a sor Benedicta, tan apreciada de todas las religiosas. Se la creía segura en el Carmelo, pues hasta entonces nadie les había molestado. Pero la terrible incursión de las escuadras de protección del partido nacionalsocialista, en la noche del 8 al 9 de noviembre, demostró todo lo contrario. Una especie de glacial aliento de muerte se cierne sobre las calles de Alemania en la mañana del 9 de noviembre de 1938. Todos advierten que ha ocurrido algo que nunca debió ocurrir. De pronto, una mano asesina barre la pacífica existencia ciudadana de los judíos. Indefensos ciudadanos judíos fueron súbitamente expulsados a golpes de sus casas y torturados, sus comercios fueron demolidos y expropiados. Por todas partes arden las sinagogas. Todo alemán decente está horrorizado. Pero nadie se atreve a protestar en alta voz, pues esa protesta sería ahogada al instante en sangre y muerte. El ciudadano alemán no está más seguro de su vida que el judío.

⁹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 106

Cuando llegan al convento de Colonia las noticias de estos vergonzosos hechos, sor Benedicta se queda como petrificada de dolor. Lo que hacía años había presentado claramente es ya una pavorosa realidad. Profundamente conmovida, exclama: "Esto es la sombra de la cruz que se cierne sobre mi pueblo. ¡Oh, si hubiera un poco de sensatez! Ahora se cumple la maldición que mi pueblo atrajo sobre sí. Caín ha de ser perseguido, pero ¡ay de aquel que toque a Caín!"¹⁰ No es que condene a los asesinos, pero su alma se horroriza ante el abismo de pecado y de miseria que se abre para amigos y enemigos. A impulsos de su decidido carácter, Edith procura convertir esa espantosa experiencia en sacrificio expiatorio. La misión que ve simbolizada en su nombre de religión (sor Teresa Benedicta a Cruce, o de la Cruz), la anima a abrazar la cruz con valentía. En diciembre escribe a la madre Petra: "He de decirle que mi nombre de religión me lo dieron ya de postulanta. Me concedieron el nombre de religión tal como lo pedí. En la palabra 'Cruz' veía significado el destino del pueblo de Dios, que ya empezaba a anunciarse. Pensaba que quienes comprendieran que se trataba de la cruz de Cristo debían tomarla sobre sí en nombre de todos. Ciertamente, hoy tengo un conocimiento más exacto de lo que significa estar desposada con el Señor bajo el signo de la cruz. Nunca será posible comprenderlo del todo, por tratarse de un misterio."¹¹

Con premura febril se afanan los hermanos de sor Benedicta por emigrar a América junto con sus hijos. Pero esto no es cosa fácil, pues se exige que le reclamen

¹⁰ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 211 (vide también nota 5 del cap. 1.º, 3.ª parte).

¹¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 27.

a uno desde allí. Tan sólo Elisa y Ernestina consiguen emigrar con sus respectivas familias. Arnaldo está ya en América, pero Pablo y Federica no pueden seguirle, a pesar de todos sus esfuerzos. De momento también es inseguro el destino de Rosa. Como Palestina tiene prohibida la inmigración, la madre Teresa Renata suplica al convento carmelitano de Echt (Holanda) que acojan allí a su hija. Comprende que sería intolerable para sor Benedicta seguir poniendo en peligro por más tiempo con su presencia al convento de Colonia.

La despedida en Colonia se hace muy difícil para las religiosas. El carácter amable y maternal de sor Benedicta se ha conquistado todos los corazones. Una de sus compañeras novicias dice: "Los acontecimientos políticos se van agravando cada vez más. Sor Benedicta pensaba que su presencia suponía un peligro para el convento. Los sucesos del 9 de noviembre aconsejaban actuar con rapidez. Su temperamento, hasta ahora tan alegre, queda velado por una profunda tristeza. Sólo Dios sabe lo que ella sufrió en aquel tiempo por su pueblo, por sus seres queridos y por su amadísimo hogar conventual. Con ánimo esforzado, sin proferir ni una palabra de queja o acusación, sobrellevaba su dolor. El día 31 de diciembre abandonó nuestro convento. La despedida fue dolorosa por ambas partes. Yo profesaba gran cariño y veneración a sor Benedicta y no podía concebir una vida sin ella. Las últimas navidades habían estado enturbiadas por la perspectiva de la próxima separación. No tardó en llegar la hora de la despedida. Con este fin nos habíamos congregado en el recreo. Las religiosas fueron abrazando, una a una, a sor Benedicta. Cuando me llegó a mí el turno, ya no pude retener las lágrimas. No dije otra cosa sino su nombre. Al ver ella mi aflicción, perdió por un momento su se-

renidad y sollozó perceptiblemente. Pero inmediatamente recobró la serenidad y partió de nuestra compañía.”¹²

En la obscuridad de la noche última del año un leal amigo del convento traslada a sor Benedicta al otro lado de la frontera holandesa. Por expreso deseo de sor Benedicta, al dejar Colonia, pasan por la calle Schnurgasse y se dirigen a la antigua iglesia del Carmen, en la que se venera la milagrosa imagen. Allí sor Benedicta pide fervorosamente a la Reina de la paz por el convento que deja y por el que la espera. Nueve años después la madre Teresa Renata, tras la destrucción del convento carmelitano de Colonia-Lindenthal, entrará con sus religiosas en el antiguo santuario Regina Pacis.

“No es preciso contarle lo dolorosa que fue la despedida de la querida familia claustral, en especial de las buenas madres”,¹³ escribe sor Benedicta poco después de su llegada a Echt. En una carta dirigida a la baronesa Bodman, antigua amiga de la época de Espira, leemos: “Llegué aquí la noche de san Silvestre. Para todas las de Colonia fue muy dolorosa la separación. Pero tenía la firme convicción de que ésa era la voluntad de Dios y de que así se podían evitar mayores males... Aquí he sido recibida con el mayor cariño. Las bondadosas madres han hecho todo lo posible por conseguirme el permiso de entrada con la mayor rapidez, y con sus oraciones me han allanado el camino.”¹⁴

El convento de Echt es como un pedazo del de Colonia, pues fue fundado el año 1875, después de la expulsión de las religiosas cuando el “Kulturkampf”.

¹² «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 287.

¹³ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 28.

¹⁴ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 65.

Las madres y hermanas acogen con gran cariño a la pobre fugitiva. Sor Benedicta encuentra allí un pequeño oasis de paz, antes de emprender la penosa y definitiva subida al Calvario. Con su acostumbrada modestia y servicialidad se adapta al nuevo ambiente y corresponde agradecidamente al cariño de las religiosas. Sus cartas siempre muestran el mismo tono fundamental de una indestructible paz interior. "Aquí otra vez es todo nuevo. Pida por mí, para que pueda corresponder al gran cariño que todas me tienen y para que pueda hacerme útil a esta casa... El que impone la cruz sabe hacer la carga dulce y ligera." ¹⁵ Desde luego, tampoco en Echt es sor Benedicta una gran ayuda práctica, y muchas veces las religiosas sonrían a propósito de la filósofa. Pero todas admiran su constante y sacrificada diligencia en realizar, durante los dos primeros años, los trabajos domésticos que se le encomiendan. "Aquí he recibido ya muchas pruebas de bondad y estoy muy agradecida por ello. Ciertamente es la voluntad de Dios la que me ha traído aquí, y éste es el más seguro puerto de paz." ¹⁶ En otra carta, de finales de 1939, dirigida a la madre Petra, se dice: "Mi sentimiento fundamental, desde que estoy en Echt, es el de la gratitud. Doy gracias por poder estar aquí y por ser la casa como es. Pero nunca olvido que aquí en la tierra no tenemos 'morada permanente'. Mi único anhelo es que en mí y por medio de mí se cumpla la voluntad de Dios. En sus manos está el tiempo que yo haya de estar aquí y lo que venga después. In manibus tuis sortes meae. Ahí todo está seguro. Por eso no tengo por qué preocuparme. Pero es necesario orar mucho para mantenerse fieles en cualquier situación. Hay que orar sobre todo

¹⁵ *«Briefe von Edith Stein»* («Cartas de Edith Stein»), III, 28.

¹⁶ *O. c.*, 29.

por los muchos que han de soportar más duras desgracias que yo y no están anclados en lo eterno. Por eso estoy cordialmente agradecida a todos los que ofrecen su ayuda.”¹⁷ Sumida en el más profundo dolor, apenada por la dolorosa separación, privada del trato con tantos amigos y preocupada continuamente por la vida de su familia en Alemania, sus palabras, sin embargo, siempre respiran una vigorosa paz y seguridad. Esa fortaleza de ánimo no es obra propia. Cuanto más se entenebrece su situación, tanto más abre ella su corazón a la luz eterna. Su sosiego en Dios es al mismo tiempo su más profunda posesión de sí misma. Aunque ella misma está necesitada de consuelo todavía es capaz de consolar a otros y ser agradecida por cualquier favor que recibe. En sus últimas cartas se repiten constantemente los mismos motivos: hacer todo lo posible por dar gusto a Dios, dejarse conducir por El sin resistencia, vaciar el corazón de todo y llenarlo de puro amor a Dios y al prójimo.¹⁸

Mientras sor Benedicta, después de terminar el índice para su obra “*Endliches und Ewiges Sein*” (“Ser Finito y Ser Eterno”), realiza sus tareas domésticas calladamente y fiel a su obligación, y en sus escasos ratos libres se dedica todavía a escribir, Dios va moldeando su alma en orden a sus misteriosos planes. En sus recordatorios de profesión había mandado imprimir aquellas palabras de san Juan de la Cruz: “En adelante mi único oficio será amar cada vez más” (Cántico espiritual). Ahora siente impulsos de transformar en hechos ese amor. Sólo del año 1939 conservamos tres oraciones, escritas de su puño y letra, en las que se

¹⁷ O. c., 30.

¹⁸ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 107, 108.

ofrece como víctima por el pueblo judío, pide que no se produzca la guerra mundial y ruega por la santificación de la familia carmelitana. Sor Benedicta no se contenta con apellidarse “de la Cruz”, sino que aspira a hacerse semejante a su Señor crucificado. Una religiosa de Echt observa atinadamente que cuando una persona de la calidad de sor Benedicta se ofrece como víctima, Dios, por lo general, acepta ese ofrecimiento.

El domingo de Pasión, poco antes de estallar la segunda guerra mundial, la madre Otilia, priora suya por entonces, recibe una esquelita en la que le dice: “Querida madre, permítame su reverencia que me ofrezca al Corazón de Jesús como víctima expiatoria por la verdadera paz, para que se derrumbe, a ser posible sin una nueva guerra mundial, el dominio del Anticristo y pueda establecerse un nuevo orden en el mundo. Quisiera hacerlo hoy mismo, y ya estamos en la hora duodécima. Sé que no soy nada, pero Jesús lo quiere, y El en estos días va a llamar a lo mismo a otros muchos.”¹⁹ Inspiran gran respeto estas líneas, que dejan entrever una llamada personal de Dios. “Jesús lo quiere.” Sor Benedicta se siente solidaria con una escondida legión de almas dispuestas al sacrificio que piden a Dios misericordia. Su huida a Echt no la efectuó por eludir la realidad. Conscientemente se une a la obra salvífica de Cristo, para suplir con sus padecimientos lo que falta a las tribulaciones de Cristo (cfr. Col 1, 24). Presiente que es muy limitado el tiempo que le queda de vida, y por eso aprovecha cada minuto para preparar su corazón a la llegada del Señor. Por eso, las dos oraciones de inmolación que escribe en el verano de 1939 están

¹⁹ «*Persönliche Papiere von Edith Stein*» («Papeles Personales de Edith Stein»), 34.

animadas por el mismo espíritu de ofrecimiento expiatorio.

El viernes de la octava del Corpus, 9 de junio, redacta su testamento. Lo resume en estas palabras: "Ya desde ahora acepto la muerte que Dios me ha destinado, con total sumisión a su santísima voluntad y con alegría. Pido al Señor que se digne aceptar mi vida y mi muerte para honra y gloria suya, por todas las intenciones de los santísimos Corazones de Jesús y de María y de la santa Iglesia, en especial por la conservación, santificación y perfección de nuestra Orden, y más particularmente de los conventos de Colonia y de Echt, para reparar la incredulidad del pueblo judío y para que el Señor sea aceptado por los suyos y venga su Reino glorioso, por la salvación de Alemania y la paz del mundo, finalmente, por mis parientes, vivos y difuntos, y por todos los que Dios me ha dado: para que ninguno de ellos se pierda."²⁰ Este testamento, que ella subscribe en el nombre de la Santísima Trinidad, da a entender claramente que quien lo escribe ve llegar su próxima muerte. Con la mayor paz presenta sus últimos deseos a sus superiores, para después no tener más aspiración que la de estar unida con Cristo crucificado y con El pasar de este mundo al Padre.

Dos meses después, el 4 de agosto, escribe otro ofrecimiento al Sacratísimo Corazón de Jesús, en el que promete aprovechar fielmente todos los momentos que le queden de vida.

"¡Corazón divino de mi Redentor! Yo te prometo aprovechar todas las ocasiones que se me ofrezcan, para darte gusto en todo; y cuando haya de escoger entre dos cosas, me inclinaré por la que sea más de tu

²⁰ «*Persönliche Papiere von Edith Stein*», 34a (vide nota anterior).

agrado. Te ofrezco esto, para demostrarte mi amor y para llegar a la perfección de mi vocación, esto es, para hacerme una auténtica carmelita, verdadera esposa tuya. Te pido me des fuerzas para cumplir fielmente mis votos. Que me ayuden a ello tu Madre y mi santo ángel.”²¹ Sor Benedicta profundiza cada vez más en el misterio de los desposorios con el Crucificado. El Corazón traspasado del divino Maestro se convierte para ella en símbolo de esa unión. Ahora con frecuencia termina sus cartas con el saludo “in corde Jesu”.

En un breve escrito titulado “Die Hochzeit des Lammes” (“Las Bodas del Cordero”), que forma parte de las alocuciones de profesión redactadas para sus superiores, habla de los desposorios del alma con Dios. Ahí llama boda a la crucifixión de la esposa. Esto es: la unión con Cristo se efectúa en el madero de la cruz. En otra alocución pone en boca de la madre priora las siguientes palabras: “Unida con El (con el Señor), estás en todas partes como El. No sólo aquí o allí podrás prestar tu ayuda, como el médico, la religiosa enfermera, el sacerdote. Por la virtud de la cruz podrás estar en todos los frentes, en todos los reductos de la desgracia. A todas partes te lleva tu amor misericordioso, el amor que rebosa del Corazón divino. A todas partes llega su sangre preciosa aliviando, curando, redimiendo. Los ojos interrogantes y examinadores del Crucificado te miran en todas partes. ¿Quieres sellar nuevamente la alianza con el Crucificado con toda seriedad? ¿Qué responderás?”²² De este modo vive sor Benedicta su vida religiosa, como un sacrificio por muchos, uniendo sus sufrimientos con los de tantos otros

²¹ «*Persönliche Papiere von Edith Stein*», 34b (vide nota 19).

²² «*Ave Crux, Spes Unica*» («Salve, Cruz, Unica Esperanza»), Ms., 1940.

que han sido arrollados por las desgracias de la terrible guerra mundial, por el odio de una obcecada impiedad. El signo de la cruz se convierte para ella en luz que ilumina y transfigura todas las dificultades.

En el año 1940 experimenta el gozo de saber que su hermana Rosa está a salvo en Echt. Tras azarosas dificultades consiguió Rosa huir a Holanda a través de Bélgica. Ahora están unidas dos hermanas, mientras que los demás andan dispersos por la tierra. Rosa sirve al convento de Echt como fiel portera. Rápidamente se gana la confianza del convento y de la población. Pero la situación de las dos hermanas continúa insegura. Después de tres años de permanencia, le corresponde a sor Benedicta la plena incorporación a la nueva comunidad. Pero los superiores no pueden decidirse a ello, debido a lo inseguro de las circunstancias. Por las mismas razones tampoco parece aconsejable incorporar a Rosa a la Orden en calidad de portera con hábito. Esto supone gran dolor para sor Benedicta. La cruz se convierte para ella con toda propiedad en su único hogar. De esto da claro testimonio una breve carta dirigida a su madre priora: "Querida madre, si ha leído Su Reverencia la carta del padre Hi. (Hirschmann, SJ), ya ve cómo piensa él. Ya no quiero hacer nada más en el asunto de mi estabilidad. Esa estabilidad la dejo en manos de Su Reverencia y dejo a su criterio el consultar al respecto, si le parece, a las demás religiosas, al P. Provincial o al Sr. Obispo. Estoy conforme con todo. Para adquirir una 'scientia Crucis', es preciso experimentar a fondo la cruz. De esto estuve convencida desde el primer momento y he dicho de corazón: ¡Ave, Crux, spes unica! Su agradecida hija B." ²³ A ejemplo del Señor, sor Benedicta no tiene dónde

²³ «*Persönliche Papiere von Edith Stein*», 33 (vide nota 19).

reclinar la cabeza. Entregada totalmente a la voluntad de Dios, sacrifica incluso su deseo de estabilidad, esto es, su anexión definitiva a su amado convento.

De Alemania y de Luxemburgo llegan aterradoras noticias. Los nacionalsocialistas empiezan a suprimir un Carmelo tras otro. Sor Benedicta se prepara interiormente para lo peor; ya antes había escrito: "Nosotras nos hemos obligado a la clausura, pero Dios no se ha obligado a tenernos siempre dentro de sus muros... Naturalmente, podemos pedir que no tengamos que pasar tal experiencia, pero añadiendo siempre con seriedad y sinceridad: '¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!' " ²⁴

Sus poesías de esta época, junto a la venturosa experiencia del consuelo divino, manifiestan también su profundo sufrimiento y su agonía con Jesús en Getsemaní. En una súplica al Padre del cielo se lee:

*"Bendice el ánimo postrado de los oprimidos,
La penosa soledad de las almas profundas,
El ser desasosegado de los hombres
Y el dolor que un alma nunca comunica a otra alma
[hermana..."* ²⁵

Y bajo unas cuantas sentencias están estos versos:

*"El que en Getsemaní, bañado en terrible sudor de
luchó con el Padre con fervientes súplicas: [sangre,
Ese es el que consiguió la victoria,
Entonces se decidió la historia universal." ²⁶*

²⁴ «Edith Stein, *Lebensbild*», págs. 221, 222 (vide también la nota 5 del cap. 1.º, 3.ª parte).

²⁵ «*Gedichten*» («Poesías»), Ms., 1933-1942, pág. 15.

²⁶ *O. c.*, pág. 11.

En Echt observan las religiosas cómo sor Benedicta, mucho antes de la hora de levantarse la comunidad, que lo hacía a las cuatro y media, se postra de rodillas junto a la ventana abierta de la celda, con los brazos extendidos, con la mirada clavada en dirección al sagrario del Coro. Así ora y repara por su atribulado pueblo y por la paz del mundo, ofreciéndose con Cristo al Padre en Getsemaní y participando en el abandono del Hijo del Hombre.

El año 1940 los alemanes ocupan Holanda. Con ello los perseguidores de los judíos han puesto el pie en la nueva patria de sor Benedicta. Esto obstaculiza bastante el intercambio epistolar con Alemania, especialmente con el Carmelo de Colonia. Con las tropas entran en Holanda los órganos de vigilancia de la Gestapo (policía secreta del estado). Hasta qué punto sor Benedicta, a pesar de todas sus tribulaciones, se ve arraigada en lo eterno, lo manifiesta una carta que en 1941 escribe a una connovia de Colonia: "Me alegraría mucho si alguna vez pudiéramos hablar de todo. Pero no es ninguna casualidad el que se nos haya privado de esta posibilidad. Por ello, debemos estar agradecidas por estar unidas en ese Reino que no conoce fronteras ni barreras, ni separación ni alejamiento. Desde que tenemos en casa a una pequeña postulanta, me acuerdo mucho de nuestra primera juventud en la religión y de las admirables vías providenciales que siempre supone el camino hacia el Carmelo. Tal vez la historia de las almas en el Carmelo es todavía mucho más admirable. Ellas están profundamente escondidas en el Corazón divino. Y lo que muchas veces creemos comprender de la propia alma, no deja de ser un simple reflejo fugaz de aquello que será un misterio de Dios hasta el día en que todo se manifieste. Mi gran alegría

es la esperanza en la futura claridad. La fe en la historia misteriosa siempre nos debe fortalecer, cuando lo que conseguimos ver externamente (en nosotros mismos y en otros) podría desalentarnos.”²⁷

Esta carta respira gozosa serenidad, como también puede apreciarse en sus últimas fotografías antes de la deportación. La persona que escribe esas líneas ha llegado al final de su peregrinación. Ya en este mundo ha penetrado en la paz impercedera del Reino de Dios. Cualquier cosa, alegre o penosa, que pueda sucederle, queda asumida y transformada por esa paz, como lo expresa Carlos de Foucauld el año de su muerte con las siguientes palabras: “¿Cuál es esa paz distinta de la que da el mundo? Es esa paz... que es más fuerte que los sufrimientos, no la paz sin guerra, sino la paz a pesar de la guerra, en la guerra, más allá de la guerra, pues la paz del alma vive por el amor totalmente en el cielo y disfruta así de la paz celestial a pesar de todo cuanto a su alrededor y contra ella pueda suceder en la tierra.”²⁸

De América llegan buenas noticias. Ernestina con su familia se ha aclimatado al nuevo ambiente y los niños realizan notables progresos en la escuela. Pero en Alemania se agrava la situación. A finales de 1941 en Breslau se toman medidas coercitivas contra los hermanos de sor Benedicta. Poco después, sor Benedicta escribe a la madre Juana, por entonces priora en Beek: “También mis hermanos tienen gran necesidad de oraciones. La hermana, que todavía estaba en Breslau, ha sido trasladada al campo y alojada con otras once señoras en una buhardilla con la obligación de trabajar ocho horas diarias. Ella ha sido destinada a la

²⁷ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 10.

²⁸ Miguel Carrouges, «*Carlos de Foucauld*», Studium, Madrid.

sala de costura. Mi hermano mayor y su señora viven esperando una medida coercitiva por el estilo. Todos los intentos de mis parientes de América para llevarselos allá han sido inútiles hasta ahora. Me han comunicado la realidad sin queja alguna.”²⁹ Tampoco se queja sor Benedicta; considera esos sufrimientos como una tarea que Dios le envía, y no se entrega a sentimientos de desesperación. Las religiosas de Echt manifiestan que ella, en medio de todas estas dificultades, está tranquila y casi alegre y no quiere inquietar innecesariamente a nadie en el convento.

La madre Antonia, elegida para priora el año 1940, opina que las extraordinarias cualidades intelectuales de sor Benedicta no deben quedar baldías. Después de haberle encomendado la clase de latín y la iniciación de Rosa en la vida carmelitana, le encarga el año 1941, con motivo del cuarto centenario del nacimiento de san Juan de la Cruz que se celebraría en el verano de 1942, que escriba un libro sobre la obra del santo. Con este fin exime a sor Benedicta, en la medida de lo posible, de todas las tareas domésticas. Sor Benedicta pone manos a la obra con toda diligencia. Es más, incluso está agradecida de poder escribir algo sobre el amado Padre de su Orden. Con cierto humorismo escribe a la dominica sor Agnella: “Es bueno que me haga usted consultas. Pienso solamente cuando se me plantean problemas. De otra forma, la inteligencia se mantiene generalmente inactiva. Me alegra el que se la ponga en marcha y pueda ser útil a alguien.”³⁰

Ahora tiene sor Benedicta buena ocasión para utilizar su inteligencia. Fue una gran suerte el que, ya

²⁹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 46.

³⁰ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 101.

próxima a su muerte, pudiera legar esa obra a la posteridad. Para ella ese trabajo significa la última gracia extraordinaria de su vida, tan bendecida por Dios. La recogida de los necesarios materiales y sobre todo los nueve meses de redacción constituyen el gran recogimiento de su espíritu antes de su definitiva liberación. Con gratitud escribe a la madre Juana: "Ahora precisamente estoy ocupada en reunir materiales para un nuevo trabajo, pues nuestra querida madre desea que me ocupe nuevamente con tareas científicas, en cuanto lo permite nuestra vida y las actuales circunstancias. Me alegro de poder hacer algo todavía, antes de que el cerebro se enmohezca por completo."³¹ Como al mismo tiempo está encargada de leer los puntos de meditación durante las horas de oración, elige para ello la primera obra de san Juan de la Cruz, la "Subida al monte Carmelo". A este propósito continúa diciendo a la madre Juana: "Esto fue también mi materia de meditación durante los ejercicios anteriores a la toma de hábito. Cada año suponía un paso más en el conocimiento de las obras de nuestro santo Padre Juan de la Cruz; sin que esto quiera decir que yo fuera al mismo ritmo en la vida espiritual, pues todavía me encuentro muy abajo en este Monte."³²

Su fino humor y su profunda humildad son algo encantador. Así como el mártir Ignacio de Antioquía poco antes de su muerte escribe a la comunidad de Roma: "Ahora empiezo a ser discípulo",³³ así también sor Benedicta, al final de su carrera, se considera todavía como principianta. Con los sentimientos de una

³¹ O. c., 40.

³² O. c.,

³³ *Ignacio de Antioquía, «Briefen» («Cartas»)*, Editorial Herder, Friburgo, 1942, pág. 35.

respetuosa alumna comienza el gran trabajo. Continuamente pide oraciones y espera la ayuda del Espíritu Santo. Con Juan, el gran místico, se encamina hacia el Calvario. "Con motivo del trabajo que tengo entre manos, casi constantemente vivo pensando en el santo Padre Juan de la Cruz. Esto supone una gracia extraordinaria. Pida Su Reverencia por mí, para que pueda tener hecho algo aceptable para su jubileo." ³⁴ La impresiona especialmente un pequeño dibujo de la cruz realizado por el santo. Lo menciona sor Benedicta en dos cartas e incluso lo copia para la madre Juana. "He intentado reproducir para Su Reverencia el pequeño dibujo del Padre Juan de la Cruz —realizado en una hojita de unos 5 centímetros, después de la aparición del Crucificado en el monasterio de la Encarnación—. La reproducción que tiene el libro del padre Bruno no es muy nítida, y yo, por mi parte, soy muy mala artista. Pero lo he hecho con gran respeto y cariño y me parece que con este dibujo podrá Su Reverencia tener una pequeña idea." ³⁵

El pequeño dibujito de san Juan es una fina acuarela. La tosca cruz se destaca netamente del delicado cuerpo del Señor. El cuerpo está doblegado hacia adelante y apenas toca el madero. Los dislocados brazos están sostenidos por burdos clavos. Las rodillas están arqueadas hacia adelante, los pies están sobre el travesaño como en actitud de lanzarse a volar. La lastimosa, sumamente tensa figura está misteriosamente inundada por la virtud de la resurrección. El rostro del Salvador está más allá de todos los dolores. Firmemente apoyado sobre el pecho, irradia una sonrisa

³⁴ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 46.

³⁵ *O. c.*

interior, en actitud victoriosa y, al mismo tiempo, paciente. Quien pende de ese madero está a punto de abandonarlo. Está como en actitud de echar a volar hacia el Amor eterno.

El cántico nupcial del alma en la unión amorosa con Dios

En el estudio acerca de la doctrina de san Juan de la Cruz, que sor Benedicta escribe durante los nueve últimos meses de su vida, apreciamos claramente su progreso espiritual. El amplio círculo de su camino religioso empieza a cerrarse. Antes de abstraerla Dios a los ojos de los hombres, puede ella todavía, de la mano del Padre de su Orden, seguir paso a paso la misteriosa elección de su alma con su pensamiento, su amor y su gratitud.

En "Kreuzeswissenschaft" ("Ciencia de la Cruz"), que es el título de su obra, habla poco la "espiritualidad claramente sopesada" del neoescolástico; es más bien la mística la que, a pesar de su interpretación fenomenológicamente sobria, entona el himno nupcial de su alma, la cual en el "recogimiento interior" se hizo trasparente a la luz trinitaria del Dios vivo. La libre efusión del espíritu especulativo refluye hacia el más hondo manantial del alma, que se ha hecho totalmente luz, libertad y semejanza de Dios.

En la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se observan muchas figuras que simbolizan las relaciones del alma con Dios. En contacto con el Dios vivo, el hombre en vano intenta

encerrar en conceptos la avasalladora experiencia del amor divino. Con preferencia toma sus comparaciones del amor humano. Y así el Antiguo Testamento habla del tierno amor maternal de Yavé, de la fiel solicitud pastoral del Señor, pero también del apasionado ardor del amor nupcial de Dios hacia su pueblo Israel. Tal vez sea el efecto nupcial el que mejor exprese la elección, totalmente inmerecida, del alma amada por Dios. El Cantar de los Cantares del Antiguo Testamento es un himno único a ese amor divinamente fuerte, que ante nada se arredra, que atrae hacia sí a la criatura, a pesar de sus deslealtades. También Cristo en el Nuevo Testamento utiliza esos símbolos y los profundiza de manera sorprendente. No sólo por el hecho de que El, el Hijo del Hombre, se llama a sí mismo esposo, sino porque espera realmente de su criatura el amor maternal, fraternal y nupcial, que esa criatura puede profesar de forma hasta ahora inaudita a Aquel que en todo se ha hecho semejante a nosotros. De ahí que los místicos de todos los tiempos, y en especial la amorosa mística española del Carmelo, hayan recurrido con predilección al simbolismo de la unión nupcial del alma con Dios.

También sor Benedicta, que es hija de Israel, vive totalmente compenetrada con estas ideas. Al mismo tiempo que trata de comprender a Juan de la Cruz "en la unidad" de su ser, quiere también adquirir ideas claras sobre su propio forcejeo en torno a las leyes del ser espiritual. Califica su trabajo de "intento de interpretación". Ella no habla como teólogo, sino como persona que, lo mismo que Juan, ha experimentado el amor de Dios. Pero, antes de abordar la gran obra del santo, se ocupa, en un breve escrito titulado "Wege des Gotteserkenntnis" ("Camino para conocer a

Dios”) de la doctrina del Seudo-Dionisio, “padre de la mística occidental”. Juan de la Cruz, como toda la tradición occidental desde el siglo IX, está fuertemente influenciado por él. En contraposición al pensamiento griego, el Seudo-Dionisio subraya la visión bíblica de la idea de Dios. “Dios sólo es conocido en la medida en que se revela.”¹ Esto es, Dios busca al alma más de lo que ésta le busca a El. El Seudo-Dionisio no sabe nada de lenguaje especulativo teológico. Para él la teología es un hablar de Dios sobre la base de una experiencia de Dios. Es decisivo su tratado sobre la “Teología mística”. Aquí advierte que el conocimiento se hace tanto más oscuro y misterioso, cuanto más se aproxima a la divina sabiduría. La ascensión del alma es, como la subida de Moisés al monte, una ascensión en medio de la obscuridad y el silencio. El alma llega a la unión con Dios más por negación (similitudo-major dissimilitudo), al reconocer en la imagen creada lo que Dios *no* es, que por afirmación (analogia entis) del prototipo en la imagen. Pero, en las cumbres de la unión místico-amorosa con Dios, se derrumba toda imperfecta obra humana. Ni la afirmación ni la negación pueden alcanzar a Dios. Más bien el alma “se une al Inefable en un absoluto silencio”.

Estas ideas demuestran el camino que recorre Juan de la Cruz, y con él sor Benedicta. A este camino lo llama ella “ciencia de la cruz”; pero con esto no quiere significar teoría alguna, sino una verdad viva y eficiente. Desde que Cristo escogió la cruz como instrumento de la redención, la cruz se convirtió en símbolo

¹ «*Wege der Gotteserkenntnis*» («Caminos para Conocer a Dios»), en «*Tijdschrift voor Philosophie*» («Revista de Filosofía»), año 8, 1946, pág. 37.

de toda unión con Cristo. Para sor Benedicta la cruz es una semilla, que, depositada en el alma, echa raíces y se convierte en la forma interior del hombre. Se considera vinculada a Juan de la Cruz en el nombre de la Cruz y con ello situada de modo especial en el ámbito del amor redentor de Cristo. Como el Seudo-Dionisio, Juan de la Cruz no tiene otro anhelo que el de tomar a las almas "de la mano" y guiarlas hacia la montaña de la unión amorosa con Dios. Resumiendo brevemente en el lenguaje de sor Benedicta, esto quiere decir que: "La unión nupcial del alma con Dios (es) la meta, para la que ha sido creada; rescatada por la cruz, consumada en la cruz y sellada con la cruz para toda la eternidad."² Juan no es solamente el agudo sicólogo y clarividente teólogo, sino que, sobre todo, es una naturaleza de artista dotada de gracias místicas. En sus cánticos y poesías manifiesta sus experiencias, que, sólo por deseo expreso de sus hijos e hijas espirituales, comenta en tratados didácticos. Con rara armonía, junta la impresionabilidad infantil del artista y la obediente receptividad del santo. A esto lo llama sor Benedicta "santo realismo". Juan no sólo es pintor, que dibuja a su amado Señor en la cruz, sino que, más bien, quiere transformarse él mismo en cuadro vivo del Crucificado.

El cántico del alma desposada comienza en el dolor amoroso de la noche, en la privación sensible de la proximidad divina, y termina en la sublime unión con Dios. Así, pues, este camino es una reproducción de la muerte y resurrección de Cristo. Debe iniciarse en la noche, pues el amor divino se encuentra con una naturaleza humana desfigurada por los pecados. En

² «*La Ciencia de la Cruz*», estudio sobre Juan de la Cruz, Carmen, Vitoria.

contacto con Dios, el alma experimenta una regeneración sobre manera dolorosa, pero necesaria. Tiene que liberarse del error de que el sentido de su existencia consiste tan sólo en conocer las cosas creadas y disfrutar de ellas. Su mirada ha de dirigirse más bien al Creador. Pero esto exige una labor de educación y desprendimiento, que tiene que ser iniciada y ultimada por Dios. El "procedimiento salvífico", que el Amor eterno utiliza con el hombre reacio, lo llama Juan entrada en la noche de los sentidos y del espíritu. De esta noche hablan sus dos primeras obras, "Subida al Monte Carmelo" y "Noche oscura".

*"En una noche oscura,
Con ansias, en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!,
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada..."*³

La noche en que el alma tiene la suerte inmensa de escapar de la servidumbre de los sentidos para encontrar a Dios, es una verdadera crucifixión para las naturales inclinaciones y flaquezas del hombre. La noche de los sentidos se asemeja, ciertamente, al tranquilo crepúsculo vespertino, en el que desaparecen nuevamente los contornos de las cosas. Pero lo que ante todo interesa a Juan de la Cruz es la noche del espíritu. Esta noche sitúa al alma en un terreno de pura fe, y la priva de todos los apoyos del sentimiento y del pensamiento. La fe es la obscuridad de medianoche; en ella el placentero arraigo en este mundo percedero se deshace como el humo. Aquí el alma entra en su más profunda desnudez espiritual. Sus

³ O. c.

padecimientos se asemejan a los del abandono divino de su Señor Crucificado. En este estado Dios la purifica de todas las raíces de sus males. Entendimiento, voluntad y memoria, a la vista de su dolorosa impotencia, se hacen humildes, pacientes y sinceros en el amor. “Lo que aquí se exige —agrega sor Benedicta— no es tan sólo un poco de recogimiento y algún progreso en uno u otro sentido; oración un poco más prolongada, un poco de mortificación y, al mismo tiempo, gozar de consuelos y sentimientos espirituales. Los que quieran contentarse con eso, sienten miedo de sí mismos como de la muerte.”⁴ Para perseverar, el alma pone ante sus ojos la imagen de su Señor, pobre, humillado y crucificado. Quiere compartir su suerte. Sólo cuando el alma consiente en esa crucifixión de la noche de la fe, se realiza su unión espiritual con Dios. El “plan educativo” divino la libera del asedio de su naturaleza manchada. Juan dice que la duración de esa purificación es distinta según la índole del alma y su libre cooperación. Pero nadie puede seguir sinceramente al Señor si no lleva su cruz con El. La terrible obscuridad del entendimiento, que ve que las tinieblas amenazan a la esencia del alma, dura hasta que desaparece toda autonomía de la persona. Si Dios no acudiera muchas veces en socorro del alma mediante sus amorosas visitas, no soportaría el alma esos sufrimientos.

La noche es para Juan la expresión cósmica de su interpretación mística del universo. Su fina naturaleza artística de santo ve con gran agudeza la privación de todo lo creado antes de la intervención del apetito no depurado bajo el símbolo de la noche pacífica, pero también dolorosamente amenazadora. El alma

⁴ *O. c.*

no sólo debe *aprender*, sino también *experimentar* lo que Cristo ha padecido por ella. Es cierto “que Cristo en el instante de su muerte estuvo abandonado por completo en lo más íntimo de su ser, y como aniquilado, y que el Padre le privó de todo consuelo. Pero precisamente entonces realizó El... una obra más importante que durante toda su vida con todos los signos y milagros...: la misericordiosa reconciliación y unión del género humano con Dios.”⁵ Es, pues, una gracia no común para el alma el que Dios, mediante sufrimientos, la haga participar en su obra redentora. Y no tarda en percibir los beneficios que la misericordia de Dios derrama sobre ella después de tales pruebas. Ve con toda claridad que por sus propias fuerzas jamás hubiera podido ella encaminarse hacia el amor de Dios si El no se le hubiera anticipado siempre con su “rayo de obscuridad”, como el Seudo-Dionisio llama a la misteriosa fuerza atractiva de Dios. Dios la ha rozado por la noche, porque El no sólo anhela unir al alma consigo, sino también transformar, por participación, todas sus energías en las suyas.

El alma, pues, cayó enferma para su salvación. Pero esta enfermedad no es de muerte. Más bien, es el comienzo de una nueva vida. Cuanto más densa ha sido la noche de la fe, tanto más copiosamente infunde su espíritu en el alma. La ha llevado por el camino de los sufrimientos, porque ese es un camino seguro; porque en el sufrimiento se reciben fuerzas de Dios y se espera todo solamente de El. El placer, en cambio, hace al alma indolente y defectuosa. Dios está ahora tan cerca del alma amante, que El mismo la toma bajo su protección y la libera de todo cuanto no es El. El alma purificada experimenta de modo insospechado los tier-

⁵ O. c.

nos toques espirituales del amor divino. Se despierta en ella un ardiente anhelo, que en nada encuentra consuelo sino en Dios solamente. Los oscuros "abismos" de la crucificada actividad del entendimiento y de la voluntad, el vacío de la despojada memoria se llenan de nueva vida. En "amorosa contemplación", el alma bebe la luz divina. La persona que ha padecido con Cristo, ya en este mundo entra misteriosamente en su gloria. Las aguas de la tribulación y las tinieblas de la purificación han consumido todo cuanto podía estorbar la plena unión entre el amantísimo Dios y el alma amada. Dichosa y liberada, canta la esposa el himno de su agradecida alegría:

*“¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!,
pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro.
¡Oh cautiverio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga; matando, muerte en vida la has
[trocado.”*⁶

Con magistral intuición no sólo expone sor Benedicta la doctrina del Padre de su Orden, sino que consigue también ofrecer al lector sus poesías, nada fáciles de traducir, en una versión literal, pero de sabor literario. Después de los terribles padecimientos que Juan, por la reforma de la Orden carmelitana, tiene que

⁶ O. c.

soportar durante nueve meses en la inhumana cárcel de Toledo, escribe el dos poesías, que titula "Llama de amor viva" y "Cántico espiritual". Estas poesías demuestran que el genuino amor de Dios triunfa sobre los pasajeros tormentos del cuerpo y del alma. Pero sólo quien con Cristo ha entrado en la noche de la expiación, del sacrificio supletorio, puede cantar tan sublimemente los consuelos del Espíritu Santo. De nuevo se le ruega a Juan que explique más detalladamente sus poesías, y por eso poseemos sus admirables comentarios sobre la más profunda unión con Dios que el alma puede conseguir en la tierra, y a los que sor Benedicta llama "Umbral de la vida eterna".

El alma ya ha escapado de la noche. En mirada retrospectiva reconoce "que todo ha servido para su salvación y que tras las tinieblas ha venido la luz".⁷ El Dios que ahora la inunda de luz, es el mismo que la ha traído a Sí en la crucificadora obscuridad. "Mata-do" ha aniquilado El la muerte de su pecado y le ha perdonado todas sus culpas. La dolorosa herida de amor de los abandonados se ha convertido en un suave toque de amoroso anhelo. El alma, bajo el influjo del Espíritu Santo, se transforma en una llama de vivo amor divino, que contempla el mundo con una luz distinta y nueva.

Hasta qué punto sor Benedicta no sólo interpreta inteligentemente, sino que habla por propia experiencia, se ve por la separación que establece entre fe y experiencia mística de Dios. Con Juan de la Cruz y, sobre todo, con Teresa de Avila comprueba que la libre entrega de la voluntad humana es decisiva para la unión del alma con Dios. Por la luz de la fe el alma dócil llega al conocimiento de la misericordiosa

⁷ O. c.

inhabitación de Dios y a vivir en conocimiento amoroso con el Dios Trino. Pero lo que los místicos llaman desposorios espirituales o misteriosa transformación del alma en Dios, es un puro regalo del Espíritu Santo, que El otorga a quien quiere y cuando quiere. Teresa de Avila lo llama arrobamiento, como un contacto de persona a persona. “Jamás —dice sor Benedicta— el esfuerzo religioso de la voluntad producirá el efecto maravilloso que se realiza en el breve lapso de tiempo de una unión: transformar de tal manera el alma, que apenas sea capaz de reconocerse a sí misma.”⁸ El alma no puede recalcar lo suficiente la diferencia entre la fe iluminada y el autodescubrimiento de Dios “de corazón a corazón”. Esto da a entender su propia imponente experiencia de Dios. El conocimiento de la filósofa, la entrega de la creyente, se transforma no en una visión cara a cara, pues en esta vida siempre nos moveremos en el terreno de la fe, pero sí en un recíproco intercambio amoroso con las tres divinas Personas. Sor Benedicta habla del punto fontal de la vida divina, que, con una nueva comunicación óptica, se entrega al punto fontal de la vida humano-síquica. La “interioridad cerrada de Dios” se abre. Cuando el alma en la gracia santificante “experimenta la inundación del Ser divino como elevación del propio ser, entonces entra ya en la tierra en el Ser divino”.⁹

Con Juan de la Cruz pondera sor Benedicta la gracia, totalmente inmerecida, del amantísimo Dios, que consiste en que El se entrega, en que se descubre al hombre, en que vincula al alma a su vida trinitaria, en que adopta por hija a la criatura pecadora, para asemejarla a su Hijo, en que abraza al alma con la más

⁸ O. c.

⁹ O. c.

profunda unidad esponsalicia y la deja participar en su actividad de insuflar el espíritu. Ahora el alma ya no se da a sí misma, da algo más que a sí misma, a saber, a "Dios en Sí mismo". La fe se ha convertido en sutilísimo velo que todavía separa de la visión de la paz eterna.

Así, pues, la última obra de sor Benedicta, que escribió muy apresuradamente, como presintiendo su próxima muerte, es un himno extraordinario a la dignidad del alma humana, que Dios ha escogido para hacerla semejante a la imagen de su Hijo y entrar en la vida trinitaria intradivina. En la imagen de los divinos desposorios ve la hija de Israel, hija del Pueblo de Dios, con el que Dios se desposó, la más íntima relación entre Creador y criatura. Todas las relaciones esponsalicias humanas son para ella tan sólo débiles trasuntos de la entrega nupcial de Dios, que es más profunda y sublime que el más tierno amor materno. Por eso, ella entona con Juan de la Cruz el grandioso himno nupcial del alma, que, tras largos sufrimientos, se encamina hacia la eterna e indestructible unión amorosa con Dios:

*"En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.*

*Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.*

*Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.”*¹⁰

¹⁰ *O. c.*

IV
MUERTE Y
TRANSFIGURACION

Sacrificio propiciatorio por su pueblo

Bajo el signo de la cruz se le mostró a sor Benedicta por vez primera el mensaje de Cristo, con ocasión de la muerte de un querido amigo. Bajo el signo de la cruz renuncia ella, después de su conversión, a una prestigiosa carrera filosófica. Con el signo de la cruz, quiere Benedicta, como carmelita, participar mediante su voluntaria expiación en el sufrimiento e ignominia de su pueblo judío. Ya llega la hora hacia la cual corre misteriosamente toda su vida. Las potencias desatadas del mal se precipitan sobre los indefensos hijos de Israel para lanzarlos a una muerte espantosa. “Bajo el signo de la cruz entendía yo el destino del Pueblo de Dios... Pensaba que quienes comprendieran que se trataba de la cruz de Cristo debían tomarla sobre sí en nombre de todos.”¹ Sor Benedicta sabe que desde la crucifixión de Jesús todo padecimiento y todo agravio injustificado quedan incorporados a la Pasión expiatoria del Hijo de Dios. La terrible cruz de aniquilamiento, que un racismo impío impone por la fuerza al Pueblo de Israel, se convierte en signo de redención, cuando se lleva en unión de los dolores del inocente

¹ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), III, 27.

Cordero de Dios. Desde que sor Benedicta percibió la llamada de Cristo, ama más todavía a su Pueblo. Sabe que Dios lo ha escogido entre todos los pueblos de la tierra para formar de su carne el Cuerpo sacrosanto de su Hijo Divino. Pero Israel no ha respetado al Señor y lo ha entregado a la crucifixión. A imitación de Caín, ha matado a Abel y por eso ha quedado errante y sin patria. Durante dos milenios ha tenido que estar expiando amargamente su obcecación; pero, a pesar de todo, sigue siendo para el Señor la niña de sus ojos. Sobre él se cierne la promesa del perdonador Amor divino, de que sus tribus han de encontrar el camino del corazón del Padre.

En el mes de enero de 1942 sor Benedicta ve claramente que no puede permanecer por más tiempo en Holanda sin poner en peligro a su convento. El nacionalsocialismo se dispone a la extirpación sistemática de los judíos. La persecución alemana de los judíos adquiere proporciones europeas debido a los territorios ocupados en la guerra. Como una sutil red de muerte las bases de las SS, a las que se ha encomendado ese plan, se reparten por los distintos países. Un gigantesco alarde burocrático registra las personas concentradas en los improvisados campamentos de trabajo. Desde ahí salen los trenes hacia el Este para que en cualquier campo de concentración sea extinguida la vida "no aria, indigna de vivir". Todo está tan disimulado por el aparato burocrático, que al principio muchos judíos todavía no tienen idea de lo que se les viene encima. Mientras que en el Este se construyen hornos crematorios y cámaras de gas, sor Benedicta y Rosa, como muchos otros de sus compatriotas, reciben una citación tras otra. Unas veces las SS les mandan venir a Maastricht, otras el Consejo judaico de Amster-

dam solicita informes. Durante horas enteras tienen que soportar pacientemente interminables interrogatorios. Se les ordena que se mantengan a tres metros de distancia de los empleados de las SS y que lleven en su vestido la amarilla estrella judía.

El pueblo holandés está profundamente indignado ante las deportaciones forzosas. A partir de entonces, a los judíos se les trata con especial cortesía, y no pocos holandeses, por simpatía hacia sus hermanos perseguidos, llevan la estrella judía. Pero todo esto es inútil. Prosiguen las órdenes y detenciones de la potencia de ocupación. Sor Benedicta intenta conseguir un visado para Suiza. Espera poder trasladarse al Carmelo de Le Pâquier. Pone en práctica todo cuanto está en sus manos para salir del país legalmente. Jamás se prestaría a huir clandestinamente o a ocultarse. El bien y seguridad del hospitalario Carmelo de Echt son para ella más importantes que su propia vida. Las gestiones con Suiza dan buen resultado. Pero entonces surge un inesperado obstáculo. El Carmelo de Le Pâquier, debido a sus limitadas posibilidades de residencia, sólo puede recibir a una religiosa. Por consiguiente, a Rosa hay que proporcionarle otro alojamiento. Esto hace que todo se retrase. Sor Benedicta nunca hubiera marchado a Suiza sin llevarse consigo a su hermana. Humanamente hablando, eso hubiera significado su salvación.

En estos azarosos días y semanas la paz espiritual de sor Benedicta se mantiene imperturbable. Se percata de que debe hacerse muy pequeña, tan pequeña y humilde como Jesús en su infancia, pues esa confianza infantil es el mejor baluarte contra todas las inminentes calamidades. Conservamos una conmovedora carta sobre el Niño Jesús de Praga, dirigida por sor Bene-

dicta en febrero de 1942 a la madre Juana, residente en Beek. En los noviciados del Carmelo se profesa gran devoción a la infancia de Jesús en la imagen de este pequeño y amabilísimo Rey Divino. El sentido de esta devoción mira al seguimiento de Jesús, a su pobreza, a su impotencia infantil, a su paciencia y a su íntima confianza en la providencia del Padre celestial. “Ayer, estando ante la imagen del Niño Jesús de Praga, se me ocurrió la idea de que ella sostiene el estado imperial y de que no es casualidad el que haya manifestado su influjo precisamente en Praga. Praga fue, en efecto, por muchos siglos, sede de los antiguos emperadores alemanes y romanos, y produce una impresión de tal majestad, que no admite comparación con ninguna otra ciudad de las que conozco, ni siquiera con París y Viena. El Niño Jesús vino precisamente cuando se acercaba el final del imperio político de Praga. ¿Acaso no es El el ‘Emperador escondido’, que algún día acabará con todos los males y desgracias? El es solamente el que tiene las riendas en su mano, aun cuando los hombres piensen que son ellos los que gobiernan.”² Esta admirable, e incluso gozosa, confianza se aprecia también en una breve carta, que sale para Colonia en junio: “Hace meses que guardo en el pecho una esquelita, en la que está copiado el pasaje bíblico de Mt 10, 23. Siguen las gestiones con Le Pâquier, pero yo estoy tan engolfada en el estudio de nuestro Padre Juan de la Cruz, que cualquier otra cosa me es indiferente.”³ Sor Benedicta aprovecha todo minuto libre, a fin de poder dar cima a su obra “Kreuzeswissenschaft” (“La Ciencia

² «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 48.

³ *Sor Teresa Renata del Espíritu Santo, OCD, «Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Kamelitin»* («Edith Stein, Biografía de una Filósofa y Carmelita»), Editorial Glorik und Lutz, Nuremberg, 17 edición, 1954, pág. 236.

de la Cruz”). A pesar de tan intensa actividad intelectual y de sus obligaciones religiosas, fielmente observadas, se mantiene siempre ante las hermanas religiosas con el mismo equilibrio y amabilidad. Todas ellas tienen en gran estima su pacífico temperamento, que siempre inspira confianza.

En julio de 1942 la situación se agrava. El secuestro de los judíos toma grandes proporciones. Las gestiones con Le Pâquier se van prolongando. En Suiza no tienen la menor idea del peligro que se corre en la Holanda ocupada. Van haciéndose más frecuentes los gritos de socorro desde Echt hacia el Sur. El pueblo holandés, junto con sus obispos y presbíteros, está profundamente irritado. Con la intención de acudir en socorro de sus torturados hermanos, dirigen un telegrama al comisario del Reich, Seyss-Inquart. En él se dice. “Las abajo firmantes, comunidades eclesiásticas holandesas, hondamente conmovidas ante las medidas adoptadas contra los judíos de Los Países Bajos, por las que quedan excluidos de participar en la vida social normal, se han enterado con horror de la nueva medida, según la cual, hombres, mujeres, niños y familias enteras van a ser llevados al territorio alemán del Reich. El dolor que esto ocasiona a decenas de millares de personas, el convencimiento de que tales medidas están en pugna con la más profunda sensibilidad moral del pueblo holandés y, sobre todo, la repugnancia de tales medidas contra lo que Dios ha establecido como exigencia de la justicia y de la misericordia, impulsan a las comunidades eclesiásticas a dirigir a usted la apremiante súplica de que no lleve a la práctica tales órdenes. Además, en atención a los judíos cristianos, nos mueve a dirigirle esta súplica la consideración de que con tales medidas se les impide tomar parte en la vida eclesiás-

tica.”⁴ Ante esta indignada súplica, el gobierno ofrece seguridades de que los judíos cristianos no serían molestados. Sor Benedicta es informada inmediatamente por el Obispo, y el Carmelo de Echt puede ya respirar un poco.

Pero esta tranquilidad no dura mucho, pues el secuestro de los judíos no cristianos prosigue sin cesar. Ante esta situación, las autoridades eclesiásticas no pueden callar. Se disponen a publicar una pastoral colectiva, insertando en ella el contenido del telegrama. Pero en el último minuto Seyss-Inquart interpone su veto y ordena suprimir el telegrama, cuya publicación le había sido denunciada. Algunas comunidades eclesiásticas ceden, pero el obispo de Utrecht hace saber a las autoridades de ocupación que no tienen derecho ninguno a entrometerse en asuntos eclesiásticos. En consecuencia, el día 26 de julio se lee públicamente ante los fieles en toda Holanda la carta pastoral. Entre otras cosas, se dice en ella:

“Amadísimos fieles... Cuando Jesús se acercaba a Jerusalén y vio la ciudad, lloró sobre ella y dijo: ‘¡Ah, si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero ahora está oculto a tus ojos.’... Queridos fieles, suscitemos ante todo en nosotros mismos un profundo sentimiento de arrepentimiento y de humildad. Pues ¿acaso no somos también nosotros responsables de las catástrofes que nos afligen? ¿Hemos buscado siempre y ante todo el Reino de Dios y su justicia? ¿Hemos ejercitado siempre nuestros deberes de justicia y de caridad para con nuestros prójimos? Si reflexionamos seriamente, habremos de reconocer que todos hemos faltado... Supliquemos a Dios que se digne otorgar pronto al mundo una paz justa. Que fortalezca

⁴ O. c., pág. 240.

al pueblo de Israel, tan acerbamente probado en estos días, y lo lleve a la verdadera redención de Cristo.”⁵ Estas vivas palabras, siempre de actualidad, demuestran el auténtico celo pastoral de los obispos y presbíteros de Holanda. A pesar de las temidas consecuencias, y a pesar de aquella atmósfera de odio y de temor a los hombres, dieron testimonio de los postulados de Cristo.

Después de la lectura pública de la carta pastoral, la población está muy alarmada. ¿Qué tramarán ahora los enemigos? También azota al convento el oleaje de negros presagios. El 28 de julio llega la terrible noticia de que los hermanos de sor Benedicta, residentes en Breslau, la familia de su hermano Pablo y Federica Tworoger han sido conducidos a Theresienstadt. Rosa y sor Benedicta se disponen diariamente a correr el mismo destino. Y la temida venganza se produce de hecho una semana después de la protesta de los obispos. De pronto, el día 2 de agosto son detenidos todos los judíos católicos y los miembros judaicos de los conventos holandeses. Como los agentes del nacionalsocialismo no se atreven con los superiores eclesiásticos, su odio descarga de lleno sobre los judíos católicos. Ellos son las víctimas inocentes, que son arrastradas a la marcha mortal hacia el Este.

En el convento de Echt aún no hay la menor sospecha. Los últimos días han transcurrido tranquilos. Nuevas seguridades por parte del Obispo habían proporcionado cierto alivio. Por eso sor Benedicta escribe en una tarjeta dirigida a Alemania el 29 de julio: “Sigue siendo muy dudoso el que consigamos permiso para salir al extranjero. En todo caso, se tardaría mucho tiempo en conseguirlo. No me entristecería gran cosa el que el permiso no llegara, pues no es ninguna

⁵ O. c., págs. 241, 242.

bagatela el dejar por segunda vez a una querida comunidad religiosa. Pero sea lo que Dios quiera.”⁶ El 2 de agosto cae en domingo. Sor Benedicta se lo pasa en oración y revisando su manuscrito, aún incompleto, sobre Juan de la Cruz. A la doctrina del santo añade ella un capítulo final acerca de su vida. Este capítulo se interrumpe con estas palabras: “Cuando el santo expiró inadvertidamente, el hermano Diego lo sostenía en sus brazos. Y de pronto observó que un resplandor envolvía el lecho... ‘Nuestro Padre se ha ido al cielo en ese resplandor’, dijo a los circunstantes. Cuando, con la ayuda del padre Francisco y del hermano Mateo, enderezó el santo cuerpo, se desprendió de él una suave fragancia.”⁷

A las 5 de la tarde, las campanas, como de ordinario, tocaron a la meditación. Sor Benedicta lee en alta voz. De pronto, desde el torno, suena la campanilla llamando a la madre Priora. A la madre Antonia la llaman al locutorio. Allí la esperan dos oficiales de las SS, que preguntan por sor Benedicta. Como la madre Antonia piensa que se trata del esperado permiso de salida para Suiza, la manda salir sola para hablar con los visitantes. Estos intiman enérgicamente a sor Benedicta a abrir la reja y salir con ellos de la casa en el término de cinco minutos. Las religiosas están fuera de sí. La madre Antonia trata de interceder, pero inútilmente. Las SS amenazan con represalias contra el convento. Mientras tanto, sor Benedicta acude rápidamente al coro y ruega a las hermanas que pidan por ella. Estas le ayudan en seguida a preparar lo más imprescindible, y algunas le traen algo para comer. Sor Benedicta no se lleva ni un

⁶ «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), IV, 109.

⁷ «*La Ciencia de la Cruz*», estudio sobre Juan de la Cruz, Carmen, Vitoria.

bocado. Se encuentra como distraída y ruega una vez más que acudan al consulado suizo para negociar su salida.

Rosa está esperando en la puerta de la clausura. Las dos hermanas se arrodillan para recibir la última bendición de la madre Priora y se despiden dolorosamente de las compañeras religiosas. Entre tanto, la calle se ha ido llenando de gente. Los holandeses están indignados ante este nuevo acto de violencia. Además, Rosa se ha hecho muy simpática a la población. Ahora se encuentra como sobresaltada ante la súbita despedida con destino desconocido. Una conocida ve cómo sor Benedicta la toma de la mano y le dice: "Ven, vamos a sacrificarnos por nuestro Pueblo."⁸ Aun en medio de la más crítica situación, sor Benedicta tiene conciencia de su misión. En la esquina el coche de asalto recoge a las dos hermanas junto con otras víctimas, y en marcha veloz desaparecen de la vista de sus amigos.

Todavía se le conceden a sor Benedicta cinco días en Holanda, antes de entrar de lleno en el silencio del aniquilamiento. Pero ese corto lapso de tiempo basta para que su vida irradie meridianamente toda su grandeza y unión con Cristo. Por las manifestaciones de los pocos supervivientes sabemos cómo discurrieron los postreros días de las destinadas a morir. Desde Echt las llevan a vertiginosa velocidad a la comandancia local de Roermond. Desde aquí las conducen al campo de concentración de Amersfort, adonde llegan las prisioneras en plena noche. Si hasta ahora el comportamiento de las SS había sido hasta cierto punto cortés, ahora ya los judíos son empujados a golpes y culatazos hacia los dormitorios. En Amersfort se ve claramente que la detención de los judíos católicos es un acto de

⁸ «Articuli für Informativprozess», pág. 92.

represalia motivado por el escrito pastoral de los obispos. Los judíos y semijudíos evangélicos son puestos en libertad, pero 1.000 judíos aproximadamente continúan detenidos con los judíos católicos. El 3 de agosto es un día torturadoramente largo. La miseria en el campo de concentración no tiene límites, especialmente la penosa situación de las mujeres. Un testigo ocular, el doctor Lenig, manifiesta que sor Benedicta abogó valerosamente por las mujeres.⁹ Otro superviviente, Pedro Loesen, que reconoció a sor Benedicta por su parecido familiar, escribe: "Pero lo que más grabado me ha quedado en la memoria es la despreocupación y casi jovialidad con que ella (sor Benedicta) y las demás religiosas y religiosos se conformaban con su destino. No se les notaba que hacía muy pocas horas que habían sido sorprendidos por la policía... Entre ellos había incluso algunos niños. Su actitud, pues, era muy diferente de la de los demás moradores del campo de concentración, los cuales, como es natural, estaban dominados por el pánico."¹⁰

Así, pues, sor Benedicta no está sola. Entre los 300 católicos se encuentran unos 15 religiosos, entre ellos los 5 hermanos Löb, dos padres, un hermano y dos hermanas, todos ellos trapenses. También se encuentra sor Benedicta con sus amigas huidas de Alemania, Dra. Rut Kantorowicz de Venlo y Alicia Reis, que trabajaba con las religiosas del Buen Pastor en Almelo. Esto, a pesar de todas las desgracias, significa un grato acontecimiento. El grupo de religiosos se reúne para rezar en común el breviario y el rosario y considera

⁹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 17.

¹⁰ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 295.

como superiora a sor Benedicta. “Pues, según palabras de otro testigo, el que después sería padre dominico Ignacio Bromberg, era innegable que su pacífico temperamento ejercía gran influjo.”¹¹

En la noche del 3 al 4 de agosto los prisioneros, unas 1.200 personas, son conducidos más allá en un tren con las ventanillas tapadas. En un trayecto completamente deshabitado, ya hacia el mediodía, se detiene el tren junto a Hooghalen. Así, pues, los judíos han sido trasladados hacia el Norte del país para aguardar su ulterior destino en el campo de concentración de Westerbork. “Entonces dio comienzo una de las peores cosas que a una persona le pueden pasar en la vida: la inscripción en un registro. Por largas horas el grupo iba pasando de una mesa a otra, y había que rellenar interminables listas y papeles... Cuando, por fin, fueron todos llevados a las barracas que les estaban preparadas..., los hombres se vieron separados de las mujeres, sin posibilidad de la menor comunicación. Lo que esto significa no es difícil comprenderlo... Antes del viernes del traslado, la comunicación entre ellos no vuelve a restablecerse.”¹² Personas destinadas a morir tienen que someterse a las absurdas vejaciones del registro y son fotografiadas con el número de presidiario en la mano. Falta todo lo necesario para vivir y la separación de las familias tiene terribles consecuencias. La madre del padre Bromberg completa su relato con estas palabras: “La gran diferencia entre Edith Stein y las demás religiosas era su silencio. Mi impresión es que ella sentía aflicción en su interior, pero no miedo. No puedo expresarlo mejor sino diciendo que arrasaba tal cúmulo de sufrimientos, que, aun cuando

¹¹ «*Brief über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 16.

¹² O. c.

alguna vez sonreía, producía mayor pena. Casi nunca hablaba, tan sólo con frecuencia miraba con enorme tristeza a su hermana Rosa. Ahora que estoy escribiendo esto, se me ocurre que ella preveía lo que les aguardaba a ellas y a los demás. Al fin y al cabo ella era la única que ya había huido de Alemania, y por lo mismo conocía la situación mejor que los demás, como, por ejemplo, los Löbs, que todavía soñaban con trabajos misionales. Una vez más, mi impresión es que ella pensaba en los sufrimientos que preveía, pero no en los suyos, que la tenían muy tranquila, sino en los sufrimientos que aguardaban a los demás. Todo su porte exterior, tal como me la imagino sentada en la barraca, despertaba en mí otra idea; era un Pietà sin Cristo.”¹³ Ahora, pues, sor Benedicta se incorpora definitivamente al abandono de su Señor en Getsemaní y a sus tormentos anímicos en el madero de la cruz. Crucificada con El, quiere hacer provechosos sus sufrimientos para la eterna salvación de su amado Pueblo judío. Pero su profundo dolor no le impide en modo alguno ser una fuente de cariño y consuelo para cuantos la rodean. Muchas mujeres y madres, por estar separadas de sus esposos, se han vuelto completamente apáticas. Con su acostumbrada servicialidad sor Benedicta las atiende y sobre todo a los hambrientos y desamparados niños. Desarrolla una actividad tan intensa en lavado y limpieza, que causa admiración a todos. Para los desvalidos niños se convierte en una madre cariñosa. El señor Marcan, de Colonia, manifiesta: “Entre todos los detenidos internados se distingue sor Benedicta por su inalterable tranquilidad. Los lamentos en el campo de concentración y la zozobra entre los recién llegados eran algo indescriptible. Sor Benedicta iba de un lado para otro

¹³ O. c.

entre las señoras, consolando, ayudando, tranquilizando como un ángel. Muchas madres, rayanas en la locura, llevaban bastantes días sin preocuparse de sus hijos y estaban aletargadas en su sorda desesperación. Sor Benedicta comenzó en seguida a prodigar cuidados a los pobres pequeñuelos, lavándolos y peinándolos y preocupándose de su alimentación y de cuanto necesitaban.”¹⁴

Por espacio de tres días el Carmelo de Echt, presa de torturante intranquilidad, estuvo temiendo por el destino de las hermanas secuestradas. El 5 de agosto, a través del Consejo judío, llegan telegramas a Venlo y a Echt. Están igualmente redactados y piden para sor Benedicta y para Rut Kantorowicz mantas, medicamentos y cosas por el estilo. Las religiosas de Echt se sienten aliviadas y comienza entre ellas una verdadera rivalidad en caridad. Todas desean aportar alguna muestra de cariño para las prisioneras. Dos intrépidos señores se ofrecen para llevar hasta Westerbork los repletos baúles.

Mientras que el 6 de agosto los mensajeros emprenden tan difícil viaje, para los judíos amanece el último día en el campo de concentración. La Iglesia celebra el 6 de agosto la festividad de la Transfiguración de Cristo. Una vez más ha de brillar ante los discípulos la gloria del Maestro, antes de eclipsarse en la sombra de la cruz. Los detenidos se enteran de que probablemente a la mañana siguiente van a ser transportados hacia el Este. Les dan permiso para que escriban cartas. La última carta de sor Benedicta consta de dos hojitas de un calendario. En esa carta y con letras mayúsculas, dolorosamente señaladas, expresa sus deseos para Rosa. Se trata de ropas de abrigo y de objetos de uso corrien-

¹⁴ «*Edith Stein, Lebensbild*», pág. 253 (vide también nota 3).

te. El tono es realista y casi gozoso. Se despide así: "mil gracias, saludos a todas, su afectísima y agradecida hija B." ¹⁵ Adjunta una esquelita, en la que vuelve a insistir en que se pida al consulado suizo el permiso de salida.

Aunque está determinado de antemano que nadie de los que componen este transporte sea liberado, hay todavía algunos hombres y mujeres que tienen que experimentar la desgarradora tensión entre la esperanza y la desesperanza. Entre estas personas infelices están sor Judit, del convento de Bilthoven, y sor Benedicta. Como sor Judit pertenece a la comunidad judía portuguesa, obtiene la libertad. La intercesión del consulado suizo de nada aprovecha a sor Benedicta. Sor Judit, asesinada dos años más tarde, manifiesta: "Hacia las 11 de la mañana tuve que ir otra vez al comandante. Muchos esperaban en una reducida habitación, hasta que les llegaba el turno. Teníamos que enterarnos del resultado definitivo uno tras otro en un local contiguo, pues a todas esas personas se les había dado prórroga. Cada vez que alguno salía, se observaban semblantes afligidos. Aquí se desarrollaban las más tristes escenas. Un leve murmullo recorrió la sala de espera, era una horrorosa noticia: 'Todas las excarcelaciones han sido revocadas.' Yo me preparé para lo peor... Vi también a la carmelita alemana. A ella le llegó el turno mucho antes que a mí. También su liberación había sido anulada. Estaba pálida, pero tranquila e incluso consolaba a sus compañeras en el dolor." ¹⁶

¹⁵ «*Persönliche Papiere von Edith Stein*» («Papeles Personales de Edith Stein»), 36.

¹⁶ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 16a.

Por lo tanto, sor Benedicta el mediodía del jueves sabe perfectamente que es vana toda esperanza de retorno. Se acabaron las incertidumbres; Dios ha aceptado su sacrificio. En compañía de sus hermanas y hermanos judíos va a recorrer hasta el fin el camino del Calvario. Por eso los dos emisarios de Echt la encuentran en una actitud sosegada y casi jovial. Valiéndose de los camiones areneros y gracias a la bondad de los policías holandeses han logrado entrar en el campo de concentración. Oigamos sus palabras: "Después de algunos momentos llenos de tensión, la elevada alambrada se abrió y en seguida pudimos ver a lo lejos el pardo hábito y el velo negro de sor Benedicta, que estaba acompañada de su hermana... El encuentro fue tan emocionante y conmovedor como gozoso. Nos estrechamos la mano y, de puro gozo por ver gentes de Echt, no acertaban a salir las primeras palabras. Pero no tardó en romperse el hielo y les entregamos todo cuanto en el convento nos habían dado."¹⁷ Sor Benedicta les habla de la bondad del Consejo judío, especialmente para con los judíos católicos. Se muestra contenta de que entre los prisioneros haya algunos sacerdotes, pues, decía, ellos y las religiosas eran el único consuelo de aquellos torturados seres. "Nos refería todo esto tranquila y serena. En sus ojos resplandecía la misteriosa luz de una santa carmelita. En voz baja y sosegadamente nos contó las contrariedades de los detenidos, pero silenciando las suyas... Su profunda fe creaba a su alrededor un ambiente de vida celestial. Reiteradamente aseguró que, respecto a ella y a su hermana, la reverenda Madre podía estar completamente tranquila."¹⁸

¹⁷ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 8.

¹⁸ O. c.

Este relato lo completan de forma impresionante los mensajeros de Venlo. Dicen éstos: “Cuando ya la patrulla de las SS con un estridente silbido había avisado que los detenidos debían volver a su barraca, la señorita Rut (Kantorowicz) llamó a la carmelita y nos la presentó. Quedé admirado de la tranquilidad y recogimiento de esta hermana. Al manifestar yo mi compasión, dijo la intrépida religiosa: ‘Venga lo que venga, estoy preparada a todo. El Niño Jesús también está aquí entre nosotros.’ Con un vigoroso apretón de manos deseó para mí y para los míos las bendiciones de Dios. Al intentar expresarle mis deseos, dijo ella que no teníamos por qué preocuparnos por ellos, pues estaban en las manos de Dios. Al despedirnos de todos los demás, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Ellos se marcharon juntos hacia su barraca. Todos volvían la cabeza y nos hacían señas, pero sor Benedicta siguió su camino con el mayor recogimiento.”¹⁹

Estos testimonios sobre la serenidad de sor Benedicta a la vista del inminente infortunio, quedan confirmados por el relato del agente holandés Wielek. Escribe éste el año 1952 en la revista “De Tijd”: “La única monja que me llamó la atención inmediatamente y a la que yo —a pesar de tan atroces ‘episodios’, de los que fui testigo— nunca he podido olvidar, la mujer cuya sonrisa nunca fue una máscara, sino un cálido resplandor que irradiaba de su espíritu, es la misma que tal vez sea canonizada por el Vaticano... Tan pronto como vi a esta mujer en el campo de concentración de Westerbork..., lo advertí en seguida y me dije: he aquí una gran personalidad. En el infierno de Westerbork vivió por algunos días, anduvo, habló y oró... como una santa. Eso era ella realmente.

¹⁹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 10.

Durante una conversación dijo: 'El mundo se compone de contrastes... (Pero) al final nada quedará de esos contrastes. No quedará otra cosa sino el gran amor. ¿Acaso podría ser de otra manera?' Hablaba con tal solidez y humildad, que por fuerza cautivaba a cuantos la oían. *Conversar con ella... era como hacer un viaje a un mundo distinto. En esos minutos ya no existía Westerbork...* 'Nunca supuse que hubiera hombres así', dijo en cierta ocasión... 'Como tampoco pensé realmente que mis hermanas y hermanos tuvieran que soportar tales sufrimientos... A cada hora rezo por ellos. ¿Oirá Dios mis oraciones? Lo que ciertamente oye son sus lamentos.'... Cuando ya no cabía duda ninguna de que a las pocas horas tanto ella como los demás bautizados iban a ser conducidos a otro sitio, le pregunté a quién se lo debía comunicar y cómo podría yo remediarlo. ¿No convendría que alguno de los gendarmes de confianza telefonara a Utrecht? Volvió a sonreír. No, por favor, no intente tal cosa. ¿Por qué razón buscar excepciones para ella o para ese grupo? ¿Acaso no era justo el que no supusiera para ellos ventaja alguna el hecho de estar bautizados? Si ella no compartía la suerte de los demás, consideraría su vida inutilizada ¡Nada de eso!... Y acompañada de su hermana Rosa, se dirigió orando a los coches. Yo presencié la sonrisa y la inquebrantable firmeza que la acompañaron a Auschwitz." ²⁰

En la noche del jueves al viernes —el 7 de agosto es primer viernes de mes— los prisioneros son despertados súbitamente. Se da lectura a largas listas con los nombres de los que han de prepararse para ser conducidos a otro sitio. A excepción de seis hombres, todos están incluidos. El 7 de agosto, de mañana, cuando el

²⁰ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 25.

sol amanece radiante, interminables hileras de mujeres, hombres y niños atraviesan el campo de concentración. La policía es relevada por individuos de las SS. Sus brutales voces de mando acompañan a los prisioneros hasta fuera del campo de concentración. Los hábitos religiosos contrastan extrañamente con las ropas de los demás. Los que quedan hacen señas por largo rato a la caravana.²¹

A los ojos humanos, toda la obra de sor Benedicta queda deshecha en ruinas cuando en medio de su Pueblo se dirige a Auschwitz —como cuando Cristo se dejó atar y ser conducido desde Getsemaní hasta Jerusalén.²² Pero la anónima obscuridad, que traga su vida y la de sus hermanos, sólo puede matar el cuerpo, pero no el alma. Empieza ya el camino de la muerte, pero termina el camino de la fe. Los mismos enemigos de la cruz se encargan de abrir de par en par las puertas de la Verdad eterna a aquella gran buscadora de la verdad.

²¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), I, 16.

²² «*La Ciencia de la Cruz*», estudio sobre Juan de la Cruz, Carmen, Vitoria.

Luz sobre el candelero

Con profundo dolor llega a conocimiento de los conventos carmelitanos de Echt y de Colonia el secuestro de sor Benedicta y de Rosa. El carácter modesto y amable de ambas hermanas las ha hecho inolvidables para todos. Las cartas y regalos procedentes de Echt, que el 6 de agosto fueron entregados a las prisioneras en Westerbork, fueron el último contacto vivo en este mundo. Ahora los dos conventos tienen las manos atadas. La guerra mundial sigue bramando y no se puede pensar en practicar pesquisas. Holanda tiembla ante los alemanes; Alemania sangra encadenada por un régimen ateo e inhumano. Nadie está seguro de su vida. Las SS ejercen una especial vigilancia sobre los cristianos. Siguen desapareciendo no sólo judíos, sino también "compatriotas" alemanes, a quienes aguarda un destino cruel en los campos de concentración. El año 1941 se les prohíbe a las religiosas la actividad docente. En la embriaguez de los primeros éxitos militares los nacionalsocialistas hacen de las suyas por todas partes. Uno tras otro van siendo suprimidos los conventos, y hasta el de Colonia se prepara a lo peor. Y es que para los gobernantes la vida religiosa entra también en la categoría de: "indigno de la vida". Además, se mul-

tiplican los horrores de la guerra. Las ciudades alemanas caen en ruinas, y Colonia al final de la guerra está casi toda reducida a escombros.

Después que ya el 24 de abril de 1942 la antigua iglesia carmelitana de María de la Paz, en la calle Schnurgasse, con la milagrosa imagen, había sido pasto de las llamas, el 30 de octubre de 1944 sobreviene idéntico destino al Carmelo de Lindenthal. Durante un intenso ataque aéreo arde todo el convento. Así, pues, los lugares en los que sor Benedicta había tenido sus delicias han desaparecido, como ella misma. La madre Teresa Renata, acompañada de sus religiosas, huye a la hospitalaria Baviera. Todas encuentran cariñosa acogida en el carmelo de Welden, en las proximidades de Augsburgo. Los aliados ocupan Holanda y Alemania; el fantasma nazi se hunde en la desgracia. Los americanos se estremecen de horror ante los demolidos e incendiados campos de concentración. Es terrible la situación de gentes sin hogar y sin libertad. El lamento de sor Benedicta: "Caín tiene que ser castigado, pero ay de aquel que toque a Caín", se ha cumplido literalmente.

En medio del caos de la guerra tiene también que sufrir mucho el Carmelo de Echt. Las religiosas tienen que abandonar su convento y huir a Herkenbosch, pero tampoco pueden permanecer ahí. Con grandes dificultades habían logrado llevarse en sacos los escritos inéditos de sor Benedicta. Impera por todas partes el horror de las devastaciones. Al final de la guerra el padre van Breda, OFM, el director del Archivo husserliano en Lovaina y el prior de Geleen en Echt, se interesan por los escritos de sor Benedicta. Pero no encuentran nada, pues los sacos, debido al continuo cañoneo, se habían tenido que quedar en Herkenbosch.

En medio de un gélido frío invernal rebuscan en los escombros del pequeño convento de Herkenboch y logran recuperar felizmente dos terceras partes de los manuscritos, ya sucios y deteriorados. Los escritos son entregados a la señora Dra. Gelber, posteriormente archivera del Edith-Stein-Archiv de Bruselas, para su reconstrucción científica.

Mientras tanto, la madre Teresa Renata, valiéndose de camiones como medios de transporte, ha conseguido de nuevo establecer contacto con Colonia. Con la mayor diligencia se dedica a buscar un nuevo hogar para sus religiosas. Al fin consigue que le alquilen en Colonia-Junkersdorf una casa que habrá de servirles como convento provisional. Como la población alemana, a causa de los constantes bombardeos, había estado demasiado preocupada con su propia situación, no sospechó las proporciones de los secuestros judíos. Por eso, las religiosas de Colonia no han perdido la esperanza de volver a ver algún día a sor Benedicta.

Tan pronto como puede, la madre Teresa Renata se pone en comunicación con la Cruz Roja americana para notificar a los parientes de sor Benedicta la deportación de su hermana. Las aunadas pesquisas en el país y en el extranjero no dan ningún resultado. Pero sobre el escritorio de la madre Teresa Renata se amontonan cartas y preguntas interesándose por el destino de la desaparecida. Por eso, a pesar del mucho trabajo que se le amontona en su cargo de priora, se decide a publicar una breve biografía de su eminente hija. Es sorprendente el eco alcanzado por esa biografía. En pocos meses se agota la primera edición. De todas las partes del mundo llega abundante material sobre la ejemplar vida y obra de sor Benedicta. La pequeña biografía

vuelve a editarse con continuas ampliaciones. Las religiosas se sienten dichosas y admiradas al ver el recuerdo que sor Benedicta ha dejado en el mundo. Muchos de sus amigos y conocidos, que tuvieron posibilidad de observarla de cerca, la consideran como una verdadera santa, y así la llaman.

Muy interesantes son sobre todo las noticias que llegan referentes a los últimos días que sor Benedicta pasó en los campos de concentración holandeses de Amersfort y Westerbork. Cada vez ve más claro que es vana toda esperanza de volverla a ver. Esto lo confirman las publicaciones de unos pocos supervivientes, que escaparon a la horrorosa matanza en masa. El único testigo fidedigno, que habló con sor Benedicta durante su viaje hacia el Este, es el empleado ferroviario Valentín Fouquet, de Schifferstadt. Este escribe el 25 de octubre de 1953: "Hacia el mediodía del 7 de agosto de 1942 estaba yo esperando el expreso de Saarbrücken a Ludwigshafen. Llegó el tren y ante mí se detuvo un vagón complementario ocupado por detenidos. Desde este vagón y a través de una ventana enrejada se dirigió a mí una señora de indumentaria obscura y me preguntó si era de Schifferstadt y si por casualidad conocía a la familia Schwind. Le dije que me era muy conocida la familia del decano Schwind, compañero mío de escuela. Entonces me rogó que les transmitiera saludos de la religiosa Teresa Benedicta, que ella era Edith Stein y se dirigía hacia el Este. Aquella mujer tenía un aspecto tranquilo y amable. Este encargo lo pude transmitir poco tiempo después a la señorita Schwind, hermana del decano y sobrina del director espiritual de Edith Stein, vicario general, José Schwind, y que también asistió a la toma de hábito de sor Benedicta en el

Carmelo de Colonia.”¹ Cinco minutos antes de que llegase el tren, se había retirado del andén el buen amigo de sor Benedicta y sobrino de su difunto padre espiritual, decano Conrado Schwind. El bondadoso vicario general había dicho a Edith en cierta ocasión que, después de morir él, comenzaría su vía crucis. Al final de su vía crucis tiene todavía ocasión de saludar a la familia del vicario.

Por los relatos de los pocos supervivientes y por las confesiones de los asesinos condenados sabemos cuál fue el destino que sorprendió a sor Benedicta entre el 8 y el 10 de agosto. Ya en Westerbork supieron los detenidos que serían llevados a Polonia o a Checoslovaquia. Para tranquilizarlos se les hizo creer que iban a poblar de nuevo las comarcas orientales ocupadas en la guerra. Pero en general supusieron los judíos que les esperaban duros trabajos en las minas o en las fábricas. Y desde luego, todos presentían que se trataba de un viaje sin retorno.

El término de las continuas expediciones de judíos es la aldehuela polaca Oswiecim. Aquí se levanta el “infierno de Auschwitz”, construido por las SS, complejo gigantesco de edificaciones y fábricas de armamento, que está unido con el campamento de barracas de Birkenau. Polacos y prisioneros de guerra rusos son empleados aquí en trabajos forzados y sucumben a las más diversas torturas. Desde el otoño de 1941 se ensaya por primera vez en Birkenau el método de gasificación para eliminar judíos. El comandante del campo de concentración Höss se pone de acuerdo con Eichmann y Himmler sobre la aplicación de ciclón B, ácido cianhídrico, que hasta entonces era conocido como

¹ «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), II: En torno a las pesquisas, 42d.

veneno raticida. Este procedimiento se va desarrollando cada vez más, hasta llegar a practicar ejecuciones en masa de 3.000 personas en gigantescas salas de gasificación con hornos crematorios adyacentes.

Cuando sor Benedicta llega a Auschwitz el 8 de agosto de 1942, todavía no existen los gigantescos hornos crematorios, que no fueron construidos hasta 1943. Ella es asesinada, pues, en Birkenau. Desde la publicación de las fechas de muerte de los judíos deportados, en el boletín oficial de Holanda en 1950, el día de la muerte de sor Benedicta se fija judicialmente en el 9 de agosto de 1942. Esta fecha es muy probable, según los últimos informes del comité de Auschwitz de 1962. Sor Benedicta dio la vida por su Pueblo entre el 8 y el 11 de agosto. De los judíos católicos de Holanda no se ha encontrado ni un nombre ni un número en los registros de Auschwitz. Cuando acababa de llegar un transporte tenían lugar las llamadas selecciones. De entre todas las personas se destinaba al campo de trabajo a un pequeño grupo de hombres y mujeres robustos de menos de 50 años. Pero la corporalmente delicada sor Benedicta se encontraba ya en los 51 años, y Rosa en los 59. De los trenes llegados de Westerbork el 8 y el 11 de agosto, inmediatamente después de su llegada, fueron asesinados con gas más de dos tercios de cada uno.²

Así, pues, podemos imaginarnos cómo transcurrieron los últimos días y horas de sor Benedicta. A buen seguro que en los caldeados y abarrotados vagones, en los que viajó hasta Auschwitz, siguió consolando y ayudando a todos, como había hecho en Westerbork. El jefe de estación Fouquet está impresionado por su

² «*Briefe über Edith Stein*» («Cartas sobre Edith Stein»), II: En torno a las pesquisas, 20.

paz y amabilidad. Al llegar a Auschwitz, las víctimas tuvieron que dejar su equipaje junto a la vía y en camiones fueron llevados en seguida al lugar de su aniquilamiento. Con el fin de mantener la tranquilidad entre tantas personas, se les dijo que se iba a practicar una desinfección previa, y los individuos de las SS, que los acompañaban, iban preguntando a los condenados a muerte, durante su último viaje, sobre su edad, origen o profesión. Pero, cuando se dio la orden de quitarse la ropa, incluso los niños de pecho, la mayor parte comenzó a sospechar lo que les amenazaba. Se dice que muchos judíos iban a la muerte cantando salmos. Millares de personas inocentes fueron asfixiadas con gas en cinco minutos o poco más.

De esta forma sor Benedicta, unida con Cristo y en medio de sus hermanos de raza, se abraza con la más profunda humillación. Su sacrificio propiciatorio, ofrecido libremente, se consuma a la vista de los terribles sufrimientos de su Pueblo. Como Cristo, ella no ha muerto como mártir, sino como ofrenda al Padre por los pecados del mundo. El mártir que da su sangre por Cristo muere muchas veces con una triunfante sonrisa o con una oración en los labios, pues lo sostiene la fuerza de Dios. Pero el Hijo del Hombre ha renunciado libremente a ese consuelo y muere como un malhechor en la cruz en medio de un torturador abandono. En sor Benedicta se observan las dos cosas. Los relatos de Westerbork nos hablan de su pacífica y sobrenatural alegría, pero también de su profunda aflicción por su Pueblo. Ya desde 1933 está preparada a padecer por sus pisoteados hermanos. Su vida religiosa en el Carmelo la concibe como un martirio incruento, para ganar a sus hermanos de raza para Cristo. En vez de marchar a Sudamérica, prefiere una

escondida vida de víctima en Alemania, que es el foco principal de la persecución de los judíos. Abandona su patria con la única intención de no poner en peligro al convento de Colonia, y sabiendo cuán débil protección ofrece la amenazada Holanda. Cuando se agrava la situación en Holanda, presiente que la huida a Suiza no puede impedir tampoco el sacrificio de su vida. Con la más perfecta lógica persevera en su propósito expiatorio. Tras el primer sobresalto de la detención marcha tranquila y segura al destierro con su hermana Rosa.

En Westerbork advierten los judíos católicos que su arresto no se debe tan sólo a motivos raciales, sino que pueden dar testimonio por Cristo, ya que sufren por la protesta de sus obispos. Especialmente el grupo de religiosos está convencido de que los judíos católicos han sido escogidos para la causa de la verdad. Los entusiasmados israelitas se consideran como precursores de una futura unidad religiosa, que todavía encuentra grandes dificultades. Las palabras de despedida a una médica judía de Colonia respiran el fervor de la primitiva Iglesia cuando, en la fiesta de la Transfiguración de Cristo, escribe: "Si es verdad que nuestros sufrimientos se han intensificado un poco, también la gracia correspondiente será mucho mayor, y una magnífica corona nos está preparada en el cielo. Alégrense ustedes conmigo. Voy con ánimo y confianza; también las religiosas que están conmigo. Podemos dar testimonio de Jesús y con nuestros obispos testimoniar en favor de la verdad."³ Dar testimonio de Cristo, reparar por amigos y enemigos, tal es la misión de los religiosos judíos, que, en su camino hacia la muerte, se agrupan en torno a sor Benedicta.

3 «*Briefe von Edith Stein*» («Cartas de Edith Stein»), I, 4.

Mientras Alemania se va recuperando poco a poco de los destrozos de la guerra y en el Carmelo de Colonia se van recogiendo más noticias sobre la última inmolación de sor Benedicta, en aquel lugar en que sor Benedicta encomendó a Dios su dolorosa despedida de Alemania, en María de la Paz de la calle Schnurgasse, surge por cuarta vez el Carmelo de Colonia. Con enormes dificultades las religiosas, con la ayuda del bondadoso cardenal arzobispo Dr. José Frings, han logrado levantar de sus ruinas el convento fundado hace 300 años. Con los ojos arrasados en lágrimas de alegría, la restauradora, madre Teresa Renata, en la fiesta de Cristo Rey de 1949, toca la campana para la entrada de las religiosas. Nuevamente la imagen de la Reina de la Paz preside en el altar mayor. En el jubileo de la catedral, el 18 de agosto de 1948, el legado pontificio, Su Eminencia el cardenal Micara, había coronado la nueva estatua de la Madre de Dios, bendecida por el papa Pío XII. La vida del Carmelo puede, pues, reemprender su curso normal.

El recuerdo de sor Benedicta se va extendiendo cada vez más. En 1954 la biografía escrita por la madre Teresa Renata aparece en su séptima edición notablemente ampliada. Los afanes por una regeneración espiritual de Alemania tras el colapso del régimen hitleriano dirigen cada vez más sus miradas a la pura y desinteresada personalidad de sor Benedicta. Muchas escuelas se declaran herencia espiritual de la gran pedagoga y alma de oración, como se observa en el frecuente apelativo de "Escuela Edith-Stein". Grupos estudiantiles e incluso colegios de párvulos se colocan bajo la protección de esta mujer comprensiva y maternal.

El 27 de julio de 1957 el convento de Colonia presenta una solicitud al postulador general de la Orden, P. Juan de Jesús María, OCD, para la apertura del proceso informativo. Al mismo tiempo la madre Teresa Renata recibe del definidor general de la Orden, P. Eduardo de Santa Teresa, el encargo de exponer la vida y virtudes de la sierva de Dios, sor Teresa Benedicta de la Cruz, en los llamados "Articuli", para la beatificación. Esta es la última tarea de importancia que se encomienda a la ya madura priora de Colonia. Con alegría pone ella manos a la obra, para la que aprovecha todo minuto que le queda libre. Ante las palabras compasivas de cierta religiosa, que le dice que en el poco tiempo libre debiera la madre permitirse algún esparcimiento, replica ésta con vivacidad: "¡Oh, reflexionar sobre las virtudes de sor Benedicta es para mí un verdadero esparcimiento, y me hace ahondar cada vez más en la vida de unión con Dios!" Poco antes de la Navidad de 1960 le quita Dios la pluma de la mano a esta gran mujer y bondadosa madre. No se le permite ver concluida su obra. Con agradecida confianza espera en los últimos días de su enfermedad la llegada del Señor. Deposita todos sus cuidados en las manos de la Reina de la Paz. A pesar de su grave situación, consuela a las apenadas religiosas y les promete permanecer entre ellas. Su postrer anhelo es la unidad de la Iglesia de Cristo y la unión fraternal de cuantos creen en Dios. Esto se lo manifiesta a sus religiosas regalándoles en su despedida un icono de Elías, que representa en tres actitudes distintas al Precursor del Carmelo, que es venerado por cristianos, judíos y mahometanos. El lunes, 23 de enero de 1961, poco después de recibir el Cuerpo del Señor, a las nueve, en el día y hora del Espíritu Santo, pasa la madre a la vida eterna.

Un año después del fallecimiento de la madre Teresa Renata, Su Eminencia el cardenal Dr. José Frings, el 4 de enero de 1962, abre solemnemente el proceso de beatificación de sor Teresa Benedicta de la Cruz. La madre Teresa Margarita del Corazón de Jesús, antigua compañera de noviciado de sor Benedicta, recibe el encargo de terminar los inconclusos "Articuli". Poco después se inicia ante el tribunal eclesiástico la declaración jurada de las doce religiosas que conocieron a sor Benedicta. Este sumario se termina el primero de octubre de 1962. El 20 de julio del mismo año da comienzo el proceso de los escritos.

Así, pues, la vida de sor Benedicta constituye una amonestación para nuestra época y un fulgurante signo de caridad para la unión de los pueblos en el espíritu de Jesucristo. Por haberla buscado con sinceridad, encontró realmente y mostró a las claras en su terrible muerte la superabundante y perdonadora gracia de Dios. Especialmente en sus últimas fotografías se trasluce su callada y abnegada entrega. No pocos artistas intentaron retener plásticamente esta irradiación espiritual. Por ejemplo, el artista Rodolfo Brückner-Fuhlrott, antiguo presidiario de un campo de concentración, en recuerdo de su actividad caritativa y con destino a un colegio de párvulos que lleva su nombre, ha pintado a sor Benedicta entre los niños en el campo de concentración de Westerbork. En actitud maternalmente solícita, está ella en medio de los pequeñuelos abandonados, que la miran tristemente. A uno de ellos lo ha tomado en brazos. Una alambrada separa al grupo del resto del mundo. En contraste con el dolor desesperanzado de los rostros infantiles, su semblante parece irradiar una luz interior. Sus grandes y bondadosos ojos miran hacia una secreta fuente de alegría.

¿No es éste un cuadro exacto de nuestra situación actual? ¿No se asemeja el hombre moderno, con su alejamiento de Dios, sus problemas y su angustia existencial, a esos niños desamparados y hambrientos que buscan cariño y alimento? ¿No hay innumerables almas aprisionadas por las cadenas de su egoísmo, de su avidez de mando y de su desprecio del hermano? La locura destructora y el odio racista del pasado Tercer Reich no nacieron de la noche a la mañana. Sus raíces se hunden en los corazones humanos. "Porque del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios..., los robos, los falsos testimonios, las blasfemias" (Mt 15, 19).

Si hoy ya no existen Dachau ni Auschwitz, ¿quién nos asegura que el día de mañana no surgirán en otros lugares de la tierra nuevos focos de degradación humana? Las terribles muertes de judíos en pleno siglo XX debieran hacer reflexionar a los más obstinados materialistas y ateos sobre las consecuencias de su ideología. El hombre, que no reconoce los derechos de un Creador, tampoco tiene respeto a sus criaturas. Para expiar tal aberración fue a la muerte sor Benedicta. En silencio, con amor, sin juzgar. Por eso, su corazón puro, anclado en Dios, puede romper cadenas, calmar el hambre y apagar odios, porque, unido con Cristo, tomó sobre sí compasivamente todo el tormento del pecado. Por eso, en el cuadro mencionado se encuentra ella *tras* la alambrada, *entre* los que sufren, por eso está ella entre nosotros. Este es el sentido de su esperada beatificación y canonización. Pues, cuando la Iglesia honra públicamente a una persona, no por eso quedan eclipsados los demás. En uno solo son también bendecidos y enaltecidos todos aquellos que han padecido cosas parecidas o más graves. Lo únicamente deci-

sivo para el individuo es su amor a Cristo y la entrega a la voluntad del Padre.

Las circunstancias de la vida de sor Benedicta son tales, que en ellas se manifiesta con especial claridad esa entrega. De esta manera su personalidad ha marcado el rumbo para muchos. Las numerosas comunicaciones de gracias obtenidas por su intercesión, que se van recibiendo en el Carmelo de Colonia, y las súplicas por su beatificación demuestran hasta qué punto el mundo está sediento de descubrir en un alma humana la imagen de Cristo. En sor Benedicta se cumplen las palabras del Señor: "No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a cuantos hay en la casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos" (Mt 5, 14-17). El monte, al que sor Benedicta ha subido, es el silencioso monte Carmelo. En Auschwitz ese monte se convirtió en un lugar de sacrificio, en un Calvario ampliamente visible. Y donde está el Calvario, ya no está lejos la gloria de Cristo, el Resucitado. Su luz resplandece en la humilde figura de la gran filósofa y amable religiosa.

Por eso, Edith Stein, la Teresa Bendecida desde la Cruz, es "una gran esperanza, e incluso una promesa, para su Pueblo y para el nuestro, puesta ante nosotros para que esta incomparable personalidad penetre en nuestra vida, para que sus elevados pensamientos nos iluminen, y para que la grandeza y lo espantoso de su inmolación estimule a ambos pueblos".⁴

⁴ Reinhold Schneider, en: «Christlicher Sonntag» («Domingo Cristiano»).



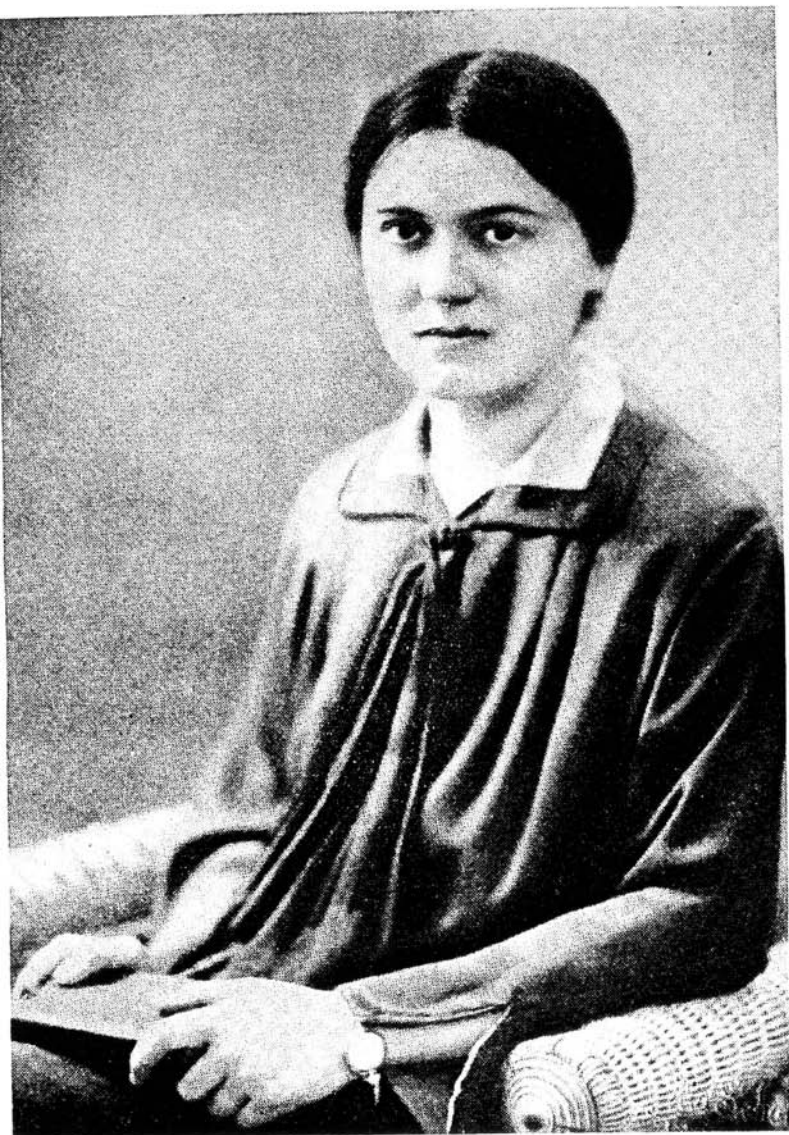
Como joven estudiante de filosofía en 1914, Edith se ofrece voluntaria para servicios de sanidad, y en 1915 recibe la medalla "al valor".



Ya en su niñez sabía Edith que “bondad es más que sabiduría”.



A pesar de su trabajo silencioso en Espira, después de su conversión en 1922, su nombre llega a ser conocido dentro y fuera de su patria en el mundo filosófico-pedagógico.



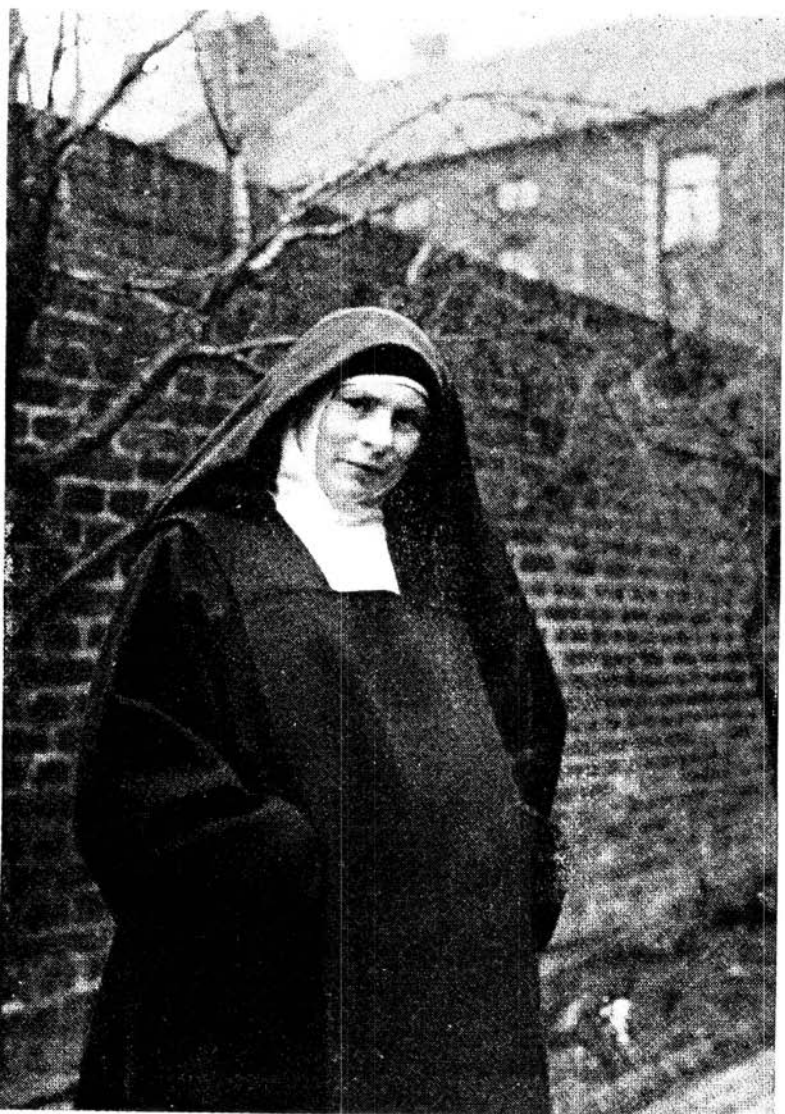
“Mi ansia de verdad era una única oración”, decía más tarde Edith hablando de sus años de estudiante y como asistente de Husserl.



El abad Rafael Walzer OSB, de Beuron, padre espiritual de Edith durante largos años.



Edith, cual esposa, antes de la vestición solemne en el Carmelo de Colonia-Lindenthal en 1934. Por propia voluntad se llamará en adelante sor Teresa Benedicta de la Cruz.



Madre Teresa Renata del Espiritu Santo, maestra de novicias de sor Benedicta, priora y su primera biógrafa.



Profunda paz refleja esta fotografía, una de las últimas de sor Benedicta, antes de su deportación a Auschwitz, en 1942.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4243

Q

ISBN:9788471510952



9 788471 510952